

JAVIER COELLO TREJO

EL FISCAL DE HIERRO

MEMORIAS



 Planeta

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1. Mi destino](#)

[El origen](#)

[Mi padre](#)

[Mi madre](#)

[Maestro o abogado](#)

[Capítulo 2. Los días de Chiapas](#)

[A favor de los indígenas](#)

[La justicia es ciega pero no muda](#)

[Polvos para enamorar](#)

[“Solo falta un nombre”](#)

[Capítulo 3. “Hay que tener güevos”](#)

[Mesa 29](#)

[Investigaciones](#)

[La Brigada Blanca](#)

[¿Guerra sucia?](#)

[Corrupción en la frontera](#)

[Capítulo 4. El fiscal de hierro](#)

[Justicia sin reo no es justicia](#)

[Don Óscar Flores Sánchez](#)

[Los comandantes](#)

[El compadre Ventura](#)

[El Tigre, Miguel Nazar Haro](#)

[El pendejo es esférico](#)

[Golpe en los güevos o en el bolsillo](#)

[El caso Méndez Docurro](#)

[Una taza de café](#)

[El infiltrado](#)

[Capítulo 5. De la justicia a la política](#)

[Cómo conocí a Miguel de la Madrid](#)

[“Lo voy a consignar”](#)

[“Entréguele a quien usted quiera”](#)

[Mi general Castellanos](#)

[A poner orden](#)

[Intrigas](#)

[Los últimos días](#)

[La renuncia](#)

[Una maleta negra](#)

[Coello Trejo y asociados](#)

[Capítulo 6. La cruzada contra el narcotráfico](#)

[El primer acercamiento](#)

[“Una cerveza me caería mejor”](#)

[“Necesito un hombre de güevos”](#)

[La cruzada](#)

[Contra el sindicato más poderoso](#)

[El cártel de Jalisco](#)

[“Diez millones de dólares si me deja ir”](#)

[El tesoro de los dioses](#)

[El caso Zorrilla](#)

[Business are business](#)

[Operación Intercepción Aérea](#)

[La lucha frontal contra el narco](#)

[Golpe tras golpe](#)

[Amado Carrillo](#)

[Capítulo 7. El presidente pone, el presidente quita](#)

[El cártel del Golfo](#)

[Un balde de agua helada](#)

[La obsesión de Carpizo](#)

[Bajo advertencia no hay engaño](#)

[Mi exilio](#)

[La última reunión](#)

[Capítulo 8. Somos tus abogados: PROFECO](#)

[Imprevistos](#)

[“Hay que apretar”](#)

[Siempre leal](#)

[Epílogo](#)

[Hace 30 años](#)

[Acerca del autor](#)

[Créditos](#)

AGRADECIMIENTOS

Es de justicia, así lo siento, agradecer en este orden y en forma muy especial a tres personas que dejaron en mí una huella permanente de afecto y solidaridad. Uno de ellos es mi querido amigo Juan Bustillos Orozco, a quien conocí a profundidad y quien tomó la decisión de quitarse la vida el pasado diciembre. He reflexionado profundamente el porqué, y he llegado a la conclusión de que lo hizo porque era un hombre de lealtad, un brillante periodista, que sufrió la traición de quienes, después de servirlos, lo abandonaron. Juan fue un hombre de lucha, de convicciones, quien desgraciadamente no enseñó a sus vástagos a pescar, sino que siempre les sirvió la mesa. Por eso considero fundamental dejar en estas memorias el agradecimiento eterno a mi querido amigo, a quien recordaré siempre, además de decirle lo que por la pandemia no pude hacer frente a su féretro: lo que siento y pienso de él y lo mucho que me dolió su partida. Para muchos, quizá, el quitarse la vida puede ser signo de cobardía, pero para gente como Juan Bustillos Orozco fue un acto de valentía. Por ahora, solamente se nos adelantó, pero algún día lo vamos a alcanzar.

También quiero agradecer al licenciado Julio Camelo Martínez, brillante economista regiomontano, entrañable amigo, un hombre que dejó una profunda huella, no solo en mi persona, sino que fue un verdadero amigo de sus amigos, hombre conciliador, de gran honestidad, político Priista que supo entender que la política es el arte del buen gobernar. Fue además un excelente consejero, que a su paso por la función pública hizo de esta un verdadero apostolado. Mi querido don Julio siempre vivirá en mi corazón y en el de mi familia.

La vida y Dios me dieron la gran oportunidad de conocer a un hombre, que con todo respeto, vino a llenar el vacío que hace 45 años dejó mi padre al morir: me refiero a ese gran señor: don Gabriel Alarcón Velázquez. Un hombre honesto, gran amigo, excelente esposo, magnífico padre, además de un gran hijo, quien, con sus consejos, confianza y amistad, ha sembrado en mí el amor a la familia y reafirmando el concepto de la lealtad que tenía. Le ruego a Dios que me permita por mucho tiempo tenerlo siempre como mi gran consejero y mi eterno amigo.

A lo largo de mi vida he conocido juristas, políticos, funcionarios públicos, periodistas, escritores y amigos que se convirtieron en figuras importantes en mi formación. Recuerdo con cariño y gratitud al licenciado Daniel Sarmiento Rojas, director de la Escuela de Derecho de Chiapas; al licenciado Manuel Flores Tobilla, mi maestro de Derecho Penal; al ilustre abogado don Luis Domínguez Carrascosa, procurador general de Justicia de Chiapas durante el gobierno de Manuel Velasco Suárez; al licenciado don Pedro Ojeda Paullada, procurador general de la República en el sexenio de Luis Echeverría; a mi maestro e ilustre abogado don Óscar Flores Sánchez, procurador general de la República durante el gobierno de José López Portillo; a don Enrique Álvarez del Castillo, procurador durante los primeros años del sexenio de Carlos Salinas de Gortari; al licenciado Jesús Reyes Heróles, secretario de gobernación con López Portillo; a don Francisco Merino Rábago, secretario de Agricultura con López Portillo; a don Mario Highland Gómez, oficial mayor de la Secretaría de Agricultura. Y a mis amigos: el licenciado Héctor Sánchez Torres; don Felipe Granda Rodríguez, el ingeniero Agustín Barrio García, los licenciados Javier Esquinca Esquinca, Rafael Anzures Orozco, Manuel Rosales Miranda, Fernando Narváez Angulo, Javier García Travesí, Edmundo García Sánchez, Ezzio Delpino Trujillo y a Carlos Salinas de Gortari.

A todos ellos gracias por haberme compartido sus conocimientos, su experiencia y su afecto, para aprender no solamente la ciencia jurídica, sino todo lo que durante este tiempo he vivido, he visto, he sufrido y he gozado.

INTRODUCCIÓN

La vida me dio una misión, no solo como esposo, padre y abuelo; una misión que me llevó por el camino de la ley y la justicia a lo largo de 56 años. No ha sido fácil ese andar, pero sí muy satisfactorio. Luego de mucho meditarlo, de reflexiones profundas, decidí escribir mis memorias, pues mi vida quedó atada al servicio público desde principios de los años setenta. Conocí de cerca las entrañas del sistema político mexicano durante el último cuarto del siglo XX, conocí presidentes, procuradores, secretarios de Estado, gobernadores y me tocó combatir la delincuencia, la corrupción y la impunidad.

Fui ministro público, tanto en el ámbito estatal como en el federal; fui secretario de gobierno en Chiapas, subprocurador de investigación y lucha contra el narcotráfico, procurador federal del consumidor, y desde hace muchos años ejerzo como abogado, porque a pesar de todo el tiempo que ha transcurrido, mi convicción por el respeto a la ley y la defensa de la justicia no ha cambiado.

Tomé la decisión de escribir mis memorias en momentos en los que mi país —al que amo sin falsos patriotismos— atraviesa la situación más grave de su historia reciente. Los mexicanos estamos viviendo algo que es inexplicable; una absoluta impunidad, una terrible inseguridad, una ausencia del Estado de derecho y un gobierno encabezado por un presidente del que no pongo en duda sus buenas intenciones, pero sí cuestiono su capacidad para entender, para conocer a fondo lo que es México, porque México no es un país con 32 estados, México es su historia, su cultura, su gastronomía, su orografía. México en sí es la patria que muchos quisieran tener, y que muchos estamos decepcionados al ver cómo, sexenio tras sexenio, quienes nos han gobernado, se han olvidado que a México hay que servirlo y no servirse de él.

Si decido publicar esta obra luego de consensarlo con mi esposa, con mis hijos y con mis nietos, es porque considero que si la vida me ha dado la oportunidad de servir con pasión a mi país, sería muy egoísta de mi parte no narrar y compartir la verdad de lo que viví, de lo que vi, de lo que hice, siempre con un profundo amor por mi patria.

También sería egoísta no transmitirle a los jóvenes mis experiencias, no como maestro sino como un hombre que ha recorrido la carretera de la vida, con todos sus obstáculos, y contarles cómo logré superarlos. Esos jóvenes son mis nietos, porque mis hijos, de alguna manera y con la invaluable ayuda de mi esposa Jovita, ya están formados.

Siempre he afirmado que yo no fui político. Yo fui funcionario público, apasionado de la justicia, con un sentido muy especial de lo que es la honestidad, con una convicción profunda de que el ser humano que no es leal es una piltrafa, con el conocimiento pleno de que para ser algo en la vida se necesitan, en mi opinión, cuatro virtudes fundamentales: la lealtad, no solamente a los demás sino a uno mismo, porque confirmo que podemos hacer tontos a muchos, pero no podemos hacer tontos a nosotros mismos; la honestidad, porque tengo que decirlo: no hay gente honrada, hay gente honesta. Para ser honrado, cuando menos, debemos de cumplir con los mandamientos de la ley de Dios, y que no venga a decir un ser humano que los cumple a carta cabal, porque quien lo afirme es un hipócrita.

Tercero, hablar siempre con la verdad. Mentir es algo que no solamente daña al entorno en el que uno vive, sino que envilece al ser humano; y cuarto, no permitir la corrupción. En este tema existe un falso concepto de la corrupción, toda vez que corrupto no solo es quien da o recibe dinero. Corrupto es el que acepta un cargo con el pleno conocimiento de que no tiene la capacidad de desarrollarlo, corrupto es aquel padre o madre que le hace un regalo al maestro para que pase de año a su hijo, corrupto es el que engaña a los demás, y así puedo seguir dando ejemplos.

¿Cuál es el mensaje que quiero dejarle a los jóvenes, fundamentalmente a mis nietos? Que es más fácil ser leal que desleal, que es más fácil ser honesto que corrupto, es mucho más fácil cumplir con el deber que no hacerlo.

Lo hermoso al final de la vida es caminar con la frente en alto. Por eso a mis 72 años de edad, sin falsos halagos, puedo manifestar ante mis nietos, ante mis hijos, ante mi esposa, ante mis abogados y ante mis amigos que camino con la frente en alto.

Mucho se dice de mí, pero el mejor ejemplo que puedo darles es que durante los 56 años que he trabajado siempre en procurar la justicia, nunca he mentido, robado, traicionado; tan es así que tuve el cargo de combatir al cáncer que denigra a un país: el narcotráfico. Y estoy escribiendo mis memorias, en conclusión, estoy vivo.

A los jóvenes abogados les digo que, si han escogido esta hermosa carrera del Derecho, entiendan que su fin es la justicia, la misma que se debe aplicar tan fría como es; que se olviden de querer que exista justicia desde el cómodo sillón de un bufete; que procuren que se aplique la ley; y que recuerden que la diosa Temis —símbolo de la justicia— está representada ciega o más bien con los ojos tapados. Eso quiere decir que la justicia es para todos y que su aplicación no tiene distingos de raza, credo ni condición.

Quien viola la ley debe ser castigado, tal y como lo prevé la misma ley, sin distingos. No puede existir en un país progreso, desarrollo y riqueza si no existe seguridad y un verdadero Estado de derecho.

CAPÍTULO 1

MI DESTINO

El origen

Mi historia familiar comienza en Chiapas, uno de los estados de la República mexicana donde la injusticia y la desigualdad caminan de la mano desde tiempos inmemoriales y en donde los gobiernos no han sido capaces de combatir la pobreza, el rezago y de sacar de su postración a la gente que parece llevar siglos esperando oportunidades y justicia.

Aunque nací en la Ciudad de México el 22 de octubre de 1948, y de niño solo regresaba a San Cristóbal de las Casas de paseo con mis papás y mis hermanos, fue ahí, en Chiapas, durante mi adolescencia, donde encontré mi vocación, pero sobre todo, fue el lugar donde adquirí conciencia, donde me comprometí para toda la vida con la lucha por la justicia, y donde encontré el amor que me ha acompañado toda mi vida: mi esposa Jovita.

En San Cristóbal de las Casas vivieron mis abuelos y mis padres. Arcadio Coello Lara se llamó mi abuelo paterno. Era dueño de La Maroma, una finca de labor localizada a la salida de San Cristóbal, donde tenía ganado y había ordeña todos los días. Además, era dueño del rancho La Angostura, ubicado en el municipio de La Concordia, Chiapas, donde en 1976 el presidente Echeverría inauguró una presa en el cauce del río Grijalva y cuyo nombre oficial es Belisario Domínguez, aunque todos la conocen como La Angostura.

Mi abuelo Arcadio Coello Lara era un hombre metódico y organizado, elegante, de gran porte y guapo, resaltaban sus ojos azules. Por eso a nadie sorprendió que dejara varios hijos regados por la zona de Tierra Caliente, de lo que nos enteramos años después. Y es que solía ausentarse de la casa familiar durante seis meses para hacerse cargo de las labores de la finca La Angostura; él siempre fue muy quitado de la pena, parecía esperar con ansias el momento de marcharse y durante ese tiempo le valía madre la vida cotidiana en San Cristóbal.

Las ausencias de mi abuelo propiciaron que mi abuela, María de Jesús Lessieur Domínguez, se hiciera cargo de la labor y de su numerosa familia —tuvieron siete hijos—. Por eso, con el tiempo se convirtió en la matriarca: ella decidía, mandaba, ordenaba, llegó incluso a controlar a mi abuelo, no digamos ya a sus hijos, y todos se le cuadraban. Era una figura de autoridad innegable y nadie la cuestionaba.

Mi abuela demostró de qué estaba hecha cuando mi papá se robó a mi mamá a caballo, como en los viejos tiempos. No era extraño que esto sucediera en San Cristóbal de las Casas a principios de la década de 1940; de todos era sabido que los robos generalmente terminaban en boda, así se llevaban a cabo los enlaces. Pero como mis abuelos eran de la alta sociedad de San Cristóbal, lo que hizo mi papá desató un escándalo.

Mi abuela intervino y con su autoridad terminó con los rumores, prácticamente adoptó a mi mamá, Rosa del Carmen Trejo Quevedo, y se convirtió en su tutora. Ella era hija única, había nacido en Macuxpana, Tabasco. Quedó huérfana dos meses después de nacida, por lo que unos tíos se la llevaron a vivir a Pichucalco, Chiapas, donde su familia tenía fincas de plátano, cacao y ganado.

En un principio los tíos de mi mamá se opusieron a que se casara con mi papá, pero mi abuela Jesús se impuso, habló directamente con el que sería su consuegro, mi abuelo, el licenciado Arturo Enrique Trejo Sandoval, que por entonces era el apoderado de la compañía petrolera El Águila, y obtuvo su consentimiento. Mis papás se casaron por poder.

Mi mamá se acomodó bien en la casa de sus suegros. Fue una mujer hecha para el hogar, nunca tuvo mayor iniciativa y aceptó su lugar dentro de la familia; era la esposa de mi papá, pero quien mandaba en casa era la abuela, incluso cuando mis papás se fueron a vivir a la Ciudad de México y se llevaron a mis abuelos, ella siguió mandando.

Conocí Chiapas como a los 10 años de edad. Aún recuerdo la casa de mis abuelos, era grande, de una sola planta, con largos corredores y arcadas que daban hacia el patio central. Hoy es un hotel, pero la tengo muy presente, allá pasamos no pocas temporadas, vacaciones, días felices y buenos momentos.

Mi padre

Mi papá se llamaba Roberto Coello Lessieur. Fue periodista por vocación, nunca estudió para serlo y quizá ni siquiera imaginó que su vida correría por ese camino. Solo pudo terminar la secundaria, pero siempre fue un gran lector y eso le desató la vena periodística y la pasión por escribir.

Se inició joven y comenzó colaborando en un periódico de Chiapas, también trabajó en la revista *Siempre!* Viajó, escribió, entrevistó a gente del mundo de la política y en 1949 se independizó para fundar *La voz de Chiapas y Oaxaca*, que luego rebautizó como *La voz del Sureste*. Llegó a ser uno de los periódicos más exitosos y de mayor circulación en la región, se vendía en Chiapas, Campeche, Tabasco, Oaxaca e incluso en el entonces Distrito Federal.

El periódico lo imprimía en la Ciudad de México, en Camelia 220, en la colonia Guerrero, porque además a mi papá le dio por entrarle al mundo de las historietas. Fue el editor de la famosa serie *Vida y milagros de San Martín de Porres* y eso le permitió hacerse de buenos recursos. Aún recuerdo que lo acompañaba a la Unión de Voceadores, donde nos entregaban maletas de dinero por las exitosas ventas que dejaba la historieta editada por Publicaciones Coello. Otro de los negocios que tuvo fue una fábrica de refrescos embotellados en San Cristóbal.

El periodismo llevó a mi padre hacia la política. Tenía un sentido muy claro de la justicia y a través de su periódico comenzó a denunciar las injusticias que se cometían en Chiapas. Eso le permitió conocer al licenciado Salomón González Blanco, quien fue secretario del Trabajo y Previsión social, senador de la República y gobernador de Chiapas, y a través de su relación con él conoció a don Adolfo López Mateos y a don Gustavo Díaz Ordaz.

Mi papá era cabrón, bastante duro, pero sabía ser amigo. De esa forma se abrió las puertas de la política, y así como hizo muchas amistades, también se ganó enemigos, como Efraín Aranda Osorio, gobernador de Chiapas entre 1952 y 1958, que no soportaba la crítica periodística que hacía mi padre a su gobierno; incluso durante su administración intentaron matarlo.

Mi papá era un hombre enérgico, disciplinado, ordenado y trabajador, podría decir que al más puro estilo prusiano; también fue profundamente honesto, consigo mismo y con los demás. Una de sus grandes enseñanzas que me apropié y me ha acompañado a lo largo de toda la vida es el valor de la lealtad. Supo serlo en todo momento con su familia, con sus amigos, con sus conocidos, con sus trabajadores.

Tengo un recuerdo que me marcó profundamente, pues me di cuenta de lo que significaba la lealtad para mi padre. Él tenía gran amistad con Carlos Alberto Madrazo, el hombre que intentó reformar al PRI a principios de los años sesenta, una persona íntegra, generosa y buen político.

Mi papá tenía la costumbre de leer el periódico en la cama. Era lo primero que hacía al despertar, lo disfrutaba y recorría con calma las secciones, poniendo mayor interés, desde luego, en la sección nacional. Recuerdo que una mañana cuando entré a darle los buenos días lo encontré llorando. No podía contener sus lágrimas, pues al leer la nota de ocho columnas del periódico se enteró que su amigo Carlos Madrazo había fallecido en un accidente aéreo. Era 4 de junio de 1969.

Nunca olvidé ese momento, nunca había visto llorar a mi papá y fue impresionante.

—¿Qué te pasa, papá?, —recuerdo que le pregunté.

—Murió una promesa de la política mexicana, —me respondió.

Así me enteré de quién era Madrazo y también por qué lo admiraba: era un hombre leal. Y me contó que, en alguna ocasión, Madrazo se había hecho responsable de un asunto de migrantes en el que el culpable había sido Adolfo López Mateos, lo que le hubiera costado no ser presidente de la República; aguantó vara poniendo en riesgo su propia libertad.

Las buenas relaciones de mi papá le abrieron las puertas del Congreso y fue diputado federal los últimos tres años del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1967-1970). Pudo haber sido gobernador de Chiapas, el propio presidente Echeverría se lo propuso, pero dos circunstancias lo sacaron de la carrera por la gubernatura.

Era mala copa y a la cuarta ya andaba peleándose con medio mundo, de ahí se agarraron sus enemigos para ponerle piedras en el camino, pero, además, padeció la cara oscura de la política, las intrigas, las grillas y sobre todo la deslealtad.

Mi papá siempre pensó que el doctor Manuel Velasco Suárez era su amigo; eran compadres, habían compartido grandes momentos a lo largo de la vida. Comenzaba 1970 y Luis Echeverría andaba de gira por todo el país como candidato del PRI a la presidencia.

Por esos días yo estudiaba Derecho y al mismo tiempo era ministerio público, además tenía influencia en la Escuela de Derecho en San Cristóbal, por lo que me pidieron que preparara la recepción y bienvenida al candidato. Mi papá estaba presente. El acto, los discursos, las palabras, los saludos, todo fue un éxito. Una vez terminado el evento, ya en el camión donde viajaban el candidato y su comitiva, Echeverría le dijo a mi papá —yo estaba presente—:

—Prepárate, vas a ser el gobernador.

Pude ver la alegría en el rostro de mi padre. Estaba verdaderamente emocionado, pero días después todo se lo llevó la chingada. El partido anunció la candidatura de Manuel Velasco para la gubernatura de Chiapas —que ocupó de 1970 a 1976—, y así mi papá quedó fuera de la jugada. Ese hecho, la deslealtad, minó su ánimo. Para él fue duro ver que casi al mismo tiempo en que Echeverría asumió la presidencia de la República, Manuel Velasco protestó como gobernador de Chiapas. Entonces dejó la política y se dedicó a escribir y a beber.

Mi papá era el consentido de mi abuela y su relación siempre fue inmejorable, por eso vino a vivir con nosotros a La Villa, en la Ciudad de México. Aunque han pasado muchos años, no deja de parecerme asombroso que mi papá y mi abuela murieran casi al mismo tiempo. En 1973 ella enfermó y tuvo una agonía que se extendió durante un año. A mi papá lo sorprendió la muerte muy joven, tenía 55 años de edad; una serie de infartos acabaron con su vida el 28 de octubre de 1974. Al día siguiente lo sepultamos, y esa noche del 29 de octubre, falleció mi abuela, como si lo hubiera estado esperando. Así de fuerte era el amor y el cariño que había entre ellos.

Hay cosas que nos marcan en la vida; para mí el mes de octubre es muy importante y también es un mes triste en mi historia. Sentimientos encontrados. Nací el día 22, me recibí el 6 de octubre de abogado y me casé el 28; mi padre murió también el 28, pero dos años después de mi boda, y la abuela murió el 29.

Cada año cuando inicia octubre me da gusto, pero también me lleno de ansiedad, y una vez que termina el mes me digo con alivio: “¡ya chingué!”. Reconozco que son pendejadas, pero muy mías. Por si fuera poco, también fue un día de octubre cuando el presidente Salinas de Gortari me retiró de la subprocuraduría de la lucha contra el narcotráfico y me nombró procurador federal del consumidor. También en octubre se recibió mi hijo como abogado. Es el mes que ha marcado a mi vida.

[Mi madre](#)

Rosa del Carmen Trejo Quevedo fue mi madre, una mujer maravillosa, hija del licenciado Arturo Enrique Trejo Sandoval y de Rosa del Carmen Quevedo Sangeado. Nació en Macuxpana, Tabasco, y tuvo una infancia difícil pues se quedó huérfana siendo muy pequeña. A los seis meses de nacida murió mi abuela, por lo que fue a vivir con sus tíos abuelos, ganaderos de la región de Pichucalco, Chiapas.

Los tíos la enviaron como interna a estudiar a San Cristóbal de las Casas, donde conoció a mi padre siendo apenas adolescente. Se enamoró y se casó con él. Mi madre siempre se dedicó al hogar y, como se acostumbraba en aquellas épocas, procreó 11 hijos, los cuales solamente le sobrevivieron 10: Rosa Elena (finada), Roberto, Jorge, Javier, Flor de María, María del Carmen, María Guadalupe, Beatriz Eugenia, Arturo Enrique y Blanca Margarita.

Se entregó por completo a la crianza de todos sus hijos y, tengo que decirlo, aguantó con estoicismo a mi padre, un hombre honesto y trabajador pero de difícil carácter, chapado a la antigua y tacaño.

La vida de mi madre se desarrolló siempre en la Ciudad de México, era una mujer de poca voluntad debido al matriarcado que ejercía mi abuela en la familia. A pesar de que enviudó siendo aún muy joven, a los 49 años, se dedicó en cuerpo y alma a mis hermanos menores, falleció a los 82 años de edad. Su muerte me provocó una inmensa tristeza y fue cuando entendí que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

[Maestro o abogado](#)

Yo fui el cuarto hijo y nací el 22 de octubre de 1948. Mis primeros recuerdos son en la villa de Guadalupe, nuestra casa estaba en el número 801 de la Calzada de los Misterios, a cuadra y media de la basílica.

A pesar de que mi mamá estaba con nosotros, mandaba la abuela Jesús —también mi abuelo vivió ahí—. Ella era muy católica y guadalupana —mi papá también lo era— y eso fue suficiente para que me hicieran monaguillo. Fui niño cantor durante algún tiempo y nunca renegué de eso, me gustaba porque hacíamos mucho desmadre, pero era cagante levantarse a las 6 de la mañana todos los domingos. Ahí conocí a Guillermo Shulemburg, el abad de la basílica, que luego se atrevió a decir que Juan Diego no había existido, pero bien que se benefició de su existencia durante muchos años.

Mis primeros 14 años de vida transcurrieron en el Distrito Federal; mis padres tuvieron que volver a Chiapas hacia 1963, pues el presidente Díaz Ordaz le dijo a mi papá que para ser diputado federal por su estado natal debía tener el tiempo de residencia que establecía la ley, así que toda mi familia volvió a Tuxtla Gutiérrez. Yo me quedé en la Ciudad de México porque estaba estudiando la preparatoria en el Colegio Francés Hidalgo.

De adolescente tuve muchos conflictos con mi papá. Siempre fui abierto, franco y nunca me gustaron las injusticias, así que era bien entrón. Mi problema es que siempre fui muy alto y muy gordo; a los 12 o 13 años de edad ya medía 1.85, entonces no faltaba en la escuela quien quisiera medirse a los madrazos conmigo, con los consiguientes castigos y

faltas por indisciplina. Cuando esto ocurría sentía la mano dura de mi papá, discutíamos con frecuencia y así fue durante años. Empezamos a llevarnos bien una vez que me casé, en 1972, pero esa buena relación que comenzamos a construir fue fugaz: se acabó con su muerte dos años después.

Cuando tenía 13 años mi papá me corrió de la casa. Durante tres o cuatro meses viví en una vulcanizadora, con amigos que me abrieron sus hogares y visitaba a mi mamá cuando sabía que no me encontraría con mi papá; luego regresé, pero todo siguió siendo muy duro.

La tacañería de mi papá también hacía difícil la convivencia. A mí no me compraban ropa, ni útiles, todo lo que mi hermano mayor dejaba de usar yo lo recibía en segunda vuelta. A la distancia, y con la experiencia que nos da la vida, considero que mi padre fue severo porque quería que llegara lejos, que fuera alguien en la vida, que no me conformara. Años después de su muerte, algunos amigos suyos me comentaron que se sentía orgulloso y, como tenía grandes esperanzas puestas en mí, siempre consideró que podía echarme a perder si todo me lo facilitaba. No me cabe duda de que me amó, pero de que me hizo sufrir, me hizo sufrir.

En la juventud cometemos muchas pendejadas y cometí las mías. Tenía un primo bastante mayor que se llamaba Luis Felipe Coello. Con el tiempo me enteré que por el año de 1954 había sido uno de los fundadores en Puebla del Frente Universitario Anticomunista y también del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), los dos eran grupos conservadores de ultraderecha.

Luis Felipe me jaló al MURO y acepté, pero no pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que eran manejados por la iglesia, entonces me rebelé y dejé el grupo. Eran muy bravos y me gané muchos problemas por haberlos abandonado, incluso llegamos a madrearnos, no fue fácil mandarlos a la chingada.

Creo en Dios, pero odio a los curas y cuando me di cuenta que estaban metidos en el MURO decidí largarme. Para mí la doctrina social de la iglesia es una mierda, voy poco a la iglesia porque a lo largo de mi vida vi muchas cosas con los curas y las pendejadas que hacen. Creo en Dios y tengo fe, no creo en el Cielo ni en el Infierno, en todo caso, podría decir sin temor a equivocarme que el Infierno es este.

Cuando cursaba el segundo año de preparatoria el destino me llevó por caminos que ni siquiera imaginaba. No tenía contemplado estudiar Derecho. Lo que me apasionaba entonces era la medicina, esa era mi ilusión. Puedo decir que destacaba en biología, química, anatomía y odiaba las matemáticas.

Tenía dos buenos amigos, Guillermo Barquet y Fernando Miller; Memo era un güevón, hay que decirlo. Recuerdo que en un examen final de biología Guillermo se sentó a mi lado y, como no había estudiado, me pasó su examen. Terminé el mío, respondí el suyo, pero el maestro se dio cuenta. Rompió mi examen y empezó a insultarme:

—Coello, es usted un mentiroso, —me gritó.

Le ofrecí disculpas, le dije que me hiciera un examen oral, pues podía demostrarle que había estudiado, pero continuó con sus insultos hasta que me mentó la madre. Para ese momento yo ya estaba bien caliente y no me importó que fuera el maestro. Le regresé la mentada y estaba por salir del salón cuando el profesor me aventó el borrador. Fue lo último que hizo, me regresé a romperle su madre y lo mandé sin dientes al hospital.

Supe de inmediato que había cruzado el punto sin retorno, pero nadie me quitó el gusto. Por supuesto ya no había cabida para mí en la preparatoria. Afortunadamente el director era un hombre bueno y justo, lo conocíamos como el maestro Tapia, quien después del altercado me dijo:

—Lo más que puedo hacer por ti, Javier, es ponerte 6 de calificación en Biología. No me queda duda de que sabes de la materia y también puedo darte tu certificado de preparatoria para que te inscribas en alguna otra escuela porque aquí ya no puedes estar.

El maestro Tapia era a toda madre, años después lo frecuenté y cuando fui procurador federal del consumidor en 1991 tuve la oportunidad de ayudarlo.

No me quiero extender contando la reacción de mi papá al saber de mi expulsión, pero en resumidas cuentas me volvió a correr de la casa. No sabía qué hacer, estaba desesperado y se me ocurrió recurrir al licenciado José Castillo Tielemans, quien acababa de asumir el cargo de gobernador de Chiapas para el periodo 1964-1970. Para mi buena fortuna era mi padrino. Me conocía bien porque a los dos nos gustaba la poesía y yo había sido campeón nacional de declamación en la secundaria representando al colegio Cristóbal Colón que estaba en La Villa.

Pude entrevistarme con él, le conté lo sucedido y lo precaria que era mi situación en esos momentos. Me escuchó con atención y me dijo:

—Mira, Javiercito, yo te ayudo, pero en Chiapas nada más hay dos carreras: o estudias para ser maestro o estudias para ser abogado.

Y así mis sueños de ser médico se esfumaron y me incliné por seguir el camino de las leyes.

Viajé a Chiapas y me establecí en San Cristóbal de las Casas; el licenciado Castillo me había conseguido una chambita en la que ganaba 450 pesos mensuales. Recién llegado viví en la casa de mi tía Amparo, prima de mi papá. Ahí no pagaba renta, pero quise tener mayor libertad y me instalé en la casa de la señora Ramona Gallegos, que me cobraba 325 pesos al mes por mi manutención, el resto de mi sueldo era para mis libros y mis chuchulucos.

CAPÍTULO 2

LOS DÍAS DE CHIAPAS

A favor de los indígenas

Comencé la carrera de Derecho en 1965 y como mencioné, el gobernador José Castillo Tielemans me dio el trabajo con el que me sostuve mientras estudiaba. Así, de buenas a primeras, me nombró asesor jurídico del departamento de Asuntos Indígenas.

Aunque el nombre sonaba muy rimbombante, apenas cursaba al primer año de leyes, así que yo no asesoraba ni madre pues no tenía el conocimiento para hacerlo. Pero desde un principio me presenté en las oficinas para ver de qué se trataba todo —aunque siempre he dicho que iba para hacerme pendejo un rato—.

No pasó mucho antes de darme cuenta de la miserable realidad en la que vivían los indígenas. Había gente inhumana que amasó grandes fortunas siendo “enganchadores”; se encargaban de convencer a los indígenas que había trabajo para ellos y les ofrecían buena paga, pero todo era mentira. Los contrataban —es un decir, los enganchaban— y los llevaban hacinados en camiones de redilas a las fincas cafetaleras como si fueran ganado. El tráfico de indígenas era un insulto, trabajaban en condiciones infrahumanas, no les pagaban y como la mayoría no hablaba español, no podían hacer nada.

Entonces empecé a mover las aguas, a defender a los indígenas, a oponerme a los enganchadores, hasta que se armó la grande y me mandó llamar el gobernador.

—Javercito, te di ese trabajo para que pudieras mantenerte y ya me armaste tremendo lío, —me dijo.

—Es que no tolero las injusticias, don José, y está cabrón el trato que le dan a los indígenas, se los llevan, los golpean como marranos, los vejan, los explotan, ni a los animales los tratan así, no podía cruzarme de brazos, —le respondí con franqueza.

El gobernador me miró con cierta simpatía y agregó:

—Ah, ¿te gusta la justicia?

—Sí, señor, por eso estoy estudiando leyes, —le respondí firme.

Entonces el gobernador me explicó qué hacía un agente del ministerio público. En aquellos tiempos no era necesario recibirse de abogado para serlo, había leguleyos que lo eran sin haber terminado la carrera.

—¿Te gustaría ser ministerio público?, —me preguntó.

Le respondí que sí. Tomó el teléfono, llamó al procurador del estado y le ordenó que me nombrara agente del Ministerio Público adscrito al juzgado mixto de primera instancia en Chiapa de Corzo, Chiapas.

La justicia es ciega pero no muda

Me trasladé a Chiapa de Corzo y me presenté en la oficina del Ministerio Público. No sabía una chingada, estaba en el segundo año de la carrera y apenas en mi primer curso de Derecho Penal. Sin embargo, tuve la fortuna de conocer a la secretaria del Ministerio Público, una señora experimentada que se las sabía todas. Le caí bien y tuvo la paciencia de explicarme el funcionamiento, los procedimientos y el movimiento del Ministerio Público.

Estudí como si no hubiera un mañana; cuando tenía dudas recurría a dos figuras que fueron fundamentales en mi vida aquellos años: mi maestro de Derecho Penal, el licenciado Daniel Sarmiento Rojas y mi tío, el licenciado Manuel Flores Tobilla, abogado muy avezado que fungió como ministerio público en Chiapas durante 40 años.

Así me comprometí con la procuración de justicia y me entregué con pasión a mi nuevo cargo. Salía de San Cristóbal de las Casas al terminar mi clase de las 7 de la mañana, tomaba el camión a Chiapa de Corzo y me quedaba hasta las 5 de la tarde, hora en que regresaba a tomar un par de clases más.

Comencé con la lectura de expedientes, recibíamos las denuncias y practicábamos las diligencias necesarias para integrar las averiguaciones previas. Estudiaba las denuncias, leía los acuerdos, presencié cómo se hacían las consignaciones, asistía a los juzgados para ver cómo realizaban los interrogatorios, y conforme conocí el funcionamiento del Ministerio Público despertó en mí una avidez por aprender.

Poco a poco agarré callo, aprendí a interrogar, aprendí los procedimientos, pero sobre todo descubrí una de mis pasiones: la investigación. Recuerdo varias anécdotas de esos días. Como Chiapa de Corzo está a la orilla del río Grijalva, tiro por viaje aparecía algún ahogado. Cuando nos avisaban del hallazgo de un cadáver yo acudía en representación del Ministerio Público acompañado por la Policía y también por el médico legista que vivía en el pueblo.

En una ocasión nos informaron que había un cuerpo atorado en una enramada a la orilla del río. Me presenté acompañado por Policías municipales que intentaron sacar el cuerpo utilizando una rama, pero no tuvieron éxito. Yo muy envalentonado les dije que no fueran cobardes, y tomé el cuerpo de la mano. Al tratar de sacarlo se desprendió la piel. Seguramente el cadáver ya tenía varios días dentro del agua. Esa noche soñé con la mano de ese cabrón, pero con el tiempo me acostumbé a ver muertos.

Desde mis años en Chiapa de Corzo quedé convencido de la importancia del Ministerio Público para la consolidación del Estado de derecho. Por eso hice mi tesis sobre el Ministerio Público, cuya función es la investigación y el requerimiento; y su obligación es proteger a la sociedad, fundamentalmente a las víctimas de los delitos, así como perseguir los delitos. Si el Ministerio Público no tiene la voluntad de investigar, de allegarse los elementos para integrar una causa, no hay forma de que la justicia impere en nuestro país.

Cargué con pistola desde los 18 años y la llevé conmigo hasta que salí de la Procuraduría Federal del Consumidor, en 1992. Lo reconozco, primero fue por vanidad, pero luego se convirtió en una necesidad para las tareas que desempeñaba, ya que desde los 19 años de edad era autoridad y siempre había gente que me veía como una amenaza. Para mí la pistola era como una extensión natural de mi cuerpo, podía olvidarlo todo, menos la pistola y una leontina que uso hasta la fecha.

Siempre tuve permiso para portar armas y todos mis documentos en regla. La llegué a usar en situaciones graves y era un excelente tirador. Aprendí solo y fui perfeccionando la técnica en los campos de tiro. Mi arma preferida era de calibre 45. No es una pistola de largo alcance, pero sí de precisión y puedo decir que con el puro aire de la pistola podía tumbar a un cabrón.

En 1970 el doctor Manuel Velasco Suárez ocupó la gubernatura del estado de Chiapas y nombró procurador al licenciado Luis Domínguez Carrascosa, hombre de una sola pieza, tercamente honesto y de una lealtad inquebrantable. Había sido magistrado federal y tuvo los güevos para denunciar los abusos y corruptelas que se vivían dentro de la corte a través de un libro que escribió.

A pesar de que mi nombramiento como agente del Ministerio Público se lo debía al gobernador anterior, con la llegada de Velasco Suárez todo siguió igual para mí. Continué investigando delitos, haciendo aprehensiones y consignando. Siempre he considerado que la justicia no tiene compromisos —o al menos no debería tenerlos—, así que pisé varios callos, lo cual a la larga no le gustó al nuevo gobernador.

El primero de los casos que resolví y que resonó en todo Chiapas fue una violación. Una mañana me encontraba en la agencia del Ministerio Público en Chiapa de Corzo. Mi oficina era muy pequeña y estaba dentro del palacio municipal, junto al juzgado. Llegó un mudo y se paró en la puerta, era un indigente de los que llamamos “andarines”, porque iba y venía por todos lados y se alimentaba de lo que la gente le daba o en el peor de los casos de lo que encontraba en la calle. Estaba sucio y andrajoso y su comportamiento era extraño.

Le pregunté a mi secretaria si sabía quién era o qué quería y me respondió que no, pero era evidente que algo tenía el mudo. Finalmente se acercó a mi escritorio y haciendo gestos me señaló su trasero. Comprendí que algo le había sucedido así que hablé a la Procuraduría y por fortuna había un perito que conocía el lenguaje de señas.

Le tomaron declaración al mudo y una vez que terminó, el perito me refirió lo que había sucedido. El mudo iba caminando por la calle y de pronto lo detuvo un cacique de la región de Acala, bastante conocido y con muchas influencias en la política. El cabrón lazo al mudo se lo llevó y antes de violarlo le dijo:

—Te voy hacer hombre, te voy hacer hablar.

Tras su declaración, le hicieron la revisión médica, me dieron los certificados, le informé al procurador, presenté la documentación y con la orden de aprehensión me hice acompañar por la Policía y personalmente detuve a ese hijo de la chingada.

El caso lo tenía perfectamente armado, así que cuando se lo presentamos al juez Fernando Reyes Cortés —bastante cabrón, por cierto—, dictó de inmediato la orden de aprehensión y posteriormente el auto de formal prisión. El único éxito que conoce el ministerio público es cuando logra que le dicten formal prisión a quien consignó. Todo lo demás es un fracaso.

Salí satisfecho del Ministerio Público, notificado y con mi copia, misma que le llevé al procurador a Tuxtla Gutiérrez. Una vez en la capital del estado fui a visitar a mi novia, hoy mi esposa, para contarle lo sucedido y tomar un descanso. Habían transcurrido un par de horas y se presentó el secretario del juzgado en casa de mi novia diciendo que me andaba buscando por todos lados.

Ni siquiera saludó, me vio y me pidió que le devolviera la notificación.

—¿Cómo te la voy a devolver si ya me notifiqué?, ¿qué quieren hacer?, — le dije sorprendido.

—El juez quiere dejarlo en libertad, —me respondió muy gallito.

Me hirvió la sangre y muy a mi estilo le dije:

—Pues el juez ya se chingó.

Como el cacique era hombre de influencias, una vez consignado movió sus contactos para que lo dejaran en libertad, pero se topó con pared. Jamás le iba a devolver la notificación al juez. El secretario del juzgado perdió la paciencia y se me puso al brinco, sacamos las pistolas y casi nos agarramos a balazos, pero entendió que no lograría nada. Ganó la justicia.

Al cacique lo refundimos en la cárcel y, sin embargo, luego del escándalo, el procurador Domínguez Carrascosa me mandó llamar y pensando en mi seguridad me dijo:

—Javier, no tiene caso que sigas en Chiapa de Corzo, vente a Tuxtla, —y me nombró su secretario particular.

Al mismo tiempo también tenía el cargo de director general de administración y visitador del Ministerio Público en el estado y, por si algo faltara, seguía cursando mi carrera. Llegó a ser tanta la confianza con el procurador, siendo todavía un chavo, que en ocasiones hasta me pedía que fuera a comprarle tortillas para su esposa.

Pero de todos los casos a los que me dediqué, uno en particular fue el que desató por completo mi pasión y mi gusto por la investigación y la justicia. Un día me pidió audiencia una señora humilde, una campesina de la región de Villa de Acala.

La recibí amablemente, y con lágrimas en los ojos, me contó que habían matado a su hija. Era una muchachita joven, tendría entre 17 y 18 años de edad. Trabajaba como empleada doméstica con un ingeniero y su esposa en el campamento de proyección definitiva de la presa La Angostura, en donde la Comisión Federal de Electricidad había construido cinco casas, muy bien hechas, para que vivieran los ingenieros en tanto concluían la obra.

El Ministerio Público determinó que la joven se suicidó, pero la señora me insistió que no era posible que su hija se hubiera quitado la vida.

—Licenciado, tenía muchos planes, era alegre, divertida, además de guapa, tengo la seguridad de que no se suicidó, —me dijo.

Escuché a la señora y sentí que no mentía, ni se estaba dejando llevar por su dolor. Quizá por su manera de hablar o la vehemencia con que defendía el recuerdo de su hija creí en ella. Le dije que revisaría el caso y si encontraba algo se lo comunicaría con oportunidad.

Una vez que la señora se marchó, llamé al ministerio público de Acala y le pedí la averiguación. La revisé y me encontré un sinnúmero de inconsistencias que me abrieron los ojos: no le habían hecho la autopsia, no habían determinado la trayectoria de la bala, no quedó constancia en qué posición se encontraba el cadáver ni cómo se había disparado.

Pedí autorización, exhumamos el cuerpo y practicamos la necropsia. Los peritos determinaron que el disparo había sido realizado con un revolver calibre 22, y por la trayectoria de la bala nos dimos cuenta de que era imposible que la muchacha se hubiera disparado. Había sido asesinada.

Me trasladé a la colonia de los ingenieros, donde había sido cometido el delito y me hice cargo de la investigación. Revisamos minuciosamente toda la escena del crimen, y aunque el piso de la casa donde había muerto la chica estaba lavado, pude hallar rastros de sangre; también las huellas, casi imperceptibles, de unas chanclas que iban del lugar en donde estaba el cuerpo hacia fuera de la casa. Finalmente, dimos con las chanclas, que estaban dentro del caño y eran de la dueña, la esposa del ingeniero. De inmediato detuve a la señora y la trasladamos a Tuxtla Gutiérrez.

Empezamos con los interrogatorios. La señora declaró que el día del crimen hacía mucho calor y se había ido a casa de su vecina, la ayudó a bañar a sus niños y no escuchó nada. Luego interrogué a la vecina y me dijo que habían escuchado un ruido y minutos más tarde llegó la esposa del ingeniero de donde presuntamente se había suicidado la joven.

Comencé a armar el rompecabezas en mi cabeza. En cualquier investigación es necesario plantear todas las hipótesis posibles, por más descabelladas que pudieran parecer, y el éxito de eso es corroborar o descartar cada una, pues de donde menos te lo esperas puede aparecer el hilo que permita jalar la madeja.

Por la posición del cuerpo, por la trayectoria de la bala y la posición del arma determinamos que no había sido suicidio. Interrogué también al ingeniero, comencé con mis deducciones e hice lo que llamo la junta de los imputados. Por los datos recabados, los interrogatorios y las huellas del crimen parecía un asunto pasional.

Finalmente, la esposa confesó que su marido tenía amoríos con la muchacha y los había sorprendido. Era un asunto de celos. Aprovechó un momento en que la joven se había terminado de bañar, se recostó en su cama, y mientras dormía, la señora sacó una pistola que tenía su marido en casa y le pegó un tiro. Luego le colocó la pistola en la mano. Fue un

escándalo porque la señora era hija de un hombre muy rico de Coatzacoalcos, pero eso no impidió que pudiéramos hacer justicia.

Al ministerio público que estuvo a cargo de la investigación lo cesamos; era un pendejo, pues determinó que había sido suicidio sin investigar nada. La función de todo ministerio público es la de acción, de requerimiento, de investigación.

En aquel momento la reina de las pruebas era la confesional, pero como se abusó de ella —pues había cabrones que después de una pinche madriza podían decir que habían matado hasta a Kennedy— comenzó a tener mayor peso la prueba circunstancial. Ahora se tiene que corroborar la confesional con la circunstancial: tiempo, lugar, modo, ejecución del hecho. El éxito más grande del ministerio público es la culminación de su investigación con el auto de formal prisión; la sentencia ya es el éxito pleno y no existen las medias tintas.

Otro de los hechos que me forjaron durante mis días en Chiapas ocurrió en 1972. Mi esposa y yo nos casamos el 28 de octubre y nos fuimos de luna de miel a Guadalajara, pero con el sentido de responsabilidad de mi juventud —o la pendejez, llámenle como quieran— y sin la obligación de hacerlo, al tercer día de nuestro viaje de bodas decidí reportarme y llamé al procurador:

—Qué bueno que llamaste, Javier, me urgía hablar contigo. Aquí tenemos un broncón: falsificación de títulos de maestros. Es un desmadre. Hazme un favor, regrésate y luego te doy unos días para tu luna de miel, —me dijo.

Mi esposa, siempre muy comprensiva, no puso reparos.

Me incorporé a la investigación, armé el caso, ayudé a los ministerios públicos federales, separamos lo que era competencia local de la federal y consignamos. Alguien denunció la falsificación de los títulos y detuvimos al profesor Jesús Flores Meléndez, en aquel entonces oficial mayor del congreso de Chiapas. Él y sus cómplices eran los responsables y ya tenían muy bien armado todo el teatro. Había maestros albañiles, empleadas domésticas y mecánicos con títulos que nunca habían pisado la escuela normal y no daban clases, eran aviadores.

Detuvimos a los supuestos maestros, recuperamos más de mil títulos, alrededor de 400 personas fueron aprehendidas, pero los líderes se lanzaron contra mí a través de la prensa. Hasta mi papá lo hizo en su periódico. Dijeron que era yo un nazi a ocho columnas en *La Voz del Sureste*: “El nazi de Coello Trejo. Hasta el parque central se oyen los gritos y lamentos de los maestros...”, decía la nota. Pero a pesar de las críticas y las presiones, habíamos actuado con la ley en la mano.

Durante esa investigación conocí a Miguel Nazar Haro y con el tiempo nos hicimos amigos, le gustaron mi forma de trabajar y mi eficacia y llamó su atención mi juventud; también al licenciado Edmundo García Sánchez, el agente del Ministerio Público Federal más chingón que había en aquella época; al licenciado Alpuche y al licenciado Rodríguez Gómez, todos ellos participaron en el caso.

Polvos para enamorar

Tengo 53 años de conocer a mi esposa y en 2021 cumpliremos 49 años de casados. Conocí a Jovita Zuarth Corzo en Villaflores, Chiapas, en su pueblo natal, en 1967, durante la campaña electoral que realizaba mi papá para ser diputado federal.

Me sumé a su gira electoral, andaba haciendo proselitismo a su favor y con el micrófono en mano invitaba a la gente a que le dieran su voto. Algunas personas se detenían, otras seguían de largo. De pronto la vi caminando. Puede parecer un cliché, pero fue como una visión, quedé prendado de ella en ese instante y me dije: “de aquí soy”, y como dicen que la ocasión la pintan calva, aproveché que tenía el micrófono en mano y que la chuleo por el altavoz. Se sonrojó.

Mi futuro suegro también ayudaba en la campaña de mi papá, éramos amigos y a pesar de la diferencia de edades nos hablábamos de tú, pero en esos momentos desconocía que fuera el padre de la jovencita que me había arrebatado el corazón unas horas antes.

Ese mismo día nos reunimos en la casa de campaña y Jaime me dijo:

—Quiero presentarte a mi esposa y a mis hijas. Vente a la casa, te invito, esta noche tenemos un baile.

Acepté, aunque en mi mente estaba aquella chamaca que me había deslumbrado. Me presenté a buena hora en su casa, esa noche el calor era insoportable por lo que habían dejado las puertas abiertas —como se acostumbra en Villaflores— y solo una pequeña reja impedía que se metieran los perros que de pronto rondaban la calle.

Cuando llegué, ingresé a la casa pero olvidé cerrar la reja. De pronto escuché un grito:

—¿Quién cabrones dejó la reja abierta?

Y así, de la nada, como si fuera una aparición, salió Jovita, bellísima.

—Perdón fui yo, mucho gusto, soy Javier Coello Trejo, —respondí y le extendí la mano.

Se me quedó mirando y me reconoció, supo que yo era quien la había chuleado por el altavoz.

Con el tiempo me confesó que le había gustado desde que me vio en la camioneta. Ahí comenzó todo. Me preguntó si quería tomar un café en lo que llegaba su papá. “¿Cuántas de azúcar?”, me preguntó.

Le pedí que lo preparara solamente con una cucharada. Regresó, se veía hermosísima, y me dio el café. Le di un sorbo y casi lo escupo, no le había puesto azúcar, se equivocó y le puso sal. Siempre he dicho que ahí fue donde ella me enganchó, me echó polvos para enamorar.

Minutos después salió Jaime, su papá, me presentó formalmente a su esposa y a sus hijas y nos fuimos a la fiesta. No la solté ni un instante, bailamos toda la noche. Le conté de dónde era, qué estaba haciendo, dónde trabajaba. En un principio todo fue por carta, nos escribíamos casi a diario porque ella estaba en Villaflores y yo me movía entre San Cristóbal y Tuxtla Gutiérrez.

En enero siguiente fui con mi papá a las fiestas de Villaflores. El 13 de enero de 1968, recuerdo perfectamente la fecha, la invité a tomar un café y ahí me le declaré, llevábamos como un año escribiéndonos, y sin dudarle me dio el sí. A los 15 días regresé solo a Villaflores. Me estaba boleando los zapatos cuando vi pasar al que sería mi suegro y le pedí que me diera unos momentos para hablar con él.

—Don Jaime, me gusta su hija Jovita. Hace 15 días me aceptó como su novio y quiero pedirle permiso para visitarla, —le dije.

Le hablé claro, le dije cuáles eran mis intenciones, le conté lo que estudiaba y acerca de mi trabajo en la procuraduría del estado. Me respondió con amabilidad:

—Ya te conozco Javier y solo te pido respeto.

Nos dimos un apretón de mano y dejé de tutearlo, comencé a llamarle “don” Jaime.

El problema era que a mí me encantaban el pedo, la bohemia y los amigos; declamaba y cantaba. Nunca fui de mujeres, pero reconozco que me gustaba la copa por la poesía, la música y la plática.

A la abuela materna de mi esposa no le caía bien, al grado de que en un baile me la presentó y la señora me dejó extendida la mano. Se veía molesta y aún sin conocerme me dijo:

—Mire, joven, si ahorita lo pongo de cabeza seguramente no trae ni polvo de cigarros en las bolsas.

—Señora, con todo mi respeto, algún día la voy a servir, —le respondí.

Con el tiempo me llegó a adorar la viejita.

En los años que tenemos juntos, 49 de casados y 5 de novios, le he llevado alrededor de mil serenatas. Soy un romántico, siempre he disfrutado la poesía, la música clásica, pero no me resisto a escuchar a Agustín Lara o Álvaro Carrillo.

Por esos días yo era muy bronco y como me quedé con la más bonita del pueblo, todos sus pretendientes se querían medir conmigo. Nunca saqué la pistola, las diferencias que tuve las resolví a madrazos. No era pendenciero pero tampoco me dejaba de nadie.

La farra para mí era una cosa romántica, en una velada de bohemia, si algún pendejo empezaba a discutir yo me paraba y me iba. Nunca fui mala copa, pero esa bohemia le causaba ruido a la abuelita y a otros tíos de Jovita y empezaron a presionar a mis suegros para que la alejaran de mí. Recuerdo que en una ocasión le propuse fugarnos y Jovita aceptó pero decidí que era mejor hablar con su papá y lo invité a comer.

—Don Jaime, como le dice su familia, y usted lo sabe, me encanta la copa, me encanta la bohemia, pero también me gusta trabajar. Soy un hombre de trabajo y le quiero pedir que no mande a Jovita a la Ciudad de México. Le juro que me voy a casar con ella y la haré inmensamente feliz. No puedo prometerle que voy a retirarme del pedo y la bohemia porque ni usted lo hace, pero sí puedo prometerle un comportamiento íntegro, —le confesé.

Y el señor me hizo caso. En lugar de mandarla a México la envió a Tuxtla Gutiérrez. Llegó a trabajar a una agencia de don Enrique Pedrero, un amigo de mi papá, muy buena gente. La nombró secretaria y ella tenía el control de los empleados.

Por entonces ya me había hecho de mi carrito, un Renault Gordini que compré a crédito. Me iba a las 5:30 de la mañana a San Cristóbal, pues eran los dos últimos años de mi carrera, regresaba a Tuxtla Gutiérrez a la Procuraduría a las 9:30, trabajaba todo el día y la recogía a ella, en su casa, cuando salía a comer. Regresaba al trabajo y de ahí me iba a San Cristóbal cuando tenía clases por la tarde. Todas esas facilidades me las daba el procurador.

Terminé mi carrera en 1970, y como me dediqué por completo al trabajo fui retardando mi titulación. Ya me quería casar, pero Jovita me había dicho:

—¿Quieres boda? Primero título.

Ella era una chingona con la mecanografía y le dicté mi tesis, la hicimos juntos. Por eso tomé la decisión de recibirme el 6 de octubre y me casé el 28. Cuando le propuse matrimonio no hubo anillo, pues ganaba muy poco. Apenas me alcanzaba para invitarla a comer.

Juntos empezamos a comprar nuestros muebles de madera estilo rústico, los hacían en San Cristóbal. Renté un

departamento en Tuxtla y lo fuimos amueblando juntos. Cuando nos casamos ya teníamos el departamento puesto.

No hay ser humano en el mundo que yo ame más que a mi esposa. Jovita es una mujer de gran temple, mesurada y con la cabeza fría. Desde el principio comprendió de qué se trataba lo que yo hacía y le entró conmigo. Ha sido mi compañera, mi consejera, mi amiga, mi amante en todo momento. Nunca se arredró, ni en los momentos más difíciles por los que hemos tenido que pasar, que no han sido pocos. Se dedicó a nuestro hogar, a educar y a cuidar a nuestros hijos y yo a cambio me encargué de que nunca le faltara nada.

He sido muy feliz a su lado y debo reconocer que tiene muchos pantalones. En alguna ocasión salimos a cenar.

—¿Vienes armado?, —me preguntó.

—Sí, —le respondí.

—Yo también, —agregó ella.

A ella le tocaron esos primeros años de mi vida profesional en Chiapas, siempre fuerte, siempre mesurada, siempre solidaria. Sin saberlo en ese momento, estaría a mi lado en los grandes momentos de mi vida pública, que apenas se dibujaban en el horizonte.

“Solo falta un nombre”

Cuando me fui a Tuxtla Gutiérrez para encargarme de la secretaría particular del procurador ya tenía cierta experiencia, había aprendido bien y rápido; por instrucciones del licenciado comencé a visitar las agencias del Ministerio Público del estado con el fin de combatir la corrupción. En esas andaba cuando nos comunicaron que se había cometido un crimen en Villaflores, y el procurador me pidió que me hiciera cargo de la investigación.

No tardé mucho en reunir las piezas del caso y resultó que los asesinos eran Policías judiciales protegidos por el jefe de la Policía del estado. De inmediato supe que ardería Troya, pero no me iba a echar para atrás, así que los detuvimos. Al gobernador Velasco Suárez no le quedó más remedio que despedir al jefe de la Policía y al hacerlo me dijo: “tú me armaste este lío, cabrón, ahora tú te haces cargo de la Policía”. Y así fue como asumí el mando. Era el año de 1971 y tenía 23 años de edad.

Me gané la confianza del gobernador y además contaba con el apoyo incondicional del procurador. Era natural que conforme ascendía los casos tuvieran mayor relevancia; no era lo mismo resolver la muerte accidental de alguna persona en Chiapa de Corzo o en alguno de los pueblos cercanos, a investigar casos que tenían impacto en el estado o en el gobierno. Yo lo sabía, pero al parecer al gobernador nunca le pasó por la cabeza.

Un día llamó para decirme que tenía conocimiento de que se estaban robando sacos de cemento y materiales diversos de las bodegas del gobierno y que había indicios de actos graves de corrupción.

—Coello, investiga, —me dijo.

Me presenté con el procurador para informarle de las órdenes del gobernador y comenzamos la investigación.

Apenas le rascamos tantito por aquí y por allá y encontramos un pinche robadero de la chingada. Había facturas que indicaban que se habían reparado todos los muebles de las oficinas del gobierno del estado, pero no una sino dos veces. Por supuesto eran falsas y así salió a la luz todo un esquema de corrupción dentro del gobierno.

Por una cuestión de procedimiento y seguridad, en todo momento le informé al procurador lo que iba apareciendo; conocía pelos y señales de la investigación y estuvo presente incluso cuando declararon los detenidos que habían emitido facturas falsas.

Terminamos la investigación a mediados de 1972 y se la entregué al gobernador en propia mano. Incluso sin haberla leído estaba tan complacido con el resultado que como muestra de agradecimiento me otorgó un bono extra, adicional a mi salario.

Pasó el tiempo, me casé y una noche de febrero de 1973, ya entrada la madrugada, mientras mi esposa y yo dormíamos tranquilamente en casa, sonó el teléfono. Era el secretario particular del gobernador licenciado Moreno Ballinas y se escuchaba muy agitado:

—Javier, vente al palacio de gobierno, no sé qué pasó, pero el gobernador está que se lo lleva la chingada.

La llamada me desconcertó y me fui al palacio de gobierno. Velasco Suárez tenía la costumbre de trabajar de madrugada, de la media noche a las seis de la mañana a diario. En una ocasión lo escuché comentar: “persona que con 4 horas de sueño no pueda trabajar es un pendejo”.

Ingresé a la oficina del gobernador y ahí estaba con sus principales colaboradores, el secretario de Gobierno, el director de obras públicas, que era su compadre, el oficial mayor, y sin mediar palabra, el gobernador empezó a increparme:

—Es usted un pinche mentiroso Coello, cómo es posible, —y señalaba la investigación que le había entregado meses atrás.

Como nunca he sabido quedarme callado cuando me faltan al respeto, le respondí con firmeza:

—Señor gobernador, ahí están todos los documentos, todo lo que me ordenó que investigara, declaraciones, pruebas, datos.

Pero como el gobernador estaba fuera de sus casillas, ni siquiera escuchó y arremetió de nuevo contra mí:

—Está loco, Coello, loco como su padre.

Estallé en cólera contra ese hijo de su chingada madre, y sin importarme que fuera el gobernador le grité:

—¡Tiene usted razón, gobernador, en esa investigación falta un nombre, el suyo! Porque todo ese dinero que se han robado los señores que están aquí sentados no se lo pudieron haber llevado sin su conocimiento. Así que vaya y chingue a su pinche madre, —y me salí del despacho.

Todo mundo en el palacio de gobierno se percató de lo que había sucedido y pensé: “ya me cargó la chingada, me van a matar”. Avancé apresuradamente por uno de los corredores del palacio de gobierno, al tiempo que retiraba el seguro a mi pistola y me dije: “pues chingue su madre”. Logré llegar a mi Volkswagen sin que nadie me detuviera y como no tenía muchas alternativas —no iba a regresar a casa para no exponer a mi esposa—, me dirigí a la casa del procurador.

Llegué y ya me estaba esperando en la puerta; su primera pregunta fue:

—¿Pero Javier, por qué le mentaste la madre al gobernador?

—Me insultó y me sacó de mis casillas cuando dijo que estaba loco como mi papá. Me acusó de mentir en la investigación que le presenté, pero usted que la hizo conmigo, que estuvo al tanto de todo, sabe que fue un trabajo exhaustivo y no dejamos ningún cabo suelto, —le respondí.

El procurador me escuchó atento y entonces le marcó a Velasco Suárez. Aún recuerdo cómo le habló con firmeza:

—Perdóname Manuel, pero esa investigación la supervisé personalmente y no queda duda, esos cabrones son unos rateros. Sí, estoy de acuerdo que Javier no debió mentarte la madre, pero cabrón, qué crees que dirá Roberto cuando se entere que tú dijiste que estaba loco. Gobernador, tú sabes quién es Roberto... Ah sí, con mucho gusto gobernador, nada más que con la renuncia de Javier te entrego la mía, —finalizó diciendo.

El procurador se sostuvo y el gobernador tuvo que recular. Respiré con alivio pero sabía que mis días en Chiapas estaban contados. Permanecí en mi cargo hasta julio y el tiempo se me hizo eterno, fueron meses muy incómodos. Nunca le comenté a mi padre que el gobernador lo había llamado “loco”, era muy cabrón y lo hubiera ido a matar porque eran íntimos amigos y Velasco le había sido desleal con el asunto de la gubernatura, como lo referí anteriormente.

Finalmente en julio, el procurador que hasta el último momento me demostró su amistad y su lealtad incondicional, me dijo:

—Javier, esto ya es insostenible. Vete a la Ciudad de México, te voy a dar una recomendación para el ministro Serrano Robles.

No pude más que agradecerle lo que había hecho por mí, pero sobre todo que me hubiera apoyado, incluso poniendo en riesgo su cargo.

Salí de su oficina, me dirigí a la casa donde vivía con mi esposa, le conté lo sucedido y le dije que me iba de inmediato a la capital. Jovita siempre le entró al toro por los cueros conmigo; tuvo que fajarse casi desde el momento mismo en que nos casamos. Llevábamos apenas cuatro meses juntos cuando estalló el desmadre con el gobernador Velasco Suárez. Comprendió la situación y aceptó quedarse en Tuxtla Gutiérrez mientras yo me colocaba en el Distrito Federal. Estuvimos separados poco más de un mes, hasta que le avisé que había encontrado trabajo. Así terminaron mis primeras andanzas en Chiapas. Jamás me imaginé que años después regresaría como secretario de gobierno.

CAPÍTULO 3

“HAY QUE TENER GÜEVOS”

Llegué confiado a la Ciudad de México a finales de julio de 1973. Pensé que la recomendación que me había dado el procurador Luis Domínguez Carrascosa me facilitaría las cosas y no tardaría en encontrar trabajo, pero no fue así. La recomendación del procurador fue para el ministro de la Corte, Arturo Serrano Robles, y mi papá me recomendó con don Salomón González Blanco, quien había sido secretario del Trabajo en tres sexenios. El ministro me ofreció un cargo de actuario interino y don Salomón me mandó olímpicamente a la chingada.

Ya había sido jefe de la Policía, ministerio público, secretario particular del procurador, director de los Servicios Administrativos y visitador del Ministerio Público en Chiapas; era abogado titulado y lo único que me ofrecían eran interinatos. Nunca rehuí a trabajar, pero no podía aceptar un interinato, pues significaba trabajar 30 días y luego a buscar otra vez. Ya no podía permitirme eso, no estaba solo, mi esposa dependía de mí y debía velar por ambos.

Como ninguna de las recomendaciones sirvió para nada, como último recurso se me ocurrió buscar a don Pedro Ojeda Paullada, que por entonces era el Procurador General de la República. Lo había conocido unos meses antes, en circunstancias algo extrañas, por decir lo menos, cuando colaboraba con el procurador de Chiapas.

En esa ocasión, Jorge de la Vega Domínguez, por entonces director general de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), invitó a don Pedro Ojeda a su rancho en Chiapas, lugar al que solamente se podía llegar en avioneta. Me encontraba atendiendo mis asuntos cuando recibí una llamada del gobernador Velasco Suárez.

—Javier, el presidente Echeverría está buscando al Procurador General de la República, tiene tres días esperándolo, pero don Pedro no puede salir del rancho de Jorge de la Vega por el mal tiempo. Hay que sacarlo a como dé lugar, —dijo.

—Putá, pues solo que sea caminando, —respondí con ironía, porque de hecho solo por aire podrían salir del rancho.

—Pues a ver cómo le haces, —agregó el gobernador y colgó el teléfono.

Aunque la cosa estaba muy jodida, me comuniqué con uno de mis primos, Jaime Coello, piloto aviador retirado del Ejército que tenía sus avionetas y hacía viajes privados. Le dije que era una orden presidencial y me respondió:

—Está cerrado el cielo, el clima de la chingada... me arriesgo a volar, pero solo si tú vienes conmigo Javier.

“Putá madre” pensé, y seguramente lo dije, pero ni hablar, había que hacerlo, así que emprendimos el vuelo. Ya encima del rancho, mi primo empezó a dar vueltas y vueltas, la avioneta se sacudía como si fuera de papel y yo estaba cagado. De pronto me dijo: “agárrate, cabrón”, nos fuimos en picada y el cabrón hijo de la chingada se metió en un claro; cuando dejé de ver montañas me dije: “ya chingamos”. Y así fue que logramos aterrizar.

Ya en tierra, el licenciado don Pedro Ojeda me dijo:

—Putá, Coello, ¿pues quién es usted? Está loco.

—Señor, traigo órdenes del señor presidente de sacarlo de aquí, —le respondí.

Subieron al avión el licenciado Ojeda, don Jorge de la Vega, mi primo y yo y un rato después estábamos de vuelta en Tuxtla Gutiérrez.

Antes de partir para la Ciudad de México, el licenciado Ojeda me dijo:

—Licenciado Coello, lo reconozco, hay que tener güevos para hacer lo que hizo. Tenga mi tarjeta, lo que usted guste, estoy para servirle.

Lo que sucedió aquella vez y la tarjeta de don Pedro era la última recomendación que me quedaba para encontrar trabajo y esperaba que el licenciado Ojeda me recordara y tuviera presente aquella ocasión. Así que fui a buscarlo a las oficinas de la procuraduría en San Juan de Letrán. Sabía que llegar al Procurador General de la República era casi imposible; me presenté en sus oficinas y dos cabrones me dijeron: “el señor procurador está muy ocupado. No lo puede recibir sin cita”.

Me pasé ocho días yendo y viniendo, esperando horas para ver al procurador, hasta que mi esposa me dijo: “Ve a pararte en la puerta, pregunta por dónde ingresa a sus oficinas y espéralo ahí”. Así lo hice. A la mañana siguiente me paré en el elevador por donde ingresaba y de pronto lo vi caminando hacia donde yo estaba.

Me reconoció de inmediato, me saludó y comenzamos a platicar de aquel día de la avioneta. Cuando tuve oportunidad, le pregunté si podía recibirme algunos minutos y con gran amabilidad me dijo que lo acompañara, subimos hasta el piso 14 y entramos a su oficina.

—Tengo ocho días intentando verlo, licenciado, pero su personal siempre lo negó, —luego me enteré con mucho gusto que le metió una cagada marca diablo a quienes me habían impedido verlo.

Le expresé las razones que me habían llevado a buscarlo y le conté lo que había pasado en Chiapas con el gobernador Velasco Suárez.

—Acepto que me excedí y fui grosero, —le dije.

—Sí se excedió, pero usted hizo lo que él le había ordenado. El loco es él, no se preocupe. Bienvenido al Ministerio Público Federal, —y concluyó nuestra reunión.

Así fue como ingresé por la puerta grande a la Procuraduría General de la República.

Mesa 29

En 1973, en el Ministerio Público Federal en el Distrito Federal había un “sector central” con 49 mesas de trámite, en las cuales se desahogaban todos los delitos federales que se perpetraban en la circunscripción del DF y en las secretarías de estado y paraestatales. El Procurador General de la República me nombró titular de la mesa de trámite número 29, en el sector central, que no era otra cosa que la Dirección General de Averiguaciones Previas de la Procuraduría General de la República, que estaba en San Juan de Letrán. Tomé posesión como ministerio público federal el 23 de septiembre de 1973.

Apenas ingresé a mi nuevo trabajo ya tenía en mi escritorio 100 averiguaciones previas por delitos federales. Por ejemplo, libramiento de cheques sin fondo, fraudes a la federación, delitos contra la salud, accidentes terrestres en las carreteras donde se dañaba la propiedad federal, delitos en fideicomisos, delitos bancarios, entre muchos otros.

No tardé en percatarme que todas o la mayoría de las averiguaciones estaban “bailadas”, es decir, el ministerio público que me las había entregado ya las había negociado. Me acerqué al jefe de mesas para comentarle lo que había encontrado y me dijo:

—No, Coello, pues usted resuelva.

Con esa respuesta supe que él también estaba metido en el ajo.

Comencé a investigar, a revisar caso por caso, a citar gente. Como era previsible, no tardaron en desfilar todo tipo de abogados para decirme más o menos lo mismo: que ya se habían puesto a mano con el ministerio público a quien sustituí. A todos les respondía lo mismo: “me dirá usted lo que quiera, pero así no es la cosa”.

Pisé muchos callos, me fui haciendo una fama de cabrón, de duro, de intransigente y eso me trajo enemigos, porque se les acabó el negocio. Casos muy variados, desde comprar a los peritos, mandar a la reserva averiguaciones iniciadas por delitos contra la salud, en fin, una serie de corruptelas que poco a poco fui arreglando y en donde pude ejercité la acción penal.

Era muy joven, tendría 25 o 26 años, pero desde entonces empecé a pelear, a trabajar duro, a tratar de poner orden en donde yo estaba y además a garantizarle a mi esposa estabilidad. No tenía un buen sueldo y como suele suceder en el gobierno, se tardaron 6 meses en comenzar a pagarme. Durante ese tiempo tuve que pedir prestado, vendí tres pistolas que me habían regalado en Chiapas y para completar conseguí un trabajo por las tardes.

Carlos Muñoz Villalobos era tío de mi esposa. Él jugó un papel muy importante en mis primeros años como ministerio público, me ayudó, me aconsejó y como él ocupaba el cargo de director general de Administración de Telecomunicaciones en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, me contrató para algo muy simple: sacar del bote a funcionarios de la secretaría que caían por faltas administrativas, por agarrar la peda, pues.

A veces me hablaban en la madrugada de la Secretaría para comunicarme que algún funcionario estaba detenido y entonces me presentaba en las delegaciones para sacarlos. Me pagaban 1000 pesos al mes por hacer esas tareas y ganaba 2800 pesos en el Ministerio Público. Como todavía no teníamos hijos, nos alcanzaba con eso. Mi esposa y yo vivíamos en la calle de Montiel en la Villa, en un pequeño departamento. Así comenzó nuestra vida en el Distrito Federal.

Con el tiempo, el director de Averiguaciones Previas, el licenciado Narváz Angulo, se dio cuenta que me entregaba por completo a mis labores y que tenía capacidad. Yo le llevaba asuntos y consignaciones. Era un hombre duro, pero muy bueno, fue uno de mis mentores.

Por esos días le entraba a todo, estaba comprometido al cien por ciento con mi trabajo. Si el jefe de mesas decía: “aquí hay un asunto de mariguana”, yo lo tomaba y lo integraba. Empecé a ir por las tardes, me quedaba a comer en la oficina y salía hasta muy tarde. La mayor parte del tiempo estaba ahí, lo cual jugó a mi favor, ya que tuve la buena fortuna de contestarle al procurador tres o cuatro veces.

La primera vez solo me saludó y me pidió que localizara al jefe de mesas; la segunda, se sorprendió de que le respondiera de nuevo y me dijo:

—Oiga Coello, ¿qué vive usted ahí?

Y a la tercera o cuarta llamada, cuando contesté, ya no me preguntó nada, solo me decía: “suba a mi oficina”.

En una de esas veces platicamos largo rato. El procurador me comentó que había un rezago muy preocupante en el Ministerio Público Federal en toda la República, y si bien existía la visitaduría, no daba los resultados esperados. Yo escuchaba atento y entonces me dijo:

—Hemos pensado poner en marcha un plan piloto para combatir el rezago que existe en las averiguaciones previas, ¿le entra?

Ni siquiera le di tiempo de terminar.

—Claro que le entro, —de inmediato le respondí.

Así, a tan solo un año de haber entrado en la Procuraduría General de la República, fui nombrado revisor del primer circuito, que incluía el Distrito Federal, el estado de México, Querétaro, Puebla y Morelos. Había dejado de ser ministerio público de mesa para ser agente del Ministerio Público auxiliar del procurador.

Tomé posesión de mi nuevo cargo en 1974. Mi primera función era encontrar las causas del rezago en las averiguaciones previas que así, al vuelo, era escandaloso. Me puse a supervisar la actuación de los ministerios públicos federales, a integrar con ellos las averiguaciones, a ponerlos al día para combatir el rezago. Lo que ya estaba prescrito, pues a consultar el no ejercicio de la acción penal; y lo que no habían consignado por güevones o porque ya “habían bailado” el asunto, pues hacía lo necesario para consignar ante los jueces de distrito.

La corrupción estaba a la orden del día. Uno de los primeros casos con el que me topé ocurrió en Texcoco. Había un ministerio público ya muy viejo que se había vuelto casi un cacique: violaba la ley, otorgaba cauciones, fianzas y se robaba el dinero. En los delitos contra la salud, por ejemplo, otorgaba fianzas por 50 o 60 mil pesos, que se quedaba sin ningún empacho.

Cuando comencé a revisar el caso encontré un cochinerero y lo consigné con el apoyo del Procurador. Ese fue mi primer golpe, el primer ministerio público federal que cayó. Así empezó nuestra cruzada, todo mundo supo que íbamos en serio, así que no tardaron en llegar quejas de miembros del Poder Judicial de la federación. Decían que era imposible que consignara hasta cuarenta asuntos en una semana —porque no me daba el tiempo para más—, pero en vez de perjudicarme, ese tipo de quejas evidenciaban que todo estaba corrompido y el Procurador se dio cuenta que íbamos por el camino correcto.

No pasó mucho tiempo antes de que fuera nombrado revisor general de la República. Conforme pasaba el tiempo tenía más facultades y me asignaban más ministerios públicos. Como el trabajo se incrementaba, seleccioné a un grupo de probada honradez y continuamos luchando contra el rezago y la corrupción dentro de la institución. Así formé mi equipo de trabajo, que era conocido como Los revisores; éramos once ministerios públicos, yo estaba a la cabeza y dividimos la República para trabajar con más eficiencia.

Me volví hombre de todas las confianzas del Procurador; conocía mi entrega y lealtad, estaba complacido con la forma como estábamos luchando contra la corrupción, contaba con su confianza, así que además de mi trabajo comencé a asignarme investigaciones especiales.

Investigaciones

Uno de los primeros casos que investigué fue el de un fraude contra Nacional Financiera, en el año de 1975, perpetrado por una empresa llamada Sofides Fondos Financieros, y de la cadena de Hoteles Purua, en la que estaban involucrados el hermano y el sobrino del general Miguel Henríquez Guzmán, candidato a la presidencia en 1952.

Otro caso muy importante, relacionado con el narcotráfico, fue el de una organización criminal que llamamos Los Pelotaris, porque varios de sus miembros eran jugadores de ese deporte. Fue la primera operación que realizamos conjuntamente con la DEA.

Ya desde entonces sabía que el éxito de una investigación dependía de la paciencia, así que fuimos paso a paso. Logramos infiltrar a un cabrón en su banda, era uno de nuestros agentes al que le decíamos Chepe Lupe. Gracias a él, supimos lo que hacían, cómo lo hacían, qué rutas seguían, armamos el caso y dimos el golpe.

Esta banda delictiva recibió un cargamento de varios kilos de cocaína que fue arrojado en río Lagartos, Yucatán. Una vez que los delinquentes lo recuperaron seguimos su recorrido; pasó por Campeche, Chiapas, Veracruz, llegó a la Ciudad de México, donde estaba uno de los centros de distribución de estos narcos y continuamos la pista hacia el norte, hasta que llegó a Chicago. Así supimos qué autoridades estaban involucradas a lo largo del trayecto, quiénes participaban en la línea fronteriza, cómo estaban metidos los *sheriffs* en El Paso, Texas y otras autoridades estadounidenses.

Cuando nos informaron que el cargamento había llegado a Chicago, viajé a la ciudad norteamericana acompañado del comandante y buen amigo, Florentino Ventura, y dos agentes más. Con la investigación completa nos pusimos de acuerdo con las autoridades estadounidenses y les caímos en un estacionamiento en Chicago. Los narcotraficantes opusieron resistencia y hubo varios muertos, pero detuvimos a todos.

Al tiempo que realizábamos el operativo en Estados Unidos ordené que la Policía judicial federal actuara en la Ciudad de México y agarramos al resto de la organización. Eran como 5 o 6 «pelotaris» y los capturamos a todos. Esa investigación nos llevó mes y medio y no dejamos ningún cabo suelto. Fue un caso muy chingón resuelto con todo éxito.

En esos años también realizamos una investigación de Sinaloa a Sonora para conocer con más detalle el tráfico y el manejo de la mariguana y de la heroína. Así conocí el llamado Triángulo dorado que se formó durante la Segunda Guerra Mundial, debido a que los norteamericanos necesitaban la materia prima para producir morfina para sus tropas.

Chihuahua, Sinaloa y Durango contaban con grandes extensiones de tierra para cultivar la amapola. De esta planta se saca la goma de opio que se transforma en polvo, se le añaden químicos y se produce la heroína, que a su vez da origen a la morfina. Durante los años de dicha guerra el gobierno mexicano autorizó su producción, pero cuando terminó el conflicto, muchos soldados norteamericanos regresaron convertidos en adictos y comenzó el tráfico, por supuesto, al margen de la ley. Comencé a empapararme del tema, a conocer de los capos, que como digo, todavía no tenían un papel predominante y el narcotráfico estaba lejos de ser un asunto de seguridad nacional.

Eran mediados de los años setenta y comenzamos los famosos retenes en toda esa región. Como nadie los esperaba, no tardaron en caer comandantes, Policías y hasta miembros del Ejército. Hicimos una limpieza. En esos años, los hermanos Fernández eran los cabecillas del narcotráfico en Sinaloa, pero a raíz del operativo que implementamos, los narcos migraron a Jalisco y ahí fue donde comenzó a crecer Miguel Ángel Félix Gallardo, a quien me tocó detener en la época del presidente Salinas.

Aprendí mucho bajo las órdenes del procurador Pedro Ojeda Paullada, fue una etapa fundamental en mi vida. Era un hombre pragmático, con mucho sentido de la política pero sobre todo muy duro. Tenía un defecto, bebía demasiado, pero eso nunca le impidió desarrollar su trabajo con responsabilidad y eficacia. Nos entendimos muy bien porque rápidamente me gané la fama de ser también alguien duro, siempre procuré mostrar mi firmeza y que no me amilanaba.

En todo momento conté con el apoyo del Procurador y él sabía que contaba conmigo incondicionalmente, cualquiera que fuera el asunto. En una ocasión me llamó para comentarme que tenía un problema muy cabrón en Nogales, Sonora.

El procurador Ojeda Paullada había designado a un amigo suyo, coordinador de la campaña contra las drogas en el estado de Sonora. Pero este abogado había enloquecido, literalmente se había vuelto loco; llegó a Nogales y detuvo a toda la población.

—Váyase para allá, Coello, y tráigamelo amarrado si es necesario. Está loco, —me ordenó el Procurador.

No perdí tiempo y me hice acompañar de Florentino Ventura, quien fue comandante bajo mis órdenes durante más de 10 años. Cuando llegamos a Nogales el amigo del procurador tenía filas de gente detenida porque decía que todos eran traficantes de drogas. Le pude quitar el mando, lo detuve y lo enviamos a la Ciudad de México. No fue fácil corregir todas las pendejadas que este abogado había cometido. Ahí fue donde entendí que el poder no solamente apendeja, sino que aloca.

Con el tiempo aprendí que el Policía nace, tiene su vocación tatuada en la piel y conocí muchos buenos Policías, pero como jefe entendí para qué sirve cada cabrón. Hay Policías de investigación, observan, analizan, lanzan teorías, concluyen, son los chingones. Hay Policías de aprehensión; otros tienen el don de interrogar, también hay Policías para determinados delitos, por ejemplo, los de homicidios, que desarrollan otras cualidades.

Un buen jefe es aquel que logra leer sus talentos y sabe a quién debe designar para cada área, para cada trabajo. A lo largo de los años supe rodearme de la gente adecuada. Además, es un hecho que si no hay voluntad política para combatir el crimen o la corrupción, no hay forma de que la historia termine bien. Y en los distintos cargos que ocupé siempre conté con el apoyo de mis superiores.

La Brigada Blanca

Al licenciado Luis Echeverría lo conocí cuando era secretario de gobernación del presidente Díaz Ordaz. Me lo presentó mi papá en la Ciudad de México y luego como dirigente estudiantil me tocó recibirlo en la Escuela de Derecho, en San Cristóbal de las Casas en Chiapas, cuando andaba en su campaña electoral, episodio que ya referí.

No lo volví a ver hasta marzo de 1975, en una situación muy curiosa. Echeverría era muy echado para adelante, a veces, incluso, era hasta imprudente. El 14 de marzo de ese año, al presidente le pareció buena idea asistir al inicio de cursos en la Universidad Nacional Autónoma de México. Para nadie era un secreto que eso significaba meterse a la boca

del lobo, porque los estudiantes lo despreciaban, lo acusaban de ser responsable por la represión de 1968 y el halconazo de 1971.

Pero a Echeverría no le importaron ni siquiera las manifestaciones en su contra que surgieron una vez que se dio la noticia de que iría a la Facultad de Medicina a inaugurar los cursos. Como era previsible, lo único que recibió fueron gritos e insultos y se puso peor la cosa cuando en el auditorio les dijo a los estudiantes que eran jóvenes manipulados por la CIA.

La comunidad se encabronó, le arrojó monedas y piedras y el presidente tuvo que ser sacado por miembros de su Estado Mayor, encabezados por Jorge Carrillo Olea. Aunque el incidente no pasó a mayores, el presidente Echeverría se llevó una buena pedrada que le provocó una herida en la cabeza, sin consecuencias más que algo de sangre.

Como ministerio público federal me correspondió dar fe del incidente. Me envió el procurador, me presenté en Los Pinos y me encontré con el presidente al que se lo cargaba la chingada. Estaba muy encabronado. Lo de la pedrada era una tontería, estaba lastimado en lo más profundo de su amor propio.

Me presenté y le dije:

—Señor presidente, soy el licenciado Javier Coello Trejo, agente del Ministerio Público Federal, vengo a tomar su declaración porque iniciaremos una averiguación por lo ocurrido en la universidad.

Cuando escuchó mi nombre me interrumpió y preguntó:

—¿Coello?, ¿qué es usted de Roberto Coello?

—Es mi padre, —le respondí.

Se me quedó viendo unos instantes y agregó:

—Ah, mire, dele mis saludos.

Terminé mi diligencia, me despedí, la entregué al procurador y por supuesto nadie fue consignado.

Vi al presidente en dos ocasiones más, una vez por el asunto de Nacional Financiera y luego como Ministerio público federal, cuando tuve una pequeña participación en la llamada Brigada Blanca.

Eran tiempos difíciles. Después de lo ocurrido en 1968 y en 1971 muchos jóvenes optaron por sumarse a los grupos guerrilleros que surgieron a lo largo del sexenio de Echeverría, como la Liga 23 de septiembre, Los enfermos de Sinaloa, Los lacandones de Chiapas. Eran la llamada guerrilla urbana que daba sus golpes en las principales ciudades del país.

Aunque la Brigada Blanca se había formado en 1972 y operaba en Guerrero, Sinaloa, Chihuahua, Nuevo León, Jalisco, Puebla y Morelos, en junio de 1976, el gobierno del licenciado Echeverría decidió que se integrara un grupo especial que actuara en la Ciudad de México, compuesto por Policías de la Judicial Federal, militares, Policía judicial del Distrito Federal, Policía del estado de México y la Dirección Federal de Seguridad, además de varios agentes del Ministerio Público Federal con experiencia, entre los que me encontraba yo.

Mi labor era integrar averiguaciones previas que la Brigada Blanca se encargaba de complementar. Por ejemplo, en Chipas, detuve a un muchacho de la zona de Pichucalco que comandaba a Los lacandones de Chiapas. La Brigada era comandada por el general Quiroz Hermosillo y el general Acosta Chaparro, a quienes conocí bien.

Como ministerio público me tocaba recibir las denuncias y a los detenidos. Estaba bajo las órdenes del licenciado Rafael Anzures Gorozpe, también participaba el maestro Sergio García Travesí y el licenciado Javier Esquinca. Éramos 10 ministerios públicos y teníamos un piso en donde se integraba todo. Llegué ahí por instrucciones del procurador, don Pedro Ojeda Paullada.

La Brigada Blanca cometió algunos excesos, pero para combatir a la guerrilla era necesario tener cabrones del mismo pelo. No íbamos a enviar a un sacerdote a investigar a un cabrón asesino. Eso hubiera estado muy jodido. Y se cometieron excesos, pero no todo lo que se dice es cierto.

Muchos guerrilleros huyeron a Cuba. A mí me tocó interrogar a varios muchachos que fueron adoctrinados en la Universidad Patricio Lubumba en Cuba. Quizá las causas por las cuales luchaban o por las que iniciaron sus movimientos eran justas, pero luego se infiltraron muchos comunistas que los manipulaban.

No podíamos permitir que esos cabrones —que después los llamé “comunistas del Pedregal”, pues vivían con todas las comodidades del capitalismo— pusieran en riesgo al gobierno, a las instituciones y al país. Luego se hicieron líderes y Echeverría los fue comprando, les fue dando cargos, así es la política.

El delito por el que más consignamos muchachos fue por el de disolución social, pero también asonada, motín y rebelión. ¡Putra madre, cada que me acuerdo! Trabajaba largas jornadas en el campo militar número 1. Ahí estaba concentrado el mando de la Brigada Blanca bajo las órdenes del general Quiroz Hermosillo.

Eran tiempos difíciles, ya lo mencioné, pero debe quedar muy claro que para que la justicia funcione la labor del ministerio público es fundamental. Como representante de la sociedad, el ministerio público debe integrar la averiguación previa —hoy les llaman carpetas de investigación— sin un error, sin recovecos, sin fisuras, de tal forma que

le cierren las puertas a la defensa del acusado y al juez no le quede otra alternativa más que consignar y procesar. La función de este tipo de agentes es procurar justicia; la del juez es administrarla. Para que el juez administre bien justicia necesita una muy buena procuración de justicia. Puedo decir con orgullo que nunca me soltaron un cabrón.

¿Guerra sucia?

Siempre he sostenido que no hubo “guerra sucia”, como le han llamado a ese periodo en el que el gobierno mexicano enfrentó a los grupos guerrilleros. ¿Por qué guerra sucia? ¿Porque combatimos al crimen? ¿Porque se hizo justicia? Si hubo una guerra sucia fue la que hicieron esos delincuentes contra nuestros hombres, nuestros Policías, nuestros agentes, nuestro Ejército; muchos perdieron la vida y hasta su patrimonio, nadie les ha dedicado nunca unas líneas y al parecer sus nombres permanecerán en el anonimato.

Ya olvidaron cuántos delincuentes asaltaron bancos, secuestraron gente, secuestraron aviones, ametrallaron a gente inocente en aras de nada, de una ideología equivocada, manejada por los rusos y los cubanos y siempre usando a los estudiantes como carne de cañón.

¿Desaparecidos? Esto también es una invención; luego de enfrentarse al Ejército, los guerrilleros solían llevarse a su gente, a sus caídos, era la forma en que podían llevar su propio registro. El único que no apareció fue el hijo de Rosario Ibarra de Piedra, cuyo cuerpo se lo llevaron los propios guerrilleros y lo enterraron.

Jesús Piedra Ibarra fue quien mató impunemente a don Eugenio Garza Sada en septiembre de 1973, cuando lo secuestraron, por ser el líder de los empresarios regiomontanos; el presidente Echeverría negoció con ellos, y cuando lo llevaban para ser entregado en intercambio, Jesús Piedra Ibarra sacó la pistola y le dijo: “pinche rico, hijo de tu chingada madre”, entonces le disparó y lo mató.

Todo esto se supo cuando la Dirección Federal de Seguridad detuvo a otros de sus compañeros delincuentes. Dos meses después, en noviembre, cayó abatido en un enfrentamiento en Monterrey con la Policía, sus compañeros se lo llevaron y entonces Rosario Ibarra de Piedra, su madre, lo convirtió en bandera política; esta señora ha vivido del cuento a partir de entonces.

Se preguntarán por qué estoy enterado de esto, es muy simple, en el sexenio del presidente López Portillo, el Procurador General de la República, don Óscar Flores Sánchez, ordenó una minuciosa investigación de los supuestos desaparecidos en la que participé.

Conocí a la señora Ibarra de Piedra en una ocasión en que el Procurador la citó y le dio una explicación con pruebas de cómo y en dónde había sido abatido su hijo al enfrentarse con la Policía. La señora nunca contó esto, en virtud de que la muerte de su hijo fue su bandera para alcanzar todo lo que posteriormente logró y que es públicamente conocido.

Los miembros de los grupos guerrilleros urbanos no eran jóvenes cantando canciones de protesta, eran verdaderos delincuentes. La opinión pública ha olvidado que estos jóvenes envenenados por teorías que a la postre resultaron inútiles, asaltaron bancos, secuestraron gente, ametrallaron impunemente casetas de Policía y tenían como fin, cuando menos, desestabilizar al gobierno legalmente constituido.

Con estas afirmaciones no quiero que se piense que la muerte de jóvenes no es dolorosa, pero la seguridad de la nación, el bienestar de la sociedad, la seguridad de los niños, mujeres y hombres, de familias enteras, es obligación del Estado.

Recuerdo el caso de Carlos Morales García, el Pelacuas. Estaba metido en las grillas de la Universidad de Guadalajara, organizó una guerrilla urbana en la capital tapatía para enfrentarse a la Liga 23 de septiembre y a la Federación de Estudiantes de Guadalajara, fue acusado de matar a cinco de sus enemigos en un restaurante del centro histórico de aquella ciudad y también se dijo que participó en el asesinato de Carlos Ramírez Ladewig, líder político de la universidad.

Durante mucho tiempo su “guerrilla” mantuvo asolada a la ciudad de Guadalajara, además estaba protegido por un general del Ejército, comandante la zona militar. Su *modus operandi* era amenazar a los empresarios y gente de dinero, a quienes extorsionaban con el cuento de que secuestrarían a sus familiares. Hubo empresarios que no le creyeron, fueron secuestrados y salvaron la vida gracias a los rescates millonarios que sus familias entregaban.

El procurador Ojeda Paullada me puso al frente de la investigación para capturar al Pelacuas y a sus hombres, y con el apoyo de la Policía Judicial Federal, bajo el mando del comandante Florentino Ventura Gutiérrez, logramos infiltrar a dos agentes que obtuvieron la información necesaria para detenerlos.

En esa ocasión estuve al frente del operativo junto con el licenciado Zaragoza Baruch, acompañados por mi entrañable amigo Florentino Ventura y les pusimos en la madre. Ubicamos la casa que les servía de guarida en la ciudad de Guadalajara y lanzamos el operativo. Los delincuentes se defendieron, por fortuna no murió nadie, y logramos detener a varios, entre otros a Óscar Ríos Salazar, alias el Sherezada. Pero en esa ocasión el Pelacuas se nos peló. Dos años después, allá por 1977, lo detuvimos en la Ciudad de México, en la colonia Olivar de los Padres.

El Pelacuas era un hijo de la chingada; en 1982 fue liberado, se dice que debido a que organizó cerca de diez motines al interior de la cárcel con varios muertos. Durante su tiempo encarcelado estudió leyes y al salir se hizo abogado de Miguel Ángel Félix Gallardo, pero le robó y lo mataron cuando manejaba por periférico oriente en la Ciudad de México.

Durante su sexenio, Echeverría prestó especial atención a Guadalajara. La ciudad se convirtió en semillero de la guerrilla urbana y de ahí se propagó a otras regiones de occidente. Por ejemplo, en Culiacán operaban Los enfermos de Sinaloa, también surgieron las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo y otros grupos que estaban en pugna entre sí, pero que le habían declarado la guerra al gobierno e hicieron del secuestro su modo de vida.

El 28 de agosto de 1974, José Guadalupe Zuno, suegro del presidente Echeverría fue secuestrado. La noticia conmocionó al país; la opinión pública exigió su liberación, hubo una manifestación el día treinta organizada, por supuesto, por el propio gobierno; los guerrilleros pidieron dinero, liberación de los presos políticos... lo de siempre. El 7 de septiembre apareció con vida y en buen estado don Guadalupe Zuno.

La verdad es que el presidente Echeverría inventó lo del secuestro de su suegro para justificar el envío de más hombres a Guadalajara y tener bajo vigilancia a los grupos estudiantiles donde se formaban los cuadros para engrosar las filas de las guerrillas. Tuve conocimiento de esto porque me enviaron a Guadalajara para rescatar a don Guadalupe Zuno.

Participé en la investigación conjuntamente con Miguel Nazar Haro y Florentino Ventura, y quien nos daba las instrucciones era doña Esther Zuno —la compañera Esther, como le llamaban a la esposa del presidente Echeverría—. Cateamos la mitad de Guadalajara, interrogamos gente, aprehendimos a presuntos guerrilleros, movilizamos cientos de hombres y de pronto apareció el viejo Zuno caminando por la calle como si nada hubiera pasado.

El presidente Echeverría era maquiavélico; a lo largo de su carrera fue un hombre disciplinado y eficiente. Así ascendió. Fue oficial mayor, secretario de gobernación y luego llegó a la presidencia. Cuando fue subordinado nunca le dijo no a ninguno de sus jefes. Durante el movimiento estudiantil de 1968 era el secretario de gobernación y fue quien creó a Los Halcones.

Lo sé de buena fuente, pues me lo contó don Alfonso Martínez Domínguez, a quien conocí y respeté. Durante el movimiento estudiantil de 1968, don Alfonso era el presidente nacional del PRI y fue nombrado regente del Distrito Federal cuando Echeverría asumió la presidencia del país, el 1 de diciembre de 1970. Don Alfonso me comentó alguna vez que él recibió a Los Halcones de manos del regente anterior, Alfonso Corona del Rosal, quien los tenía en la nómina del DDF como si fueran barrenderos. Era un grupo que el gobierno utilizaba para disolver marchas, pues después del 68 el Ejército quedó completamente desprestigiado ante la opinión pública. El gobierno ya desde entonces organizaba operaciones de distracción —hoy le llaman cortinas de humo—, si se venía un problema grande en la economía, el gobierno orquestaba algún conflicto social para distraer a la opinión pública.

Corrupción en la frontera

En 1974 tenía 26 años. Aunque era muy joven, mi trabajo, mi disciplina y los resultados que daba eran mis mejores cartas de presentación. Por eso me gané con rapidez la confianza del procurador, don Pedro Ojeda Paullada. Por entonces, yo era Ministerio público federal auxiliar del procurador y revisor de mesas.

En algún momento de ese año, el comandante de la Policía Judicial Federal, Arturo Durazo Moreno, El Negro, le informó al procurador que habían detectado un contrabando de gran importancia. Una empresa llamada Tremec, dedicada a la importación de equipo para tractores, estaba importando cosas prohibidas por las leyes mexicanas, el delito era “contrabando documentado a la importación”.

El procurador me ordenó tomar el caso y apoyar al comandante Durazo Moreno, que por entonces no tenía fama pública. En aquellos días, la investigación policiaca debía ser dirigida por un ministerio público, la Policía detectaba el contrabando, le daba cuenta al procurador y este determinaba qué agente llevaría el asunto.

Estuve a cargo de la investigación ministerial y Durazo al frente de la investigación policiaca. A pesar de que casi me doblaba la edad, me trató con respeto, porque siempre fui un profesional y tomaba las cosas con absoluta seriedad. Además, de acuerdo con la ley, todo lo que hiciera la Policía quedaba bajo la supervisión del Ministerio Público.

Durazo era un buen Policía, tenía el olfato, sabía moverse, buscar, era muy hábil; él me proporcionaba información y yo le indicaba los pasos a seguir. En toda investigación el ministerio público tiene que ser la cabeza porque es quien arma la consignación. A mí me cabe la satisfacción de que nunca me soltaron a nadie, mis consignaciones siempre eran sólidas.

Durazo me cayó bien desde el primer momento, tendría por entonces 50 años, era sencillo, mal hablado y la gente le tenía mucho respeto, pero más que nada miedo, todos sabían que no se andaba por las ramas, era de armas tomar y tenía buena relación con José López Portillo, que ya iba camino hacia la presidencia de la República.

En una ocasión el director general de Averiguaciones de la Procuraduría General de la República, Narváez Angulo, me llamó para ordenarme que detuviera a Durazo porque acababa de atropellar a una persona en el Periférico y había fallecido. No sé por qué, pero Narváez Angulo le traía ojeriza y quería romperle la madre a como diera lugar. Se lo comenté a Durazo y me contestó: “dile al cara de tótem que me la pela”.

Arturo Durazo se movía con cierta impunidad aun antes de que su amigo López Portillo llegara a la presidencia. No había duda de que había atropellado a una persona con un vehículo de la Procuraduría General de la República, pero como tenía el control de la Policía, la versión oficial fue que otro agente era el responsable, uno que estaba muy enfermo y que murió de causas naturales horas después del atropellamiento. Así fue que Durazo se libró de la consignación.

En aquel 1974, Durazo y yo trabajamos juntos durante algunas semanas y nos hicimos amigos, nos saludábamos con el famoso “qué pasó, compadre”, aunque nunca lo fuimos, pero así era el cariño que nos teníamos. La línea de investigación nos condujo hasta Nuevo Laredo y detectamos que todo el contrabando entraba por esa aduana. El caso además despertó el interés de las autoridades norteamericanas, pues el tráfico de piezas dañaba a la economía estadounidense.

Las piezas que pasaban de contrabando a México tenían un costo muy elevado; mandaban piezas para motor con un valor de mercado de 500 dólares cada una, pero entraban a nuestro país registradas como piezas para sellar con un valor de 2 centavos; los contrabandistas obtenían una ganancia de 499 dólares y 98 centavos.

Viajé a Nuevo Laredo, Tamaulipas, porque sin duda las autoridades de la aduana debían tener conocimiento del asunto, si no es que estaban completamente involucradas. En aquellos días existía un cargo llamado “vista aduanal”, cuya designación dependía directamente de la secretaría de Hacienda. ¿Cómo premiaban los presidentes a sus amigos? Nombrándolos jefes de aduanas o vistas aduanales. Así de importante era el cargo. Recuerdo a un periodista, Julio Teissier, que fue designado jefe de la Aduana de Ciudad Juárez. Era un premio y para nadie era un secreto que ahí se llegaba para hacer fortuna.

Me presenté en la aduana de Nuevo Laredo, investigué y detectamos que todos los vistas aduanales dependientes de la Dirección General de Aduanas estaban involucrados en el asunto. ¡Todos! Me comuniqué con el Procurador para informarle y me dio luz verde para detenerlos a todos.

Por aquellos años el Ministerio Público Federal, de conformidad con el artículo 21 constitucional, era el único autorizado para investigar. No había término de investigación ni término de detención. Cuando contábamos con elementos suficientes para consignar lo hacíamos, no teníamos que ir con el juez a pedirle una orden, ahora ya no es así, a menos que sea en flagrancia.

Estábamos por realizar el operativo y seguramente se filtró información, pues me presenté en la aduana para solicitar documentación que todavía me faltaba para amarrar bien el caso y el administrador de la aduana de Nuevo Laredo me retuvo ahí. Francamente no sé qué pretendían, pues no era un asunto personal. Yo representaba a la Procuraduría General de la República e iba con instrucciones precisas.

Estuve retenido varias horas y aunque entró la tropa a rescatarme, el problema no pasó a mayores, no hubo golpes, ni tiros, ni enfrentamiento alguno. Al final detuvimos a 40 vistas aduanales. Fue un hecho histórico, porque la procuraduría nunca se había metido con la Dirección General de Aduanas. Pero el problema se hizo incluso más grande, pues uno de los vistas aduanales detenido era el papá del oficial mayor de la entonces secretaria de Comercio.

Habíamos tocado demasiados intereses tanto a nivel federal como a nivel local, a tal grado que se armó tremendo lío. Todavía me encontraba en Nuevo Laredo cuando tuve mi primera confrontación con Enrique Cárdenas González, que por entonces era el candidato del PRI a la gubernatura de Tamaulipas. El cabrón ya se sentía gobernador, así que quiso intervenir para ayudar a algunos de sus amigos involucrados en el problema.

A través de un propio, el candidato me mandó llamar de muy malas maneras. Nunca me he dejado amedrentar por nadie y como para mí ser agente del Ministerio Público Federal era un honor, y estaba sirviendo a mi país, le dije al pendejo que me envió el candidato:

—Dígale al señor que la misma distancia hay de aquí para allá que de allá para acá, que si quiere venga él a verme.

No le quedó más que presentarse y como se me puso medio pendejo, altanero y grosero, disfruté mandándolo a chingar a su madre.

A pesar de la gravedad del caso recibí instrucciones de soltar a los vistas aduanales, pero eso sí, todos fueron obligados a renunciar, incluido el papá del oficial mayor. El gobierno no podía permitir un escándalo a nivel nacional, por eso la decisión de proceder contra todos a través de sus renunciaciones. Ahí, con ese caso, aprendí que si la política se mezcla con la justicia se acabó el Estado de derecho. Lo que sí pude hacer fue consignar a los dueños de las empresas tanto en México como en Estados Unidos, y en ambos países fueron procesados.

El caso del contrabando en Nuevo Laredo fue mi primer contacto directo con los norteamericanos. Ellos estaban muy interesados en solucionar el problema, y durante el tiempo de mi investigación conocí a George Bush padre, que

poco después sería nombrado director de la CIA (1976) y después llegaría a ser presidente de los Estados Unidos.

Nos encontramos e intercambiamos información, era una persona amable, aguda y con una capacidad de análisis y trabajo impresionantes. No puedo decir que nos hicimos amigos, pero le caí bien y desde entonces tuve una buena relación con él y con los gringos.

Lo que le llamó la atención a Bush fue mi juventud. Como lo mencioné anteriormente, tenía 26 años y le gustó mi forma de trabajar, la manera como llevaba a cabo la investigación, pero, sobre todo, que me valía madre no dormir hasta que no veía la investigación concluida. Después del caso de Nuevo Laredo, el Procurador me ordenó comenzar una investigación sobre tráfico de drogas. Fue la primera para mí en esta materia y la primera operación conjunta entre México y Estados Unidos.

Le llamamos Operación Janos y participaron la Procuraduría General de la República y la DEA. Nosotros nos encargamos de investigar en México y permitimos que un cargamento pasara libremente por la Ciudad de Nogales, Sonora, lo seguimos, y conjuntamente con los agentes de la DEA, agarramos a los narcotraficantes, tanto americanos como mexicanos. Cada quien consignó ante las autoridades de los países correspondientes. Esto fue algo histórico porque fue la primera vez que se trabajó conjuntamente con la DEA en la frontera México-Estados Unidos.

Durante los últimos meses del sexenio del presidente Echeverría me hice cargo de un caso de narcotráfico que repercutiría en mi vida futura. El tráfico de drogas en México era incipiente, puesto que nuestro país era solo un trampolín para que las drogas llegaran a Estados Unidos. El mayor cargamento de cocaína que confiscó el gobierno mexicano por esos años fue de 80 o 90 kilos, que no era poca cosa, pero nada comparado con lo que llega a confiscarse en la actualidad.

José Contreras Subías era uno de los narcos más importantes del norte del México, y operaba en Tijuana. La DEA nos proporcionó información y lo agarramos en flagrancia en un operativo. Estuve a cargo de la investigación, me tocó integrar la averiguación, consignar, ejercitar la acción penal y esperar el término constitucional para vigilar que el juez no se fuera a pasar de cabrón y por alguna circunstancia lo dejara libre. Todo salió bien, pero me tocó el cambio de gobierno todavía en Tijuana.

El 1 de diciembre de 1976 tomó posesión el licenciado José López Portillo, así que me presenté ante el nuevo Procurador General de la República, el licenciado Óscar Flores Sánchez. El destino me tenía reservada una de las etapas más apasionantes de mi vida como ministerio público.

CAPÍTULO 4

EL FISCAL DE HIERRO

Justicia sin reo no es justicia

A pesar de que la administración pública suele frenar sus actividades unos meses después de la elección presidencial y hasta antes de que el nuevo presidente asuma el poder, los últimos meses de 1976 continué en el desempeño de mis funciones.

Dada la naturaleza de mi cargo como agente del Ministerio Público Federal, los asuntos de mi competencia no podían esperar a que el nuevo gobierno entrara en funciones y, como mencioné, el cambio de poderes me tocó en Tijuana.

Don Pedro Ojeda Paullada, mi jefe y maestro durante los últimos años del sexenio del presidente Echeverría, renunció a su cargo y fue designado por el presidente López Portillo secretario del trabajo y previsión social. Ya no tuve oportunidad de despedirme, pero después fui a verlo a la secretaría. En esa ocasión me dio una última lección sobre la fuerza de voluntad y el carácter. Cuando le ofrecí un cigarro me dijo:

—Coello, dejé de tomar y de fumar.

Lo cual me pareció relevante porque tenía arraigado el vicio del cigarro y la bebida y me consta que no volvió a hacerlo. Cumplió a cabalidad.

La Procuraduría General de la República fue ocupada por el licenciado don Óscar Flores Sánchez. En ese momento no lo sabía, pero se convertiría en una persona fundamental en mi vida a nivel personal y como funcionario público. Fue durante ese sexenio que dejé de ser revisor y ministerio público federal y me convertí en la mano derecha del nuevo procurador. También en ese periodo el propio presidente López Portillo me llamó el “fiscal de hierro”.

Yo no conocía a don Óscar Flores. Cuando concluí el caso Subirías en Tijuana me comuniqué por la red interna a la oficina del procurador y me contestó el propio don Óscar Flores:

—Mire, amigo, no sé quién sea usted, pero si ya cumplió su encargo regrese a México, —expresó.

En esos momentos mi situación era incierta. No sabía si continuaría en mi cargo pero tampoco me inquietaba, puesto que desde que comencé a trabajar nunca me faltaron oportunidades para seguir avanzando en mi vida profesional.

Del nuevo procurador solo sabía que era originario de Chihuahua, había sido gobernador de su estado, tenía la fama de ser muy cabrón y quienes lo conocían afirmaban que tenía muchos güevos.

La Procuraduría General de la República se encontraba en San Juan de Letrán —hoy Eje Central Lázaro Cárdenas—. Después de unos días me presenté en mi oficina y me llevé una desagradable sorpresa: ¡mi lugar ya había sido ocupado! A la mala, sin avisarme, me quitaron mi oficina, recogieron mis cosas, mis documentos, los expedientes de los casos que llevaba. Todo lo metieron en cajas y las arrumbaron en un rincón.

Me enteré entonces que había nuevo director de Averiguaciones Previas, el licenciado Rodolfo Chávez Calvillo, a quien le caía en la punta del hígado. Su animadversión contra mi persona se originó en el sexenio que había concluido; él también era ministerio público, pero nunca pudo aceptar que el exprocurador Ojeda Paullada tuviera trato directo conmigo y me confiara varias tareas sobre las cuales solo debía rendirle cuentas a él, así que en cuanto tuvo oportunidad, Chávez Calvillo dispuso de mi oficina y de mi gente sin avisarme siquiera.

Ese mismo día me buscó el licenciado Julio Camelo Martínez, por entonces secretario particular del Procurador. Él fue otra de las personas fundamentales en mi vida como funcionario público. Lo conocí cuando mi papá fue legislador entre 1967 y 1970 y don Julio era el oficial mayor de la Cámara de Diputados.

—Hola Javier, qué gusto verte, —me dijo don Julio cuando me vio—, ¿recuerdas que nos conocimos hace varios años?, eras un jovencito. Me apena, pero tengo instrucciones del procurador de pedirte la renuncia. ¿Pues qué carajos hiciste?

—Nada, don Julio, cumplí con mis deberes, pero con gusto presento mi renuncia, respondí de inmediato.

Así comencé a contarle lo que había sido mi gestión como ministerio público durante el sexenio de Echeverría. Me escuchó con atención y pasamos a su oficina para redactar mi renuncia. Su secretaria la mecanografió y me la entregó para firmarla.

—Aquí está don Julio. Solo le pido un favor, permítame entregársela personalmente al procurador, quiero conocerlo, —le dije.

—Cómo no, Javier, ahora que se desocupe entramos a su oficina, te presentas y la entregas el documento, —me contestó.

Cabe mencionar que entre don Óscar Flores y el licenciado Julio Camelo había una amistad estrecha. Se tenían muchas consideraciones, era su secretario particular, pero en cierto modo también era su consejero.

Luego de algunos minutos, la secretaria del procurador Dolores Fenelón nos dijo que pasáramos a su oficina. Aún recuerdo esa primera impresión, yo tenía entonces 28 años cumplidos, el procurador andaba cerca de los 70, alto como yo, se veía fuerte y además no negaba la cruz de su parroquia. Era norteño, lo que se dice norteño, franco, abierto, sin pelos en la lengua.

Al entrar a su oficina se me quedó viendo; ahora pienso que le impresionó mi estatura y mi corpulencia, pues me la soltó llanamente:

—Oiga, pues cuántos kilos pesa usted.

Antes de responder, don Julio y yo tomamos asiento frente a su escritorio y los siguientes diez minutos fueron absolutamente extraños, hablamos del peso, de las dietas, de cómo bajar kilos, del ejercicio, como si nos conociéramos de siempre.

—Bueno, muy bien, —dijo el procurador dando por terminada la conversación sobre mi peso.

—¿En qué puedo servirlo, licenciado?, —me preguntó.

Don Julio se anticipó y respondió:

—Don Óscar, le presento al licenciado Javier Coello Trejo, a quien yo conozco desde joven, ¿recuerda que me dio instrucciones de pedirle su renuncia?

Entonces aproveché el momento, saqué el sobre y mientras extendía mi mano con el documento, le dije:

—Señor procurador, aquí tiene mi renuncia.

Pensé que la tomaría, estrecharía mi mano y me daría las gracias, pero no. Vio la renuncia y me miró:

—Oiga, licenciado, ¿y por qué no lo quieren?, —preguntó.

—No sé qué decirle, señor, seguramente no soy monedita de oro, —respondí.

—Es que vino el nuevo director de Averiguaciones Previas, Rodolfo Chávez Calvillo, y no habló bien de usted y todo mundo dice... bueno, no todo mundo, pero me han dicho que usted es un cabrón.

—Si me permite, señor procurador, soy ministerio público. Soy una persona honesta y entiendo que mi deber es investigar; me ha tocado pisar muchos callos, tocar intereses y deshacer negocios de muchos funcionarios. Si por eso consideran que soy un cabrón, no le quepa duda que lo soy y mucho.

No mentía. Además de Chávez Calvillo, otro funcionario que tenía consigna contra mí era el subprocurador Samuel Alva Leyva, porque también en el sexenio anterior me había encargado de corregir sus pendejadas, toda vez que él trataba de coordinar el combate al narcotráfico cuando estaba en manos de Alejandro Gertz Manero.

Samuel Alva tenía a sus ministerios públicos consentidos y les guardaba demasiadas consideraciones, lo cual alentaba cierta impunidad y corrupción. El principal conflicto con él surgió porque estaba a cargo de la visitaduría, un área creada con don Pedro Ojeda para revisar el trabajo de las agencias del Ministerio Público Federal en toda la República.

Cuando don Pedro me nombró revisor para combatir el rezago en las agencias del Ministerio Público me fui directo contra la visitaduría, pues se hacían pendejos y se dejaban corromper. La figura del revisor no estaba dentro de la estructura de la procuraduría, pero era un equipo que funcionaba. La labor que hicimos con el procurador anterior fue desaparecer del mapa la visitaduría y combatir la corrupción dentro de la institución. De ahí la ojeriza que me tenía Samuel Alva.

Aproveché el momento con el nuevo procurador para contarle de esta situación e informarle brevemente lo que había hecho bajo las órdenes de don Pedro Ojeda Paullada. Le hablé de los fraudes que descubrimos, de los golpes que le dimos al narco, de los desfalcos, de la corrupción que perseguimos, incluso al interior de la procuraduría y otras instituciones de gobierno. Me dejó hablar sin interrupciones durante algunos minutos y cuando terminé, tomó mi renuncia, la hizo pedazos, la tiró a la basura y dijo:

—No hay gordo malo, licenciado, pero ya que usted dice ser tan chingón, aquí tiene esto.

Abrió uno de los cajones de su escritorio, sacó un pinche expediente enorme, me lo entregó y agregó:

—Quiero que estudie este caso. Es un asunto de Productos Pesqueros Mexicanos, una paraestatal. Revíselo, vea qué falta, dele seguimiento y consigne el asunto. Bien investigado todo. ¿Qué necesita?

—Pues, señor, lo que necesito es mi oficina o un lugar para trabajar. No tengo ni secretaria, me quitaron todo y arrumbaron mis cosas en cajas. Pero quiero ser honesto, señor procurador. Conozco el caso, participé en la integración de la averiguación, no como responsable directo, pero hice algunas diligencias, —le respondí.

Me di cuenta que el procurador tenía conocimiento de mi participación en el caso de Productos Pesqueros Mexicanos, había leído el expediente. Sin decirme nada, tomó el teléfono y marcó por la red a la Dirección de Averiguaciones Previas, respondió el director Chávez Calvillo y le dijo con su acento norteño:

—El licenciado Javier Coello Trejo tiene una encomienda especial mía, devuélvale su oficina ahora mismo y también devuélvale a su personal administrativo, ¿me entendió?

Me hubiera gustado ver el rostro desenchajado de Chávez Calvillo, su enojo y su cara de no saber qué estaba pasando.

Una vez que colgó el teléfono, el procurador llamó a su secretaria y le dijo:

—Lolita, el licenciado Coello Trejo tiene derecho de picaporte en esta oficina, cuando quiera verme me avisa de inmediato.

Fue imposible ocultar mi alegría y entonces le dije:

—Muchas gracias señor, no le voy a fallar...

Y me interrumpe:

—No me venga con mamadas, ni agradecimientos. Fíjese bien Coello, quiero resultados, a ver si es usted tan chingón como dice, —me conminó.

Yo solo asentí. Y cuando estaba por salir de su oficina, me gritó:

—¿Y sabe qué licenciado? Justicia sin reo no es justicia.

Esa fue la primera gran lección que aprendí de don Óscar. Su frase resumía la naturaleza de la ley, de la justicia y de la lucha contra la impunidad.

Bajé al área de averiguaciones previas, la gente de ahí esperaba verme cabizbajo, querían regodearse viéndome recoger mis cosas y saliendo de la procuraduría humillado. Me había ganado muchas enemistades, por lo que ya he contado, durante los años anteriores toqué intereses pequeños y grandes, incluso dentro de la procuraduría.

Pero no se les hizo. Al contrario, se sorprendieron cuando ocupé de nuevo mi oficina, con una sonrisa de oreja a oreja y con una expresión en la que se leía claramente: “me los chingué”.

Chávez Calvillo me llamó de inmediato, estaba encabronado y me preguntó para qué había ido a la oficina del procurador y de qué habíamos hablado. Tuve el gusto de responderle que lo que quisiera saber se lo preguntara al procurador. Con seguridad le dolió devolverme mi oficina y a mi secretaria. No había logrado deshacerse de mí y tuvo que tragar camote porque con el tiempo me convertí en la mano derecha del procurador.

Me puse a trabajar. Como conocía bien el expediente de Productos Pesqueros Mexicanos sabía qué faltaba para completar la investigación, también unos dictámenes periciales y localizar a los responsables. No era un caso menor, era un fraude muy cabrón y al procurador Ojeda Paullada ya no le había dado tiempo de concluirlo.

Volví a revisar el expediente, hice mis anotaciones y le pedí a los dos únicos ministerios públicos que no me habían dado la espalda, los licenciados Jesús Galindo y Torres Moar —abogado militar—, que me prestaran a su secretaria. Redacté un memorándum y dos horas después subí a la oficina del procurador. Lo encontré sentado, leyendo, con las piernas extendidas sobre el escritorio, con sus botas vaqueras que siempre usaba.

Me vio de reojo, se quedó extrañado y exclamó:

—Ah chingao, ya anda por aquí otra vez Coello, ¿qué necesita?

Le expliqué el estatus en que se encontraba el caso y lo que hacía falta para resolverlo.

—Necesito agentes de la Policía; necesito también que el director de Averiguaciones Previas me ponga en contacto con el director de Servicios Periciales, a quien conozco muy bien. Pero con todo respeto, señor procurador, si yo envío el expediente, se van a tardar quince pinches días o más para darme los dictámenes que necesito, así que requiero que vengan los peritos a mi oficina y aquí conmigo realicen los peritajes, —respondí.

Seguí pidiendo cosas y el procurador solo asentía, no me negaba ni me cuestionaba nada. Le pedí su autorización para que se incorporaran conmigo el comandante Florentino Ventura Gutiérrez y su grupo, a quienes conocía bien, eran hombres de toda mi confianza. Además, con Ventura había hecho una estrecha amistad. Por último, le solicité que me diera 72 horas para concluir el caso.

—¿72 horas, licenciado?, —me preguntó sorprendido.

—Sí señor, si necesito más tiempo le aviso, —respondí.

Tomó el teléfono y por la red le llamó al nuevo director de la Policía Judicial Federal, el general Raúl Mendiola Cerecero.

—Mi general, va para allá el agente del Ministerio Público Federal, el licenciado Javier Coello Trejo, dele lo que necesite y no pregunte, porque sé que usted es muy chismoso.

Así le hablaba, pues eran buenos amigos, y como lo he dicho, don Óscar no tenía pelos en la lengua, siempre tuvo unos güevotes. Luego sobrevino un golpe más a Calvillo:

—El licenciado Coello va a instrumentar un expediente y me va a informar directamente a mí.

Calvillo solo respondió con un “sí, señor”, mientras hacía un entripado marca diablo.

El general Mendiola también era de pocas pulgas. Cuando estuvo en Guadalajara con el rango de mayor le decían “el mayor hijo de la chingada” porque era durísimo. Era el director de la Policía cuando inició el movimiento estudiantil de 1968 y llegué a tener una gran amistad con él. Cuando me presenté ni siquiera había terminado de saludarlo y ya me estaba preguntando de qué asunto se trataba.

—No le puedo decir, mi general, —respondí.

—¿Cómo chingaos no me puede decir, licenciado? Soy el jefe de la Policía Judicial Federal, —añadió.

—Sí, mi general, lo tengo claro, pero resulta que yo soy ministerio público federal y vámonos entendiendo, usted está bajo mis órdenes en el ejercicio de mis funciones. Así lo dice la ley, señor; hay que leer la ley.

—¿Y a quién quiere?, —preguntó el general ya con cierta molestia.

—A Florentino Ventura..., —contesté.

—¡A ese cabrón no, no y no! No se lo voy a dar. A ese sujeto me lo voy a chingar, —dijo exaltado.

—Pues a Ventura es a quien quiero, mi general, y si tiene algún problema con eso, háblelo directamente con el procurador —respondí.

Luego me enteré de que se querían chingar a Ventura porque había sido la mano operativa de don Pedro Ojeda Paullada y de don Manuel Rosales Miranda, quien era el primer subprocurador de la República, un hombre tercamente honrado y con un conocimiento jurídico impresionante. Por si fuera poco, para esos momentos Arturo Durazo Moreno ya era el secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal y le tenía mala voluntad a Ventura, pues en el sexenio anterior ambos habían sido comandantes de la Policía Judicial Federal, y si bien Durazo era un excelente Policía, le tenía envidia a Ventura porque era incluso mejor.

Así que al menos hasta ese día, a Florentino lo tenían en un puto rincón, como si los funcionarios públicos o los comandantes fuéramos desechables por el capricho o las envidias de los jefes.

Ya sin obstáculos y con el respaldo del procurador trabajamos incansablemente, sacamos los dictámenes periciales, practicamos diligencias, detuvimos a los responsables, los interrogamos y con las pruebas suficientes confesaron. Redacté el pliego de consignación y antes de cumplirse las 72 horas que había solicitado, con el apoyo de Ventura y de sus hombres, concluimos el caso.

Me presenté con el procurador, le mostré el pliego de consignación y lo leyó. Me envió con el licenciado Chávez Calvillo para que firmara la consignación, pero cual fue mi sorpresa que cuando le entregué el documento me mandó a la chingada olímpicamente.

—A ver Coello, como no conozco este asunto, no lo voy a firmar, así que retírese de mi oficina, —dijo exaltado.

Regresé con el procurador para informarle lo ocurrido y por la red se comunicó con él:

—Licenciado, si se niega a firmar esta consignación será la primera vez en la historia que el Procurador General de la República firme una, —y comenzó a cagotearlo.

¿Qué le contestó Chávez Calvillo? No lo sé, pero el procurador colgó y con una sonrisa socarrona me dijo:

—Vaya otra vez con el licenciado, le va a firmar la consignación. Y una vez que la envíe al juzgado traslade a los detenidos. Y recuerde, Coello, es necesario que el certificado médico sea expedido por las propias autoridades del reclusorio, no vayan a decir luego que los torturamos.

Este fue el primer caso que llevamos en contra de la corrupción y con el que inauguró su gestión don Óscar Flores. A partir de ese momento me convertí en su mano derecha, con el cargo de agente del Ministerio Público Federal auxiliar del Procurador General de la República para la lucha anticorrupción.

Don Óscar Flores Sánchez

A lo largo de estas memorias he comentado que siempre me gustó acercarme a gente mayor que yo, sobre todo en mi vida profesional, y gracias a eso hice buenas amistades y además aprendí mucho, tuve grandes maestros.

Mi paso por la Procuraduría General de la República durante el sexenio de José López Portillo fue definido por mi relación con el procurador don Óscar Flores Sánchez. Ya relaté la manera como lo conocí, pero don Óscar merece algunas páginas más, pues fue una figura central en mi historia como servidor público, mucho más que un jefe; de él aprendí acerca de la procuración de justicia, de la política, del ejercicio de la autoridad y de la vida misma.

Yo tenía 28 años cuando lo conocí; él asumió el cargo de Procurador General de la República casi para cumplir los 70 años de edad. Cuarenta años mediaban entre nosotros. Originario de Chihuahua, nació el 22 de junio de 1907 en Ciudad Juárez y no negaba la cruz de su parroquia: era un chihuahuense nato, entrón, de mecha corta, franco, abierto y con muchos güevos. Así lo demostró en todo momento.

Era un político nato: fue subsecretario de Ganadería y coordinó la campaña contra la fiebre aftosa durante el sexenio del presidente Miguel Alemán; cuando Adolfo Ruiz Cortines ocupó la presidencia del país (1952-1958) fue elegido senador por Chihuahua y tuvo una gran amistad con el presidente, quien lo llamaba Óscar.

Sus buenos oficios, su sentido de la responsabilidad y su compromiso con el servicio público le abrieron el camino a la gubernatura de Chihuahua, misma que ocupó de 1968 a 1974. Le tocó una época difícil, pues tuvo que hacer frente al descontento estudiantil que continuaba, a pesar de que el movimiento en la Ciudad de México había terminado a finales de 1968; combatió a la guerrilla urbana que perpetró varios asaltos bancarios y organizó una toma y huelga de la Universidad Autónoma de Chihuahua en 1973. Sin embargo, no le tembló la mano y mantuvo su estado en absoluto orden.

En 1976 fue llamado por el presidente José López Portillo para encargarse de la Procuraduría General de la República y estuvo al frente de la institución durante todo el sexenio, que concluyó el 1 de diciembre de 1982. Se retiró a la vida privada al terminar su gestión y murió en Chihuahua el 20 de noviembre de 1986, víctima de cáncer.

La gran pasión de su vida fueron sus hijos Odillette, Óscar, Tanya, Verónica, Yvonne y Enrique y su esposa Odillette Bronimann, a quien lloró toda su vida. El licenciado Flores enviudó cuando tenía 43 años de edad, su esposa Odillette falleció a la edad de 37 años de pancreatitis hemorrágica.

Al morir, frente al cadáver de su esposa, don Óscar juró que no volvería a rehacer su vida hasta que sus hijos fueran mayores de edad, pues el más pequeño, Enrique, apenas tenía un año y medio. El licenciado Flores demostró que era un hombre de carácter y cumplió su palabra. Hasta los 64 años volvió a contraer nupcias con quien lo acompañó hasta el último día de su vida, doña Patricia Clark, excelente dama, a quien tuve el honor de conocerla, tratar y ser su abogado.

Don Óscar se las sabía todas, nada ni nadie lo intimidaba, era leal a carta cabal, pero también esperaba de los demás absoluta lealtad. Era un hombre serio, pero le gustaba hacer bromas en privado. Su gestión al frente de la procuraduría se basaba en dos premisas que repetía constantemente y que con seguridad aprendió cuando fue gobernador de Chihuahua.

—No hay justicia si no hay reo, —solía decirme.

Era una frase simple, pero sin duda incuestionable, así que en todo momento nos dedicamos a investigar minuciosamente para que ninguno de los casos que llevábamos se cayeran o los responsables pudieran evadir la acción de la justicia.

Su segunda premisa lo retrataba con nitidez, era un hombre pragmático e insistía una y otra vez:

—¿Qué duele más Coello, una patada en los güevos o un golpe en el bolsillo?

Y respondía él mismo:

—Obviamente, si recibes un golpe en los güevos te pones hielitos, aguantas el dolor y al rato ya pasó, pero si a un cabrón que le ha robado recursos a la nación le quitas su forma de vivir, le va a doler más que todo y entonces se chinga.

Es por eso que bajo su mando comenzamos a consignar, pero con la intención de recuperar los miles de millones de pesos en fortunas que muchos funcionarios públicos hicieron defraudando a la nación, al amparo de la ley o violándola flagrantemente.

Don Óscar era un hombre con una lógica jurídica y lógica de vida muy especiales. Le tomé gran afecto y siempre respeté su autoridad, sus conocimientos, sus consejos. Además, su honestidad era a toda prueba. Conocía la ley al derecho y al revés, sabía cómo aplicarla, era un abogado chingón en toda la extensión de la palabra.

Tenía una virtud impresionante: leía como cámara fotográfica. Podía terminar un libro en un par de horas o un expediente voluminoso en tan solo unos minutos. Al principio pensé que me tomaba el pelo, pero no. Sabía con exactitud en qué foja estaba lo que decía.

En una ocasión leyó una consigna que yo había preparado, al terminarla me la aventó y me dijo: “cuando la entienda su empleada doméstica me la trae”, y tenía razón. Entendí que todos los escritos jurídicos deben ser entendibles porque hay diferentes formas de escribir: hay escritos para el Ministerio Público del fuero común, hay escritos para el Ministerio Público del fuero federal, hay escritos de amparo, entre otros.

Los escritos del fuero común deben ser tan claros que los pueda entender una persona del servicio doméstico, un vendedor ambulante, es decir, gente que tenga escasa o nula preparación. Don Óscar me enseñó cómo tratar a la gente, me enseñó a ser duro sin ser grosero.

En alguna ocasión, ya durante el sexenio de José López Portillo, me invitaron a un desayuno donde estaba don Mario Moya Palencia, quien había sido secretario de gobernación del presidente Echeverría, estaba don Óscar Flores, desde luego, y algunas otras personas. Fui invitado porque era parte del consejo editorial de la revista de la procuraduría. Después de trabajar un rato, don Mario le preguntó a don Óscar si podía contarnos algunas anécdotas sobre él, de las cuáles había sido testigo.

Don Óscar no se dejaba impresionar por nada ni por nadie, ni siquiera por el presidente de la República. Era respetuoso de la investidura, pero si tenía que ser firme no lo dudaba. Esto provocó ciertos momentos de tensión con el

presidente Echeverría, cuyo ego era inmenso, y en todas partes quería demostrar quién era el mandamás del país, pero se topó con un hueso duro de roer en Chihuahua.

Al presidente Echeverría le gustaba presidir reuniones maratónicas de cinco, seis o más horas, como también lo hacía con sus informes de gobierno y en ningún momento interrumpía ni para ir al baño. Cuentan que tenía una bolsa pegada a la pierna en donde orinaba y así no perdía el tiempo.

Don Mario Moya Palencia contaba que en una ocasión Echeverría viajó a Chihuahua en una gira oficial y sostuvo una reunión en la que estaba presente don Óscar Flores, por entonces gobernador del estado. La sesión comenzó a las 5 de la tarde y hacia las 8 de la noche el presidente seguía hablando y no se le veía intención alguna de concluir su monólogo. Sin empacho alguno, pero eso sí, con todo respeto, don Óscar lo interrumpió y le dijo:

—Señor presidente, se queda usted en su casa, yo me retiro a descansar porque mañana tengo que levantarme muy temprano para trabajar por los chihuahuenses.

Dicho esto, se levantó de su lugar y se marchó.

En otra gira presidencial, Echeverría recorría distintas poblaciones de la sierra Tarahumara, acompañado por Porfirio Muñoz Ledo, Augusto Gómez Villanueva, líder de la Confederación Nacional Campesina y el gobernador, don Óscar Flores. En un momento de la gira, Gómez Villanueva le dijo al presidente:

—Señor, los campesinos de aquí necesitan tierras.

Echeverría ni siquiera lo pensó y respondió a bote pronto:

—Déselas Augusto, déselas.

—Sí, señor presidente, —respondió Gómez Villanueva. “Pero tendríamos que talar todos estos árboles”, —añadió.

—Pues táelos..., —dijo Echeverría.

El presidente aún no terminaba de hablar y lo interrumpió don Óscar:

—Señor presidente, tanto a usted como a mí, nos eligió el pueblo... pero cabrón que tire un árbol, cabrón que se muere.

Sin duda, el presidente Echeverría no tragaba a don Óscar Flores, su animadversión era tan grande que dio instrucciones a los miembros de su gabinete de que no apoyaran ninguna de las peticiones del gobernador o se la hicieran cansada. Pero para cabrón, cabrón y medio, como dice el dicho.

Don Óscar no tenía problema en viajar a la Ciudad de México para reunirse personalmente con los secretarios de despacho del presidente y si tenía que esperar, se sentaba pacientemente y esperaba a que lo recibieran y no se retiraba de hasta que no le resolvían el asunto por el que había viajado a la capital del país.

Así se ganó el respeto de todos, entre ellos el de José López Portillo, por entonces secretario de Hacienda, que seguramente ahí se percató de los güevos que tenía don Óscar Flores y por eso lo mandó llamar a la Procuraduría al iniciar su sexenio.

Don Mario Moya Palencia recordaba también que en una ocasión se presentó don Óscar en la secretaría de gobernación que estaba a su cargo. Esa vez llegó profundamente encabronado, echando pestes, mentando madres y le dijo:

—Dígale usted al señor presidente que a los Estados Unidos les gustaría tener una estrella más en su bandera. Que mi Congreso está listo para separarse de México y pasarse a Estados Unidos.

Ahí le torció el brazo a Echeverría, a partir de entonces ya no tuvieron problemas. Así era don Óscar Flores, todas esas actitudes lo definían, definían su personalidad y su carácter.

Su arribo a la Procuraduría General de la República fue un paso natural, como si estuviera hecho para el cargo. Nadie dudó que fuera un hombre con muchos güevos, como lo demostró gobernando Chihuahua. En uno de sus informes de gobierno, Mario Moya Palencia viajó en representación del presidente Echeverría. Ese mismo día, por la mañana, asaltaron un banco en la ciudad de Chihuahua. El gobernador se presentó personalmente en el lugar de los hechos. Pasado el informe, cuando ya estaban en la comida que brindaba el gobierno del estado, llegó el jefe de la Policía para informarle a don Óscar que habían detenido a los asaltantes.

Entonces voltea el gobernador, recordaría tiempo después Mario Moya Palencia, y me dice:

—Fíjese, señor secretario, los asaltabancos se ahorcaron...

El jefe de Policía intervino y dijo:

—No, señor.

Pero el gobernador alzó la voz y agregó:

—Cómo no, los asaltantes se ahorcaron.

Así se las gastaba, si algo tenía claro don Óscar es que no iba a permitir ningún desorden en su estado.

Fue un hombre duro y honesto. No le llamaba la atención el dinero, las riquezas o las propiedades. Tenía una fortuna de origen familiar. El periodista Julio Tessier me comentó que durante una entrevista le preguntó a don Óscar: “¿Usted

es latifundista?”. Y le respondió: “lo fui cuando no era delito”. Hombre agudo, con una capacidad de respuesta asombrosa, no se le escapaba una, era ingenioso.

Otra anécdota de sus tiempos de gobernador muestra a don Óscar de cuerpo entero. Tenía muchos pantalones y siempre iba hasta las últimas consecuencias. Entre 1970 y 1976, la Policía Federal de Caminos dependía directamente de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, pero como no tenían vigilancia era un desmadre, se dedicaban a extorsionar, a robar, a cobrar derecho de paso, a traficar, le sacaban dinero a los transportistas. Era un cuerpo muy corrupto.

A don Óscar ya lo tenían hasta la madre tantas denuncias en Chihuahua, así que organizó un operativo en el cual detuvieron a todos los Policías de la Federal de Caminos que circulaban por Chihuahua. Los reunió, los dejó en calzones, los esposó y se los envió al secretario de Comunicaciones, Eugenio Méndez Docurr en cuatro o cinco camiones que los dejaron en la entrada de la Secretaría.

Ya en la Procuraduría, don Óscar tuvo que aprender a coexistir con gente cercana al presidente López Portillo, por la que no tenía ningún respeto. Nunca quiso a Arturo Durazo, el jefe de Policía de la Ciudad de México, sabía que era un sinvergüenza y un corrupto.

Don Óscar sabía que yo era amigo de Durazo, le conté que lo había conocido el sexenio anterior y que habíamos participado en algunos operativos de manera conjunta. Eso le resultó conveniente porque nunca quiso tratar con él, así que me convertí en el interlocutor entre ambos. Su desprecio por El Negro era evidente.

En una ocasión acompañé a don Óscar al dentista. El consultorio estaba por Calzada de Tlalpan y en la ruta teníamos que pasar por la sede de la Dirección de Seguridad Pública del DF. Esa vez, cuando transitábamos cerca de la institución, nos hicieron el alto y varios Policías pararon el tráfico para que pasara Durazo. Éramos los primeros de la fila de autos detenida, entonces don Óscar bajó el vidrio de nuestro automóvil y le gritó: “¡Pinche fantoche, payaso!”.

Todos sabíamos que el presidente López Portillo tenía una buena amistad con Durazo —de ahí que le diera el cargo de jefe de la Policía—, pero si en algún momento hubiera habido un enfrentamiento político entre el procurador y Durazo, seguramente don Óscar habría recibido el apoyo del presidente.

Un día recibí una llamada del procurador como a las 10 de la noche. Me encontraba en mi casa y me pareció extraño que me llamara, porque don Óscar solía desconectarse a las 8 de la noche. A esa hora se dormía y se levantaba a las 5 de la mañana para salir a correr.

Su casa estaba muy cerca de la glorieta de Petróleos en Lomas de Chapulpetec y corría en un parque cercano a su domicilio. Ventura y yo temíamos por su seguridad y no podía ser de otro modo: era el Procurador General de la República, todo podía pasar, pero desde el principio del sexenio se empeñó en no llevar escolta, así que cargaba con su pistola en la espalda, y andaba solo con su chofer y su ayudante personal, Elías Ramírez, hombre también de Chihuahua, muy bragado y que manejaba magistralmente la pistola.

Como me preocupaba que no tuviera escolta se me ocurrió organizar una vigilancia que pasara desapercibida. Salía a correr solo, ni siquiera lo acompañaba Elías, así que le pusimos a un cabrón, muy simpático, a quien le decíamos El Indio, que comenzó a correr cerca de él a la misma hora y al poco tiempo se hicieron amigos. Además, en lugares estratégicos tenía agentes armados. Lo pudimos hacer más o menos durante cuatro años, hasta que don Óscar se dio cuenta, porque empezó a sopear a nuestro agente y el pendejo, que era muy hablantín, cayó redondito. Cuando se enteró de todo, el procurador me puso una pinche cagada de esas que se quedan grabadas, pero siempre he pensado que así debía ser.

Aquel día en que el procurador me llamó a casa a las 10 de la noche, me dejó extrañado, pero me presenté a las 8 de la mañana tal y cómo me lo pidió. Llegué a su domicilio y me encontré con Elías Ramírez. No había terminado de saludarlo cuando ya me estaba diciendo:

—Putra madre, licenciado, anoche pasó algo muy cabrón, suba con don Óscar, lo está esperando.

El Procurador estaba en el comedor y encima de las sillas y de la mesa había uniformes, pistolas y placas de Policía. Me miró y en un tono muy encabronado me dijo:

—Coello, vaya usted a ver al hijo de su puta madre de Durazo y dígame que es la última vez que le paso esta pendejada.

—¿Pues qué pasó, don Óscar?, —pregunté extrañado.

—Ayer salí de la procuraduría como a las 7 de la noche; íbamos por Paseo de la Reforma cuando dos patrullas se nos cerraron. Le dije a mi chofer, ‘aviéntales el auto’ y así lo hizo, luego se bajó con pistola en mano y Elías Ramírez con la metralleta que siempre cargamos. Los Policías se echaron para atrás y detuvimos a 6 agentes que resultaron ser de la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD). Una vez detenidos, ordené que los desnudaran, les quitaran sus uniformes, armas y placas y los metimos desnudos a las patrullas, —contó.

Me quedé helado, no sabía si había sido el pendejo de Sahagún Baca que estaba al frente de la DIPD, o habían sido

instrucciones del propio Durazo, o simplemente la cagaron los agentes. El hecho fue que agarré todo el equipo que tenía don Óscar y me fui a ver a Durazo.

—¡Pinche compadre!, ¿qué pendejadas estás haciendo?, —le dije.

Durazo se quedó atónito, no sé si se hizo el sorprendido porque desconocía lo sucedido o solo estaba actuando, pero llamó a Sahagún Baca y le puso una cagada impresionante.

El profesor Carlos Hank González, jefe del Departamento del Distrito Federal, tampoco soportaba a Durazo. Cuando se hicieron los ejes viales, muchos delegados hicieron grandes negocios fuera de la ley, además de que le robaron a mucha gente.

Hank González no confiaba ni en Durazo ni en el procurador de Justicia del Distrito Federal, el licenciado Agustín Alanís Fuentes, así que le pidió a don Óscar Flores que me hiciera cargo de las acusaciones y denuncias, y así, con el apoyo del procurador, detuvimos a varios funcionarios del Departamento del Distrito Federal.

Por esos días, Hank González dio una conferencia de prensa y un periodista le preguntó:

—¿Ante quién se deben hacer las denuncias sobre posibles actos de corrupción por el asunto de las expropiaciones en el tema de los ejes viales?

—Tienen que hacerse ante el licenciado Javier Coello Trejo, ministerio público federal, en la PGR, —respondió el regente.

Desde luego esto significó que el procurador del Distrito Federal no me soportara, lo cual nunca me importó. En todo caso, a quien yo debía rendirle cuentas era al Procurador General de la República.

Todos los sábados en punto de las 8 de la mañana nos reuníamos en la Procuraduría, don Óscar Flores, su secretario particular, el licenciado Julio Camelo; su oficial mayor, el licenciado Fernando Baeza y yo. En esas reuniones determinábamos los temas que debíamos atender la siguiente semana.

En la procuraduría llegamos a contar con información privilegiada. Desarrollamos un área de inteligencia, incipiente porque no existía la tecnología con la que se cuenta hoy, pero podíamos enlazar hasta 800 teléfonos al mismo tiempo gracias a Teléfonos de México, que por entonces era una empresa paraestatal.

Contábamos con un selecto grupo de ingenieros, capacitados y de probada lealtad, aunque siempre los teníamos bajo vigilancia, pues no podíamos permitirnos que se fugara información. Don Óscar tenía un máxima: “yo entrego mi lealtad, pero exijo la de ustedes”.

Contábamos además con un equipo muy chingón de Policías, el grupo especial de Florentino Ventura, tres agentes del Ministerio Público Federal de toda mi confianza y además el subprocurador, Manuel Rosales Miranda, que era un hombre tercamente honesto, con un conocimiento impresionante del Derecho y con una larga historia dentro de la procuraduría. Se había iniciado como mecanógrafo, luego fue ministerio público, subdirector y director de Averiguaciones Previas y, finalmente, subprocurador, pronto formó parte del equipo del procurador.

Como ya mencioné, don Óscar siempre fue un hombre muy disciplinado. Salía a correr a las 5 de la mañana, terminaba a las 6 y a las 7.30 ya estaba desayunando en la Casa de los Azulejos o en el Club de Banqueros. Solía citarme en cualquiera de los dos restaurantes. Era frecuente que me llamara a las 6.30 de la mañana, yo le respondía, aunque en muchas ocasiones apenas me había acostado a las 4 de la madrugada. Siempre supo que estaba al pie del cañón.

Don Óscar también se dio cuenta de que la política y la justicia no eran buena combinación, y que cuando la justicia se politiza todos salimos perdiendo. En ocasión de la huelga de médicos me dieron instrucciones de detener a su líder. Ventura y yo nos encargamos; recuerdo que me puse una bata de médico, pero no me cerraba porque estaba muy gordo. Como sea, logramos detenerlo y lo consignamos.

Como al mes, el secretario de gobernación, Enrique Olivares Santana, llamó a don Óscar Flores a su oficina en la procuraduría. Yo estaba presente. El procurador dejó hablar al secretario y luego de unos minutos le respondió:

—No, Enrique, no lo puedo soltar, —se refería al líder del movimiento médico.

Me di cuenta que comenzaron a discutir porque don Óscar elevó el tono de su voz y se escuchaba encabronado.

—No, no lo suelto. Y a ver, hijo de la chingada, a mí no me das órdenes. Si quieres te doy mi puesto y yo ocupo el tuyo, —agregó el procurador antes de colgarle el teléfono.

Tomó aire, permaneció en silencio unos minutos.

—¿Se me pasó la mano Coello?, —me preguntó.

—Un poco, señor procurador, —le respondí con absoluta honestidad.

—Sí, lo sé, pero es que estos hijos de la chingada se pasan, nosotros somos los que nos exponemos y estos pendejos terminan negociando, —sentenció.

Puedo decir que me gané la confianza del procurador desde la primera entrevista con él y tras haber resuelto de inmediato el caso de Productos Pesqueros Mexicanos. Desde un principio, don Óscar me dijo:

—A mí nunca me mienta Coello, dígame, pídamelo que necesite.

Aún recuerdo detalles personales que tuvo conmigo. Cuando comencé a trabajar bajo sus órdenes vivía con mi esposa en San Juan de Aragón, habíamos comprado una casa a crédito. El problema es que no había líneas telefónicas, así que el procurador ordenó que me instalaran una central de radio en mi casa y solía decirme: “Oiga, Coello, usted vive al final de la pista 5 del aeropuerto, consiga una casa más céntrica”. Estaba tan interesado con el tema que a veces me decía: “vi estas casitas en esta colonia, vaya a verlas con su esposa”.

Por fin encontramos una en Prados Coapa y le dije al procurador:

—Fíjese, licenciado, encontramos una casa que nos agradó mucho.

—¿Cuánto cuesta?, —me preguntó.

—Dos millones y fracción, —le respondí.

—¿Y cuánto tiene, Coello?, —agregó.

—Pues si vendo mi casa actual he de juntar unos 300 mil pesos, —le dije.

Terminó de escucharme, sacó su chequera personal y me hizo un cheque por un millón de pesos, tomó el teléfono y por la red le llamó a Rivapalacio, que era director del ISSSTE.

—El licenciado Coello Trejo necesita un préstamo de un millón y medio de pesos para mañana, señor director. ¿Me entendió?, —dijo.

A los ocho días compré la casa.

Durante todo el sexenio, don Óscar me procuró, pero lo hizo porque yo no le fallé nunca. Sabía que mi lealtad era incondicional y que me moría en la raya para darle buenos resultados.

Por esos días, en los casos de contrabando que resolvíamos, la secretaría de Hacienda otorgaba un porcentaje del monto del contrabando al denunciante y al aprehensor. Don Óscar ordenó que yo fuera denunciante en todos los casos de contrabando, así es como me ayudó, y de esa forma me fui haciendo de recursos, siempre conforme a la ley.

Conocí muy bien a don Óscar, puedo decir incluso que nos hicimos amigos a pesar de la diferencia de edad. Cuando terminó el sexenio, permaneció un tiempo en la Ciudad de México hasta que le diagnosticaron cáncer en los ganglios y se regresó a Chihuahua, donde falleció en 1986. Mi primer acto como subprocurador en 1989 fue ir a Chihuahua a rendirle un homenaje frente a su tumba. Me enseñó mucho y eso siempre se lo agradeceré.

Los comandantes

Antes de continuar con mi relato quiero contar acerca de varios agentes de la Policía y comandantes con los que llegué a tener estrecha relación y fueron fundamentales en los operativos que implementamos, tanto en el sexenio del presidente López Portillo, como en el del presidente Salinas de Gortari.

Casi todos esos hombres han sido señalados de haberse comportado de manera implacable y con dureza; a varios los acusaron de participar en la llamada guerra sucia con la Brigada Blanca, de haber desaparecido y torturado guerrilleros, pero se ha manipulado la información. La Brigada Blanca no arremetía contra estudiantes, sino contra delincuentes, porque eso eran los guerrilleros: delincuentes que operaban fuera de la ley y ponían en peligro las instituciones del Estado mexicano.

Los equipos que me tocó organizar siempre fueron intachables. Los mejores Policías de entonces fueron Miguel Nazar Haro, Jorge Obregón Lima, mi compadre Florentino Ventura Gutiérrez y mi amigo Arturo Durazo Moreno: él durante mucho tiempo fue un excelente Policía, era inteligente, tenía una intuición aguda y sabía dónde dar el golpe, y, además, no le temblaba la mano.

El poder lo corrompió y una vez que terminó el sexenio de López Portillo fue señalado —con toda razón— como ejemplo de la corrupción y la impunidad del régimen. No obstante, durante esos seis años la lucha contra la delincuencia fue tenaz.

En estos últimos años he escuchado innumerables críticas a los supuestos excesos de las fuerzas de seguridad pública durante los sexenios de Echeverría y López Portillo, particularmente. Pero, ante la terrible escalada de violencia e inseguridad en la que vive México desde principios del siglo XXI, la mayoría de la gente añora aquellos tiempos de paz, seguridad y tranquilidad en los que vivió la sociedad mexicana durante los años ochenta y principios de los noventa.

Niños y niñas podían jugar en los parques y plazas públicas sin necesidad de que fueran supervisados por adultos; las calles eran seguras; las jóvenes tomaban el transporte público sin miedo a no regresar a casa; los secuestros o las extorsiones eran casi inexistentes; no había levantones, ni asesinatos múltiples producto de los ajustes de cuentas entre bandas del crimen organizado.

Siempre ha existido la delincuencia, pero nosotros teníamos la consigna de que nuestro deber era con la sociedad, así que mantuvimos a raya a los delincuentes. Esa fue nuestra misión, nuestro compromiso y dimos resultados. Todo ese trabajo y esfuerzo se lo llevó la chingada: ha quedado sepultado por la ineficiencia, el miedo a ejercer la autoridad, una

manifiesta falta de Estado de derecho, y, desgraciadamente, las autoridades, tanto policiales como judiciales, se convirtieron en empleados de la delincuencia.

Pero regreso a esos años. Conocí Policías con mucho talento pero que se corrompieron, como los comandantes Daniel Acuña y Rafael Aguilar Guajardo. Este último fue parte de la Dirección Federal de Seguridad, y como por arte de magia hacia finales de los años ochenta era uno de los dueños del centro de espectáculos Premier y del Lido de París en la Ciudad de México. Luego se metió en malos negocios, se convirtió en el jefe del cártel de Juárez y lo acribillaron en 1993 en Cancún al abordar una lancha.

El caso de Francisco Sahagún Baca también es un ejemplo de cómo algunos Policías se corrompieron. Él era comandante de la Policía Judicial Federal en Jalisco y hombre cercano a Arturo Durazo.

Cuando el presidente López Portillo ocupó la presidencia del país, nombró a Durazo director general de Policía y Tránsito del DF. No pasó mucho tiempo antes de que Durazo creara la Dirección de Investigación para la Prevención de la Delincuencia (DIPD) y la puso en manos de Sahagún Baca. Fue el acabose, pues la institución recibió a muchos agentes policiacos sobre los que pesaban cargos de corrupción e impunidad y Durazo lo toleró.

Sahagún Baca era muy inteligente y cuando sintió que lo iban a agarrar se murió o, mejor dicho, fingió su muerte y hasta entierro hubo. Pero sepultaron a alguien más, porque luego nos enteramos de que estaba con vida y escondido. No sé si ya habrá muerto, pero andaba por Michoacán.

El Procurador General de la República, don Óscar Flores Sánchez, no toleraba a Arturo Durazo Moreno por corrupto, pero sabía que era hombre del presidente López Portillo y lo favorecía con su amistad.

Desde luego, López Portillo sabía que Durazo era corrupto, pero entre ellos había una lealtad de años. El presidente estaba muy agradecido con él porque tiempo atrás, cuando sobrevino el divorcio de Margarita López Portillo, don José, —que todavía no era presidente—, se madreó a su cuñado en el juzgado, lo tiró de las escaleras y Durazo se echó la culpa. De otro modo, es muy posible que López Portillo viera truncada su carrera política por este incidente y eso fue una gran muestra de amistad y lealtad de Durazo.

El Negro siempre se sintió protegido por el presidente, incluso durante el sexenio se siguieron llevando como amigos sin importar jerarquías políticas. López Portillo lo invitaba a Los Pinos a boxear y le decía: “A ver, Negro, pégale aquí”, señalando su brazo y Durazo no se tentaba el corazón, le pegaba al presidente.

Antes de llegar a ser director de la Policía del Distrito Federal, Durazo estuvo a cargo del aeropuerto, así que en esa época comenzó sus negocios al amparo del poder, pero más allá de que la corrupción lo alcanzó, en el ejercicio de sus funciones tenía el control absoluto de la seguridad pública en la ciudad y nadie podía escatimarle eso. Es posible que fueran los años con los menores índices delictivos en la Ciudad de México.

Sabía cómo operaba la delincuencia, los principales focos, las bandas, los líderes. Tenía todos los hilos en una sola mano. En alguna ocasión me habló un amigo para pedirme ayuda, le habían robado su auto, le indiqué que debía levantar la denuncia y al mismo tiempo le hablé a Durazo: a los dos días la Policía había recuperado el vehículo. Tenía una frase que habría hecho enfurecer a Derechos Humanos: “El ratero que se pasa de cabrón, se muere. Mientras no se metan con la sociedad, que se chinguen entre ellos”.

Como lo mencioné, don Óscar Flores no tragaba a Durazo, pero sabía de su eficacia. Un día, el procurador me mandó llamar a su oficina y me comentó:

—Oiga, Coello, entraron a robar a la casa de la señora Limantour, o algún apellido así rimbombante. Hable con Durazo y resuélvalo. Tenemos que recuperar todo lo que se llevaron porque la familia tiene muy buenas relaciones y ya se la hizo de pedo al presidente.

La señora fue a verme, levantó el acta correspondiente e hizo una relación de los objetos que le habían robado: vajillas de plata, obras de arte, joyas, entre muchas otras cosas.

Con ese inventario improvisado fui a ver a Durazo y le dije:

—Mira, hijo de tu chingada madre —nos llevábamos pesado—, pasó esto y por instrucciones del presidente necesitamos resolverlo en calidad de urgente.

Me pidió 48 horas y al cumplirse el plazo me llamó por teléfono:

—Compadre, que venga la señora a identificar sus cosas, —dijo.

Me presenté también para darle cuenta al procurador de cómo se había resuelto el caso y ahí me percaté que la muy sinvergüenza había tomado cosas que no eran suyas.

Tuve que intervenir:

—A ver, señora, usted me dio la lista, aquí la tengo, ahí están las cosas que le vamos a devolver, pero las otras no son suyas. Esto le robaron esto se le regresa.

Terminado el caso, le platicué a don Óscar lo que había sucedido y él a su vez se lo contó al presidente López Portillo. Luego supe que el presidente había exclamado “vieja ratera”. Pero ese robo, mi compadre lo resolvió en 48

horas, por eso afirmo que siempre tuvo el control mientras estuvo al frente de la Policía del DF.

El Negro y yo éramos compadres de la vida. Siempre lo consideré mi amigo y siempre fue un hombre muy leal, aunque lo perdió la ambición de poder y el dinero. Pero como para mí el valor de la amistad es uno de los más preciados, no le di la espalda cuando fue a dar a prisión durante el sexenio del presidente De la Madrid. Solía visitarlo en la cárcel.

Recuerdo que, en una ocasión, cuando comenzó el sexenio de Carlos Salinas de Gortari y ya había sido nombrado subprocurador de la República, fui a visitar a Durazo a la prisión. Como todo se sabía, mi visita llegó hasta oídos del presidente Salinas y me mandó llamar.

—Oiga, Coello, ¿cómo que fue a la penitenciaría a visitar a Durazo?, —me dijo entre sorprendido y extrañado, pues él era un símbolo de corrupción y autoritarismo de los sexenios anteriores.

—Sí, señor presidente, fui a ver a mi amigo, porque los amigos se conocen en la salud y en la cárcel, no en el pedo y en la juerga. Si cometí alguna falta dígame cómo procedo, —respondí con la tranquilidad de que no había hecho nada malo ni había puesto en riesgo nada.

El presidente sonrió con malicia y respondió contundente:

—Putra madre Coello, es usted un cabrón.

—No señor, soy un buen amigo, solamente eso, —contesté y el presidente no volvió a decirme nada, ni me prohibió esas visitas.

Con el tiempo supo, personalmente, lo que para mí significaba y significan, la lealtad y la amistad.

El compadre Ventura

Mi amigo Florentino Ventura merece una mención aparte. Lo conocí cuando llegué a la Procuraduría General de la República en 1973. Por entonces era comandante de la Policía Judicial Federal. Era hombre de confianza del procurador Pedro Ojeda Paullada, pero más del subprocurador Manuel Rosales Miranda.

Me llevaba algunos años de diferencia en cuanto a la edad. Cuando lo conocí estaba casado y tenía cuatro hijos, tres hombres y una mujer, a los que continué viendo después de su muerte.

Comenzamos a trabajar juntos y pronto nos hicimos amigos, incluso puedo decir que llegamos a ser como hermanos. A pesar de que yo era más joven, siempre me dio mi lugar; era respetuoso de las jerarquías y de las instituciones.

Como él ya tenía experiencia, no pocas veces me aconsejó con generosidad. Ventura era un hombre muy hombre, hay que decirlo. Tenía una mirada de águila que inspiraba temor y respeto. No le tenía miedo a morir en los operativos, combatiendo a la delincuencia o en cualquier otra circunstancia. Su mayor miedo, real, era la cárcel, pues metió a tantos hombres en prisión que temía caer en desgracia y terminar ahí. Sabía que si caía en la cárcel no sobreviviría ni 24 horas, toda vez que debido a su honestidad y hombría nunca se había prestado a corruptelas con la delincuencia y eso le podía costar la vida en prisión.

Florentino era primer comandante de la Policía Judicial Federal y su vida era como una novela de aventuras; en su juventud fue seminarista, luego quiso ser torero y finalmente la vida lo llevó a ser Policía, y eso sí, uno de los mejores de los muchos que conocí.

Por eso cuando don Óscar Flores me autorizó a formar mi equipo, no lo pensé dos veces, Ventura tenía que estar conmigo, jamás iba a permitir que lo refundieran en alguna oficina resolviendo casos sin importancia solo porque tenía diferencias con los nuevos mandos al iniciar el sexenio de López Portillo.

A lo largo de su vida, Florentino recibió varios reconocimientos internacionales por parte de instituciones como la DEA y el FBI, pues era un hombre muy honesto, no solo en su vida profesional, sino consigo mismo, en su actuar cotidiano.

Nuestro primer caso importante fue el fraude que la empresa Sofides hizo contra Nacional Financiera, durante el sexenio de Echeverría. Ahí fue donde empezamos a trabajar juntos. Ventura era primer comandante, jefe del grupo especial de la Procuraduría en la Policía, bajo el mando directo del procurador. Debo mencionar que en todo proceso de investigación la Policía se convierte en auxiliar del Ministerio Público y se subordina a su autoridad.

Florentino Ventura manejaba los asuntos policiacos de investigación y yo los asuntos de integración. Siempre de la mano. Contaba además con varios elementos notables por su capacidad, por ejemplo, había un comandante de apellido Lorrabaquío, un hombre muy inteligente, que nunca usaba pistola. Solía decir que el buen investigador no la necesitaba.

En ese equipo también estaba el comandante Salvador Peralta, otro hombre de mucho empuje y determinación; debo reconocer que Florentino Ventura se rodeó de puro Policía por vocación, porque el Policía nace y se va haciendo en el desempeño de su función. Es de hombres reconocer a otros Policías que trabajaron bajo el mando de Ventura, como lo fueron Luis Soto Silva, Fausto Valverde, Guillermo González Calderoni, entre otros. Pura gente de muchos güevos y

comprometida con el servicio a la sociedad. Habrá algunos que digan que fueron corruptos, autoritarios, feroces y no lo puedo negar, pero con todo respeto a mis lectores, ¿cómo se combate al crimen y a la delincuencia? Con güevos, decisión, y no con abrazos ni con sacerdotes, como dice el viejo dicho, “para cabrón, cabrón y medio”.

Tuve otros casos en los que yo dirigía la investigación desde el Ministerio Público y Ventura estaba a cargo como Policía. Nunca hubo discrepancias entre nosotros. Puedo decir que compartíamos el mismo ideal: ambos queríamos que imperara la justicia en México y para eso era necesario hacer cumplir la ley.

Ventura también era un excelente interrogador, muy duro, tan duro como lo era con su gente, pues se caracterizaba por su disciplina y siempre mantuvo en orden a sus hombres. De esa primera investigación sobrevinieron otras; nos tocó investigar al que fue líder de los maestros, el profesor Edgar Robledo Santiago, mismo que fue acusado por malversación de los fondos del sindicato de maestros, habiendo adquirido terrenos en el norte de la república con el dinero del magisterio y utilizando prestanombres. Por decisión del procurador, comencé con Ventura las investigaciones en contra de comandantes, Policías y ministerios públicos que permitieron que el narcotráfico cobrara cierta importancia en distintos estados del país.

En mi época de revisor, durante el sexenio de Echeverría y bajo las órdenes del procurador Ojeda Paullada, no hubo comisión alguna en las cuales Ventura no me acompañara, no importaba si era un fraude o un asunto del narcotráfico o cualquier otro.

Como lo referí anteriormente, casi al término del sexenio del presidente Echeverría yo estaba en Tijuana haciéndome cargo del caso de Contreras Subías. Ventura estaba conmigo, así que el cambio de gobierno nos tocó a los dos y ambos regresamos a México para encontrarnos con la novedad de que nos habían relegado.

Los dos usábamos pistola, tanto para él como para mí, el arma era parte de nosotros. Yo no podía ir a ningún lado si no cargaba mi pistola. Se preguntarán si la usé y puedo responder que sí, muchas veces, pero siempre en defensa de mi vida. Ventura tenía una pistola calibre 45 que conservo en mi poder, la pude rescatar y conservarla como un recuerdo personal. Trabajamos juntos durante casi 10 años, fuimos parte de esa gran cruzada contra la corrupción institucional que encabezó el gobierno de López Portillo. Nos acompañamos hasta que terminó el sexenio y entonces la vida nos llevó por otros derroteros.

Al inicio del sexenio de Miguel de la Madrid dejé la procuraduría y me fui como secretario general de gobierno del estado de Chiapas; Ventura permaneció bajo las órdenes del nuevo procurador, Sergio García Ramírez. Cuando yo viajaba a la Ciudad de México nos veíamos para comer o echar unos tragos. Tiempo después sobrevino la tragedia.

La vida personal de Florentino fue muy difícil. Era duro, siempre en riesgo y sufrió el suicidio de su primera esposa. Poco antes de salir de la procuraduría, nos fuimos a Ciudad Juárez a trabajar en un caso; como era un asunto delicado llevé a una secretaria de mi confianza para que mecanografiara lo necesario. Era una mujer muy arrojada, muy echada pa' delante, bragada. Ahí la conoció Ventura y se perdió.

Fue un amor tormentoso, Sira era una mujer valiente y contra mi voluntad Ventura movió sus influencias para ingresarla a la Policía. Recuerdo haberle dicho: “Hermano, esto te va a traer muchos problemas, no lo hagas”. Pero estaba perdido por ella y se salió con la suya. Los arrebatos de Sira eran marca diablo. En una ocasión se peleó con unas Policías de Seguridad Pública, les tiró de balazos, tuvimos que intervenir para que no tuviera consecuencias. A leguas se veía que era tenían una pasión destructiva.

Un buen día, mientras me ocupaba de los asuntos de la secretaría general de gobierno en Chiapas, recibí una llamada telefónica. Era Ventura, me habló para pedirme que fuera su testigo de bodas. Guardé silencio un momento y luego le dije:

—Hermano, la vas a cagar, no lo hagas, esa mujer no te conviene.

Y como era de esperarse se molestó conmigo. Pero yo tenía mis razones para advertirle, sabía que acabarían mal, porque Sira parecía tener el diablo dentro. Era una hija de la chingada, cuando se emborrachaba sacaba la pistola como quien saca un kleenex. Ventura se volvió posesivo y celoso, seguramente hasta toloache le dio Sira.

A pesar de mi advertencia, Ventura contrajo matrimonio con Sira y yo no asistí al enlace. La primera noche de año nuevo que pasaron juntos, agarraron el pedo, se amanecieron y terminaron en el restaurante de Chucho Arroyo, donde continuaron bebiendo. Los acompañaba una prima de Sira, el esposo y otro cabrón. Con tanto alcohol encima comenzaron a discutir y decidieron irse del restaurante. En el camino detuvieron el auto en Insurgentes Sur a la altura del DIF y se bajaron, Florentino y Sira continuaron discutiendo airadamente, la prima bajó del auto para tratar de mediar; los gritos y los manoteos eran cada vez más violentos, de pronto Ventura sacó su pistola y a quemarropa le disparó a Sira que cayó muerta al instante, luego le disparó a la prima. Al ver lo que había hecho, Florentino Ventura no lo dudó, se metió un tiro y también cayó muerto.

Toda su vida había sido un hombre muy controlado, pero a mí mi padre siempre me decía: “cuídate de las malas pasiones, no de las buenas pasiones”. La de Ventura fue una mala pasión, se perdió con esa mujer y así terminó sus días.

Cómo lo extrañé cuando fui subprocurador. Si hubiera vivido, podría haber sido director de la Policía Antinarcoóticos y a lo mejor hubiéramos dado muchos más resultados.

El Tigre, Miguel Nazar Haro

He dejado al último a un hombre excepcional, leal y honesto; para él servir a México era un honor y su mayor responsabilidad. Hizo lo que estuvo a su alcance para garantizar la seguridad de las instituciones y combatió con gran efectividad a quienes trataban o trataron de lastimar al Estado mexicano. Me refiero a mi amigo, hermano y maestro, don Miguel Nazar Haro.

No puedo dejar de narrar el orgullo y el honor que me dio cuando en el año de 1972, por el mes de noviembre, conocí en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, a Miguel Nazar Haro, quien era subdirector de la Dirección Federal de Seguridad. Me lo presentó el licenciado, don Luis Domínguez Carrascosa, en aquel entonces Procurador General de Justicia, quien me dio instrucciones de coordinarme tanto con él como con los agentes del Ministerio Público Federal comisionados para un caso de falsificación de títulos de maestros.

Durante la investigación me percaté que algo de mi trabajo le causaba gracia a don Miguel Nazar y le pregunté cuál era el motivo.

—No me río de usted, licenciado, es la situación. Usted es muy eficiente, es muy joven y veo que tiene muchos güevos, —me expresó Nazar Haro.

Ahí nació una amistad que fue creciendo a través del tiempo.

Nazar era un hombre de baja estatura, ojos muy azules, de una rectitud y reciedumbre impresionante. Había nacido el 26 de septiembre de 1924, en Pánuco, por lo que era veracruzano de corazón. Comenzó su carrera policiaca en el Servicio Secreto del Distrito Federal y debido a su capacidad, en 1962 ingresó a la Dirección Federal de Seguridad, dependiente de la secretaría de gobernación. En esa institución hizo una carrera que fue en constante ascenso, de agente a jefe de grupo, a jefe de control, a subdirector y finalmente ocupó la dirección general de esa institución tan vilipendiada, pero que permitió mantener la paz social y la estabilidad política del país.

A raíz del movimiento estudiantil de 1968 se desataron una serie de secuestros perpetrados por algunos jóvenes que intentaban cambiar al país bajo la ideología marxista-leninista y por la vía de la violencia. Miguel Nazar Haro logró detener esa ola de secuestros y esclarecer muchos considerados de alto impacto, como el secuestro de Hirschferd Almada en 1971, el del cónsul inglés en Guadalajara en 1973 o el de Brianda Domecq en 1978.

En alguna ocasión, en la confidencia del café, don Miguel me platicó que en mayo de 1973 un avión venezolano fue secuestrado y desviado hacia México. Los aeropiratas exigían la liberación de presos políticos de su país, pero el gobierno venezolano rechazó negociar con los terroristas. La situación era delicada porque estos delincuentes amenazaban con hacer estallar el avión.

Miguel Nazar subió a la aeronave y negoció quedarse como rehén a cambio de que las mujeres y niños fuera liberados. El avión despegó y llegó a Cuba, donde se resolvió el asunto y nadie salió lastimado.

En no pocas ocasiones, Miguel Nazar, como director de la Federal de Seguridad, le solicitó al procurador don Óscar Flores que me designara como ministerio público federal para trabajar conjuntamente los casos, así pude conocer muy de cerca su valor, su lealtad y su rectitud.

A su instinto natural para investigar, Nazar Haro sumaba una importante formación académica. Realizó diversos estudios, se capacitó en el FBI y en otras corporaciones policiacas estadounidenses. Su lucha en contra de la guerrilla, el secuestro y los grupos comunistas fue reconocida por diversos países. La reina Isabel II de Inglaterra lo nombró Miembro Honorario de la Quinta Clase de la Gran Orden Victoriana y recibió condecoraciones de los gobiernos de Venezuela, Canadá, Corea, España, Bélgica, Francia, Líbano, Israel.

¿Cómo es posible —me pregunto— que este Policía mexicano, ejemplo de lealtad, haya sido perseguido, acusado y encarcelado por el gobierno del presidente Vicente Fox? ¿Cómo es posible que un abogado desprestigiado, como Ignacio Carrillo Prieto, fuera designado por el presidente Fox como fiscal especial para los delitos del pasado y haya podido inventar y defenestrar a mi querido amigo Miguel Nazar? Me hice cargo de su defensa junto con su hijo, José Luis Nazar. Debo contar que, no obstante que le solicitamos que no se entregara, lo hizo: “yo no tengo que huir”, expresó y fue conducido a bordo de un avión de la PGR a la cárcel de Topochico en Monterrey.

El juicio no fue fácil, el presidente Fox parecía traer la consigna del linchamiento en aras de ganarse a los grupos de izquierda a los que siempre he llamado “comunistas del Pedregal”. Al final, como todo fue más un montaje mediático, Miguel fue absuelto por el Poder Judicial Federal.

Por lo anterior quise dedicarle algunas páginas en este libro a mi hermano, a mi entrañable amigo Miguel Nazar Haro, quien falleció a los 87 años de edad en su casa, rodeado de sus hijos, como un pequeño homenaje al hombre leal e incorruptible, quien cumplió con el deber de todo mexicano de servir a la patria, y no de servirse de ella.

Narraré por último un episodio que pinta a Miguel como lo que era, un hombre comprometido antes que nada con la patria y con su trabajo. Cuando la liga 23 de septiembre exigió la liberación de los guerrilleros encarcelados, el gobierno mexicano declaró que no negociaría con delincuentes.

Miguel Nazar recibió una terrible amenaza: “¿si secuestramos a tus hijos tampoco vas a negociar? Esa noche Miguel reunió a su familia en la sala de su casa y les explicó detalladamente la situación, designó a los hombres que se encargarían de la seguridad de su familia y sus hijos, les pidió que cooperaran en todo momento con ellos, que no hicieran tonterías y obedecieran, pues si llegaban a ser secuestrados de ningún modo negociaría.

Los hijos de Miguel Nazar Haro sufrieron cinco atentados fallidos, pero él nunca se rajó. La guerra contra la delincuencia fue sucia porque los delincuentes eran sucios, no tenían honor y me permito citar aquella frase de sir Winston Churchill: “a los que solo conocen el lenguaje de la violencia hay que hablarles en su mismo idioma”.

En los días en que Miguel fue procesado, en una ocasión nos reunimos con él, su hijo José Luis, un excelente abogado, y yo. Después de estar hablando del caso, de la estrategia de defensa y otros asuntos, reinó el silencio. Entonces José Luis le preguntó:

—Papá, ¿valió la pena?

Miguel se le quedó viendo con esa mirada profunda que tenía:

—Claro que valió la pena, ¡esta es mi patria!, —respondió.

El pendejo es esférico

La presencia de don Óscar Flores al frente de la Procuraduría General de la República fue un claro mensaje del gobierno del presidente López Portillo: desde el inicio del sexenio no se tolerarían actos de corrupción y se investigarían los de la administración saliente, es decir, la del expresidente Luis Echeverría.

En una ocasión, al principio del sexenio, el presidente López Portillo me preguntó:

—Oiga, Coello, ¿cómo podemos combatir la corrupción?

—Pues fácil, señor, vamos a crear una cárcel en la que metamos a los pendejos, porque en cualquier cargo hace más daño un pendejo que un ratero. Al ratero se le cuidan las manos, pero al pendejo no se le puede cuidar porque es esférico. Es pendejo por donde se le vea, —respondí.

Se moría de risa. En aquel momento la bandera era el combate a la corrupción, la enarbolaba Óscar Flores y era intachable... pero también era cierto que sin el respaldo del presidente no hubiera sido posible tener éxito. López Portillo nos dio todo su apoyo.

Recuerdo una investigación que me llevó a la detención de un cabrón. Lo interrogamos y confesó que había cometido robo. Antes de que se lo llevaran me dijo:

—Lo único que lamento es que ahora no sé quién llevará a misa a mi tía Cuquita.

Se escuchaba confiado, muy quitado de la pena, como si tuviera la seguridad de que no pisaría la prisión.

—No mames, pues que vaya otro sobrino, pero, además, ¿quién es Cuquita?, —le pregunté.

—Pues la mamá del presidente López Portillo, —respondió.

El sujeto era primo del presidente de la República. Entonces fui con el procurador y le conté lo sucedido. Don Óscar tomó la red y le marcó al presidente.

—Señor, tengo detenido a un sujeto y lo voy a consignar, pero dice que es su primo. Y cuando usted me invitó a ser procurador me dijo: ‘los López Portillo por delante’.

El procurador guardó silencio unos segundos y luego agregó:

—Sí, señor presidente, gracias.

Colgó y de inmediato me dio la orden de consignarlo.

Don Óscar tenía muchos güevos y si era capaz de plantarse firme ante el presidente, no le tembló la mano con ningún funcionario, gobernador o secretario de estado.

En una ocasión se presentó el gobernador de Jalisco, Flavio Romero de Velasco, en la oficina de don Óscar. Llegó de mal talante acusando que había casas de juego ilegales en Guadalajara y que todos los ministerios públicos federales estaban involucrados. El procurador me llamó y me dio la orden de iniciar una investigación y limpiar el estado.

El gobernador estuvo de acuerdo y pidió que le informáramos de cualquier avance para estar al tanto. Luego se marchó. El procurador me volteó a ver y me dijo:

—Qué le vamos a avisar, ni que ocho cuartos. Coello, hable con el general secretario Félix Galván y solicítele que le preste gente del Ejército vestida de civil. No use elementos de la Policía Judicial Federal. Si están involucrados los ministerios públicos me los chinga a todos.

Volé a Guadalajara sin notificarle al gobernador. Me puse a trabajar con los miembros del Ejército, preparamos el operativo y les pusimos en su madre. Cabe mencionar que contrariamente a lo que había denunciado el gobernador, no había un solo ministerio público federal involucrado en el juego ilegal, todos eran parte del gobierno del estado.

Y el premio gordo fue que en una de las casas de juego detuvimos al secretario de gobierno de Jalisco, ahí estaba feliz de la vida apostando. Alrededor de las 6 de la mañana, cuando habíamos concluido el operativo, me presenté en casa Jalisco para ver al gobernador.

—Hace días que lo estoy esperando, licenciado Coello Trejo, —me reclamó.

—Señor, el operativo ya fue realizado, tenemos confiscadas casas, recuperamos dinero y tenemos detenidos. Todo salió bien, nada más que hay un pequeño problema. Entre los detenidos está su secretario de gobierno, lo detuvimos en una de las casas de juego. Quedé de comunicarle a usted y por eso estoy aquí, —dije.

Y que se enoja el gobernador.

—No puede ser, licenciado Coello, usted quedó de avisarme antes de iniciar cualquier operativo. Le voy a llamar a don Óscar, —contestó.

Y se retiró unos minutos.

¿Qué le dijo el señor procurador? No lo sé, pero luego de hacer la llamada el gobernador regresó pálido y bastante dócil.

—Licenciado Coello, le agradecería mucho que por lo menos el secretario de gobierno...

No lo dejé terminar.

—No se preocupe, entiendo bien, nomás le voy a decir algo señor gobernador, la institución del Ministerio Público Federal es respetable. Que hay cabrones ahí, los hay, pero no los use para mentir.

Y se quedó como perro con la cola entre las patas.

Golpe en los güevos o en el bolsillo

Sin saberlo, la sabia y efectiva lógica de don Óscar Flores se convirtió en la bandera del sexenio en el combate a la corrupción. Es un hecho que a los políticos les duele más un golpe en el bolsillo que un golpe en los güevos y así quedó demostrado.

El procurador solía decir: “el político que delinque vive y se alimenta de los reflectores y de las riquezas que acumula. Si les quitamos ambos se derrumban”. Nosotros investigábamos para detener, no deteníamos para investigar, como se hace ahora, por eso ninguno de los casos que armamos se nos cayó o nos lo echaron para atrás. El éxito era consignar con pruebas y la investigación tenía que ser coherente.

Otros de los consentidos del régimen de Echeverría había sido Augusto Gómez Villanueva, primer secretario de la Reforma Agraria y Alfredo Ríos Camarena. El primero, en su calidad de secretario general de la Confederación Nacional Campesina, había sido designado para destapar a Echeverría como candidato presidencial en 1970.

Durante el sexenio del presidente Echeverría se constituyó una gran cantidad de fideicomisos para detonar el desarrollo económico en distintas regiones del país. Además de ser el secretario de la Reforma Agraria en 1975, Gómez Villanueva fue designado presidente del comité técnico del fideicomiso Bahía de Banderas, que tenía como fin desarrollar el turismo en las costas de Jalisco y Nayarit.

Pero como estos señores no daban paso sin guarache, sin ninguna ética Gómez Villanueva era accionista de la empresa privada Nuevo Vallarta y su amigo y cercano colaborador, Alfredo Ríos Camarena, era el director general del fideicomiso y vicepresidente de la empresa.

Cuando comenzó el sexenio de López Portillo, el nuevo director del fideicomiso, Federico Martínez Manatou, denunció operaciones fraudulentas y me tocó hacer la investigación. Demostramos que Alfredo Ríos Camarena, con el apoyo de Gómez Villanueva, había logrado que Banobras comprara acciones de su empresa Nuevo Vallarta y que el fideicomiso le vendiera 70 kilómetros de playa. Fue un fraude por casi mil millones de pesos.

A Ríos Camarena lo consignamos, pero Augusto Gómez Villanueva la libró, ya que por entonces era diputado federal y gozaba de fuero. Además fue nombrado embajador de México en Italia y permaneció fuera del país once meses.

Otro de los hombres de Echeverría que también detuvimos fue Félix Barra García, llamado El Diablo, quien había sido secretario de la Reforma Agraria (SRA) en el último año del régimen echeverrista.

Lo acusamos en virtud de una denuncia presentada por Manuel Alonso Blasio, agricultor y ganadero del estado de Chihuahua, quien lo acusó de haberlo extorsionado con varios millones de pesos para que sus tierras no fueran expropiadas por el gobierno.

Le dimos seguimiento al caso, investigamos y cayó junto con el que había sido su oficial mayor y su secretario particular. Los detuvimos en abril de 1977, devolvió el monto de la extorsión y fue consignado ante un juez federal. Estuvo tras las rejas poco más de año y medio.

Recuerdo que una vez acordado que devolvería los millones de la extorsión, le habló por teléfono a su suegra para decirle que unos agentes se presentarían en su casa para llevarse unas maletas que tenía guardadas en su domicilio. La señora las entregó, pero al momento de contar el dinero en la procuraduría, Barra García pasó aceite, se dio cuenta que faltaba parte del dinero. No lo sabía, pero su suegra le había metido mano al dinero en algo así como un robo hormiga, así que también la mandé llamar a los separos de la procuraduría para exigirle que devolviera lo que había tomado. Al final recuperamos todo el dinero de la extorsión.

Otro caso más fue el del ingeniero Miguel Ángel Barberena, quien era subsecretario de Comunicaciones y Transportes en el sexenio de López Portillo. Hizo su agosto a través de un contrato que suscribió con una empresa propiedad de los Peñaloza, en relación con el proyecto del tren rápido que debía correr de México a Querétaro.

En contubernio con estos empresarios dedicados a la fabricación de tubos firmó el contrato para construir los durmientes de concreto, con el argumento de que usarían tecnología francesa de última generación, algo por demás absurdo. El procurador me instruyó para que el ingeniero Barberena presentara su renuncia irrevocable, “porque en el desempeño de sus labores había faltado a los más elementales principios de la honestidad”, así quedó establecido en el documento.

Lo increíble fue que tiempo después, con todo y el antecedente de su renuncia por corrupción, el presidente Miguel de la Madrid rehabilitara a Barberena y le diera su apoyo para que ocupara la gubernatura de Aguascalientes durante su sexenio. Ese fue el mejor ejemplo de que la política es enemiga de la justicia.

No todos los casos concluyeron con la consignación y luego con la reparación del daño a través de la devolución de lo robado. Un caso que terminó trágicamente fue el de Óscar Orrantía Hernández, director de Telégrafos de México con Echeverría, que fue ratificado en su cargo cuando comenzó el sexenio de López Portillo.

En una primera auditoría resultó que había comprado facturas apócrifas por varios millones de pesos. Trató de justificarse con el propio presidente de la República y el procurador, argumentando que las había utilizado para la campaña electoral de López Portillo.

Orrantía pensó que la había librado, pues en todo caso ese tipo de argucias estaban normalizadas siempre para favorecer al partido oficial, el PRI. Sin embargo, continuamos con la investigación porque no cuadraban los números. Resultó que incluso después de la campaña presidencial, Orrantía había continuado metiendo facturas falsas.

Decidí infiltrar un par de agentes en Telégrafos de México para reunir más elementos incriminatorios y así nos enteramos que en su oficina, detrás de su despacho, había un pasillo secreto como de dos metros de ancho donde tenía decenas de paquetes con facturas por usarse —cuyos montos no excedían los 5 mil pesos—, facturas apócrifas, de empresas fantasma o de tiendas que no tenían facultad para expedir facturas.

Por entonces, el propio sistema propiciaba la corrupción de los funcionarios, ya que todas las facturas mayores de 5 mil pesos las revisaba la glosa, pero las menores a esa cantidad pasaban sin revisión. Orrantía presentaba mes con mes facturas menores a cinco mil pesos y se embolsaba el dinero. No tuvo más remedio que confesar su delito ante la incontrovertible evidencia.

Lo consignamos y poco después se suicidó en la cárcel. Decidió quitarse la vida ahorcándose. En la carta póstuma que dejó me culpó por haberlo presionado. No me pesó, finalmente era un delincuente que le había estado robando a la Nación. Quizá prefirió morir y así ahorrarse la pena, la vergüenza del escarnio público, además de tener que devolver todo lo que le había quitado al gobierno.

Otra de las secretarías en la que hicimos una verdadera limpieza fue la de Agricultura. El presidente López Portillo nombró a don Francisco Merino Rábago como secretario; era un hombre intachable, recto, honorable, que logró rodearse de un equipo con la misma calidad moral.

Su oficial mayor era don Mario Highland Gómez, un funcionario tercamente honrado; también estaban Alfredo Adam, director de Auditoría de la secretaría; el licenciado Herrera y Somellera, director general jurídico y el licenciado Agustín Ricoy Saldaña, subdirector jurídico. Con ellos hicimos un gran equipo y juntos logramos extirpar la corrupción que se había enquistado en la secretaría de Agricultura.

Tan pronto como comenzamos a investigar lo hecho durante el sexenio de Luis Echeverría detectamos un sinnúmero de irregularidades y delitos de todo tipo y en todas las áreas, empezando por el propio exsecretario, Óscar Brauer Herrera, que había ocupado el cargo de 1973 a 1976.

Antes de que descubriéramos los delitos cometidos por Brauer Herrera durante su gestión como secretario, el presidente José López Portillo lo había nombrado representante de México ante la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Conforme avanzamos en las investigaciones comenzó a salir su nombre, una y otra y otra vez; unos millones por aquí, otros por allá, algunos más por otro programa inexistente. Se chingó todo lo que pudo: cientos de millones de pesos, propiedades, tierras, metió mano en donde pudo.

Ante la gravedad del caso, el presidente lo mandó llamar y le dio derecho de audiencia. Brauer se comprometió a devolver todo, por lo que López Portillo le dijo que hablara directamente con don Óscar Flores. Ahí lo recibimos y delante de mí, el procurador le dijo:

—Doctor, es usted un ratero, tiene que devolver todo lo que se chingó.

El exsecretario ni las manos metió y ante notario entregó dinero, casas, ranchos, bienes, todo quedó documentado. El problema fue que conforme las investigaciones continuaban su nombre volvía a aparecer; Brauer Herrera se convirtió prácticamente en cliente de la Procuraduría. Lo llamamos al menos en seis ocasiones para que devolviera dinero.

El presidente no quiso que lo consignáramos para evitar un escándalo internacional, ¿cómo hubiera quedado el gobierno mexicano si en la Organización de Naciones Unidas se hubiera sabido que nuestro representante estaba acusado de corrupción? Así que una vez que entregó todo, el presidente le otorgó el perdón y lo autorizó a regresar a su cargo.

El día que Brauer Herrera se marchaba de México para volver a su cargo en la FAO, apareció un nuevo fraude realizado a través del exdirector de Delegaciones de Agricultura que se apellidaba Carnero Hernández, y a quien detuve de inmediato.

Una vez que lo interrogué supimos que Brauer se había robado otra cantidad grosera de dinero, además de lo que ya había devuelto, pero lo tenía Wuistano Rueda, su secretario particular. Don Mario Highland me pidió que le notificara de inmediato al procurador porque, palabras más palabras menos, le habían visto la cara al presidente de la República.

Permanecí en la Procuraduría a la espera de instrucciones del procurador, que había ido a Los Pinos para informarle al presidente de lo ocurrido. No tardó en llamarme:

—Coello, detenga a Brauer, —me dijo.

Sabíamos que no sería fácil, había caído la tarde y pudimos averiguar que el exsecretario viajaría en un vuelo de Iberia por la noche, así que me fui al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Cuando llegamos ya había abordado pero aún faltaba tiempo para que la aeronave despegara. Me dejaron pasar hasta la puerta de embarque y ahí me recibió el capitán, muy mamón, y me dijo que yo no tenía facultad alguna en el avión porque era territorio español y la armó de pedo.

Le expliqué que yo era del Ministerio Público Federal y que tenía órdenes para detener y llevarme a uno de sus pasajeros con pasaporte mexicano. El capitán se montó en su macho y no quiso dejarme pasar. Pero como yo no podía permitir que Brauer se pelara, y menos tras haberle visto la cara al presidente, pensé que: “a grandes males, grandes remedios”. Entonces le marqué al jefe de seguridad del aeropuerto y le dije: “tengo conocimiento de que en ese avión de Iberia hay una bomba, así que desaloje todo el avión”.

Al oír esto el capitán enfureció pero tuvo que tragar camote y no le quedó más remedio que llamar a Brauer Herrera, que no tenía idea de lo que estaba pasando afuera, así que cuando asomó la nariz en la cabina del piloto lo tomé del brazo, lo jalé y lo llevamos de nueva cuenta detenido a los separos de la Procuraduría.

Estaba muy asustado, sabía que le había visto la cara al presidente, así que devolvió hasta lo que era suyo. Se había chingado ranchos propiedad de la secretaría de Agricultura; se había robado puertas antiquísimas de dichas propiedades, se metió dinero a manos llenas y se hizo de muchos otros bienes. Hasta su mujer se subió al tren de la corrupción con su marido. Durante las investigaciones supimos que se había llevado las lavadoras y secadoras de las estancias infantiles de la Secretaría de Agricultura y logramos localizarlas en una escuela propiedad de la señora.

Desde luego las decomisamos.

También detuvimos a su secretario particular, Wuistano Rueda, quien tenía grandes cantidades de dinero en cajas de seguridad de distintos bancos. A Brauer no le quedó más remedio que renunciar y no volvimos a saber de él. Pero todo lo que recuperamos lo entregué a Juan José Páramo, tesorero de la Federación que iba recurrentemente a mi oficina, donde contabilizaba todo el efectivo, daba fe, hacían cortes y firmábamos de entregado y ellos de recibido.

A Carnero Hernández, otro de los cómplices de Brauer Herrera, también lo detuvimos. No solo participó en las tropelías del exsecretario, sino robó a título personal, y como otros funcionarios públicos a la hora de su detención reculó. Se había robado mucho dinero y al confesar dijo:

—Buena parte del dinero lo gasté en bienes que puse a nombre de mi esposa.

Con esa declaración fue suficiente para citar a la señora, que llegó con su abogado en un plan muy altanero.

Reuní a Carnero Hernández, a su esposa y al abogado en una sala y les dije cuál era el problema y cómo podíamos resolverlo.

—Tenemos que devolver todo, —le dijo Carnero Hernández a su mujer.

—Estás enfermo, púdrete, —respondió ella con muy mal talante.

El abogado entonces me dijo:

—Licenciado Coello, no tenemos nada más que hacer aquí.

—Señora, está usted detenida como cómplice de su esposo por el delito de robo a la nación, —le contesté a la mujer.

El rostro de la señora palideció y ahí mismo se comprometió a devolver todo.

Un día salí de la Procuraduría como a las 8 y media de la noche. Iba yo en mi auto y por radio se comunicó don Óscar conmigo —por entonces no había celulares—. Me pidió que parara en algún estancillo o donde pudiera llamarle por teléfono y así lo hice.

Me comentó que habían recibido información de que el subsecretario de Comunicaciones, Leopoldo González Sáinz había recibido 20 millones de pesos por otorgar un contrato.

—Vaya ahora mismo a verlo, Coello. Dígale que o lo devuelve o lo consigna, —agregó el procurador.

Llegué a la subsecretaría y me presenté. El encargado del acceso, seguramente uno de los ayudantes de González Sáinz, me preguntó si tenía cita y le respondí que no, pero que me urgía ver al subsecretario.

—Uy, no va a ser posible. Tiene que hacer cita por telegrama y nosotros le respondemos, —dijo el vigilante.

—Mire amigo, soy el licenciado Javier Coello Trejo, agente especial del Ministerio Público Federal, dígame al señor subsecretario que necesito hablar con él ahora mismo, —le respondí molesto.

El vigilante insistió en que si no tenía cita no podría ingresar, pero “me hizo el favor” de tomar mis datos, entrar a la subsecretaría y salir un minuto después. Seguramente ni siquiera preguntó, y me dijo:

—El subsecretario no puede recibirlo ahora, haga su cita por telegrama y nosotros le daremos fecha.

Ni siquiera lo dejé terminar. Lo agarré de la solapa y le grité:

—¿No estás viendo que soy agente investigador del Ministerio Público Federal, cabrón?, —lo empujé y me metí, yo solo, con mi fusca atrás, en la espalda, como siempre.

Abrí la puerta de la oficina del subsecretario y me miró entre asustado y extrañado, igual que las dos personas con las que estaba.

—¿En qué le puedo servir?, —me preguntó el subsecretario.

—¿A mí? En nada, yo vengo a servirlo a usted. Soy el licenciado Javier Coello Trejo, del Ministerio Público Federal. ¿Quiere que hablemos delante de los señores o hablamos a solas?, —añadí.

Casi se traga el puro cuando escuchó quién era.

El subsecretario no dudó y despachó a las dos personas que se encontraban con él en su oficina. Entonces le dije:

—Tengo conocimiento de que ayer autorizó un contrato y a cambio recibió 20 millones de pesos. Tengo instrucciones del señor procurador de decirle que o los devuelve o en este momento me lo llevo detenido.

Se puso lívido. Si me hubiera respondido que lo que le imputaba era falso, quizá me hubiera hecho dudar y no habría podido proceder contra él sin pruebas, al menos en ese momento, pero su respuesta fue su confesión:

—¿Cómo lo podemos arreglar licenciado?, —dijo.

Ahí se chingó.

—Muy fácil, devuelva el dinero, —le contesté.

—Aquí tengo una parte. La otra está en mi casa, —respondió muy nervioso.

Entonces tomé la radio y le pedí a Ventura que me alcanzara en la subsecretaría. En tanto llegaba, me puse a platicar con el subsecretario, que estaba completamente desenchajado. Sacó el dinero que tenía ahí guardado, me parece que eran cuatro o cinco millones de pesos en efectivo. En eso llegó Ventura, le expliqué la situación y se fue al domicilio del subsecretario por el resto del dinero.

Al mismo tiempo le pedí al subsecretario que llamara a la secretaria que más confianza le tenía para que tomara nota. Le tomé declaración, levanté un acta del Ministerio Público en la cual quedó establecido que, efectivamente, González Sáinz había cometido ese error y estaba dispuesto a devolver el dinero. El contrato sería cancelado y de acuerdo con las instrucciones del procurador, el subsecretario debía renunciar.

Eran cerca de las cuatro o cinco de la mañana. Entonces, le pedí a la secretaria que metiera una hoja en la máquina de escribir:

—Señor presidente José López Portillo, por medio de la presente vengo a presentar mi renuncia irrevocable al cargo de subsecretario de Comunicaciones, pues en el desempeño de mis funciones he faltado a los más elementales principios de la honestidad..., —le dicté.

Y se la di a firmar. Ya casi al amanecer le informé al procurador que ya tenía el dinero y la renuncia. Me dijo que los recursos debía entregarlos a la tesorería de la federación, así que salí de la oficina del subsecretario con el dinero en mano acompañado por varios Policías. Me escoltaron a mi casa, me esperaron a que me bañara y de ahí nos fuimos a la

Procuraduría. Poco después llegó el representante de la tesorería de la federación, entregué el dinero al tesorero y la renuncia y el acta al procurador. Así se hacía justicia en aquella época. Nunca más supe de él. De esta manera le sacamos las renunciaciones a varios funcionarios, quienes tuvieron que firmar un texto similar, reconociendo su deshonestidad.

El caso Méndez Docurro

Ya en mi calidad de ministro público federal, el caso más sonado fue el de Eugenio Méndez Docurro (1923-2015). Hasta el sexenio del presidente Echeverría había sido un político con prestigio y reconocimiento. Era ingeniero, estudió en el Instituto Politécnico Nacional, mismo del que luego fue director. Durante el gobierno de Echeverría fue nombrado secretario de Comunicaciones y Transportes.

Con el cambio de gobierno dejó la secretaría, pero continuó su carrera política como subsecretario de Educación Pública. Al iniciar el sexenio se realizaron auditorías en todas las secretarías de estado. Comunicaciones y Transportes contaba con un área de contraloría encabezada por José Galeazzi Mora, quien había colaborado con Méndez Docurro como asesor financiero.

Era necesaria la auditoría porque el gobierno mexicano, a través de la secretaría de Comunicaciones, tenía una cuenta en el Banco Western Fargo, donde ingresaban los recursos por la venta de las señales de los satélites. La cuenta estaba a nombre de Intelsat.

El procurador me dio instrucciones de coordinar a los contralores internos de las secretarías de estado. Eso era una de las facultades del Ministerio Público Federal. Para poder combatir la corrupción teníamos que trabajar de la mano de los auditores, porque se decía que eran unos pendejos con pluma en mano y nada más sabían sumar y restar. Si al hacer su trabajo notaban alguna situación irregular o algún caso que pudiera llegar a la denuncia penal, interveníamos y mi equipo y yo los orientábamos.

En el caso de la secretaría de Comunicaciones, el director de Auditoría era el licenciado Carlos Muñoz Villalobos, que estaba casado con una hermana de mi suegra, por lo que nos llevábamos muy bien, al igual que con Galeazzi Mora. Recuerdo que Carlos Muñoz me fue a ver para presentarme una serie de irregularidades que había encontrado en el tema de la dirección de Telecomunicaciones, que era dependiente de la secretaría de Comunicaciones y Transportes.

Revisé la denuncia con sumo cuidado y me di cuenta que no era un asunto menor. No sabíamos a dónde se había ido el dinero de la cuenta y eran grandes cantidades. De acuerdo con los contratos, los países que utilizaban nuestros satélites depositaban sus pagos en Western Fargo, pero el dinero no estaba ahí, lo habían retirado y nadie parecía saber nada.

Después de revisar a conciencia los expedientes me reuní con el procurador, le informé de todo y me pidió llamar a Galeazzi. Me tocó interrogarlo, y me di cuenta que conforme le hacía las preguntas comenzaba a ponerse nervioso, inquieto, entonces le dije:

—Pepe, tienes que decir la pinche verdad. Estás tapando este pedo.

Finalmente confesó y me confirmó que el dinero no entraba a la cuenta del gobierno, sino que iba directamente a la cuenta de Eugenio Méndez Docurro.

El caso era prácticamente una conspiración, estaba medio mundo involucrado: el director de Telecomunicaciones, el subdirector y Eugenio Méndez Docurro, que ahora era subsecretario de investigación tecnológica de la SEP. Todos habían hecho su agosto durante el sexenio de Echeverría y habían transitado al nuevo sexenio como si nada, impunes, con la seguridad de que no los alcanzaría la justicia.

Con la confesión de Galeazzi pedí los estados de cuenta para revisarlos. Por aquellos años no era necesario enviar un oficio a la Comisión Nacional Bancaria, solo bastaba con que yo, en calidad de ministro público federal, girara un oficio al director jurídico del banco y me tenían que entregar la documentación solicitada sin chistar. Ahí, en los estados de cuenta, podíamos ver todos los movimientos.

El dinero entraba a la cuenta que el gobierno tenía con Western Fargo, pero el único que tenía facultades para hacer movimientos con los recursos era el secretario de Comunicaciones, Méndez Docurro, quien lo transfería a su cuenta personal con ayuda de Galeazzi Mora, su asesor financiero, encargado de todos los movimientos entre cuentas. Tras haber seguido el camino que seguía el dinero, y luego de que Pepe Galeazzi me confesara todo con pelos y señales, armé la averiguación y me fui a ver al procurador. Una vez en su oficina le dije: “señor, ya está armado el caso”.

Don Óscar Flores no tenía la costumbre de asistir a ningún evento oficial, ya fuera político o cívico, ni a las celebraciones patrias u homenajes por natalicios o muertes de nuestros héroes. No le gustaban los reflectores, así que desde el principio del sexenio se lo hizo saber al presidente López Portillo y solía repetirle: “señor presidente, usted me nombró procurador, no soy mono para estar en escaparates”.

Don Óscar terminó de leer el expediente de Méndez Docurro al caer la noche del 20 de marzo, así que decidió hablar con el presidente López Portillo a primera hora del día 21, fecha en que se conmemoraba el natalicio de Benito Juárez. El presidente encabezaría el homenaje al Benemérito a las 9 de la mañana del día siguiente.

Luego de revisar el caso, el procurador me preguntó:

—¿Está usted completamente seguro?

—No hay cabos sueltos, —le respondí.

—Entonces, lo espero a las 8 de la mañana, tráigase el expediente, iremos a ver al presidente al homenaje a Juárez, —dijo.

Como el procurador era enemigo de los protocolos se presentó en el hemiciclo a Juárez como Pedro por su casa, sin avisar a nadie, por lo que puso a parir chayotes a los miembros del Estado Mayor presidencial, pues no había lugar para él en el *presidium*. Como pudieron metieron una silla adicional y don Óscar se sentó muy campante.

Al término de la ceremonia cívica se acercó el presidente a saludar a los invitados y le estrechó la mano al procurador, quien no perdió tiempo en cortesías y le dijo:

—Señor presidente, necesito un acuerdo con usted, ahorita.

—Don Óscar, ahora es imposible, —respondió López Portillo.

Pero el procurador insistió con tanta vehemencia que el presidente expresó:

—A ver, véngase conmigo licenciado, hablamos camino a Los Pinos.

Yo no me había despegado ni un segundo del procurador, así que también me subí en el auto del presidente. En el asiento delantero íbamos el chofer, el jefe del Estado Mayor y yo; en la parte posterior estaban el secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, don Óscar Flores y el presidente.

No recuerdo ninguna otra ocasión en haber recorrido la ciudad a esa velocidad. Sin perder tiempo, el procurador le dijo al presidente —con todas sus letras—: “señor, Eugenio Méndez Docurro es un ratero”.

Fue tal la sorpresa de Reyes Heróles que le dijo con firmeza:

—¡Óscar!, como si quisiera reprenderlo por andar difundiendo falsedades.

Pero el procurador no se amilanó e insistió: “Méndez Docurro es un ratero, señor presidente”.

López Portillo, que estaba tan sorprendido como don Jesús, se dirigió a mí, pues sabía que yo armaba los casos de la Procuraduría en esta materia:

—A ver Coello, dígame.

Y en unos minutos le expliqué todo el caso, le dije que llevábamos dos meses armándolo, que teníamos pruebas, datos, estados de cuenta, todo bien amarrado.

—¿Está seguro, Coello?, —me preguntó el presidente.

—Sí, señor, —respondí con seguridad.

—Entonces, proceda, —fue la orden terminante del presidente.

El auto se detuvo en la entrada principal de la residencia oficial de Los Pinos, frente a Molino del Rey. El procurador y yo nos bajamos. Esperamos a que llegara su chofer y nos fuimos. En el camino me dio instrucciones y me llevó a los separos de la Procuraduría, en los sótanos de los tribunales federales, que estaban en Pino Suárez, edificio que se cayó con el temblor de 1985.

Antes de despedirse, don Óscar me dijo: “usted me metió en esto Coello, tiene que salir bien”. Le respondí que no se preocupara y llamé a mi compadre Florentino Ventura con el fin de planear el operativo para detener a Méndez Docurro.

Al día siguiente montamos guardia cerca del domicilio del exsecretario. Salió de su casa temprano, acompañado por otra persona. Lo seguía un carro escolta. Ventura se puso listo y metió uno de nuestros autos entre el vehículo de Méndez Docurro y el de su escolta, y además otras patrullas se acercaron por los costados. Al llegar al semáforo me subí al auto del exsecretario; se me quedó mirando con el rostro totalmente descompuesto. No se explicaba qué estaba pasando.

—¿En qué le puedo servir?, —preguntó.

Yo no lo conocía personalmente.

—Señor, con todo respeto, está usted detenido, —le dije.

Y ordené que nos fuéramos rumbo a los separos.

Durante su interrogatorio le expliqué de qué se trataba el asunto, le mostré la tarjeta de registro de firmas de su cuenta bancaria, las declaraciones de Galeazzi, de Carlos Núñez Arellano, director de Telecomunicaciones, a quien ya tenía detenido. Una vez que le presenté toda la evidencia le manifesté:

—Señor, así está el asunto, esta es la cuenta del gobierno, esta es su cuenta, ¿dónde está el dinero?, —le pregunté.

—No lo sé, —respondió con seguridad.

—Muy bien, —le dije. Pero aquí está su estado de cuenta y se ven los movimientos, si ese dinero no era suyo debió haberlo notificado al banco y, sin embargo, dispuso de él, —añadí.

Ante lo contundente de las evidencias al ingeniero Eugenio Méndez Docurro no le quedó más remedio que confesar. Obviamente, el dinero estaba depositado en su cuenta personal y había dispuesto de él a título personal, sin haberlo reportado ni entregado a la secretaría de Hacienda.

Méndez Docurro era un hombre preparado, con una amplia formación académica, muchos reconocimientos, una buena reputación, gozaba de prestigio social y, sin embargo, su ambición pudo más que todo eso. Reconozco que me dio pena verlo en esas circunstancias, ver caer a un hombre de ese tamaño que se había convertido en un delincuente.

Trabajé 36 horas sin parar armando la consignación, posteriormente ejercité la acción penal ante el juez de distrito enviando todo el expediente con sus anexos; al terminar me fui a casa para tomar un descanso, pues al otro día era la declaración preparatoria. Por entonces vivía en Prados Coapa, llegué, me recosté y como a las 7 de la mañana del día siguiente me despertaron unos gritos en la calle. Había unos 40 o 50 cabrones afuera de mi casa gritando e insultando.

Me vestí, me fajé la pistola y salí. Mi esposa mientras tanto llamó al procurador. Resultó que eran estudiantes del Politécnico protestando por lo que consideraban era una injusticia. Gritaban que la aprehensión de Méndez Docurro era una arbitrariedad, un montaje.

No me sorprendió la protesta, pues Méndez Docurro había sido director del IPN y era una persona muy querida dentro de la comunidad politécnica. No obstante, me di cuenta que la manifestación estaba armada, era algo orquestado y no espontáneo: los habían enviado para presionarme.

A pesar de los gritos y consignas me paré frente a ellos y les dije:

—Señores, yo soy agente del Ministerio Público. Hicimos la investigación de manera profesional y con todos los elementos posibles. El ingeniero Méndez Docurro tendrá un juicio justo y será un juez quien determinará si es culpable o no. Eso es todo.

Por fortuna en ese tipo de protestas siempre hay gente razonable y luego de escuchar mis argumentos se retiraron. Minutos después llegó el comandante Florentino Ventura con 150 agentes de la Policía. Se hubiera armado una bronca inimaginable porque los agentes no se tentaban el corazón. Horas más tarde me fui al juzgado de distrito para la declaración preparatoria del ingeniero Méndez Docurro en el reclusorio oriente.

Dentro del término constitucional el juez le dictó el auto de formal prisión por el delito de peculado. Su abogado defensor era el licenciado Iglesias Baillet, famoso litigante, de la cúpula de abogados como Aguilar y Quevedo, Mendoza Iglesias, Raúl F. Cárdenas, Sergio Vela Treviño, la vieja guardia. Recuerdo que caminábamos juntos y me dijo:

—Ya ni chingas, licenciado. Te juego mi cédula a que lo saco ahorita.

—Va, —le respondí con toda la seguridad que me asistía.

No pudo sacarlo, así que gané la apuesta, por eso pasado el tiempo me burlaba cada vez que me lo encontraba:

—Ya no eres abogado, cabrón. No tienes cédula.

Tengo que mencionar que más adelante tuvimos que desistirnos en el caso de Méndez Docurro por cuestiones políticas, porque tarde o temprano, durante el juicio, hubiéramos tenido que citar al expresidente Echeverría, a Muñoz Ledo y a Gómez Villanueva.

Con este caso aprendí que la idiosincracia del pueblo mexicano es muy especial, la gente exige justicia, que se aplique todo el peso de la ley, pero cuando se hace comienzan los asecunes. Con el caso Méndez Docurro así sucedió, no faltaron las personas y los grupos que acusaban que no se mandaba solo, que debía meterse más gente a la cárcel, incluso personajes de la vida política nacional, como el doctor Gustavo Baz, quien fuera gobernador del Estado de México, organizó una colecta poniendo monedas en la carretera Toluca-México para sacar de la cárcel a Méndez Docurro.

El caso se convirtió en un problema político. Fue entonces que el procurador giró instrucciones para que Méndez Docurro pudiera salir bajo fianza sin violar la ley. Utilizamos una figura prevista en el Código Penal Federal, la cual establecía que quien cometiera el delito de peculado podía reparar el daño causado a la Nación y entonces podría gozar de libertad bajo fianza. Méndez Docurro se acogió a esta alternativa jurídica y devolvió todos los recursos de los que había dispuesto. Después de un tiempo en prisión finalmente alcanzó su libertad, pero el Estado le impuso la pena moral.

A pesar de todo fue un hecho histórico. El caso Méndez Docurro se llevó los titulares de los diarios porque era un personaje aparentemente intachable, de gran reputación y reconocido en el mundo académico e intelectual, además, en el momento de su aprehensión era subsecretario de Educación Pública y había sido secretario de Estado en el sexenio anterior. No era cualquier persona, de ahí la importancia del caso.

La Procuraduría General de la República demostró que en el sexenio no había intocables.

[Una taza de café](#)

Con la aprehensión de Méndez Docurro, el procurador don Óscar Flores abrió la caja de Pandora de la corrupción permitida durante el sexenio de Echeverría.

Desde luego, hubo muchos casos de los que con seguridad estaba enterado el expresidente, sin embargo, ninguna investigación llegó hasta él. Si bien la regla no escrita del sistema impedía cualquier acción en contra de los expresidentes, sí cayeron varios de sus colaboradores más cercanos y personajes que todos sabíamos que habían sido los favoritos de Echeverría.

Apenas un mes después de la aprehensión de Méndez Docurro, tocó el turno del director del Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), Fausto Cantú Peña, a quien detuve por “fraude fiscal y contrabando documentado a la exportación” el 25 de abril de 1978.

La revista *Proceso*, fundada por Julio Scherer García en 1976, publicó en mayo de 1978 al respecto del caso Cantú Peña, que su detención “fue precedida por un verdadero proceso ‘envolvente’ de fintas y de denuncias de miembros de la iniciativa privada y de funcionarios del nuevo gobierno en contra de la política ‘corrupta’ y populista del director de INMECAFE”.

Cantú Peña era un ratero, un verdadero sinvergüenza. Manejó INMECAFE como si fuera una empresa de su propiedad. Se enriqueció a través de ella; hizo todos los negocios posibles, vendió permisos de exportación de café en contubernio con productores. Con los funcionarios del propio INMECAFE extorsionó gente y metió recursos del instituto en la Bolsa de Valores; si las acciones subían, ganaba él a título personal llenándose los bolsillos de dinero, pero el cabrón era muy vivo, pues si las acciones bajaban o se desplomaban, él no perdía, las pérdidas eran todas para INMECAFE.

Empezamos la investigación de manera abierta y conjuntamente con la auditoría fiscal de la federación, como lo estábamos haciendo en distintas secretarías de estado y otras instituciones gubernamentales. Así que no despertamos sospechas y logramos evitar que se filtrara la información de que íbamos tras ese cabrón.

Primero vino la investigación de Hacienda a través de la dirección de Auditoría Fiscal Federal, pero como encontraron demasiadas irregularidades y delitos flagrantes, intervenimos nosotros. Me hice acompañar de auditores fiscales federales, que en aquel tiempo estaban bajo las órdenes del excelente abogado y amigo licenciado Héctor Sánchez Torres, subdirector jurídico de la Dirección General de Auditoría Fiscal Federal.

Fuimos a Xalapa, en virtud de que las oficinas centrales de INMECAFE se encontraban en la capital veracruzana; ahí encontramos un verdadero desorden puesto que había pedimentos de importación en cantidades exorbitantes, más de lo normal, absurdos; había gastos sin comprobación, disposiciones de dinero, viajes, lujos, en fin, ahí también descubrimos que algunos cafeticultores, conjuntamente con Fausto Cantú Peña y otros cabrones, alteraban los permisos de exportación de café. Seguramente el presidente Echeverría estaba enterado, pero no pudimos probarlo y también sabíamos que por ahí no podríamos pasar.

Logramos armar un gran caso. La investigación fue tan exhaustiva y encontramos tantas vertientes que incluso obtuvimos la declaración del gerente de Moulin Rouge en París, quien nos refirió que Cantú Peña llegaba a la ciudad y cerraba el cabaret para él solo y sus amigos. Además, era muy espléndido, le regalaba una moneda de oro a cada una de las bailarinas.

Unos días después de la consignación de este individuo desayuné con el periodista Jacobo Zabudovsky. Aquella mañana me comentó una experiencia que vivió y que retrataba de cuerpo entero el grado de corrupción que había alcanzado Cantú Peña.

Zabudovsky había viajado a París en una gira con el presidente Echeverría. Nunca le avisaron que abrirían oficinas de INMECAFE en la capital de Francia. Al día siguiente de la inauguración, el presidente Echeverría lo regañó por no haber asistido. Como respuesta, Zabudovsky decidió hacer un reportaje y por la tarde se presentó en las recién inauguradas instalaciones del instituto. Para su sorpresa, al llegar a la dirección, se percató que las oficinas no existían, habían desaparecido. Todo había sido un montaje.

Con la investigación armada, tuve el gusto de detener personalmente a Fausto Cantú. Venía de Acapulco en una avioneta y lo aprehendí al aterrizar en la Ciudad de México. Lo trasladamos de inmediato a los separos de la procuraduría para su interrogatorio. Tras haber sido uno de los hombres consentidos del presidente Echeverría, su soberbia y sus desplantes eran inauditos; quizá pensó que eso le alcanzaría para librarla, así que llegó a los separos con una actitud de perdonavidas, fatuo y arrogante.

—Quiero hablar con Óscar, —exigió, con aires de superioridad.

—¿Qué Óscar?, —le respondí muy molesto.

—Pues Óscar Flores, —agregó.

—Don Óscar Flores, cabrón, es el señor procurador, y bájele de güevos que aquí se le cayó la casa, —le grité.

Y como volvió a responder con altanería le solté un madrazo y le tiré el ridículo sombrero que traía. ¿Quién era él para hablarle así al procurador? Le quitamos sus pertenencias y lo mandamos directo a los separos. Ahí fue cuando finalmente le cayó el veinte de la situación en que se encontraba, y a partir de ese momento se comportó sedita, sedita y terminó por confesar.

Detuvimos a un chingo de cabrones y recuperamos miles de millones de pesos. Una vez que Cantú Peña fue apresado, nos fuimos sobre sus cómplices en el tema de las importaciones. Llamamos a los involucrados a que se presentaran en la procuraduría. Ahí los esperaba yo, acompañado por el licenciado Sánchez Torres y los auditores fiscales. Y ahí, con las pruebas documentales en mano, cantidades y cifras perfectamente corroboradas, le dijimos a cada uno: “a ver cabrón, usted se chingó tanto... ¿qué prefiere, ir al bote o devolverlo todo?”

Y claro, no lo pensaban dos veces, devolvían de inmediato lo que se habían robado. El procurador tenía razón, a este tipo de gente le dolía más la pena moral, ser expuestos públicamente, preferían regresar lo robado, cualquier cosa menos la prisión.

El infiltrado

Una de las investigaciones que recuerdo con más gusto, pero que también fue una de las más riesgosas, fue un caso derivado de la importación fraudulenta de duraznos en almíbar.

A mediados de 1982, de buenas a primeras, los supermercados subsidiados por el gobierno pertenecientes al ISSSTE, a la Sedena, al IMSS, a Marina, así como los de la iniciativa privada, se vieron invadidos por duraznos en almíbar de procedencia extranjera.

Fue tan evidente que de inmediato estallaron las protestas de los productores mexicanos, solicitando la inmediata intervención del entonces secretario de Comercio, Jorge de la Vega Domínguez.

El secretario solicitó la intervención de la Procuraduría General de la República, y don Óscar me pidió que lo acompañara a una reunión en la secretaría de Comercio. El licenciado De la Vega nos explicó el problema, señaló que la importación dañaba a los productores mexicanos, y sospechaba que se estaba cometiendo algún delito, ya que el mercado se había inundado con duraznos en almíbar cuyas latas traían una etiqueta que decía: “Hecho en Paraguay”, por lo que nos pidió iniciáramos una investigación.

Y era cierto, había demasiadas cosas extrañas. Para empezar, en agosto de 1980, México había suscrito el Tratado de Montevideo por el cual se constituyó la Asociación Latinoamericana de Integración (ALAC-ALADI), entre cuyos principios quedó establecido que los productos de origen de los países miembros no pagarían impuestos a la importación. Los duraznos de Paraguay fueron uno de los primeros productos que recibieron este beneficio.

El procurador me ordenó iniciar una exhaustiva la investigación que comenzó con el decomiso del producto en todas las tiendas donde se encontraba a la venta. Formamos un equipo con diversos funcionarios que fue presentada como misión comercial para viajar a Paraguay. El grupo estaba encabezado por el licenciado Julio Camelo Martínez, como representante de la secretaría de Comercio; los licenciados Miguel Ángel Medina, Manuel Valdés, Pedro Enrique Velasco, como representantes de la secretaría de Hacienda; el licenciado Francisco Ramos Cantoral por la secretaría de Agricultura y yo. Pero no viajé como parte del Ministerio Público Federal, ocultamos mi identidad y me acreditaron como asesor en materia de comercio. Por entonces Paraguay vivía bajo la dictadura de Alfredo Stroessner.

Una vez con nuestras acreditaciones como miembros de la misión comercial mexicana salimos a Paraguay y nos reunimos con el embajador mexicano, el almirante Albert Robles, quien no se dio cuenta quién era yo, ni que viajaba como agente infiltrado para investigar en tierras paraguayas el asunto de los duraznos. Los únicos que sabían del asunto eran don Jorge de la Vega Domínguez y don Óscar Flores.

Durante varios días en Asunción pude realizar mis tareas. Investigué por aquí y por allá, pregunté, visitamos distintos campos de cultivo y supimos que Paraguay no producía duraznos; para ratificar el fraude también me di a la tarea de investigar en Panamá, pues en todo caso los productos paraguayos debían pasar por el Canal, pero no existía registro alguno de ese tipo de mercancías.

Finalmente, pude armar todo el caso. Los duraznos eran producidos en California, allá los etiquetaban como si fueran productos paraguayos y así ingresaban a México, obviamente omitiendo el pago de los impuestos. Era toda una empresa que involucraba a funcionarios mexicanos, entre ellos al embajador en Paraguay, quien daba su aval de que los duraznos salían desde este país sudamericano. También estaban inmiscuidas autoridades norteamericanas y funcionarios paraguayos apoyados por la dictadura de Stroessner.

Desde luego no le revelamos a nadie el resultado de la investigación y todavía en Asunción, a través de la embajada, nuestra “misión comercial” solicitó una entrevista con el ministro de Comercio paraguayo, un individuo de apellido Gómez Centurión que nos recibió en sus oficinas.

En esa reunión la situación se puso color de hormiga. El cabrón de Gómez Centurión también estaba involucrado y se puso muy bravo; al empezar la reunión dio un manotazo en la mesa y me señaló diciendo: “el señor que está ahí, es fiscal en México”. No dijo más, nos corrió de la sala de juntas y ordenó que abandonáramos de inmediato el país. Salimos de la oficina rumbo al hotel para tomar el primer vuelo disponible.

En ese trance me enteré que nos preparaban una celada y tenían planeado matarnos. De regreso en el hotel recibí una llamada telefónica del procurador, don Óscar Flores, quien me preguntó si me encontraba bien. Le conté lo que había sucedido, pero le dije que fuera de eso, todo estaba en orden, que nos disponíamos a salir de Paraguay, pero yo debía viajar a Uruguay para reunirme con el maestro Martínez Clanché, por entonces representante de México ante la ALAC-ALADI, solamente para corroborar algunos detalles más de la investigación.

Antes de despedirse, el procurador me dijo:

—Coello, tenga cuidado, aquí en México han sucedido cosas muy extrañas.

Me comentó lo que ya sabía: que nuestro embajador estaba involucrado. No transcurrió ni una hora antes de que estallara todo. Después de hablar con el procurador recibí otra llamada. Era el secretario de la embajada, que muy agitado me dijo:

—Licenciado, yo no estoy involucrado, pero por favor sálgase del hotel, van por usted.

—Ah, chingá, ¿pues qué pasa?, —pensé.

En ese mismo momento, me asomé por la ventana y vi que llegaban varias patrullas al hotel, con sus sirenas encendidas y muchos hombres. Alcancé a tomar mis documentos personales y toda la investigación y en chinga me pasé a otra habitación. Cuando llegaron a la mía no me encontraron. Entonces le marqué al embajador y le dije:

—Óigame hijo de la chingada, usted está metido en este pedo, así que a ver cómo le hace, pero nos saca de Paraguay con todas las seguridades del caso.

El embajador empezó a balbucear.

—¡Voy para allá!, —me dijo.

De inmediato llamé al licenciado Camelo a su habitación y a los otros miembros de la misión, quienes obviamente se asustaron.

A los 15 minutos llegó el embajador al hotel. Como pude me subí a su auto con bandera mexicana y él habló con las autoridades paraguayas que habían llegado por nosotros. Nos permitieron sacar nuestros equipajes y en los autos de la embajada mexicana nos llevaron al aeropuerto. Como viles delincuentes nos expulsaron del país.

Logramos tomar un avión rumbo a Buenos Aires y de ahí volé a Montevideo acompañado por el licenciado Pedro Enrique Velasco para reunirnos con el maestro Martínez Clanché. Allí terminamos de atar los cabos del caso. Logramos detener el contrabando y a muchos de los implicados mexicanos. Por momentos fue muy problemático porque detrás de toda la operación fraudulenta estaba el hijo del dictador Stroessner, quien se apoyó en el embajador mexicano y en funcionarios de nuestra secretaría de Comercio.

Acerca de la celada que nos tenían preparada en Paraguay, me enteré gracias al propio secretario de Comercio, Jorge de la Vega Domínguez. Resulta que dentro de la secretaría había funcionarios involucrados en el caso, ellos fueron los que dieron el pitazo a los paraguayos de mi presencia, y de Paraguay enviaron un telefax que debía recibir el subsecretario Héctor Hernández, también involucrado, que decía: “Cinco funcionarios mexicanos mueren en trágico accidente”. Pero se les cayó el plan porque los imbéciles mandaron ese mensaje por equivocación al telefax del secretario don Jorge de la Vega, quien estaba de nuestro lado y había solicitado la investigación.

Este hecho trajo muchas consecuencias, incluso ya en México nos enteramos que tuvo que intervenir directamente el presidente López Portillo para que no nos fueran a privar de la vida. Es curioso, pero unos días antes de viajar a Paraguay el licenciado Ramos Cantoral y otros miembros de la comisión mexicana habían hecho sus testamentos, de lo cual nos reíamos tiempo después.

Antes de concluir este episodio, quiero contar lo que sucedió durante mi breve estancia en Argentina, a donde regresé después de viajar a Uruguay. Estábamos en Buenos Aires y me reuní con el licenciado Camelo y con el resto de la comisión, quien nos sugirió visitar el mercado de las pulgas. Paseábamos por ahí y nos encontramos un bar, bastante jodido pero que se veía a gusto como para tomar algo antes de seguir.

Nos metimos a echar trago y el licenciado Camelo me dijo: “declama, cabrón”. Y como siempre me ha gustado hacerlo, empecé a declamar una poesía de un poeta argentino que se llama “Hogar o Romance del Padre”, una poesía que me marcó desde joven y con la que gané un concurso de declamación en aquellos años de juventud. Ese poema siempre se me quedó grabado.

En esas andaba cuando un cabrón comenzó a aplaudir y se me acercó.

—Qué bien declama. Yo soy Héctor Cagliardi, él poeta que escribió “Hogar o Romance del Padre”, —dijo.

—¡Putra madre!, —expresé.

Era el mismísimo autor de la poesía que había declamado. A partir de ahí, tuvimos una tarde bohemia, le metimos como 12 horas al pinche alcohol, en amenísima charla con don Héctor, que nos contó mil anécdotas, sobre todo del tiempo que vivió en México.

Para mí fue una grata e inolvidable experiencia, tanto como el que nos tocara ser testigos del día en que Argentina perdió la guerra de las Malvinas el 14 de junio de 1982, y los argentinos salieron a las calles a llorar su derrota, por lo cual tuvimos que salir precipitadamente de Buenos Aires para regresar sanos y salvos a México.

Fue un sexenio muy intenso para mí. Llegué a interrogar casi a cuatro mil cabrones, obtuve aproximadamente doscientas renunciadas y consignamos a decenas de funcionarios, ministerios públicos, jueces, magistrados, federales, delegados, funcionarios de aduanas. Fue el sexenio en donde recibí más amenazas, pero fue tan exitosa la lucha contra la corrupción que emprendimos, que el propio presidente López Portillo fue quien me puso el sobrenombre de “El fiscal de hierro”.

El presidente le tenía una fe ciega al procurador de la República, don Óscar Flores, y ambos me tenían mucha confianza. Nunca tomé un peso para mí, nunca robé. Me fui haciendo de un capital solo con mi trabajo, por cada investigación que realizaba, caso que resolvía, consignación que lograba, el procurador, con autorización del presidente, me daba bonos, “por servicios prestados a la Nación, exento de impuestos”.

En el juego de la política se requieren hombres duros, porque para servir a la Nación hay que buscar los fines, no los medios. Como yo le dije un día a López Portillo: “señor presidente, yo prefiero un funcionario ratero a un funcionario pendejo, porque si es pendejo es pendejo esférico. Al ratero nomás hay que cuidarle las manos. Si es un funcionario nomás cuídele las manos, pero al pendejo cómo lo cuida”

—No, Coello, no me diga eso, puta, por todos lados brinca mierda y este o aquel son unos pendejos, —me respondió.

Frente a don Óscar Flores, frente a don Jesús Reyes Heróles, frente a don Paco Merino, le respondí:

—No, señor presidente, no son pendejos, son pinches funcionarios bien vivos pero rateros. Cuídeles las manos nomás.

CAPÍTULO 5

DE LA JUSTICIA A LA POLÍTICA

Cómo conocí a Miguel de la Madrid

A diferencia de otros funcionarios públicos que buscaban con afán moverse dentro del sistema político, durante el sexenio del presidente López Portillo me entregué por completo a mi trabajo en la Procuraduría General de la República. Permanecí los seis años en mi cargo y en todo momento mis resultados hablaron por mí.

Nunca me gustó futurear; no trabajaba para garantizar mi lugar en el siguiente gobierno, solo hacía lo que me correspondía. Sin embargo, a mediados del sexenio la vida cruzó mi destino con el del hombre que estaba llamado a ser el próximo presidente de México: Miguel de la Madrid.

Lo conocí durante una investigación ordenada directamente por el presidente López Portillo, quien giró instrucciones al procurador para que limpiáramos de corrupción Banrural, una institución financiera del gobierno federal.

Por entonces su titular era el licenciado Everardo Espino y el subdirector administrativo era el licenciado Miguel Lerma Candelaria, ambos fueron separados del cargo y se designó a un contador que había sido el secretario de Finanzas de don Óscar Flores cuando ocupó la gubernatura del estado de Chihuahua.

Las auditorías en Banrural se centraron en un programa desarrollado por la Secretaría de Agricultura que tenía como fin combatir la erosión de la tierra en distintas regiones del país. Esto era consecuencia de que los campesinos solo sembraban maíz, por lo que era necesario revitalizar la tierra y promover la siembra de otros granos, como frijol, sorgo, entre otros.

Para evitar un daño irreversible, los especialistas en agricultura recomendaron subsolear la tierra, es decir, meter maquinaria a profundidad para voltearla, lo cual permitiría detener la erosión y recuperar su riqueza.

El gobierno de la República autorizó millones de pesos para la operación de subsoleo y encomendó a Banrural que se hiciera cargo del programa, del manejo de recursos y de la elaboración de contratos. La responsabilidad directa recayó en Everardo Espino, por entonces director de Banrural y el manejo financiero en Miguel Lerma Candelaria.

Ambos funcionarios aprovecharon para hacer su agosto, contrataron empresas fantasma, autorizaron recursos a diestra y siniestra que terminaron en sus cuentas, movieron recursos con absoluta discrecionalidad. El programa se convirtió en el negocio de sus vidas. En conclusión, no tuvieron madre para disponer de recursos para su beneficio y el de sus allegados.

Por medio de la auditoría detectamos una gran cantidad de fraudes que rebasaron todo límite. Durante la investigación visitamos las regiones subsoleadas para corroborar que lo establecido en los contratos hubiera sido cumplido. Para ello formé un equipo de auditores, ingenieros agrónomos y topógrafos.

La mayoría de los contratos presentaba problemas, unos no cumplían con el trabajo encomendado, en otros no existían las empresas, había particulares que habían comprado un tractor y les habían otorgado contratos de cientos de hectáreas, gente que no tenía capacidad para cumplir con lo pactado en el contrato, pero que se les habían asignado recursos.

Lo que encontramos en Mazatlán no tuvo madre. Un contrato señalaba que se habían autorizado y pagado recursos para subsolear 10 mil hectáreas, pero una vez que localizamos el área estipulada en el contrato descubrimos que buena parte de las hectáreas estaban mar adentro; estos cínicos habían subsoleado el mar.

Con las pruebas en la mano comenzamos las detenciones. Muchos contratistas involucrados devolvieron el dinero. Las auditorías evidenciaron fraudes, cohechos, enriquecimiento ilícito, todo lo habido y por haber, incluso que Everardo Espino y Lerma Candelaria tenían periodistas a sueldo.

No perdí tiempo y ejercité acción penal contra Espino, pero enfrentamos un gran obstáculo al tratar de hacer lo mismo contra Lerma Candelaria, quien para entonces era diputado y gozaba del fuero constitucional. Necesitaba más pruebas, documentos y todo tipo de elementos para poder solicitar su desafuero.

El problema fue que Lerma Candelaria se había llevado consigo buena parte de la documentación de Banrural con la que podíamos acreditar el fraude. Le comenté la situación al procurador y me comprometí a conseguir los documentos. Hice mis indagatorias y me enteré que Lerma Candelaria tenía resguardada la documentación en las oficinas de la gran

comisión de la Cámara de Diputados que tenía asignada por ser diputado federal.

Con sigilo ordené la detención de su secretario particular, que también estaba involucrado en el caso Banrural, y le hice saber que si no nos ayudaba no tendría oportunidad de salir bien librado de aquel problema. No lo dudó y sin que se enterara Lerma Candelaria, su secretario me dio acceso a su oficina y me llevé todos los documentos.

Como era de esperarse, estalló el escándalo en la Cámara de Diputados. Lerma Candelaria se apoyó en sus compañeros legisladores para denunciarme por haber violado el fuero constitucional. Incluso el líder del Congreso, el priista don Luis M. Farías, me acusó en la tribuna de la Cámara de Diputados de haber violado la soberanía del Congreso y solicitaron mi renuncia como agente del Ministerio Público Federal y mi consignación.

Pero fiel a su costumbre, el procurador don Óscar Flores no se amedrentó y ante los medios de comunicación declaró:

—Yo le ordené al licenciado Coello Trejo que recuperara esos documentos, porque no son propiedad de Lerma Candelaria. Pertenecen a la Nación, y de una vez que les quede claro a los diputados, yo no voy a entregar ninguna cabeza en charola de plata. Yo soy el responsable.

Ya en corto, don Óscar me ordenó que me tomara unos días de vacaciones en tanto se calmaban las aguas, los ataques de los diputados y las críticas de la prensa, y así lo hice, me fui 15 días. Pero ya no había marcha atrás. Lerma Candelaria sabía que estaba por caer, así que decidió huir. Se fue a esconder a Estados Unidos y ya con los documentos y pruebas en mano, logramos recuperar muchas propiedades que había comprado e incautamos cientos de millones de pesos que fueron devueltos al erario.

Desde el principio de la investigación, don Óscar Flores me pidió que cada vez que le informara de los avances, hiciera lo mismo con el secretario de Programación y Presupuesto, que por entonces era el licenciado Miguel de la Madrid. Así que durante varios meses me reuní con él cada quince días. No eran reuniones breves, me dedicaba tiempo que yo aprovechaba para ponerlo al tanto de la situación con lujo de detalles. Creo que ahí me gané su confianza y simpatía.

Gracias a estas reuniones de trabajo nos hicimos amigos, en algunas ocasiones me invitaba a comer, nos echábamos unos tragos, platicábamos de todos los temas posibles. Era muy afable, culto, tranquilo, muy diferente a Carlos Salinas de Gortari, a quien también conocí por esos años.

En una ocasión, ya entrados en confianza, yo de cabrón le dije:

—Licenciado, le apuesto que usted va a ser el próximo presidente de México, creo que usted tiene la fórmula.

Se me quedó viendo extrañado, pero en su mirada había cierta coincidencia con lo que le había dicho.

—¿A qué fórmula se refiere?, —me preguntó.

—Usted tiene al hijo del presidente López Portillo como subsecretario. ¿Quién es el único que le hace pijoito el presidente? Le tiene muchas consideraciones, deferencias. Dele fuerza, —le respondí.

Entonces sonriendo me dijo:

—Amigo Coello, si llego a ser presidente, usted será subprocurador de la República.

“Lo voy a consignar”

Miguel de la Madrid Hurtado ocupó la presidencia de la república el día 1 de diciembre de 1982, pero no me nombró subprocurador como había dicho. Así es la política. Nunca me explicó las razones, el hecho es que don Óscar Flores dejó su lugar a Sergio García Ramírez, el nuevo Procurador General de la República.

Hice lo que me correspondía hacer, seguí los pasos de don Óscar, di por terminada mi gestión y presenté mi renuncia. Sin embargo, García Ramírez no me la aceptó. Cualquiera en mi lugar habría pensado que el procurador me quería dentro de su equipo, pero no fue así. Inexplicablemente, García Ramírez me tenía entre ceja y ceja y a las primeras de cambio me dijo que no me dejaría ir porque tenía intención de consignarme, pues a su juicio yo había sido omiso en varias diligencias y había tratado de encubrir a funcionarios.

—Señor procurador, todas las diligencias están debidamente practicadas y si no se ejerció acción penal fue porque no alcanzó el tiempo. Incluso puedo asegurarle que las investigaciones señalan que Jorge Díaz Serrano no tiene nada que ver con el delito que le quieren imputar, —le dije.

Y es que el nuevo gobierno se fue contra Jorge Díaz Serrano, director de Pemex durante el sexenio de López Portillo, a quien usó de chivo expiatorio para demostrar que el presidente estaba dispuesto a iniciar “la renovación moral de la sociedad”, como había prometido en su campaña electoral.

El nuevo procurador se había rodeado de personajes que no me querían y que le hicieron creer que yo había manipulado la investigación sobre PEMEX para no involucrar a otros funcionarios del gobierno de José López Portillo, lo cual era una absoluta mentira.

Siempre tuve diferencias con algunos funcionarios que no estaban de acuerdo con mi forma de trabajar. Me gustaba ser eficaz y expedito y en todo momento, de acuerdo con don Óscar Flores, procuraba resolver los problemas lo más pronto posible. Eso llegó a molestar a mucha gente, pero sobre todo solían envidiar la estrecha relación de trabajo que desarrollé con el procurador, lo que me permitía tener comunicación directa con él y ser su hombre de confianza. Además, muchos consideraban que yo era muy joven, puesto que cuando concluyó el sexenio de López Portillo tenía 34 años.

La animadversión que me mostró el procurador García Ramírez al inicio del nuevo sexenio me desconcertó. Quizá su encono en mi contra tenía su origen en un acontecimiento realizado casi al final del sexenio de López Portillo.

Durante varios sexenios era casi una costumbre que en algún momento los controladores aéreos amagaran con parar operaciones si no se resolvían ciertas demandas laborales. Meses antes de que estallara el conflicto en el sexenio de López Portillo se reunieron el procurador don Óscar Flores, el secretario del Trabajo, que en ese momento era Sergio García Ramírez, el secretario de la Defensa y el presidente. En esa reunión acordaron capacitar a miembros del Ejército como controladores aéreos por si estallaba el conflicto laboral.

Unos días antes de que esto sucediera hubo una reunión en palacio nacional, a la que no sé por qué me invitó don Óscar Flores. Ahí me presentó al doctor García Ramírez. Con la franqueza que lo caracterizaba, el procurador le dijo al presidente López Portillo que no era necesaria la requisita, que si estallaba el conflicto laboral, mandarían a la chingada a los controladores y tomarían el control del sistema de aeronavegación con la gente a la que habían capacitado previamente.

En esa misma reunión le comunicaron al presidente López Portillo que los taxistas habían tomado la avenida Hangares e impedían que los usuarios llegaran al aeropuerto, donde todo era un caos. Con la aprobación del presidente, el procurador me ordenó: “Coello esa es zona federal, vaya con la Policía judicial y desaloje a esos cabrones ahorita”, lo cual cumplí de inmediato y en menos de hora y media se reestableció el orden en el aeropuerto. Es posible que esa actitud de don Óscar Flores y la manera como respondíamos en la PGR le desagradara a García Ramírez y de ahí surgiera la animadversión en mi contra.

El doctor Sergio García Ramírez es un jurista, un hombre culto, un doctrinario del Derecho. Es muy bueno para la teoría, pero no para ejecutar la ley; se perdía en los procedimientos, en el Derecho procesal. Pertenecía al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, es decir, a la academia, cuyos miembros muchas veces dejan de lado la realidad para perderse en la doctrina y las teorías jurídicas.

Don Óscar había sido todo lo contrario y yo me había formado dentro de su escuela; durante el sexenio de López Portillo consolidamos una procuraduría pragmática y eficaz, siempre con una investigación impecable, pero también con opciones para los delincuentes de cuello blanco: la devolución de lo robado y la renuncia en vez de la cárcel. Seguramente García Ramírez reprobó la forma como resolvimos muchos casos; es posible que no hubiera aceptado la forma como obtuvimos los documentos de la oficina del diputado Lerma Candelaria para cerrar el caso de Banrural, por eso también su encono contra mi persona.

Una amenaza del procurador no es cualquier cosa, pero tomé las cosas con calma. No había ninguna razón por la cual me pudieran consignar, contaba con todos los documentos, actas, recibos, acreditaciones de lo que había hecho a lo largo del sexenio de López Portillo: recursos recuperados, inventariados, fiscalizados, bienes incautados y entregados a la autoridad correspondiente, documentación que hasta la fecha obra en copia en mi poder.

“Entréguele a quien usted quiera”

A lo largo de mi vida como servidor público nunca dejé nada al azar, cada una de mis acciones siempre estuvo respaldada por la documentación correspondiente y varias veces demostré que mi paso por la administración pública federal fue intachable. Finalmente, me di cuenta de que no era un asunto que tuviera que ver con la ley y la justicia sino con la política.

Tengo que decir que esa no fue la primera vez que padecí en carne propia los sinsabores de la política. A finales del sexenio del presidente López Portillo, cuando yo aún era fiscal especial, don Óscar Flores y Jorge de la Vega Domínguez, quien era secretario de Comercio, me propusieron dejar la procuraduría y lanzarme como candidato a diputado federal por el estado de Chiapas.

Nunca había buscado un cargo de representación popular. He de confesar que a mí me gustaba mucho la procuración de justicia, la investigación, armar los casos, aplicar la ley, sin embargo, siempre fui muy institucional y disciplinado con respecto a lo que me pedían mis jefes, así que acepté la proposición.

En apariencia todo estaba armado y planchado, incluso, el licenciado Pedro Ojeda Paullada, mi antiguo jefe, que en ese entonces era el presidente del PRI, me llamó a mi casa la noche anterior a que aparecieran las listas con las candidaturas al Congreso y me dijo:

—Amigo Coello, solo para confirmar, va usted por el segundo distrito de Chiapas, con cabecera en San Cristóbal de las Casas. Lo felicito y su presencia en el Congreso es necesaria, pues tenemos problemas con los asuntos jurídicos y usted puede ser de gran apoyo.

Asentí y le di las gracias. Al otro día fueron publicadas las listas, pero mi nombre no apareció. Me desconcertó porque todo parecía arreglado, pero me dije: “bueno, mi vocación no es la política, es la justicia”. Cuando llegué a mi oficina en la procuraduría me encontré con don Óscar muy encabronado.

—Nos chingaron, Coello, —me dijo visiblemente molesto.

Poco después nos enteramos por qué en el último momento habían bajado mi candidatura. Resulta que por entonces gobernaba Chiapas Juan Sabines Gutiérrez, quien había sido amigo muy querido de mi papá y yo lo conocía muy bien.

Tiempo antes de las elecciones y de mi posible postulación al Congreso, dirigí una investigación en Chiapas, pues muchos funcionarios del gobierno del estado tenían carros chocolate, es decir, autos extranjeros que habían ingresado a nuestro país de manera ilegal. Fue una operación rápida en la que detuvimos a varios funcionarios y confiscamos bastantes vehículos, lo cual molestó mucho al gobernador Sabines, quien en ese momento no dijo nada, pero se la guardó para la ocasión adecuada.

Yo ya estaba palomeado por el presidente para llegar al Congreso, pero la noche anterior a la publicación de las candidaturas el propio Juan Sabines habló con el presidente y le pidió que me sacaran de la lista. Desconozco qué ofreció o a qué se comprometió, pero el presidente aceptó y mi candidatura se cayó. En ese momento no lo sabía, pero la vida me daría la oportunidad de desquitarme con Sabines.

El problema con el procurador Sergio García Ramírez no pasó a mayores, en buena medida por una decisión que tomó el presidente Miguel de la Madrid, que sentía cierto compromiso conmigo luego de no haber podido cumplir su promesa de nombrarme subprocurador. Sin embargo, García Ramírez nunca quitó el dedo del renglón y todas las veces que pudo chingarme intentó hacerlo.

Yo no le comenté al presidente De la Madrid sobre la amenaza que recibí del procurador, pero sin saberlo deshizo el entuerto. Me pidió que me ocupara de la secretaría de gobierno del estado de Chiapas, con el gobernador ya electo, el general Absalón Castellanos Domínguez.

Creo que el presidente De la Madrid lo había meditado con tiempo, pues meses antes, cuando todavía era candidato presidencial y estaba en plena campaña, me invitó a que lo acompañara a una gira por Chiapas.

Terminados los actos públicos, ya en el autobús del candidato, De la Madrid llamó a cada uno de los miembros de su comitiva; habló con el general Castellanos y minutos después me llamó.

—Coello, péguese al general. Será el próximo gobernador de Chiapas —dijo.

No entendí en ese momento el mensaje, pero platicué con el general tanto en la gira, como en otras ocasiones posteriores, y me sumé a su campaña, aunque no de tiempo completo. Incluso me encargué de organizarle una gran reunión sobre procuración y administración de justicia en la palapa de la Asociación Ganadera de Chiapas, que fue un éxito. Ahí pronuncié un discurso en el que el tema central fue la profunda corrupción que prevalecía en el estado y le mandé un mensaje al gobernador Sabines, previa autorización del general Castellanos:

—Cuando el arca se deja abierta hasta el más justo peca, —advertí.

Cuatro días después de la toma de posesión de Miguel de la Madrid, el presidente me pidió como favor personal que aceptara acompañar al general Castellanos en su administración, como secretario general de Gobierno.

—Todo está arreglado Coello, pero por el momento no se lo comunique a nadie. El general personalmente se comunicará con usted, —me ordenó.

Recuerdo bien que por esos días estaba recibiendo amenazas telefónicas, que la verdad no me quitaban el sueño. Ese 4 de diciembre de 1982, mis enemigos estaban particularmente intensos. Al caer la noche sonó el teléfono, descolgué y escuché: “Ahora sí te vamos a matar, hijo de la chingada” y colgaron. No habían pasado ni diez minutos y volvió a sonar el teléfono, ya me tenían hasta la madre, así que tomé la llamada.

—Mátame, pero no me desveles, cabrón, —dije.

Entonces escuché una voz distinta del otro lado de la línea:

—¿Qué pasó, licenciado Coello?, —preguntó la voz.

Era el general Castellanos. Le expliqué lo que estaba sucediendo, pero prestó poca atención, pues me interrumpió para decirme:

—Licenciado Coello, quiero que usted me acompañe en mi gobierno como mi segundo de abordo. Lo espero el día 7 de diciembre en Chiapas.

Como ya sabía de qué se trataba le respondí:

— Sí mi general, ahí estaré.

A la mañana siguiente me presenté en la oficina del procurador García Ramírez y le presenté de nuevo mi renuncia.

Muy gallito me repitió que no la aceptaría pues me iba a consignar.

—Licenciado, haga lo que quiera, pero dígame a quién le entrego, porque me voy a Chiapas para ocupar la secretaría general de gobierno. Si tiene alguna objeción hable usted con el señor presidente, —le dije.

Gocé el momento, porque la noticia le cayó como bomba, y muy molesto respondió: “entréguele a quien usted quiera”. Y así salí de la procuraduría con una sonrisa de oreja a oreja.

Mi general Castellanos

Chiapas es un estado inmensamente rico, lo bañan todos los ríos, tiene las mejores y más fértiles tierras, tiene historia, cultura, áreas para desarrollar el turismo, cuenta con la selva, tiene zonas para desarrollar la ganadería con moderación. Se han construido varias presas que generan una gran cantidad de electricidad. Podría ser el estado más próspero de la República, pero el problema desde hace décadas es que muchos de los gobernadores que le han tocado fueron muy malos, lo han saqueado y han permitido el saqueo. Pobre Chiapas.

El día 7 de diciembre llegué a Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, y me reuní con el general. Me pidió que me fuera al hotel Bonampak, el más importante de la ciudad. A las 6 de la tarde en conferencia de prensa daría a conocer su gabinete. El hotel era el lugar perfecto para placear a su equipo, ya que era el centro de reunión de la prensa, de sus colaboradores cercanos y de la clase política.

Invité a mi hermano Roberto a que me acompañara al hotel a esperar la rueda de prensa. A las 6 de la tarde encendieron la televisión y apareció el director de Comunicación Social del gobierno de Chiapas para anunciar el gabinete del general Castellanos. El primer cargo que mencionó fue el de secretario general de gobierno y pronunció mi nombre. Muchos de los presentes no perdieron el tiempo y se acercaron a felicitarme y a ponerse a mis órdenes. Comenzó así mi aventura política en el gobierno de Chiapas.

Asumí la Secretaría de Gobierno de Chiapas el 8 de diciembre de 1982, sin conocer a fondo la forma de trabajar del general Absalón Castellanos, pero contaba con el apoyo del presidente de la República, a quien debía mi nombramiento y, en todo caso, mi actuación en la Procuraduría General de la República desde el sexenio del presidente Echeverría era mi mejor carta de presentación.

Nadie podía negar mi profesionalismo, ni mi compromiso con el trabajo, ya para entonces me precedía la fama de ser un tipo duro y era cierto. No me andaba con medias tintas y quienes me conocían sabían que no me arredraba bajo ninguna circunstancia, y que era un convencido de que la ley y la justicia iban de la mano. Esas fueron las razones por las cuales el presidente de la Madrid me envió a Chiapas.

Como ocurrió con don Pedro Ojeda y con don Óscar Flores, rápidamente me gané la confianza del general Absalón Castellanos, debido a que desde un principio fui claro, le demostré mi lealtad y asumí sin titubeos todas las responsabilidades que me correspondían como secretario de gobierno e incluso muchas de las que tenía en sus manos el propio general.

Desde luego la transición de Ministerio Público Federal a la vida política significó un cambio radical para mí, pero traía buena escuela. Aprendí mucho de la forma de hacer política de don Óscar Flores en la Procuraduría General de la República, aprendí a observar el comportamiento de la gente, a entender la naturaleza humana y su interrelación con la política, la ambición, la codicia, el ejercicio del poder, la tentación de la riqueza, me ayudó haber trabajado diversos asuntos y conocer a un gran político mexicano, como lo fue don Fernando Gutiérrez Barrios, hombre de inteligencia natural y con un gran conocimiento de la política mexicana. Debo reconocer que mi amistad con el ideólogo de la política don Jesús Reyes Heróles también fue fundamental para entender que el secretario general de gobierno de un estado es el encargado de la seguridad interior del mismo.

Desde las primeras semanas de mi gestión me percaté que el presidente De la Madrid me había enviado a Chiapas para apoyar irrestrictamente al gobernador Castellanos, pero sobre todo para poner orden en el estado. Y es que el general más que ejercer el poder, lo que disfrutaba era lo que rodeaba al poder: el reconocimiento, los viajes, la pleitesía, así que buena parte de las decisiones políticas de su gobierno durante los casi tres años que permanecí en el cargo pasaron por mí. Me tocaba resolver, decidir, ordenar, todo con la línea institucional que el general me daba y una vez solucionados los distintos problemas que iban surgiendo, le informaba al general y quedaba complacido.

Como buen militar, el general Castellanos vio el gobierno del estado como si estuviera al mando de una comandancia militar y a mí, en vez de secretario de gobierno, me veía como el jefe de su estado mayor, así que generalmente me decía: “Coello, ordene al secretario fulano, esto; dígame al otro secretario aquello”, lo cual molestaba a los altos funcionarios de su gobierno, porque yo era el único enlace con el gobernador para casi todos los asuntos.

El general tenía algunas debilidades, también por eso necesitaba un secretario de gobierno fuerte. Le encantaba la fiesta y era muy enamorado, así que solía ausentarse desde el jueves y no volvíamos a saber de él hasta el lunes. Los jueves por la mañana me hablaba por teléfono:

—Oiga, Coello, ¿cómo va la tienda?, —preguntaba.

—Bien, mi general, —respondía.

En ese momento ya sabía lo que venía a continuación.

—Coello, me voy de gira, —anunciaba.

En su descargo tengo que decir que sí hacía giras a distintos municipios de la entidad, viajaba a otros estados a reuniones con gobernadores o a la Ciudad de México para ver al presidente y a otros secretarios, pero ese era su gran pretexto para irse con alguna novia y perderse todo el fin de semana. Sus ausencias no me preocupaban porque confiaba plenamente en mí y yo mantenía el estado en orden, pero hubo momentos en que me metió en problemas, sobre todo cuando al presidente de la República le daba por buscarlo:

—Coello, ¿dónde está el general? Necesito hablar con él, —preguntaba.

—Señor presidente, el gobernador Castellanos está de gira, —me respondía.

—No sea mentiroso, Coello, —me decía.

Y entonces me cagoteaba pero no pasaba a más.

El general no tenía conocimiento de la ley, ni de los procedimientos legislativos, ni de las formas legales para actos de gobierno, era un hombre práctico. A mí me correspondía evitar que se metiera en problemas porque mucha gente se acercaba a él para pedirle distintas cosas, ofrecerle negocios o proyectos.

Cuando inició el gobierno, que fue el 8 de diciembre, encontramos un estado muy convulsionado, con las arcas de la tesorería casi vacías. La corrupción en el sexenio de Juan Sabines Gutiérrez había sido escandalosa, el propio general se dio cuenta de que le habían dejado todo hecho un caos.

—Oiga Javier, hay muchos fraudes en las finanzas del estado, —me dijo el gobernador en los primeros días de su gestión.

Le respondí que la solución era crear la Contraloría General de estado, la cual comenzó sus funciones poco después y dependía directamente del gobernador y de mí.

Ordenamos hacer auditorías y, como lo esperábamos, detectamos fraudes escandalosos. Había decenas de obras públicas que habían sido inauguradas por el anterior gobierno, pero ¡no existían! Descubrimos que la gente del exgobernador Sabines se iba a otros estados, tomaba fotografías de obras inauguradas en ellos y las presentaban como si se hubieran realizado en Chiapas. Con la anuencia del gobernador decidimos proceder penalmente sobre varias constructoras y varios cabrones cómplices de estos fraudes, pero sin duda uno de los responsables era Juan Sabines.

Le recomendé al general que procediéramos de la misma forma como lo hicimos durante la gestión de don Óscar Flores. Desde luego, por cuestiones políticas, el gobernador no quiso acusar penalmente al exgobernador Juan Sabines Gutiérrez, pero mi general Castellanos fue a hablar con él personalmente. No me comentó en concreto qué había pactado con Sabines, lo que yo me percaté es que se había comprometido a no meterse más en el Estado. Al mismo tiempo, comenzamos a acusar, encerramos a no pocos empresarios, a exfuncionarios e incluso expresidentes municipales y recuperamos grandes cantidades de dinero.

Durante el tiempo que estuve como secretario de gobierno fui el enlace con los secretarios de estado del gobierno federal. Fue en esos años cuando conocí a toda esa generación de los llamados “tecnócratas”, Carlos Salinas de Gortari, Manuel Camacho Solís, Patricio Chirinos, Manuel Aguilera, con quien ya había tenido relación, porque se encargó del rescate de INMECAFÉ después de que detuvimos a Cantú Peña. A todos los vi, indistintamente, cuando organizábamos las reuniones de seguimiento del famoso Plan Chiapas, pero en ese momento no tuve mayor relación con ellos.

A Manuel Camacho Solís lo conocía en un ámbito distinto de la política; estaba casado con una prima mía, hija de Manuel Velasco Suárez. Era un hombre pragmático, medio mamón, pero al menos en esos años nos llevamos bien. Volví a encontrarme con este grupo pocos años después, cuando Carlos Salinas de Gortari llegó a la presidencia y me invitó a colaborar con su gobierno.

A poner orden

Protesté como secretario general de gobierno de Chiapas el mismo 8 de diciembre en la casa del general Absalón Castellanos. Esa noche me pidió que al día siguiente me presentara temprano en su domicilio para llegar juntos al Palacio de Gobierno y ocupar las que serían nuestras oficinas los siguientes seis años.

Al ingresar al palacio de gobierno nos encontramos un panorama desolador. Mi oficina estaba completamente vacía, parecía como si hubieran saqueado todo y en cierto modo así había sido: la administración saliente no dejó nada, se llevaron televisiones, cuadros, escritorios, teléfonos.

Tuvimos que adquirir mobiliario nuevo para acondicionar las oficinas, aun así, comencé a trabajar desde el primer día. Conseguí una silla, un escritorio y apenas me estaba acomodando cuando alrededor de las 10:30 de la mañana recibí una llamada del presidente del Congreso, el licenciado Arturo Morales Urioste, para informarme con angustia que el edificio del Congreso había sido tomado por los campesinos de Germán Jiménez, el líder de la CNC, que había adquirido un poder inmenso en el sexenio de Juan Sabines.

Germán Jiménez era oriundo de la región de la frailesca, específicamente del municipio de Villaflores, de donde es mi esposa Jovita. A Germán lo conocí tanto por mi suegro, don Jaime Zuarth, como por mi concuño Mario Rosales Velasco, incluso en algunas ocasiones me había visitado en la Ciudad de México cuando yo era agente del Ministerio Público Federal.

Con el apoyo del exgobernador Sabines este individuo logró crear una organización campesina que obtuvo apoyos, recursos y maquinaria agrícola y era el instrumento para que Sabines tuviera el control de los campesinos. A cambio, Germán Jiménez intervenía en la designación de presidentes municipales y otras autoridades.

La toma del Congreso por parte de estos campesinos fue el primer problema que enfrentamos, era un conflicto postelectoral heredado de la administración anterior, pues el calendario de elecciones locales, de manera absurda, establecía que la elección de presidentes municipales se realizara unas semanas antes de que concluyera el periodo de gobierno y no con el gobierno entrante, lo cual hubiera sido lo más lógico.

El gobernador Juan Sabines dejó el estado muy caliente porque impuso a sus candidatos, lo cual provocó descontento en distintos sectores de la política local, y cuando asumió el poder el general Absalón Castellanos nos encontramos con un estado incendiado políticamente y en agitación.

Era nuestro primer día de gobierno y no podíamos darnos el lujo de mostrar debilidad, así que a través del líder del Congreso, Morales Urioste, les hice saber a los manifestantes que estábamos dispuestos al diálogo, pero primero debían desalojar el Congreso.

Estaban muy enardecidos, insistían que las elecciones habían sido fraudulentas. En la toma del Congreso a los campesinos de Germán Jiménez se le unieron diversos partidos, fundamentalmente Acción Nacional, que estaba representado por el doctor Valdemar Rojas, un hombre de convicciones, convencido de la democracia, así como otras organizaciones campesinas.

En mi calidad de secretario de gobierno, de acuerdo con la ley, estaba a cargo de la seguridad interior del estado, pero también encabezaba la presidencia del Comité Estatal Electoral, por eso me tocaba resolver el problema por partida doble.

Los manifestantes aceptaron desalojar el Congreso, pero ocuparon la plaza principal de Tuxtla en tanto iniciábamos las negociaciones. Ese día dialogamos durante más de 10 horas, comenzamos a las 12 del día, pero conforme avanzaban las horas me percaté que no había intención de su parte por solucionar el problema.

Les ofrecí revisar los resultados de las elecciones en los municipios que impugnaban y si encontrábamos irregularidades convocaría a nuevas elecciones, pero le daban largas a nuestra propuesta, dilataban su respuesta, se salían por la tangente, mientras más y más gente se reunía en la plaza principal frente al Palacio de Gobierno y no dejaban de gritar. Discutían puras pendejadas y el tiempo transcurría, tiempo perdido para todos.

A las 10:30 de la noche estaba harto y fatigado. Me levanté de la mesa y les dije:

—Bueno señores, no se puede dialogar con la sinrazón. Ustedes o no entienden o no quieren entender.

Y ahí, delante de todos, tomé el teléfono, me comuniqué con el secretario de seguridad pública y elevé la voz para que me escucharan con claridad:

—Coronel Valadés, rodee la plaza ahora mismo y a mi orden la desaloja a punta de chingadazos.

Colgué y les dije a los líderes del movimiento ahí presentes:

—Tienen 15 minutos para desalojar.

El doctor Valdemar Rojas se me puso al brinco y me dijo:

—Licenciado, esto no es la Procuraduría General de la República como para dar esas órdenes.

—¡No! esto se llama la Secretaría General de Gobierno de Chiapas. Y voy hacer cumplir la ley a costa de lo que sea, mi amigo, y ya pasaron 5 minutos, —le respondí.

Si los líderes no creían que estaba dispuesto a aplicar la ley y a desalojarlos con la fuerza pública, el sonido de las botas de los Policías resonando sobre la calle les demostró que no bromeaba. Desde las ventanas se podía ver a la Policía con sus escudos y macanas listos para entrar en acción. Pudo más la prudencia de los manifestantes que su intransigencia para llegar a un acuerdo y terminaron por retirarse.

A pesar de todo, cumplí con mi palabra. Revisamos las votaciones en los municipios impugnados y organizamos nuevas elecciones en algunos casos, pero en la región del Soconusco la toma de alcaldías se extendió por más tiempo. Recuerdo que en el municipio de Ciudad Hidalgo, Chiapas, había habido una manifestación en la que hubo disparos y resultaron 3 personas muertas. Esa noche hubo una reunión en palacio de gobierno en Tuxtla, en donde nos convocó el gobernador y tomó la decisión de que me trasladara a Tapachula para tratar de controlar esa lamentable situación.

Llegué y convoqué al presidente del PRI en Chiapas, licenciado Ezzio Del Pino, mi viejo amigo y compañero del Ministerio Público Federal, así como al presidente municipal de Tapachula y al de Ciudad Hidalgo, quienes me informaron con detalle qué había sucedido.

Al parecer un empleado de la secretaría de Hacienda había disparado en contra de los manifestantes con una metralleta y los muertos eran miembros de Acción Nacional. La situación era muy grave, por lo que ordené a la Policía judicial detener al empleado y le pedí al presidente del PRI que me entregará credenciales del partido. Las llenamos con los nombres de los muertos y ordené que se las pusieran en las bolsas de los pantalones; todo esto en virtud de que ya iban a Tapachula varios diputados federales panistas y el doctor Valdemar Rojas.

Al llegar los atendí y les pedí que nos acompañaran a la morgue para identificar los cadáveres; previamente convoqué a la prensa y le pedí al doctor Valdemar que revisara los cuerpos, grande fue su sorpresa al encontrar en cada uno de los cuerpos credenciales que acreditaban a los muertos como miembros del PRI.

Ahí se desinfló su protesta, porque no era lo mismo tener tres muertos panistas que tres muertos priistas, y de alguna manera frenamos un problema que hubiera traído consecuencias graves para el gobierno del general Castellanos. Me acusaron de ser un cabrón, pero logré calmar los ánimos y resolver la situación.

Regresé a Tuxtla y le informé al general lo sucedido; no me recibió con buenas noticias, pues otras presidencias municipales habían sido tomadas por la fuerza. Le dije al gobernador que los manifestantes lo estaban midiendo y que debíamos actuar con firmeza, como lo hicimos. Estaba convencido de que debíamos predicar con el ejemplo y en esas circunstancias se me presentó la ocasión adecuada para hacerlo.

Le pedí a los dirigentes del PRI que los municipios que el partido había ganado fueran tomados por los mismos priistas para protegerlos de la oposición; ordené desalojar aquellos que ya estuvieran ocupados por los inconformes y como se corrió la noticia de que estábamos usando la fuerza pública, en no pocas presidencias municipales los manifestantes prefirieron retirarse de manera pacífica.

Uno de los municipios más caóticos era el de Villaflores. Mi concuño, Mario Rosales, había competido por la presidencia municipal y perdió las elecciones, pero él y la gente de Germán Jiménez habían impugnado los resultados y tomaron la presidencia municipal con la complacencia del presidente que estaba por dejar el cargo.

Siempre he pensado que, en el ejercicio del poder, la única forma de ganarse el respeto de la sociedad es con el respeto irrestricto a la ley por parte del funcionario público. La aplicación de la ley no debe topar ni siquiera con la familia. Consciente de esto hablé con mi concuño para solucionar el problema en Villaflores. Le ofrecí designarlo recaudador de rentas, lo cual era un mejor cargo que el de presidente municipal, pero no me hizo caso. Decidió permanecer dentro de la alcaldía sabiendo cuál era mi posición al respecto, pues mi suegro había estado en la reunión en el Palacio de Gobierno.

Tenía que aplicar la ley con mi propia familia, no podía hacer excepciones y eso sería un ejemplo para todos los chiapanecos. Ordené que la fuerza pública desalojara la presidencia municipal de Villaflores, a sabiendas de que mis cuñados y mi suegro se encontraban ahí.

Ellos pensaban que no haría ningún operativo por la noche, sin embargo, entramos en la madrugada y logramos desalojar a todos; ordené que las casas de los principales líderes del movimiento fueran cateadas y como dicen, con todo el dolor de mi alma y a pesar de la presión que ejercían sobre mi esposa por la vía telefónica, puesto que ella se encontraba en la Ciudad de México, la primera casa cateada fue la de mi suegro, lo cual fue absolutamente necesario para demostrar que no habría excepciones.

Debo reconocer la solidaridad y el respaldo que me dio mi esposa Jovita en ese momento crítico. Nunca me pidió un trato especial para su familia, fue respetuosa de mis decisiones y de las responsabilidades de mi cargo. Así fue como a pesar de las críticas logramos terminar con las protestas postelectorales en Chiapas. Desde luego mi proceder molestó a mi suegro y dejó de hablarme por un tiempo, aunque luego limamos asperezas. Mi concuño se quedó como el perro de las dos tortas, sin nada: ni la presidencia municipal ni con el cargo de recaudador de rentas.

La gente supo que habíamos llegado a Chiapas para poner orden y durante los casi tres años en que estuve en el cargo hice todo lo que estuvo a mi alcance para hacerlo.

Recibimos el estado con 470 invasiones y cuando salí había solo 22 por resolver. En ocasiones desalojamos, otras veces negociamos, utilizamos la fuerza pública cuando fue necesario, pero siempre con la ley en la mano.

El asunto de las invasiones en el estado tenía su origen muchas décadas atrás, desde la época del presidente Lázaro Cárdenas, cuando emprendió el gran reparto agrario y le apostó al ejido, nada más que se le olvidó que los campesinos

solo tienen dos actividades: sembrar y tener hijos.

Los campesinos que se beneficiaron con el primer reparto agrario en la década de 1930, tuvieron hijos y con el tiempo una parcela de 5 hectáreas ya no alcanzaba para 10 hijos y junto a eso la pinche corrupción. Hubo cabrones ejidatarios que estaban registrados varias veces y se hicieron de 5 o 10 parcelas, luego se crearon las organizaciones campesinas con líderes charros que alentaron la invasión de la pequeña propiedad.

Cuando llegamos al gobierno de Chiapas nos dimos cuenta que el propio exgobernador Juan Sabines Gutiérrez había alentado las invasiones desde los tiempos en que estuvo en la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), cuando el movimiento campesino era muy fuerte. Sabines permitió la invasión de muchos ranchos en el estado.

De inmediato tomamos el toro por los cuernos, me coordiné con la Secretaría de la Reforma Agraria y me enviaron a un delegado del norte de apellido Garza, que era un chingón, no se amedrentaba con nada e iniciamos los desalojos. Poco a poco fuimos recuperando las propiedades y desde luego muchos coyotes, lidercillos y caciques locales perdieron su poder.

Y así como combatimos a los invasores, pusimos en orden a los maestros, a los trabajadores, negociamos con las organizaciones populares, no hubo tregua para nadie. Ciertamente fue una etapa muy dura, tocamos muchos intereses y por eso luego me acusaron de que actuaba con mano dura, no con la ley, pero es que me gané muchos enemigos entre quienes durante años se habían beneficiado de manera ilegal en el Estado.

Durante tres años no descansé. En aquellos días solo dormía dos o tres horas, por eso hicieron correr el rumor de que yo le pegaba a la coca, porque de otro modo no podía aguantar. Puros chismes y rumores infundados. Me apasionaba lo que hacía, con todo y sus sinsabores. Esa era mi droga, la adrenalina, no necesitaba nada más.

Como comenté, en Chiapas puse en práctica lo que aprendí con don Óscar Flores: a ser pragmático para resolver problemas políticos, como sucedió cuando llegó el momento de elegir al rector de la Universidad Autónoma de Chiapas lo cual, como era de esperarse, desató intrigas políticas, grillas y presiones de distintos grupos universitarios. El gobernador debía dar línea para saber quién debía llegar a la rectoría.

Cierto, se habla de autonomía universitaria, pero para nadie era un secreto que el gobernador tenía la última palabra. Me preguntó acerca del rector que buscaba reelegirse, que era el doctor Constantino. Le comenté que era un hombre honesto, trabajador y había levantado la universidad, aunque tenía un defecto: había sido cura y ese era el argumento que estaban utilizando sus enemigos para impedir la reelección.

El general Castellanos me preguntó: “¿fue cura? ¿y eso qué tiene de malo?”, con lo cual entendí que debíamos apoyarlo, así que puse manos a la obra.

Me reuní con el doctor Constantino, rector de la Universidad y le dije:

—Doctor, el gobierno ve con buenos ojos su labor en la universidad. Nos gustaría que continuara en la rectoría.

Desde luego le entusiasmó el apoyo, pero me comentó que tenía muchos problemas con el consejo universitario por el tema de su antiguo sacerdocio. Entonces le pedí la lista de los miembros del Consejo Universitario que se oponían a su reelección y los mandé investigar.

Una vez con la información de los académicos, los invité a tomar un café a uno por uno y les mostré sus expedientes, todos tenían cola que pisar. Una vez que revisaban la investigación les decía:

—El gobierno quiere que el doctor Constantino sea nuevamente rector de la universidad, esperamos que le brinde su apoyo. Mientras tanto guardaré su expediente. Es un placer conocerlo mi amigo.

Desde luego, el doctor se reeligió.

La forma de manejar la Secretaría de Gobierno para mí fue novedosa, había que utilizar la mano izquierda del convencimiento y la persuasión por las buenas, y la mano derecha con el mazo de la Ley. Entendí que en política debe uno servir, no servirse de ella. Nunca perdí la institucionalidad, la lealtad a quien en ese momento era mi jefe, que era el gobernador. Ahí es donde aprendí con más firmeza que el cumplimiento de la ley debe ser irrestricto.

Intrigas

Mi paso al frente de la Secretaría de Gobierno fue una constante carrera de obstáculos. Mi esposa se percató desde el primer día en que comencé mi gestión, me decía que toda la gente cercana al gobernador era falsa, que debíamos regresar a México. El tiempo le dio la razón.

El problema nunca fue todas las funciones que tenía a mi cargo, ni las largas jornadas de trabajo, sino que el general Castellanos era muy fácilmente manipulable y prestaba oídos a muchas tonterías. Se dejaba influenciar y yo tenía que estar al pendiente para que no se metiera en problemas legales y de paso me llevara entre las patas.

Desde el inicio de su gobierno me enfrenté con un cabrón bastante siniestro y corrupto, que aún después de tantos años, no me explico por qué gozaba de la confianza del general. Su nombre era Jorge Martínez Rosillo. Lo conocí desde la campaña electoral por la gubernatura. Era un tipo que se decía de izquierda, presumía haber participado en la revolución cubana y haber movido gentes en Michoacán para que el licenciado Martínez Villicaña fuera gobernador, en general era muy echador, pero a la mera hora le sacaba y se cuadraba.

Nunca le creí lo que contaba, me parecía demasiado fantasioso, un mitómano, que sin duda tenía algo, pues se le pegó al general Castellanos como si fuera su sombra y además se ganó la confianza de su hijo Ernesto, el mayor, y de los hermanos del general para hacer negocios al amparo del poder.

Era tal la confianza que le tenía el gobernador que, a pesar de no tener un nombramiento oficial, el general le puso una oficina junto a la suya, en el primer piso del palacio de gobierno, y además podía verlo en cualquier momento, sin previa cita.

Mi oficina se encontraba en el segundo piso y tenía toda un ala exclusiva para la secretaría de gobierno. A Rosillo nunca lo había tratado, con seguridad sabía quién era yo y cuáles eran mis credenciales para estar ahí, porque comenzó siendo muy amable conmigo, casi adulator, pero no caí en su juego. Más temprano que tarde me di cuenta que era un sinvergüenza y nunca bajé la guardia.

Mi primer conflicto con él se debió a que utilizó mi nombre para tratar de extorsionar a una señora, propietaria de un hotel en Tuxtla Gutiérrez, para que le vendiera el inmueble. Yo desconocía el asunto, pero gracias a que la dueña se armó de valor y me pidió una audiencia me enteré de la situación.

Recibí a la señora amablemente y fue directa conmigo.

—Licenciado, me niego a vender mi hotel, —dijo.

No entendí a qué se refería.

—Señora, pues no lo venda, —le respondí.

—Es que el licenciado Rosillo me ha citado varias veces y me ha amenazado que, si no le vendo el hotel al gobierno, usted me obligará a hacerlo y como tiene fama de ser muy duro...

No la dejé terminar:

—A ver señora, eso que dice usted no puede ser, primero porque el gobierno no compra hoteles y segundo, no soy duro, solo aplico la ley y cumplo las órdenes del gobernador y no he recibido ninguna instrucción ni nadie ha autorizado al licenciado Rosillo a semejante cosa, —añadí.

—Pero es que la última vez el licenciado me fue a ver, incluso sacó su pistola y la puso sobre la mesa.

Me paré de mi escritorio, sentía que la sangre me hervía y que me llevaba la chingada.

—Señora, acompáñeme, —le pedí.

Y bajamos a la oficina de Rosillo. Entré sin tocar a la puerta:

—Óyeme bien hijo de la chingada, tú no tienes facultades para hacer nada en este gobierno, y ay de ti si vuelves a usar mi nombre para extorsionar a alguien, —le grité.

—Señora, estese tranquila, usted no tiene porqué vender nada y no vuelva a recibir a este individuo, —le pedí.

Como perro con la cola entre las patas, Rosillo trató de explicarse, pero ni siquiera le di oportunidad. De inmediato le informé al gobernador, que se sorprendió, y aunque lo mandó llamar no hizo nada más. Eso me llevó a pensar que el gobernador o le tenía miedo a Rosillo por algo que yo desconocía o simplemente estaba en el cochupo.

El segundo descalabro que se llevó este rufián fue mi negativa a firmar la solicitud de un cuantioso crédito. Rosillo sabía que el gobernador desconocía los temas administrativos y los procedimientos, y es posible que haya pensado que yo tampoco tenía idea de nada, así que se presentó conmigo y me entregó un documento:

—Tienes que firmar esto, —dijo.

Lo miré con cara de a “mí no me vas hacer pendejo” y le pregunté de qué se trataba el asunto.

—Pues es la autorización para un crédito por mil millones de pesos, —respondió con cinismo, confiado en que estamparía mi rúbrica.

—No te firmo ni una chingada, —le respondí.

Todavía tuvo los güevos de insistir:

—Pero cómo, Coello, si el gobernador ya lo sabe, ya lo autorizó.

—No, no, no. Esto tiene que resolverse a través del Congreso, así que no voy a firmar nada, —respondí.

Tomé los papeles y fui a ver al gobernador:

—Mi general, no puedo firmar esto, porque lo metería en problemas. Para este tipo de créditos hay un procedimiento que debemos seguir, le expliqué.

Con cierta ingenuidad, el gobernador me respondió:

—No, pero es que a mí me habían dicho...,

—Mire mi general, esto debemos hacerlo como manda la ley para evitar problemas posteriores. Debe solicitarse al Congreso. Nosotros tenemos el control del Congreso, llegado el momento se lo van a autorizar, pero debe estar etiquetado, debe quedar especificado de dónde salen los recursos y cuál es su destino, obras, servicios, lo que sea, así que debemos preparar el acuerdo y enviarlo al Congreso, —le informé.

Por entonces, la firma del gobernador no valía si no iba acompañada por la de su secretario de gobierno, esto me permitió proteger al general en distintas ocasiones y convertirme en su hombre de confianza. Ya después de la explicación que le di, el general me expresó: “Le agradezco mucho que me cuide las espaldas”.

Como se topó con pared, Rosillo cambió de estrategia y se alió con un hermano del general, juntos comenzaron a chingarse grandes hectáreas de la selva Lacandona para explotar las maderas preciosas, desde luego, haciendo tala ilegal y deforestando reservas ecológicas.

Nuevamente les paré el negocio, pero en esa ocasión casi me agarró a balazos con Rosillo. Una mañana, el general me invitó a la casa de gobierno a desayunar, ahí se encontraban su hermano y Rosillo. No me cabe duda que todo estaba preparado, porque el imbécil de Rosillo estaba muy envalentonado, intentó increparme y lo mandé a chingar a su madre. Ya entrado en gastos aproveché para decirle al gobernador en qué andaban metidos él y su hermano y por qué les había puesto un alto.

—Con todo respeto mi general, si usted permite esto nos vamos a meter en pedos. Cómo va justificar que su gobierno y más aún, su hermano, cuente con su autorización para talar la selva Lacandona. Ya hemos recibido quejas del gobierno federal y en la subsecretaría forestal están muy encabronados. Les han decomisado varios camiones con la tala ilegal, —dije.

Rosillo sintió que contaba con el respaldo del hermano del gobernador, así que se puso muy pendejo e hizo la finta de que sacaría la pistola.

—Sácala hijo de la chingada —yo con mi pistola en mano—, y aquí te mato.

Fue entonces que intervino el general y el enfrentamiento no pasó a mayores.

Pero ese cabrón era un encantador de serpientes. Incluso después de que dejé la secretaría de gobierno, Rosillo mantuvo su influencia sobre el general, y puedo afirmar que fue el hombre que más daño le hizo a su gobierno. No había acto de corrupción en el que no estuviera involucrado. Se metió también en el tema del café con las confederaciones de cafecultores, razón por la cual lo pude meter a la cárcel tiempo después, cuando ya era subprocurador en el gobierno del presidente Salinas de Gortari y él ya no contaba con la protección del gobernador. La perniciosa influencia de Rosillo creó una situación muy tensa en el gobierno, me vi en la necesidad de ordenarle al director de la Policía y al procurador del estado que no hicieran caso a ninguna orden que viniera de Rosillo, que solo atendieran a lo que ordenara el gobernador personalmente o a mis instrucciones.

Hice cuanto pude para impedir las tropelías de Rosillo, pero insisto en que estaba muy bien parado con el gobernador, y, además, luego lo supe, era operador político de Manuel Camacho Solís, por eso caminaba por la vida como si nada ni nadie lo mereciera.

Los últimos días

Hay una frase muy famosa en Chiapas que acuñó don Valentín Rincón: “Chucho no come chucho, pero chiapaneco come chiapaneco”. Quizá esta frase podría definir todo lo que encontré en el estado durante mi gestión. No solo enfrenté los problemas propios del estado, sino la grilla, las intrigas, la politiquería dentro del gobierno. Mi salida tuvo que ver con esto último.

En una ocasión, luego de que habíamos logrado disminuir las invasiones en el estado y recuperar las tierras invadidas, el gobernador me pidió que bajara a su oficina. Al ingresar a su despacho lo vi muy entusiasmado:

—Mire Coello, aquí tengo un grupo de gente que nos va a ayudar a desalojar las tierras invadidas, tienen experiencia y son muy eficaces, me los recomendó Rosillo, —me dijo.

Me quedé sorprendido de que el gobernador siguiera confiando en él, y en efecto era una bola de cabrones de la Ciudad de México, puros líderes invasores, gente que manejaba la banda de Los Panchitos, delincuentes y golpeadores dedicados exactamente a lo contrario de lo que decía el gobernador, eran especialistas en invasiones. Cuando los vi me los quería comer vivos. El general, con inocencia, agregó:

—Platíque con ellos, Coello, coordínense para trabajar, me los recomendó Rosillo, —ordenó.

No lo dejé terminar.

—A ver, señor gobernador, ¿sabe quiénes son estos señores? Son los invasores más cabrones que hay en la Ciudad de México, a este señor y a este otro los consigné cuando fui ministerio público federal, —respondí.

El general comenzó a tragar camote y se le descompuso el rostro.

—Si usted acepta que estos tipos entren al estado, en dos o tres semanas tendremos todos los ranchos invadidos. Así que con su permiso señor gobernador...

Entonces me dirigí a ese grupo:

—Señores, díganle al gobernador cómo han invadido tierras en el Distrito Federal, en Puebla, díganle a qué se dedican... Se largan de aquí, les voy a dar exactamente 2 horas para que abandonen el estado, —les ordené.

Y les mandé comprar su pinche boleto, los puse en un avión y los saqué del estado. El general estaba avergonzado, se quedó completamente callado y sorprendido. Creo que en ese momento se dio cuenta de quién era verdaderamente Rosillo, porque también comenzó a recibir quejas de otros funcionarios de su gobierno. Sin embargo, no hubo poder humano que lo alejara del gobernador.

Yo salí de la Secretaría de Gobierno y aunque Rosillo permaneció ahí, finalmente cayó debido a un pinche fraude que hizo con el café de los indígenas. El destino me dio la oportunidad de ponerlo en su lugar.

Cuando ya era subprocurador, me vino a ver el gobernador de Chiapas, Patrocinio González Garrido, acompañado por mi primo hermano, Cuauhtémoc López Sánchez, por entonces presidente del Tribunal Superior de Justicia del Estado. El gobernador no confiaba en su Policía, por lo que me pidió ayuda para detener a Rosillo por el fraude del café. El procurador me autorizó la operación, envié a mis agentes, lo aprehendieron y lo pusieron a disposición del juez.

No lo sabía entonces, pero eso detonó la abierta enemistad de Manuel Camacho Solís hacia mí, porque era amigo de Rosillo. Cuando se enteró de su aprehensión, me habló, me quiso gritar, pero lo mandé a la chingada:

—Javier, pero ¿cómo hiciste eso? Tú sabes que Rosillo es mi amigo. ¿Por qué no me llamaste?, —dijo.

—No sabía que era tu amigo. Pero, aunque lo hubiera sabido habría procedido de la misma forma o qué ¿no hay que aplicar la ley a los amigos?, —le respondí.

Y a partir de ese momento comenzó mi enemistad con Manuel Camacho Solís, de la que hablaré más adelante.

La renuncia

No dejaré de insistir en que el general Absalón Castellanos era un buen hombre, un militar formado en la disciplina, pero no puedo olvidar que cuando me invitó a colaborar en su gobierno, lo primero que hice fue contarle a don Óscar Flores y su respuesta fue:

—No acepte, Coello, recuerde que militar sin gorra vale una chingada, —me advirtió.

Aunque el procurador sabía que una de las reglas no escritas del sistema era que al presidente no se le podía negar nada, no vio con buenos ojos que yo hubiera aceptado, pues no tenía una buena impresión del general Castellanos; era militar, pero distaba mucho de saber ejercer la autoridad. Sin embargo, me deseó toda la suerte del mundo en mi nuevo cargo.

Uno de los defectos del general Absalón Castellanos era su familia y fue demasiado permisivo con sus hermanos y en especial con uno de sus hijos, Ernesto, pero si a eso le sumamos la nociva influencia que tuvo Rosillo en muchas de sus decisiones, pues el desastre estaba cantado. Esas relaciones cercanas al poder significaron que su paso por Chiapas fuera oscuro y muy perjudicial para el estado.

Los hermanos del gobernador explotaron las maderas preciosas de la selva chiapaneca y saquearon el estado sin ninguna consecuencia para ellos; su hijo mayor también hizo negocios al amparo del poder. Era imposible trabajar así, porque por un lado yo intentaba poner orden y por el otro a cada caso me topaba con algún nuevo negocio familiar.

Mi salida de la Secretaría de Gobierno tuvo que ver con esta situación, pero también fueron determinantes las intrigas del licenciado Javier López Moreno, un brillante orador que nunca vio con buenos ojos que yo ocupara la Secretaría de Gobierno. Él la quería, pero lo nombraron secretario de Educación, así que se convirtió un calvario tratar con él; no cumplía con los acuerdos que se lograban con el magisterio.

También Eduardo Robledo Rincón fue un obstáculo para mí. Por instrucciones del propio gobernador lo apoyé y permití que tomara el liderazgo del PRI en el estado. En un principio, el general no estaba convencido, pero lo persuadí con el argumento de que no tenía sentido entrar en conflicto con el licenciado Adolfo Lugo Verduzco, por entonces presidente del PRI Nacional, así que terminó por ceder. Sin embargo, Eduardo Robledo Rincón, como buen chiapaneco, también se la pasó intrigando a más no poder.

Recuerdo un desencuentro severo que tuve con el gobernador porque le calentaron la cabeza. Se aproximaba el cambio de la dirigencia de la Confederación Nacional Campesina (CNC), y como era mi costumbre y mi obligación, le pedí línea y él me dijo a quién apoyaríamos. Recuerdo que era un licenciado de apellido Ochoa, a quien le dimos todo el respaldo. Un día antes de las elecciones de la CNC, el gobernador me mandó a llamar a su oficina y para mi sorpresa comenzó a increparme, acusándome de traidor.

—¿Qué le pasa, Coello? Me enteré que usted está pagando el hotel en donde están los campesinos comandados por Jerónimo de Meza y que mañana van a tratar de reventar la asamblea de la CNC, —me dijo encabronado.

Según sus informes, yo tenía un doble juego y 150 hombres a mi disposición para tirar la candidatura de Ochoa.

—Con todo respeto, mi general, escúcheme bien, ni puto, ni ratero, ni desleal, —le respondí con firmeza para que no hubiera lugar a dudas de que yo siempre estaba de su lado.

Se sorprendió con mi respuesta:

—Ahorita le voy acreditar que usted me está traicionando, —insistió.

Tomó el teléfono y personalmente llamó al hotel en donde supuestamente yo tenía a la gente. El dueño del hotel negó que yo estuviera involucrado pero le dijo que quien estaba pagando el hospedaje de esas personas era el secretario general del PRI estatal, Manuel de la Torre.

Al escuchar eso cambió por completo la expresión del general y le bajó de güevos. Yo estaba muy encabronado.

Delante de él le ordené al jefe de la Policía que localizara al hijo de su chingada madre de Manuel de la Torre y me lo llevara de inmediato a la oficina del gobernador.

Una vez ante el general, De la Torre intentó negarlo todo, no tuvo los güevos de decir la verdad, por lo que le metí dos bofetadas y terminó por reconocer que las órdenes se las había dado Eduardo Robledo Rincón, quien estaba jugándole chueco al gobernador.

El general se deshizo en disculpas, pero ese tipo de asuntos fueron minando mi voluntad de continuar en la secretaría de gobierno, incluso, como lo he mencionado, mi señora esposa me rogaba que nos regresáramos a México. Fiel a mi costumbre, a mi forma de ser, me negué. Mi lealtad al presidente, así como al gobernador, me impedían hacerlo.

La gota que derramó el vaso fue su hijo, Ernesto Castellanos. Desconocía que le habían dado la autorización para hacerse cargo de la construcción de la Biblioteca del Estado y se la aventó rápido a su manera, con sus amigos y violando todas las leyes habidas y por haber.

Por entonces, Carlos Salinas de Gortari era el secretario de Programación y Presupuesto del presidente De la Madrid y el gobierno nombró delegados de la secretaría en todos los estados para regularizar las adjudicaciones, los contratos y la construcción de obra pública.

A Chiapas enviaron a una abogada, la licenciada Laura Garza, muy derecha, muy cabrona, que no se arredraba con nada, incluso me llamaron Manuel Camacho Solís y el licenciado Manuel Aguilera Gómez para pedirme que la apoyara, ya que era una profesional y me ayudaría a poner orden. Ciertamente trabajé muy bien con ella.

La presencia en Chiapas de la licenciada Garza inquietó al hijo del gobernador. Por entonces, yo desconocía que se había encargado de la construcción de la biblioteca del estado, pero me enteré porque me fue a ver muy nervioso. Tenía motivos para estarlo, puesto que para realizar la obra había creado una empresa fantasma y todo el desmadre saldría a la luz una vez que la licenciada Laura Garza comenzara a corroborar que estuvieran las adjudicaciones en regla.

Consciente de esto, el hijo del gobernador, con todo cinismo, me pidió que constituyéramos la empresa en el protocolo de algún notario muerto, pues como secretario de gobierno era el jefe de los notarios del estado. Ni siquiera lo pensé, lo mandé a la chingada directito y sin escalas. No me importó que fuera el hijo del gobernador, no me iba a prestar a semejante fraude. Minutos más tarde me mandó llamar el general, desconozco lo que le habrá dicho su hijo, pero le expliqué la situación y sobre todo que de aceptar podría meterse en un grave problema. Me dejó hablar y no dijo nada.

Ya no me enteré en qué términos lo arregló el gobernador con su hijo. En aquel momento tuve la certeza de que la decisión de impedir ese fraude tendría consecuencias para mí, sin embargo, nunca me arrepentí, la ley se aplica, no se negocia y yo nunca me presté a ese tipo de jugarretas.

[Una maleta negra](#)

A mediados del tercer año de su administración, al general se le metió en la cabeza hacer cambios importantes en su gabinete. Discutimos quiénes saldrían, quiénes se incorporarían a su gobierno, las condiciones. Después de varias reuniones quedó todo listo para anunciar los cambios.

En vísperas del comunicado oficial se presentaron dos situaciones que en su momento no percibí como advertencias para mí. La primera fue un día antes de la celebración del Día del Árbol. Recibimos la visita del licenciado Juan Francisco Rocha Bandala —a la postre director general jurídico del Instituto Mexicano del Seguro Social—, que llegó acompañado de su secretario particular, quien era mi tío y también mi primo, el ilustre abogado Juan Lara Domínguez.

Era domingo y había un juego de fútbol en el que participaba un equipo de Primera División que había comprado el IMSS. Estábamos en el estadio y el gobernador le ofreció a Rocha Bandala comprar el equipo y si aceptaba lo anunciaría en ese momento ante el público asistente. Antes de que ocurriera cualquier otra cosa le expresé al gobernador que no era

buena idea. Primero porque eran millones los que se necesitaban, que bien podían utilizarse para programas de desarrollo social, segundo porque tendríamos que hacer muchos trámites, no solo ante el Congreso local para que autorizara la compra, también ante el IMSS y ante la Federación Mexicana de Fútbol.

El gobernador estaba tan entusiasmado con su idea que ignoró mis argumentos, pidió un micrófono y le anunció a la afición que el estado tendría su propio equipo de primera división y que se llamaría los Lacandones de Chiapas. Como era de esperarse, la gente le aplaudió hasta cansarse. Terminado el juego nos fuimos a comer y ahí delante de Rocha Bandala y Juan Lara, el general habló maravillas de mí, me puso por las nubes, al grado que el propio Rocha me dijo:

—Amigo Coello, usted está de 10 con el general.

Y eso parecía sin duda. Al día siguiente fui convocado a un desayuno en la casa de gobierno para tratar un asunto de petróleos mexicanos. Estábamos crudos por la comida del día anterior, el general se mostraba como si nada y presenté mi informe sobre el tema, pero fui interrumpido, debido a que nos avisaron que los maestros de una sección del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) se habían amotinado frente al palacio de gobierno.

Le expresé al gobernador mi desconcierto porque el viernes anterior habíamos llegado a un acuerdo, incluso redactamos un convenio con los maestros, que debía firmar el secretario de Educación del estado, Javier López Moreno, o al menos ese había sido su compromiso.

El gobernador me ordenó que marchara al palacio de gobierno y resolviera el asunto. Al llegar me llevé una desagradable sorpresa, la comisión de maestros que recibí para negociar me informó que el licenciado López Moreno los había mandado olímpicamente a la chingada y que no había firmado nada, dejando en entredicho la palabra del gobernador.

Intenté localizar a López Moreno pero estaba desaparecido. Fue horas más tarde cuando se comunicó y entonces le metí una cagotiza. Ya no pudo hacerse pendejo más tiempo y firmó el convenio. Después de que le informé al gobernador lo sucedido perdí todo contacto con él. Seguí atendiendo mis responsabilidades y cerca de las 10:30 de la noche me llamó su secretaria particular pidiéndome que no me retirara hasta no ver al general, de acuerdo con sus propias instrucciones.

Como a las 11 de la noche llegó Javier López Moreno a la secretaría de gobierno, y me dijo:

—Te traigo una buena y una mala, la buena es que me voy al carajo, renuncio, y la mala es que también a ti te van a pedir tu renuncia.

Obviamente no le creí, puesto que yo sabía lo que habíamos acordado días antes con el gobernador y eso era la renuncia del secretario de Educación, del secretario de Salud, del tesorero Armendáriz y de otros; serían aproximadamente las 12 de la noche cuando me llamó el gobernador a su oficina, yo bajé con mi acuerdo para darle cuenta como todos los días, y me recibió parado. Recuerdo perfectamente que me dijo:

—Licenciado Coello, yo sé que usted es leal, sé que es usted mi amigo, por eso requiero su renuncia.

Debo ser honesto, me irritó, las intrigas habían surtido efecto.

—Con todo gusto mi general, ahora mismo, —contesté.

—Gracias licenciado, mañana daremos una conferencia de prensa para anunciar su salida, —me dijo.

Pero no lo dejé terminar:

—No general, a partir de este momento ya no soy su secretario de gobierno, dígame a quién le entrego.

Me respondió que a Eduardo Robledo, a quien le decían La Bruja. Eso me desconcertó porque desde el principio de su gobierno, el general no llevaba buena relación con él y además era quien había querido sabotear la designación del nuevo líder de la CNC.

—¿Ya lo pensó bien mi general? Robledo lo va a traicionar tarde o temprano, —le dije.

El general respondió que estaba convencido de su decisión.

La noticia no se supo en la ciudad de México sino hasta después, pero en Tuxtla corrió como reguero de pólvora. Localicé al licenciado Jesús Dávila Narro, subsecretario de gobernación, buen amigo mío, a quien le informé la decisión del general. De inmediato se encabronó y me dijo:

—No puede ser Javier, recuerda que tú eres el árbitro para resolver el problema de la Confederación Nacional Ganadera, esto va a disgustar mucho al secretario.

—Ni modo, mi amigo, es decisión del general y ya renuncié, —le contesté.

Recuerdo que inmediatamente después de la plática con el gobernador, subí a mi oficina, redacté mi renuncia, llamé a todos mis directores, les comuniqué la decisión del general. En eso estaba cuando llegó Eduardo Robledo acompañado de Martínez Rosillo, cuando me pidió que por favor hiciéramos una conferencia de prensa para anunciar mi renuncia y su designación. Obviamente lo mandé al carajo y le dije textual:

—Si hacemos la conferencia de prensa voy a decir por qué renuncié, y voy a evidenciar las corruptelas tanto tuyas como de otros funcionarios, si quieres lo hacemos.

Desistió y salió por peteneras de mi oficina; ordené que de inmediato mis directores prepararan la entrega y que siguieran colaborando con el gobernador Castellanos, y me retiré a mi domicilio. En la madrugada me encontraba en casa y pronto comenzó a llegar gente que había colaborado conmigo, delegados federales, líderes locales, todos pidiéndome que no renunciara. Muchos conocidos me mostraron su solidaridad esa noche y su apoyo, parecía que había armado una fiesta, pero todo fue espontáneo y en todo momento les dejé en claro que mi renuncia era irrevocable.

El día martes, recibí ya en mi casa la llamada del secretario de gobernación, el licenciado Manuel Bartlett Díaz, quien mostró su profundo enojo por la decisión que había tomado el gobernador. Me pidió que yo no saliera de Chiapas, que me placeara, y le dije que con mucho gusto, que mi señora esposa estaba de viaje con la esposa del gobernador y otras señoras esposas de diversos funcionarios, que trataría de esperarla, pero que nunca permitiría una indignidad.

Al filo del medio día me llamó por teléfono Iván Camacho, secretario privado del gobernador y me dijo:

—Buenos días, Javier, pregunta el gobernador que si le invitas un café, que si puede pasar a tu casa, pero antes de que me respondas quiero contarte que anoche salimos como a la una de la mañana del palacio de gobierno y me pidió que te llamara para pasarte a ver, pero no te marqué, prefirió que fuéramos directo a tu casa. Vimos que había un chingo de gente, entre ellos varios delegados y gente del gobierno. Entonces cambió de opinión y me pidió que lo llevara a su casa.

Escuché atento su relato.

—Dile al gobernador que puede pasar a la hora que mejor le parezca, —respondí.

Alrededor de las 6 de la tarde se presentó el gobernador Castellanos en mi domicilio, lo recibí con amabilidad y me pidió que jugáramos una partida de dominó, como solíamos hacerlo. Algo traía en mente, pero no se atrevía a decir palabra. Le gané la partida y además lo dejé en zapato. Entonces fue cuando se soltó:

—Chingada madre, hasta en esto me chinga usted, Coello.

Lo miré extrañado y le respondí:

—A ver, mi general, ¿en qué otra cosa lo he chingado? Aquí le gané, pero en qué otra cosa... perdóneme, pero no ha tenido un pinche colaborador más fiel que yo... ¿Hice grupo, formé mi equipo político? No, mi general, siempre he sido institucional.

—En la madrugada pasé y su casa estaba llena de gente, —expresó con cierta molestia.

—Sí señor, pero yo no los invité. La gente que estuvo anoche aquí se presentó sin avisar, eran todos los líderes, gente del gobierno que vino a pedirme que no renunciara. Yo no los cité ni los llamé. Está usted equivocado, le llenaron la cabeza de mierda, pero bueno, lo hecho, hecho está, —respondí.

—Coello, no se haga ideas, yo lo quiero mucho..., —dijo, pero lo interrumpí.

—Mire general, usted me nombró. Usted me quita. No se preocupe. Entonces cambió de tema.

—¿Cómo estamos de cuentas, Coello?, —preguntó.

—Pues mire general, no he cobrado un puto mes de sueldo en tres años porque su chingado tesorero, el pendejo de Armendáriz, quería que fuera a su oficina a cobrar, como si no tuviera nada que hacer o no pudiera enviarme mi pago o depositarlo, así que no he cobrado un peso. Si gusta pude corroborarlo con él, pero, además, ¿recuerda aquella vez que usted me pidió que le diera recursos al PRI? Su tesorero no quiso soltar el dinero, así que lo puse de mi bolsa y aquí están los recibos, —respondí.

Cabe mencionar que al tesorero también lo corrió el gobernador.

El general se quedó sorprendido, pero era cierto. Yo llegué a la secretaría de gobierno por instrucciones del presidente a trabajar, a poner orden, no para hacer negocios ni para hacerme rico ni para medrar con los recursos del Estado, y si eso esperaba el general estaba equivocado.

Desde antes de ocupar la secretaría de gobierno tenía mis buenos ahorros, había ganado muy bien durante el sexenio del presidente López Portillo, quien me dio varios reconocimientos económicos firmados por él con la leyenda: “por servicios especiales prestados a la nación: exento de impuestos”, todavía conservo esos documentos.

El presupuesto que tenía asignada la secretaría de gobierno no lo manejé yo, sino mi administrativo. Nunca pedí un peso para mí, si volaba por trabajo, usaba el avión del gobierno o el administrativo compraba mis boletos.

A la mañana siguiente se presentó el nuevo tesorero, mi querido amigo y compadre Héctor González Méndez, con todos los cheques que me debía el gobierno de Chiapas por mi salario, lo que había puesto de mi peculio para el PRI y además con una maleta negra grande. Héctor González me dijo:

—Te manda esto el general.

La rechacé y le contesté:

—Dile a mi general que muchas gracias, pero no la acepto.

No supe cuánto era, pero por el tamaño de la maleta puedo afirmar que no era poco.

Un par de días después le llamé al gobernador:

—Mi general, ya me voy a la Ciudad de México.

Me ofreció el avión del estado, pero le comenté que ya tenía mis boletos y los de mi familia. Y aproveché para decirle: —Estuvo conmigo Héctor González. Le comento que no acepté la maleta que me envió, no es necesario y no la necesito, pero se lo digo para que no se la vayan a chingar o le salgan con el cuento de que me la quedé. Solo me llevo lo correspondiente a mi salario y el pago de los adeudos que tenía el gobierno conmigo. Por último, solo quiero decirle, mi querido general, que mi dignidad no tiene precio.

Como lo he narrado, por esos días mi esposa Jovita se encontraba de viaje con la esposa del gobernador. Habían viajado a Estados Unidos y a Canadá. La invitaron, y aunque ella no quería ir, yo la convencí. Yo pagaba los gastos de mi señora y lo que le correspondía del viaje. Como lo mencioné, ella no tenía muchas ganas de ir, pero le pedí de favor que lo hiciera y a regañadientes aceptó.

Tengo una costumbre de toda la vida, en 49 años de casado, siempre le llamo por teléfono, pero incluso ya presentada mi renuncia nunca se lo dije. Le informé que yo había ido a México con mis tres hijos, y que iba a ir por ella al aeropuerto para esperarla. No sabía que había dejado de ser secretario de gobierno y preferí contarle hasta verla. Las autoridades aeroportuarias quisieron facilitar el ingreso de mi esposa al país y evitar que pasara por la aduana y demás, pero les dije que no, que pasara por todos los filtros por los que atraviesa cualquier ciudadano común.

Cuando la vi, de inmediato se dio cuenta de que algo había sucedido. La esposa del general, que estaba con ella, me preguntó:

—Licenciado, ¿y cuándo nos regresamos a Chiapas?

—Nosotros ya no regresamos, doña Elsi. Dejé de ser el secretario general de gobierno, —le contesté respetuoso.

Y ahí delante de mi esposa y de las otras señoras que habían viajado con ellas, frente a mí, la esposa del gobernador se puso a llorar.

—Absalón, por Dios, qué hiciste, —dijo.

La abracé, le di las gracias por sus atenciones y nos despedimos. Tomé de la mano a mi esposa y cuando estuvimos solos en el auto, se soltó a llorar.

—Qué pasó, —me preguntó.

—Lo que tenía que pasar, —le respondí mientras la abrazaba.

Todo está bien y todo estará bien. No te preocupes. Estoy tranquilo, fue lo mejor y ya era necesario.

Coello Trejo y asociados

El tiempo demostró que mi salida de la secretaría de gobierno había sido lo mejor para mí. No hay mal que por bien no venga. Por supuesto, en ese momento me cargaba la chingada; no me calentaba ni el sol, continuaba muy encabronado con el gobernador y con la gente de Chiapas, toda vez que durante casi tres años, me dediqué a trabajar día y noche para resolver los problemas del estado, capotear las intrigas, combatir la corrupción y, obviamente, debo decir, que yo pensaba renunciar, pero tanto el gobernador como yo nos habíamos comprometido con el licenciado Manuel Bartlett en resolver el problema que atravesaba la Confederación Nacional Ganadera, en la elección de su nuevo líder.

Mi salida de la secretaría de gobierno de Chiapas encabronó a más de uno, incluyendo al secretario de gobernación y al presidente, pero antes de tomar cualquier decisión, decidí hacer un viaje por carretera a San Francisco y me llevé a mi esposa y a mis hijos que por entonces eran pequeños. Siempre me ha gustado manejar, así que fue una buena oportunidad para despejar mi mente y dejar todo atrás.

Volvimos del viaje y me entró una especie de cruda, estaba como león enjaulado, bastante irritable; me pegó el insomnio, pasaba noches en vela fumando, leyendo, tomando café y rumiando toda esa chingadera. Habían pasado ya algunas semanas y seguía encabronado. Nunca había pasado tanto tiempo en casa, estaba acostumbrado a jornadas maratónicas desde que era joven.

Una mañana me levanté molesto, pensando que en las siguientes semanas no hablaría con nadie de Chiapas. Me vestí para llevar a los niños al colegio, los dejé en la escuela, regresé a casa a desayunar y me encontré a mi esposa muy seria y me dijo que necesitaba hablar conmigo.

—Cuando nos casamos tú me dijiste: ‘yo no soy plomero ni cambio llantas, ni arreglo baños, ni tiendo camas, yo soy abogado’ ¿Recuerdas? Pues ahora yo te digo: tú eres abogado. Así que respira profundo, sal a la calle, busca el mejor lugar y montas tu despacho jurídico. Yo no quiero güevones aquí, —me dijo.

Claro que en ese momento me encabroné y salí de casa azotando la puerta. Recuerdo que fui a un Sanborns, el de Canal de Miramontes. Entonces se podía fumar dentro de los restaurantes y ahí pasé horas, pero mi esposa tenía razón, no podía seguir en esa situación, tenía que avanzar.

Busqué oficinas en renta y encontré una en la calle de Homero en Polanco. Fui a verla, me gustó, hice el contrato, ordené algunas adecuaciones, llamé a mi primo hermano Raúl Coello Muñoz de Cote y al licenciado Héctor Marín Cuervo, quien había sido secretario en un juzgado de distrito y ambos decidieron jalar conmigo. Fueron mis colaboradores iniciales, así fue que abrí mi despacho de abogados.

Era octubre de 1984, constituí una Sociedad Civil, Coello Trejo y asociados, y para entonces tenía muchas y muy buenas relaciones en el gobierno, así que comencé a llamarles a mis amigos, a mis conocidos, a gente que sabía cómo trabajaba para ponerme a sus órdenes y no tardaron en caer clientes importantes al nuevo despacho.

Don Gustavo Petricholli, por entonces director de Nacional Financiera era buen amigo mío, y también su director jurídico, el licenciado Trueba Barrera, que con el tiempo llegó a ser subsecretario. Le pedí una cita a don Gustavo y me recibió con los brazos abiertos:

—Coello, me cayó usted como anillo al dedo, tengo varios asuntos de los que quiero que se haga cargo a través de su despacho, —dijo.

Y mandó llamar a Trueba. Firmé un contrato con Nacional Financiera por honorarios y de inmediato me pasaron todos los asuntos penales que tenían pendientes.

Comencé a trabajar, preparé las denuncias, presenté pruebas, ratifiqué e hice todo lo conducente ante la Procuraduría General de la República. Pero para mi mala fortuna, el procurador seguía siendo Sergio García Ramírez, que al inicio del sexenio amenazó con consignarme solo por capricho, aunque nunca tuvo ninguna razón para hacerlo, pero se quedó enmohinado cuando me fui de secretario de gobierno a Chiapas apoyado por el presidente De la Madrid, tal y como lo he relatado.

Pues bien, a los 15 días de haber presentado todo ante la PGR, don Gustavo Petricholi me mandó llamar a su oficina. Estaba muy apenado conmigo y me dijo que el procurador García Ramírez le había llamado para decirle que si yo era el abogado de Nacional Financiera para esos casos, las denuncias no caminarían. Así de claro fue el entonces Procurador de la República.

Petricholi, que me tenía afecto y confiaba en mí, me propuso designar a otro abogado para que diera la cara, pero que yo siguiera haciéndome cargo de los casos. Le agradecí su apoyo, pero rechacé su oferta, no estaba dispuesto a ser prestanombres de nadie.

Decidí entonces echar toda la carne al asador y le llamé a Emilio Gamboa, que por entonces era el secretario particular del presidente De la Madrid. Lo saludé cordialmente y le pedí una cita, a la cual accedió con amabilidad.

Me presenté en la residencia oficial de Los Pinos, le expliqué cuál era mi situación, lo que estaba sucediendo con el procurador, pero él traía en mente otro tema.

—Javier, el presidente De la Madrid está muy molesto contigo, —me dijo.

Rápidamente caí en cuenta que lo de Chiapas le había caído como bomba, aunque pensaba que todo estaba aclarado.

—Ah, me imagino que el presidente cree que fui yo quien tomó la decisión de renunciar, pero de una vez te lo digo Emilio, no fui yo, el general Castellanos me pidió la renuncia, —le conté.

Me escuchó con atención y me respondió:

—Espérate, Javier, dame unos minutos mientras hablo con el presidente.

Finalmente me recibió Miguel de la Madrid, no lo hizo con la afabilidad de siempre, estaba sentido conmigo y ciertamente creía que yo había renunciado y le había tirado el cargo que me encomendó.

Le expliqué lo que había sucedido, todo tal cual, los problemas que encontré, cómo los fuimos solucionando, le hablé de la gente que me grillaba y le calentaba la cabeza al gobernador, de las influencias perniciosas que tenía. Le hice un resumen de lo que había sido mi gestión a lo largo de casi tres años. El presidente me escuchó con atención. Terminé por decirle:

—Señor, el gobernador me pidió la renuncia, yo jamás lo hubiera hecho a menos que usted lo ordenara y si no me cree, le pido que hable con el secretario de gobernación, está al tanto de todo.

El presidente tomó el teléfono y por la red llamó a Bartlett. No escuché lo que hablaron pero cuando colgó me dijo:

—Carajo, Coello, qué injusto he sido con usted. Dígame en qué le puedo ayudar, cómo puedo apoyarlo.

Y entonces le conté que acababa de abrir mi despacho jurídico, que había empezado a litigar, pero que nuevamente el procurador tenía consigna contra mí.

El presidente no lo pensó ni un minuto, ni siquiera llamó a su secretaria para que lo comunicara, él personalmente tomó el teléfono y por la red le llamó al procurador.

—Don Sergio, escuche bien lo que le voy a decir. El licenciado Javier Coello Trejo es mi amigo personal y tiene todo el derecho de litigar en el libre ejercicio de su profesión. ¿Me entendió? Muy bien, muchas gracias, —y colgó.

Esa llamada fue suficiente para destrabar el asunto de Nacional Financiera y para que García Ramírez dejara de joderme el resto del sexenio. Así que durante los siguientes tres años me dediqué a litigar; recuerdo que uno de los

asuntos encargados por Nacional Financiera era un fraude cometido por una constructora al fideicomiso que se hizo cargo del desarrollo del fraccionamiento Jardines de la Montaña; toda vez que la constructora había entregado la obra, sin drenaje y de mala calidad. Ese asunto lo litigué ante el ministerio público federal Zamora Arriola, quien tenía la intención de integrar la averiguación antes del cambio de gobierno.

Por entonces el director de Averiguaciones Previas de la Procuraduría General de la República era el licenciado Villada, y la licenciada Rosa Carmona Roig era la subdirectora. Esto sucedió en el mes de noviembre de 1988, cuando yo ya sabía que iba a ser subprocurador de la República; me presenté ante el Ministerio Público Federal para ver cómo iba el asunto de Nacional Financiera, y mi sorpresa fue grande cuando el licenciado Zamora me dijo que había desaparecido la averiguación. La licenciada Carmona me acusó de haberla robado, cosa que era inverosímil, pues yo era denunciante. Se lo expliqué, pero de forma por demás prepotente me trató de detener. Solicité hablar con el director de Averiguaciones Previas y él entendió mi razonamiento. Obviamente, ellos no sabían que al siguiente mes yo ocuparía el cargo de subprocurador de la República.

El destino pone a cada quien en su lugar, y debo decir que mi primer acto como subprocurador fue enviarle un libro y unas rosas a la licenciada Carmona, y la invité a que siguiera como subdirectora. Por supuesto renunció. Posteriormente, cuando se hizo la investigación y consignación de Joaquín Hernández Galicia, alias La Quina, el director de Averiguaciones Previas, el licenciado Villada, se negó a firmar la consignación y me vi en la necesidad de solicitarle su renuncia.

Esta anécdota la refiero porque quiero que quede como lección de vida, nunca abusar del poder. Si bien es cierto que el poder se ejerce, no se comparte, este hay que ejercerlo con la ley, siempre anteponiendo a los intereses personales o a los odios, respetar la irrestricta aplicación y respeto al Estado de derecho; sin este principio, y la seguridad del mismo, no existe ninguna posibilidad de tener democracia, y mucho menos progreso. Repito, el poder que el pueblo nos otorga es para servirlo, no para servirse de él.

CAPÍTULO 6

LA CRUZADA CONTRA EL NARCOTRÁFICO

El primer acercamiento

A lo largo de mi vida como servidor público, y por la naturaleza propia de los cargos que desempeñé, tuve la oportunidad de conocer a los presidentes de México desde finales de 1970 y hasta 1994. Con unos tuve mayor relación que con otros, por ejemplo, a Gustavo Díaz Ordaz lo conocí porque era amigo de mi papá; a Luis Echeverría, cuando comencé mi trayectoria como agente del Ministerio Público; con José López Portillo tuve más cercanía debido a mi estrecha relación con el procurador, don Óscar Flores Sánchez; a Miguel de la Madrid lo traté con más confianza y podría decir que con amistad.

Sin embargo, mi relación más intensa y cercana fue sin duda con el presidente Carlos Salinas de Gortari. Lo conocí en 1975 cuando yo era ministro público y él era director de un área de la Secretaría de Programación y Presupuesto. No éramos amigos, atendí un par de asuntos con él durante el sexenio de López Portillo y lo volví a ver hasta la administración de Miguel de la Madrid, cuando yo era secretario general de gobierno en Chiapas y él había dado un paso más hacia la presidencia: era secretario de Programación y Presupuesto.

En esas circunstancias volví a ver a Salinas de Gortari, porque participé con él, con Manuel Camacho Solís y con Patricio Chirinos en el plan Chiapas, un proyecto que la Secretaría de Programación y Presupuesto desarrolló conjuntamente con el gobierno del estado. Por entonces todo era trabajo, reuniones y asuntos de la administración pública y la política local.

A finales de 1987 el presidente De la Madrid destapó a Salinas como candidato a la presidencia —yo ya me encontraba al frente de mi despacho jurídico—, y un día me hablaron por teléfono para invitarme a participar en la reunión de Procuración y Administración de Justicia que organizaba su equipo de campaña.

Fue el propio Manuel Camacho Solís quien me extendió la invitación:

—Coello, el candidato quiere que hables de tu experiencia, del combate a la corrupción, de todos los problemas con que te has topado, que expongas todos los vicios que tiene el sistema de justicia, —me dijo.

Me sorprendió la invitación, pues hasta ese momento mi relación con Salinas había sido circunstancial, sin embargo, acepté. Aunque dejé de ser ministro público desde que terminó el sexenio de López Portillo, conocía muy bien cómo funcionaba la Procuraduría General de la República, cómo se desarrollaba una investigación, cómo se manejaban los ministerios públicos, conocía las corporaciones Policías. Realmente tenía una larga e intensa experiencia y sabía de qué pie cojeaba el sistema.

Un día antes de la reunión fue a mi despacho el hermano de Silvia Hernández, de quien no recuerdo su nombre, pero que trabajaba en el Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI (IEPES) y muy quitado de la pena me dijo:

—Licenciado, le traje este documento que preparamos, es lo que tiene que presentar mañana en la reunión.

No puedo negar que me sorprendió.

—No, amigo, llévese su documento, voy a exponer lo que me pidieron que preparara para el candidato. Y si no es lo que yo he trabajado, no cuenten conmigo, —le respondí con toda franqueza.

Estaba muy encabronado. No me iba a prestar a teatrillos, aunque se tratara del candidato. Intenté localizar a Manuel Camacho, pero fue imposible, era como si se lo hubiera tragado la tierra. Así que decidí no presentarme en la reunión y mi lugar se quedó vacío.

Luego supe que el candidato se encabronó y entonces sí apareció Manuel Camacho para reclamarme. Le conté lo sucedido y, como era de esperarse, me preguntó por qué no le había llamado, pura verborrea. No quise desgastarme dando más explicaciones y di por terminado el asunto.

Por entonces yo estaba muy entusiasmado con mi despacho, ejerciendo mi profesión de abogado y no tenía en mente regresar al gobierno ni lo estaba buscando. Semanas después me buscó la periodista Olga Moreno, que por entonces tenía una columna en *El Heraldo de México*. La conocía muy bien desde los tiempos de don Óscar Flores durante el sexenio de López Portillo.

Había pasado algo de tiempo, pero nos vimos con gusto y después de los saludos correspondientes y de platicar un poco de asuntos personales, la vida, la familia y demás, me expresó:

—Me pidieron que te entrevistara sobre un tema que conoces bien: el combate contra las drogas.

Hablé con entera libertad, me dejé ir sin tapujos, critiqué el sistema de procuración de justicia, hablé de la corrupción dentro del gobierno, de la ineficiencia de las corporaciones, de los cabrones gringos y su doble moral en la lucha contra las drogas. Fue una entrevista larga, pero con mucho fondo.

No interpreté esa entrevista como una posibilidad para regresar al gobierno. Simplemente me pareció que el equipo de campaña del candidato andaba haciendo su diagnóstico del problema.

“Una cerveza me caería mejor”

Llegó el día de la elección presidencial en medio de una agitación política que no se veía desde hacía décadas. Ganó Salinas de Gortari, era julio de 1988. Yo me olvidé de la política, la campaña, las elecciones y demás. Seguí concentrado en los asuntos jurídicos de mi despacho, pero un par de semanas antes de que el presidente electo tomara posesión para el periodo 1988-1994, recibí una llamada inesperada.

Era 18 o 19 de noviembre y me encontraba descansando en mi casa de Cuernavaca. Recuerdo que estaba curándome la cruda y disfrutaba del sol de Morelos. Sonó el teléfono, mi hija contestó.

—Oye, papi, te habla el señor Carlos Salinas de Gortari, —me dice.

—¡Ah, chinga!, —y pensé que algún cabrón me estaba vacilando o querían jugarme una broma.

Tomé la llamada y escuché:

—Amigo Coello, ¿cómo está el clima?

De inmediato supe que era el presidente electo, su voz era inconfundible. Tragué saliva y lo único que respondí fue:

—A sus órdenes, señor.

—Oiga amigo Coello, ¿lo puedo ver a la una de la tarde en mi casa de campaña?, —me preguntó.

No tenía idea en dónde estaba pero le respondí que ahí estaría a esa hora.

Colgué el teléfono y le marqué a mi amigo, el licenciado Julio Camelo Martínez, que había sido secretario particular del procurador Óscar Flores en el sexenio de López Portillo. Con don Julio me unió una entrañable amistad. Siempre me orientó y aconsejó, además de ser mi amigo fue también mi maestro. Desgraciadamente, falleció en 2020, en tiempos de la pandemia por lo cual no pude despedirme.

Don Julio me dio instrucciones de cómo llegar a la casa de campaña del presidente, que se encontraba en la calle de Cracovia, en San Ángel. Me sugirió que entrara por avenida Revolución y pasando el mercado de las flores vería a los inconfundibles miembros del Estado Mayor. No hubo pierda y así llegué a la 1 de la tarde para entrevistarme con Carlos Salinas de Gortari.

El presidente ya me esperaba. Me recibió con sencillez, muy afable y me hizo sentir en confianza. Me ofreció un café, pero le dije que una cerveza me caería mejor, porque estaba algo crudo. Sonrió. Una vez que nos sentamos a platicar, no perdí tiempo:

—Coello, quiero invitarlo a que forme usted parte de mi gobierno. Quiero que sea el subprocurador general de la República, le va a hablar Enrique Álvarez del Castillo, ¿lo conoce?, —me propuso.

—Sí, señor, sé que es gobernador de Jalisco, —respondí.

—Pues lo va a buscar porque él será el Procurador General de la República, ¿acepta?, —preguntó.

Ni siquiera lo pensé. Ahí mismo respondí que sí. No pude ocultar mi alegría ni la emoción que me dio escuchar la invitación del presidente. Yo nací en la procuraduría, mi vida era el ministerio público, conocía bien la institución, a los agentes, los procedimientos. El presidente notó mi entusiasmo.

—Coello, pero ni a su almohada, no puede decirle nada a nadie por ahora, —me pidió.

Al siguiente martes me llamó don Enrique Álvarez del Castillo y me citó en su casa de San Jerónimo. Ese fue nuestro primer encuentro. Era un hombre refinado, culto, abogado de profesión. También fue claro y directo:

—Licenciado Coello, soy abogado laboral, ya fui ministro de la corte, pero de materia penal no conozco tanto y usted sí, por lo mismo le entrego este portafolio, tiene información que ha reunido el IEPES, me voy a apoyar en usted con su larga experiencia, así que hágame tarjetas sobre los principales temas de la Procuraduría, y como también necesito buscar quién será el jefe de la Policía, usted que conoce bien a las corporaciones, deme algunos nombres, —me dijo.

En ese momento no lo sabía, pero por la naturaleza del cargo, como subprocurador yo sería el operador y don Enrique Álvarez del Castillo, Procurador General de la República, sería la figura política.

De inmediato me puse a trabajar y unos días después don Enrique me pidió que me preparara para acompañarlo a su toma de posesión. Llegó la fecha, era un gran momento, me puse mi mejor traje y me senté a esperar la llamada del procurador.

Estaba en mi despacho esperando y transcurrieron las horas, dieron las 10, las 11, pasó la media noche y cerca de la una y media de la madrugada pensé con cierta desilusión: “me tomaron el pelo”. Estaba por irme a casa cuando llamó don Enrique para decirme:

—Perdóneme, licenciado Coello pero Sergio García Ramírez no quiso que usted fuera a la toma de posesión.

Me quedé frío, pero no me sorprendió, fue la última que me hizo Sergio García Ramírez. Luego de las disculpas, el nuevo procurador, don Enrique Álvarez del Castillo, me comentó:

—El presidente Salinas no quiere que vaya usted mañana a su toma de posesión pero después del evento en San Lázaro asista al Palacio Nacional al tradicional saludo.

El procurador además añadió que el presidente quería que lo acompañáramos al día siguiente, 2 de diciembre de 1988, por la mañana, a la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Todo era muy extraño, pero seguí las instrucciones de don Enrique. No tardaría en saber qué tenía en mente el presidente de la República.

“Necesito un hombre de güevos”

El 2 de diciembre desayuné con el procurador en el hotel de la Ciudad de México, eran cerca de las 7:30 de la mañana. Llevaba lo que me había solicitado en los últimos días, tarjetas de información, nombres de agentes que podían ser designados como jefes de Policía y otros documentos. Platicamos un rato y luego nos dirigimos a Palacio Nacional.

Yo no había visto al presidente desde el día que me reuní con él en su casa de campaña. Esa mañana me saludó cordialmente. Salimos a pie de Palacio y nos dirigimos a la Suprema Corte de Justicia. Al entrar al edificio me hice un poco atrás para que el presidente entrara con el procurador, pero cuando ingresamos al salón de plenos me tomó del brazo y me colocó a su lado, así que entré con el presidente como partiendo plaza.

“¡Put madre!” Seguramente fue lo que pensaron varios magistrados y jueces para sus adentros al verme entrar junto al presidente. Recuerdo sus rostros desencajados, desconcertados, temerosos, casi indignados. Muchos sabían que los había investigado tiempo atrás por corrupción.

El presidente Salinas era brillante, siempre iba un paso adelante y ese fue el impacto que quiso provocar en la SCJN. Un golpe contundente, una amenaza velada de que nadie podría saltarse las trancas y que la procuraduría estaría presente en todo momento.

Terminado el acto, salimos del salón de plenos, yo iba detrás del presidente y volteó el procurador para decirme:

—Javier, váyase a la procuraduría porque le voy a dar posesión.

Aún no completaba la frase, y para sorpresa de todos, el presidente lo interrumpió:

—A ver, a ver, Enrique ¿de qué le vas a dar posesión?, —preguntó.

Desconcertado, el procurador respondió:

—Pues de subprocurador general, —dijo.

El presidente lo volvió a interrumpir y dijo claramente para que todos escucharan:

—¡No!, el licenciado Coello Trejo me va hacer favor de cumplir lo que yo le prometí a México: luchar contra el narcotráfico, —anunció.

—¡Ah, hijo de la chingada!, —pensé.

No di crédito a lo que mis oídos escuchaban, se me fue el aire, sentí que el piso se abría para tragarme. No supe qué decir.

—Sí, señor presidente... espéreme. Yo le llamo, —respondí.

Ni siquiera recuerdo si me despedí o no, pero de inmediato me fui a mi despacho, me senté en el sillón del escritorio y me dije en voz alta: “No acepto”. Muchas cosas me daban vuelta en la cabeza, yo había combatido el narcotráfico en la época de López Portillo, pero era un problema incipiente, y no era propiamente un experto en la materia.

Además, no me había gustado la forma como se desarrollaron los acontecimientos. El propio presidente me había dicho una cosa y de pronto me había cambiado la jugada, en cierto modo me sentía traicionado; sentía que había sido parte de un juego.

Luego de tomar un respiro, hablé con mi esposa, que siempre ha estado conmigo en los momentos más importantes, difíciles e intensos de mi vida. Ha sido mi gran consejera y en esa ocasión no lo fue menos. Luego de contarle lo sucedido, me expresé:

—Yo voy contigo a donde tú vayas. Piénsalo. Piénsalo, porque a un presidente no se le dice que no.

Me desaparecí durante varias horas; el procurador comenzó a buscarme con insistencia, pero no quería tomarle la llamada; me fui con mi primo y otros abogados a comer a Les Moustaches y ahí finalmente me localizó don Enrique:

—Javier, le juro que yo no sabía nada. Tan sorprendido estoy como usted; cuando hablamos y le pedí lo necesario para empezar a trabajar tenía la certeza de que usted sería el subprocurador. El señor presidente quiere hablar con usted y lo espera en Palacio Nacional... Coello, créame, no se sienta traicionado, —me confesó.

Por entonces no tenía elementos para saber si el procurador era un hombre leal y de palabra. Sin embargo, creí en lo que me dijo. Con el tiempo ratifiqué que era una persona honorable, aunque algo celoso, sobre todo cuando comenzamos a dar resultados en la lucha contra el narcotráfico y la prensa me buscaba en primera instancia a mí.

Cualquiera que fuera mi decisión era un hecho que tenía que ir a ver al presidente Salinas, así que me fui a Palacio Nacional. Nuevamente me recibió con mucha amabilidad, podría decir que hasta con cariño. Creo que siempre le caí bien. Una vez en su despacho me preguntó:

—¿Qué le pasa Coello, sucede algo?, —y le hablé con toda franqueza.

—Señor presidente, usted me había ofrecido este cargo...

No me dejó continuar:

—Sí, amigo Coello, sé exactamente lo que le ofrecí y lo que hablamos hace unas semanas, pero necesito un hombre de güevos, un hombre que no tenga la cola sucia. Necesito un hombre que me ayude y en quien pueda confiar; un hombre que conozca de qué se trata esto. Sus hijos y mis hijos tienen la misma edad, Coello, no podemos seguir tolerando esta chingadera. Acepte, Coello, —dijo.

Sus palabras, el tono de su voz, la convicción con que me habló terminó por convencerme y le respondí.

—Acepto, pero con dos condiciones, señor. La primera es que requiero de todo su apoyo. Todo. Y la segunda, no me vaya a dejar colgado.

Me percaté que había leído la entrevista que me hizo Olga Moreno, porque me comentó:

—Coello, usted es muy claro en su discurso: guerra contra el narcotráfico, así la entiendo. La guerra es la guerra. Tenga usted la plena seguridad de que no le voy a fallar.

Tenía yo 40 años de edad y había sido nombrado subprocurador general encargado de la lucha contra el narcotráfico.

La cruzada

El presidente Salinas cumplió a carta cabal con su compromiso. Con el tiempo llegué a la conclusión de que, si no hay voluntad política y el apoyo incondicional del presidente para combatir al crimen organizado, al narcotráfico, a la delincuencia, no hay forma de dar buenos resultados.

Y cuando das buenos resultados pisas callos, tocas intereses, desatas envidias y te vuelves una amenaza para muchos. Durante el tiempo que estuve al frente de la subprocuraduría me quisieron chingar, incluso miembros del propio gobierno. Jorge Carpizo, nombrado presidente de la CNDH me investigó; Ignacio Morales Lechuga, procurador del DF, quiso hacer lo mismo —de ambos casos hablaré con más detalle más adelante—.

Me gané la confianza del presidente y di resultados que hasta el día de hoy nadie ha podido superar: decomisos de drogas, de armas, de autos, de embarcaciones, de propiedades. Decomisé más de 200 aeronaves. La Procuraduría General de la República tenía la flota aérea civil más cabrona de Latinoamérica gracias a lo que le quitamos al narcotráfico; contábamos con jets, aviones Boeing, helicópteros. Todo se lo decomisamos al narcotráfico. Fue necesario rentar bodegas para resguardar los bienes muebles; incautamos inmuebles, ranchos, propiedades, el presidente repartió grandes extensiones de tierra a los ejidatarios gracias a los golpes que le dimos a los narcos.

Fue una gran lucha. Sacrifiqué tiempo con mi familia, con mi esposa, con mis hijos para dedicarme a la guerra contra el narco, trabajaba veinte horas diarias. Yo era el subprocurador general encargado de la lucha contra el narcotráfico; conmigo se creó ese cargo y cuando el presidente me nombró Procurador Federal del Consumidor, esa subprocuraduría desapareció.

Fui presidente internacional de la lucha contra las drogas por las Naciones Unidas, en Viena; fui presidente de AIDEC, que es la organización latinoamericana de la lucha contra las drogas; tuve distintos reconocimientos, pero el éxito fue gracias a que organizamos un gran equipo, trabajamos con orden, coordinación, honestidad, 4,500 agentes de Policía, cerca de 400 agentes del Ministerio Público, brazo con brazo.

Para que no se corrompiera mi gente y evitar que el enemigo se infiltrara en nuestra institución organicé un grupo de élite que investigaba a nuestros propios agentes. Solo me reportaba a mí y yo le comunicaba cualquier información al presidente y al procurador.

Hicimos una limpia y logré consignar al mayor número de agentes del Ministerio Público, cerca de 300, y Policías, 500, en la historia reciente de México. Aproveché la detención de Miguel Ángel Félix Gallardo para hacer una limpia porque había muchos funcionarios, políticos y autoridades coludidos con el narco.

Desde un principio dejé en claro que nosotros éramos la ley y que no permitiríamos que nadie se nos subiera a las barbas. Metí a mucha gente a la cárcel y me han acusado, me han perseguido, y aquí estoy, frente a la sociedad, defendiendo la ley y la justicia, ahora desde mi despacho. Dicen que soy un cabrón; sí lo he sido; he tenido que matar en defensa propia y en cumplimiento de mi deber, sirviendo a mi país, y lo hice porque siempre entendí que yo era un soldado del gobierno.

Muchas veces intentaron corromperme, pero mi lealtad siempre ha estado con México. No necesitaba enriquecerme ni era mi interés hacerlo. Siempre tuve muy buenos sueldos y además recibía bonos de compensación, llamados de riesgo, porque cualquier día podía morir. Además, es lo mismo vivir con 100 que con 1000, nadie puede usar dos relojes al mismo tiempo, o dos trajes, o vivir en dos casas, o manejar dos autos.

Nadie puede acusarme de haber recibido dinero del narco o de la delincuencia. ¿Intentaron comprarme? ¡Claro! Recuerdo que en una ocasión un amigo mío me invitó a cenar a su casa y ahí me presentó a un sujeto de apellido Najjar, que resultó ser financiero del cártel de Ciudad Juárez. Yo no sabía que estaría ahí, cuando lo vi, me quise comer vivo a mi “amigo”.

Este tipo me dijo con toda frialdad y sin rodeos:

—Mire, licenciado, nosotros le ponemos tres o cuatro millones de dólares a la semana, lo único que tiene que hacer es nombrar a fulano como comandante de esta plaza y a mengano en esta otra.

Me puse fúrico.

—Mire, solo porque tiene usted muchos güevos como para venir a proponerme esto, le doy 12 horas para que se largue, para que se esconda, para que huya, porque no le vamos a dar cuartel, —le respondí.

Luego le dije a mi “amigo”:

—Tú te vas a chingar a tu madre. No quiero volver a verte en mi vida, cabrón.

Me levanté de la mesa y me fui. A primera hora del día siguiente, ordené que se presentaran los comandantes que había nombrado el narcotraficante y les dije:

—Quiero su renuncia inmediatamente.

—Pero, señor, ¿por qué?, —preguntaron.

—¿Por qué? ¡Por esto! ¡Putá madre!, —y les conté lo sucedido.

De inmediato me entregaron la placa y la pistola.

—No tengo pruebas contra ustedes, más que el dicho de ese pendejo, pero no les tengo confianza y este pinche asunto es de confianza, —agregué.

Me ganó el respeto de mi gente. Algunos me temían, pero había que predicar con el ejemplo. Los que estuvieron conmigo sabían que no había margen para la corrupción y siempre respetaron mi autoridad, sabían que yo tampoco los iba a dejar colgados.

En una ocasión nos mataron a dos agentes de la Policía. Los querían llevar a los velatorios del ISSSTE, pero decidí que pagáramos su velorio en Gayosso de Sullivan, era lo menos que merecían. Llegué por la noche y me encontré a una bola de cabrones, mis agentes, con lentes oscuros, caras largas, llenos de tristeza. Al salir, le dije a mi secretario particular, el licenciado Héctor López Magaña: “quiero que me reúna a todos los jefes de grupo y a todos los comandantes el próximo sábado a las 7 de la mañana en el Salón México”.

Me presenté esa mañana ante mis hombres, estaba muy encabronado por todo, me paré frente a ellos, me les quedé viendo y les dije:

—Qué pena me dan, bola de culeros. Parecían plañideras llorando. ¿Qué hicieron por sus compañeros? ¿Llorar? No debieron haber muerto. De ahora en adelante, cabrones, por cada uno de nosotros, diez de ellos. ¡Me vale madre! ¡Buenos días, a chingar a su madre!

Y no me volvieron a matar a un agente.

Contra el sindicato más poderoso

El 3 de diciembre de 1988 tomé posesión como director de Servicios Criminalísticos de la Procuraduría General de la República; era un cargo interino en tanto se reformaba la ley para crear la subprocuraduría que me había ofrecido el presidente, pues dicha área no existía en el organigrama de la institución. Literalmente estaba comenzando el sexenio y hacia el día 5 o 6 de diciembre recibí una llamada de Los Pinos. El presidente quería verme una vez más.

Pensé que sería una reunión de trabajo para organizar la futura subprocuraduría, detallar los fines, plantear las estrategias, señalar las prioridades. Sin embargo, a partir de ese día, toda esa planeación pasó a segundo plano. El asunto que me planteó era muy delicado.

El presidente no quiso que habláramos en su despacho, por lo que me invitó a caminar por los jardines de la que fuera la residencia oficial de los presidentes de México. Conversamos de distintos temas, más bien familiares, durante algunos minutos, y de pronto se detuvo, volteó a verme y me preguntó si conocía a Joaquín Hernández Galicia, el líder del sindicato petrolero, mejor conocido como La Quina.

El presidente sabía que todo México lo conocía, pero quería saber si yo guardaba algún tipo de relación con él o si en algún momento había tenido contacto cercano.

—No, señor, —respondí. No lo conozco personalmente. Lo he visto en los medios, he leído sus declaraciones, sé de él por las noticias, por la radio y la televisión, nada más, —añadí.

—¿Seguro, Coello? —insistió con firmeza.

—Tiene mi palabra, señor presidente, no lo conozco, pero permítame contarle una anécdota ahora que lo menciona. Hace unos meses, estaba con mi esposa en Cuernavaca y vimos una entrevista que le hizo el periodista Guillermo Ochoa a La Quina. Con todo respeto, señor presidente, me cayó en los güevos ese cabrón; quién se cree que es con eso de ‘yo puedo pagar la deuda externa’. ‘Cómo me gustaría regresar al gobierno nomás para chingarme a ese cabrón’, —le dije a mi señora.

El presidente sonrió y me dijo con todas sus letras:

—¡Investíguelo! Pero no puede decir ni una palabra, Coello, usted solo me da cuentas a mí, —añadió.

No pregunté nada, solo respondí:

—Sí, señor.

Como era un tema absolutamente confidencial y muy delicado actué con mucha prudencia. Para empezar, organicé un pequeño grupo con hombres de mi toda mi confianza, cuya lealtad y profesionalismo estaba probado.

Si hubiera vivido mi compadre Ventura, él habría estado al frente, pero fue el comandante Robles Liceaga quien se hizo cargo. Juntos logramos reunir un buen equipo y de inmediato comenzamos a investigar al líder petrolero. Como me instruyó el presidente, no comenté con nadie el tema, ni siquiera con el procurador, en todo caso, el presidente se encargaría de hacerlo.

La Quina era uno de los hombres más poderosos del país y se había engallado desde el sexenio de Miguel de la Madrid, en cierto modo se le había subido a las barbas al presidente. Era el cacique sindical con más poder; tenía comprados a diputados, senadores, presidentes municipales, autoridades locales, jueces, ministerios públicos, periodistas. Por eso sentía que era intocable y llegó a creer que su poder, incluso estaba por encima del poder presidencial.

Desde que Miguel de la Madrid destapó a Salinas de Gortari como candidato a la presidencia de la República, La Quina lo criticó con dureza. Los políticos de la vieja guardia no vieron con buenos ojos a Salinas ni al grupo con el que llegaba: Camacho Solís, Aspe, Serra Puche; era una generación nueva que apenas cruzaba los cuarenta años de edad; muchos se habían educado en el extranjero, defendían el libre comercio y la globalización y ya desde entonces se les llamaba “neoliberales”.

La Quina había consolidado su poder en el sindicato de PEMEX con la vieja guardia del PRI, con el sistema político que no se había transformado desde tiempos de Aleman, una generación que ya andaba cerca de los 70 años de edad o más, que defendía el nacionalismo revolucionario, la economía cerrada, el estatismo. Fue un choque generacional, pero La Quina realmente creyó que podría doblegar al candidato oficial y durante la campaña se acercó abiertamente a Cuauhtémoc Cárdenas, candidato opositor, quien había roto con el PRI por las mismas razones: se oponía por completo al neoliberalismo, a la privatización de empresas paraestatales, al libre mercado.

Durante la campaña electoral corrió el rumor de que La Quina había patrocinado un libelo titulado: *¿Un asesino en Palacio?*, donde se narra que el candidato del PRI, Carlos Salinas de Gortari, siendo niño, había matado accidentalmente a una empleada doméstica con un rifle calibre 22, en la casa de su papá, el político Raúl Salinas Lozano.

Como le comenté al presidente en su momento, yo no conocía a La Quina. Después que dejé la Secretaría de Gobierno de Chiapas y ya dedicado a mi despacho de abogado, mi amiga la periodista Olga Moreno me pidió una cita y durante la charla me comentó que La Quina quería platicar conmigo y si podía viajar a Tampico para verlo, pero le respondí que no tenía ningún interés en conocerlo ni nada que tratar con él. Nunca supe las razones de su petición ni para qué me buscó.

Francamente, yo tenía la ilusión de romperle la madre a La Quina por mamón; por sentir que era superior al gobierno y que su poder era ilimitado, por tratar de debilitar a la institución presidencial. Así que, una vez recibida la orden del presidente, comenzamos a investigar y lo primero que apareció fue que los hombres de La Quina estaban

introduciendo armas a México y las llevaban a la casa del líder petrolero.

Supimos que compraban las armas en MacAllen. Seguimos la ruta, tomamos fotografías, reunimos suficiente información. De cada detalle le informé al presidente y le garanticé que teníamos todas las pruebas sobre el tráfico de armas. En la investigación también detectamos un túnel que unía la casa de La Quina con un inmueble de enfrente que pertenecía a otro líder petrolero, uno más de sus incondicionales al que no pudimos agarrar durante el operativo.

Al mismo tiempo investigamos las actividades de José Sosa Martínez, otro de sus hombres de confianza, el tipo que en 1986 se atrevió a decirle al presidente De la Madrid: “Si se hunde PEMEX por mala administración, nos hundimos todos, usted y el país”. También a Salvador Barragán Camacho y a muchos otros que formaban parte del círculo de confianza de La Quina.

Durante un mes trabajamos intensamente en la investigación. No dejamos ningún cabo suelto. El tema de las armas era más que suficiente para poder encerrarlos a todos, independientemente de que después seguimos investigando para armar otras acusaciones que complementaran el caso.

La operación estaba prevista para el 15 de enero, pero no sé qué información recibió el presidente, si tuvo algún mal presentimiento o simplemente quiso evitar que se filtraran detalles del operativo, lo cierto es que el 8 de enero me mandó llamar y me dijo:

—Coello, hay que reventar este asunto el 10 de enero. Saque a su familia del país.

Yo no tenía ninguna objeción en adelantar la operación, pero tenía un pequeño problema de carácter familiar ¿Qué argumento le podía dar a mi esposa para que se fuera a Estados Unidos con los niños, que estaban en clases, sin que sospechara que algo estaba sucediendo o se preocupara de más?

El presidente lo entendió y ordenó que se anunciara contingencia ambiental del 8 al 10 de enero de 1989, de tal forma que se suspendieran las clases y los niños no fueran a la escuela. Entonces, con la coartada perfecta, le dije a mi mujer que necesitaba que fuera a Estados Unidos a comprar algunas cosas que me urgían y cuando me preguntó por los niños, le comenté que iban a anunciar contingencia ambiental, que las condiciones meteorológicas se habían puesto de la chingada y que no habría clases los siguientes días.

El argumento parecía perfecto, pero no. Mi señora me dijo que al otro día llegaba mi suegra de visita a la Ciudad de México. ¡Putra madre! Pensé, entonces moví mis influencias y con el apoyo presidencial, logré sacarle el pasaporte y la visa a la mamá de mi esposa. El 8 de enero, muy temprano, envié a toda la familia a Nuevo Laredo y de ahí cruzaron a Estados Unidos.

Al mismo tiempo continuábamos planeando el operativo; cuidamos todos los detalles porque no había margen para errores ni fallas. Sabíamos que La Quina podía paralizar el país cortando el suministro de gasolina, gas y demás combustibles, porque su gente estaba al frente de todas las secciones del sindicato a lo largo y ancho del país. Así que debíamos actuar con precisión quirúrgica.

El 9 de enero, el presidente Salinas me puso al frente del operativo para disponer del primer cuerpo del Ejército, encabezado por el general Montiel, y que así los soldados pudieran actuar bajo mis órdenes. Cabe mencionar que yo tenía 40 años de edad y si bien ya tenía experiencia, estaba por enfrentarme con uno de los hombres que parecían intocables dentro de la política mexicana.

Ese mismo día me presenté en mi oficina como si nada. Mandé llamar a cuatro agentes de la Policía y a dos ministerios públicos y los cité a las 3 de la tarde, en la Colonia del Valle, en la casa de seguridad que tenía rentada, en ese lugar íbamos a concentrarnos.

Seguí trabajando esa mañana y a la hora de la comida tomé mi saco, subí a mi auto y me dirigí a la casa de seguridad. Estaba tan concentrado en la operación que se me olvidó avisarle al procurador Enrique Álvarez del Castillo dónde estaría. A mis hombres ya les había dicho que pasaríamos ahí la noche; no les sorprendió, no era la primera vez que hacíamos un operativo.

En la madrugada del día 10 salimos de la casa de seguridad rumbo al aeropuerto. Para no despertar sospechas y evitar cualquier fuga de información le pedí su avión privado al profesor Carlos Hank González, a quien conocí durante el sexenio de José López Portillo; era buen amigo y no tuvo reparo en ponerlo a mi disposición sin preguntar nada; por eso no hay registro de nuestro vuelo.

Eran las 6 de la mañana cuando tomamos pista. Los pilotos tenían como destino final en su plan de vuelo la ciudad de Guadalajara, pero una vez en el aire, apenas unos minutos después del despegue, me presenté en la cabina y le ordené al piloto que cambiara de rumbo con dirección a Tampico.

—Licenciado, —exclamó desconcertado el piloto.

—Nada de peros, nos vamos a Tampico y no haga preguntas, —le ordené.

No tuvo más remedio que obedecer. A esa hora nadie sabía dónde me encontraba.

Aterrizamos en Tampico y ya nos esperaban dos vehículos; mi equipo estaba conformado por el teniente coronel Luis

de la Barreda —hombre de confianza de don Fernando Gutiérrez Barrios, secretario de gobernación—, el coronel Pablo Alemán, los ministerios públicos Zamora Rioja y Carlos Salas y el comandante Robles Liceaga, más cuatro elementos de la Policía. De ahí nos fuimos a un hotel en el que renté una habitación y terminando el desayuno les pedí que subiéramos al cuarto. Ahí finalmente les dije:

—Señores, venimos a un asunto de suma importancia para la seguridad nacional, quien tenga algún compromiso con la persona que voy a mencionar no hay pedo, está bien, nada más que se va a quedar amarrado aquí, sin teléfono y vigilado.

Se quedaron extrañados con lo que les dije, pero la expresión de sus rostros cambió por completo cuando agregué:

—Señores, venimos por La Quina.

Desde luego sabía que todos esos hombres eran leales, pero nunca está de más. El que sí se cagó de miedo, y no porque tuviera alguna relación con La Quina, fue el coronel Pablo Alemán, jefe de la Judicial Federal. Creo que nunca había estado en un operativo así, porque incluso se orinó a la hora de los madrazos.

Yo cargaba con un radio grande, de esos tabiques que usa el Ejército, con las claves del operativo. A las 8:10 me informaron que habían aterrizado los aviones Hércules con los soldados del primer cuerpo del Ejército. Una vez en tierra ordené que los vehículos se dirigieran a la dirección de La Quina y formaran un perímetro para rodear su casa y la de su hija.

La ciudad de Tampico no mostraba aún gran actividad, así que le debió extrañar a la gente ver el movimiento de los camiones con los miembros del Ejército recorriendo las calles.

Mis hombres y yo llegamos hasta donde ya se encontraba apostado el Ejército. El plan acordado con el general Montiel era formar 50 soldados y cortar cartucho. Para esos momentos, dentro de la casa de La Quina seguramente ya se habían percatado de la presencia del Ejército, pero no se veía ningún tipo de movimiento. Consideré que con su presencia no habría resistencia armada de parte de la gente de La Quina y no me equivoqué, pero sucedió algo muy lamentable.

A mi amigo Zamora, uno de los ministerios públicos que me acompañaban lo traicionaron los nervios, no pensó en lo que hacía y por sus pistolas se bajó del automóvil donde nos encontrábamos, sacó su credencial para mostrarla como en las películas, y aunque el teniente coronel y yo intentamos detenerlo, ya estaba fuera del auto. En eso escuchamos una detonación y solo pude ver como Zamora cayó muerto en el piso con un balazo en la cabeza.

Contrariamente a lo que podía pensarse no estalló la balacera, me tiré al suelo con pistola en mano y aproveché el momento para dar la orden de iniciar el operativo. Con bombas de plástico los miembros del Ejército tiraron los cables, cortaron las comunicaciones y forzaron la puerta para entrar a la casa. Nunca hubo un bazucazo.

La gente que estaba en la propiedad de La Quina se tiró al suelo, nadie puso resistencia. Había no menos de cien personas, pues por las mañanas solía dar audiencia, recibir gente, escuchar peticiones, hacer negocios. Luego nos percatamos que entre ellos se encontraban políticos, funcionarios, los presidentes municipales de Ciudad Madero y de Tampico, diputados federales, mujeres y niños.

Cuando ingresé al despacho donde se encontraba La Quina, mis hombres ya lo tenían detenido. Uno de los soldados lo sujetaba. El cabrón era todo un rey, despachaba en camiseta, con su pantalón de lino y descalzo. Lo entiendo, pues el calor estaba de la chingada.

Me le acerqué y le dije: “Se te cayó la casa, Joaquín”. El soldado lo agarró del culo o, como se dice, le hizo calzón chino; cuando lo vi en camiseta le quité el saco a uno de los hombres que estaban presentes y se lo puse, como se ve en la foto que se hizo famosa y órale, para afuera él y todos los detenidos. En esas estaba cuando me avisaron que habían encontrado las armas, más de 170, así que comenzamos la fe ministerial.

Trasladamos a La Quina al aeropuerto y de inmediato lo subimos al avión para llevarlo a la Ciudad de México. Lo teníamos que hacer con rapidez para evitar alguna reacción de la gente, pero yo no podía volar a México y dejar a mi muerto ahí. Tuve que esperar varias horas porque no había ministerios públicos en la ciudad, las autoridades parecían que habían huido, todo era un desmadre. Cagué a medio mundo, a los funcionarios, a la gente, porque nadie resolvía nada.

El operativo no solo lo habíamos planeado para Tampico; en la Ciudad de México también nos movilizamos. Así que al mismo tiempo que ingresamos al domicilio de La Quina, aprehendimos a otros líderes como Sosa. Barragán logró escapar por unas horas porque a Fausto Valverde, en aquel momento director de la Policía Judicial Federal Antinarcóticos, al que le encomendé su detención, no llegó a las 6 de la mañana como teníamos estipulado, el muy güevón se presentó hasta las 8.

Barragán había ido al dentista, que, por cierto, era el mismo al que yo solía acudir y estaba en Las Lomas; luego me enteré por él que salió del consultorio muy nervioso. Con el paso de las horas supimos que se había ido a la sede de la CTM. De todo esto me informaban mientras esperaba que me entregaran el cuerpo de mi agente del Ministerio Público, hasta que finalmente dieron fe de lo acontecido y con todo y cuerpo pude regresar a la capital del país.

En el momento en que me subí al avión del profesor Hank para volver a la Ciudad de México, en ese instante, me entró la peor angustia que he sentido en mi vida. Eran cerca de las 4:30 de la tarde, ya habíamos subido el cuerpo de mi agente y venían conmigo Robles Liceaga y Carlos Salas. Me senté en la parte trasera del avión, la sobrecarga se me quedó mirando y le pregunté si no tenía algo fuerte para beber. Me sirvió medio vaso de coñac que me chingué como si fuera agua. Entonces empecé a reflexionar.

¿Qué hubiera pasado si fallaba? ¿Qué hubiera ocurrido si en el operativo se muere La Quina o alguien más? ¿Cómo hubiera regresado a México? ¿Qué le iba a decir al presidente? ¿Fallé, señor? Y Llegué a una conclusión muy cabrona. Si hubiera fallado el operativo me habría suicidado. Ese fue el momento más cabrón de mi vida. Mucho más cabrón que las balaceras en las que participé o el operativo para capturar a Miguel Ángel Félix Gallardo. Fue durísimo, pero había cumplido.

Al aterrizar en México, en el hangar de la secretaria de Marina, una asistente del presidente Salinas me estaba esperando para que de inmediato me trasladara a Los Pinos a darle cuenta del asunto. Quiero aclarar que en cuanto detuvimos a La Quina le informé al procurador Enrique Álvarez del Castillo, quien le comunicó la noticia al presidente. También le conté de la muerte de mi amigo, el agente del Ministerio Público Federal Zamora Arriola.

El presidente Salinas me recibió en su oficina en Los Pinos con un apretón de manos y luego un abrazo. Me preguntó detalles del operativo que escuchó con atención. Al terminar regresó a su escritorio, se sentó.

—Ahora soy presidente de México, —dijo.

Estaba jubiloso, satisfecho por el operativo, porque todo había salido como lo teníamos planeado. Era el fin del líder del sindicato más poderoso de México en los últimos años.

El momento fue interrumpido por una asistente que entró al despacho presidencial y le entregó al presidente una tarjeta; la leyó y le dijo: “que pase”. Luego volteó hacia mí y expresó: “es don Fidel Velázquez”. Le respondí que me saldría en tanto lo recibía, pero me dijo: “Coello, permanezca aquí”.

El máximo líder del sector obrero entró muy seguro de sí mismo. El presidente lo recibió de pie, ni siquiera lo invitó a sentarse. Se saludaron y don Fidel dijo:

—Señor presidente, es un atropello lo que acaba de suceder. Joaquín Hernández Galicia es uno de los principales líderes de la CTM.

Salinas de Gortari se le quedó viendo y lo interrumpió enérgicamente:

—Don Fidel, ¿está usted conmigo o está contra mí?, —le preguntó.

—Señor presidente..., —intentó decir algo el viejo líder obrero.

—¿Está usted conmigo o está en mi contra?, —repitió.

—No, señor presidente, yo estoy con usted..., —dijo finalmente.

Entonces volteó Salinas y me dijo:

—Coello, tienen secuestrado al subprocurador Castañeda en la CTM; vaya usted ahí, libérela y que se entregue Salvador Barragán, y si no quiere hacerlo, tome la CTM con el Ejército.

Así de güevos.

En efecto, Salvador Barragán se había atrincherado en el edificio de la CTM, en las calles de Lafragua, a unas cuadras del monumento a la Revolución. No sé qué pasó por su cabeza, pues no tenía salida. Su jefe, La Quina, ya estaba en nuestro poder y si él no había podido hacer nada para evadir la acción de la justicia, Barragán no tenía ninguna oportunidad. Quizá actuó así ante la desesperación.

Llegué con mis hombres y establecí mi centro de operaciones en el Sanborns que se encuentra en esas calles. Le pedí al gerente que desalojara a los comensales y clientes pues lanzaría un operativo y no quería poner en riesgo a ninguna persona.

No tardó en presentarse don Arsenio Farrell, por entonces secretario del Trabajo y uno de los miembros más prominentes del gabinete del presidente Salinas. Su trayectoria comenzó desde el periodo de Díaz Ordaz, así que tenía mucha experiencia y era un gran político.

Ordené que el Ejército rodeara el edificio de la CTM y comenzaron las negociaciones. De hecho, yo como representante del gobierno no tenía nada que negociar con el segundo hombre del sindicato petrolero, solo debía lograr que el subprocurador fuera liberado y aprehender a Salvador Barragán.

Con el paso de los minutos Barragán se percató que no tenía salida y que era un despropósito lo que estaba haciendo. Ya no contaba con ningún respaldo, el propio don Fidel Velázquez había doblado las manos ante el presidente Salinas. Después de algunas llamadas, Salvador me expresó:

—Me voy a entregar, pero necesito un médico porque me estoy infartando.

—Infártate si quieres, pero primero libera al subprocurador, —le contesté.

Unos minutos después, por la puerta principal del edificio de la CTM, apareció el subprocurador muy pálido, llevaba

varias horas de rehén y la había pasado mal, seguro temió por su vida porque se miraba desencajado.

—¿Cómo se te ocurrió ir a meterte a la cueva del lobo? Vete a descansar, —le dije.

Hasta las 9 de la noche pude deshacer el entuerto y no porque Barragán se resistiera, sino porque me avisaron que en verdad parecía que estaba por darle un infarto. Y como no quise que nada enturbiara el operativo del día, permití que llegara su sobrino que era cardiólogo para que lo revisara, y al mismo tiempo ordené que prepararan una habitación en Cardiología con todas las medidas de seguridad para que no se fuera a pelar. Lo trasladamos ahí, le hicieron estudios y quedó demostrado que gozaba de buena salud. No se iba a morir del corazón. Veinticuatro horas más tarde lo trasladamos al reclusorio y el 12 de enero entregué la consignación.

Cuando cateamos su casa encontramos dólares, monedas de oro y algo que llamó mi atención. Algunos casinos en Las Vegas otorgan un escudo, una especie de medalla, a los jugadores que gastan un millón de dólares o más apostando. Resulta que a Barragán le encontramos como 15 escudos. Se daba la vida de un rey.

Con los principales líderes detenidos, la siguiente etapa era desmembrar al sindicato, sacar de la jugada a los incondicionales de La Quina. Esto suponía que nos chingáramos a todos los secretarios de sección. Durante un mes y medio investigamos a cada uno por fraude y peculado y tomé la decisión de actuar con rapidez, pues podrían huir.

Formé grupos de investigación, localizamos sus domicilios particulares, puse agentes a que vigilaran los movimientos de cada secretario de sección y una vez ubicados organicé un operativo en toda la República para entrar a las casas de cada uno, catearlas y detenerlos al mismo tiempo. Así detuvimos a veintitantos cabrones.

El éxito de un operativo es la coordinación y tiene tres fundamentos: la discreción, la coordinación y la lealtad de los que hacen el operativo. Si el jefe duda de alguno de los hombres que van a participar es mejor no hacerlo. Así era mi escuela, por lo que el operativo me salió perfecto.

Cabe mencionar que en toda la operación participaron directamente don Arsenio Farell y don Fernando Gutiérrez Barrios; la información, auditorías y cuentas nos las proporcionó Francisco Rojas, que estaba a cargo de PEMEX y en esta ocasión no participó el Ejército, solo elementos de la Policía Federal que estaban a mi cargo.

Me encargué personalmente de interrogar a cada secretario de sección y ocurrió algo que puedo calificar de gracioso. Entró uno de los detenidos al cuarto de interrogatorio, y como era lo normal le pregunté su nombre. Me dio uno que no aparecía en el listado completo. Le pedí que me lo repitiera y no lo encontré.

—Amigo, ¿y usted quién es?, —le pregunté extrañado.

—Yo no debería estar aquí, —respondió titubeando. Soy el amante de la señora, —añadió.

Y así era, resulta que habíamos detenido al sancho de la esposa del secretario de sección. Había pasado la noche con ella y cuando lanzamos el operativo mis hombres lo detuvieron. Era petrolero, empleado de PEMEX y no tenía vela en el entierro. Al marido de la señora nunca lo pudimos detener, fue el único que huyó y no supimos más de él.

El tipo estaba cagado de miedo. Ordené que no lo metieran en los separos en tanto pedía instrucciones, eran como las 6 de la mañana. A las 8 me reuní con el presidente y le platiqué lo sucedido. Se moría de risa.

—¿Y ahora qué va a hacer con ese cabrón?, —me preguntó el presidente Salinas.

—Pues lo voy a soltar, señor presidente, —le respondí.

Lo tuvimos ocho días en tanto se calmaban las aguas, sobre todo para que la gente se olvidara de él, pues su foto había salido en los periódicos junto con la de los otros detenidos.

A quien no detuvimos fue a Romero Deschamps por instrucciones del presidente. Don Fernando Gutiérrez y él decidieron prepararlo para ser el nuevo líder, pero en tanto sucedía esto, me dieron instrucciones de ir por Sebastián Guzmán Cabrera, que era un líder petrolero disidente. Se encontraba en su rancho y llegamos ahí en helicóptero.

Estaba muy asustado, pensó que íbamos a detenerlo y más cuando le dije que don Fernando Gutiérrez Barrios quería hablar con él.

—Me van a matar, —expresó hecho un manojo de nervios.

—No se preocupe mi amigo, —le respondí. Confíe en mí. Usted será el nuevo líder del sindicato petrolero, —dije.

—¡Menos! ¿Qué tal si sale Joaquín?, —respondió.

—No saldrá, se lo aseguro.

Por fin, después de 40 minutos, nos subimos al helicóptero y volamos a la Ciudad de México. Lo dejamos en la Secretaría de Gobernación y me dieron instrucciones de que lo apoyáramos. Ese era el momento para limpiar PEMEX, para reestructurar el sindicato, para acabar con los contratos colectivos y nuevos contratos, para darle otra imagen en el tema sindical.

¿Qué pasó? Considero que ahí le falló Paco Rojas al presidente. No por corrupción sino porque a lo mejor no tuvo la capacidad de hacer lo que se tenía que hacer ni la visión... así fue.

No volví a ver a La Quina. Un día, ya mucho tiempo después de haber dejado la Procuraduría General de la República y la Procuraduría Federal del Consumidor, ya estando en mi despacho, se presentó un cabrón que venía a

darme un recado de La Quina en un tono amenazante.

—Usted puede irse a chingar a su madre. Y dígame a Joaquín que gracias por avisarme porque él está dentro y yo estoy afuera y para mí es más fácil chingarle dentro, —le respondí.

No pasó nada y nunca más volvieron a molestarme.

El cártel de Jalisco

Cuando asumí el cargo de subprocurador en la lucha contra las drogas a principios de 1989, la Procuraduría General de la República era muy diferente de como la había conocido. Habían transcurrido seis años desde que la dejé para irme como secretario de gobierno de Chiapas.

En 1989 el panorama era desalentador dentro de la institución, mucho de lo que hicimos bajo las órdenes del procurador don Óscar Flores ya era cosa del pasado. Su sucesor, el procurador Sergio García Ramírez, más preocupado por la academia que por la acción, dejó crecer el narcotráfico y el problema le estalló en las manos al presidente Miguel de la Madrid; el resultado de la negligencia de quienes estaban encargados de procurar justicia fueron los asesinatos del agente de la DEA, Enrique Camarena Salazar y del piloto Alfredo Zavala.

Desde antes del inicio del sexenio ya habían caído los capos de la droga Rafael Caro Quintero y Ernesto Fonseca, alias don Neto, por el homicidio de Camarena, y el presidente Carlos Salinas, junto con el procurador Enrique Álvarez del Castillo, me instruyeron para capturar a Miguel Ángel Félix Gallardo, que por entonces era el jefe del cártel de Guadalajara, el más poderoso de México que surgió como consecuencia de la operación Cóndor.

Al comenzar los años setenta todos estos narcos, incluyendo Félix Gallardo, iniciaban operaciones en lo que se conoció como el triángulo dorado, que comprende los estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua. Ahí se producía el 70% de las drogas del país y se cultivaba la amapola, de donde se sacaba la heroína.

En octubre de 1969 comenzó la llamada operación Cóndor, que tenía como fin combatir al narco y erradicar los cultivos; participaron alrededor de veinte mil efectivos del Ejército mexicano, Fuerza Naval y Procuraduría General de la República. El resultado fue que todos estos cabrones huyeron de Culiacán, los Mochis y otros lugares de Sinaloa y se instalaron en Guadalajara, haciéndola su centro de operaciones.

Junto con Ernesto Fonseca Carrillo, Caro Quintero fundó el cártel de Guadalajara al inicio de la década de los ochenta. Participaron Miguel Ángel Félix Gallardo, Amado Carrillo Fuentes, Héctor “El Güero” Palma y los hermanos Arellano Félix, entre otros.

En 1984, el Ejército mexicano asestó un golpe durísimo contra el cártel de Guadalajara, detectó y destruyó un plantío de marihuana de casi 550 hectáreas localizado en el rancho Búfalo, que pertenecía a Rafael Caro Quintero, y estaba en el municipio de Allende, en Chihuahua. Esto trajo como consecuencia, o al menos eso fue lo que en su momento se dijo, el asesinato del agente Camarena y del piloto Zavala y, desde luego, la presión absoluta de Estados Unidos sobre México.

Cuando el presidente Carlos Salinas de Gortari asumió el poder, la Casa Blanca tenía muy mala opinión del gobierno mexicano, al que consideraba absolutamente corrupto, impune e ineficaz para hacer frente al narcotráfico. Muchas cosas se habían develado en los últimos años del sexenio de Miguel de la Madrid, como la corrupción que había invadido a la Dirección Federal de Seguridad, que finalmente fue desaparecida; el asesinato del periodista Manuel Buendía también fue un escándalo.

El presidente Salinas de Gortari quería demostrar que su administración sería un parteaguas, que a su gobierno no le temblaría la mano combatiendo al narcotráfico y que estaba comprometido con Estados Unidos para luchar contra las drogas en beneficio de la salud de los mexicanos, pero también para crear las condiciones necesarias para consolidar el proyecto modernizador que traía en mente y que debía materializarse en un Tratado Comercial con Estados Unidos y Canadá.

En 1989 el jefe de jefes del narcotráfico era Miguel Ángel Félix Gallardo, único de las cabezas importantes que no había sido detenido por el asesinato de Camarena. Teníamos conocimiento de que todos sus negocios o la mayoría de ellos, zapaterías, inmuebles, restaurantes, comercios estaban en Guadalajara. A partir de la aprehensión de sus socios Caro Quintero y don Neto, se había escondido, pero teníamos la certeza de que se encontraba en la capital tapatía.

El cártel de Caro Quintero y don Neto era mariguanero, no traficaba cocaína, quien lo hacía era Félix Gallardo, que con el tiempo se convirtió en el capo de capos y dejó de traficar para cobrar por cada kilo de coca que pasaba por México.

Félix Gallardo tenía varias órdenes de aprehensión y varias investigaciones en curso cuando asumí la subprocuraduría. Sabíamos que había comprado a casi toda la Policía en Sinaloa y Jalisco, particularmente a la Policía Federal de Caminos, que era la que les franqueaba el paso a los cargamentos de droga y la que le otorgaba protección.

Por esa razón tuvimos que proceder con sigilo, sin involucrar a mucha gente, porque la información podía filtrarse por cualquier área y en cualquier momento. Como al asumir el cargo no sabía en quién podía confiar plenamente, formé un grupo de tres elementos y comenzamos toda una labor de inteligencia para ubicar al narcotraficante.

“Diez millones de dólares si me deja ir”

Lo primero que hicimos fue intervenir los teléfonos de todos los reclusorios, porque para nadie era un secreto que los viejos socios y gente de Félix Gallardo que habían caído presos podían comunicarse con él desde los centros penitenciarios. Necesitábamos ubicarlo y la manera más efectiva, aunque ciertamente más tardada, era escuchando las conversaciones telefónicas.

El encargado de las telecomunicaciones era el ingeniero Manuel Feregrino, además en mi equipo estaban el comandante Luis Soto Silva y el comandante Guillermo González Calderoni. Los tres pasaban horas interceptando llamadas, escuchando conversaciones, tratando de interpretar los mensajes cifrados, identificando voces. Me reunía con ellos al finalizar mi jornada y los acompañaba durante algunas horas todas las noches, también escuchando las grabaciones. Pasamos horas, días, semanas enteras así. Era una labor de paciencia.

Se han escrito muchas versiones acerca de la captura de Miguel Ángel Félix Gallardo, incluso las series de televisión sobre el narcotráfico que se pusieron de moda muestran su detención de una manera completamente distinta a como fue en realidad. Han señalado que Guillermo González Calderoni, quien lo detuvo personalmente, tenía una estrecha relación, casi un compadrazgo, con Félix Gallardo, lo cual es una absoluta mentira.

Bajo mis órdenes Calderoni fue un buen Policía. Estuvo un tiempo en aduanas y se sumó a la Policía Judicial Federal gracias a que Florentino Ventura lo incorporó cuando formamos el grupo especial con don Óscar Flores. Nunca fue director de la Policía Antinarcóticos, los únicos dos jefes de Policía en esa materia que yo tuve siendo subprocurador fueron Fausto Valverde y Luis Soto Silva.

Calderoni no había estado en Jalisco, y como yo necesitaba gente que no hubiera tenido ninguna comisión en ese estado, puse al frente de la investigación a Luis Soto Silva y a González Calderoni como primeros comandantes.

Durante la investigación sobre Félix Gallardo escuché personalmente 50 rollos de llamadas. Horas y horas de conversaciones telefónicas, prestando atención a cada detalle. Fue una tarea pesada, laboriosa, muchas veces no obteníamos ninguna pista, sin embargo, fuimos armando el rompecabezas. Nos llevó algún tiempo identificar la voz de Gallardo, pero una vez que lo hicimos las cosas comenzaron a fluir, solo había que esperar alguna información que nos permitiera ubicarlo con precisión. Sabíamos en qué colonia de Guadalajara se encontraba, pero no el lugar exacto porque utilizaba telefonía inalámbrica.

Para entonces la DEA estaba muy interesada, demasiado diría yo, en nuestra investigación. En un principio no entendía por qué, pero sus agentes parecían más preocupados en que capturáramos a Félix Gallardo que en no hacerlo y ocurrieron algunas situaciones extrañas por esos días.

Unas semanas antes de que lanzáramos el operativo me mandó llamar el presidente Salinas, era un viernes.

—Coello, me habló el embajador de Estados Unidos, Charles Pilliod, para decirme que tiene información comprobada de que mañana sábado habrá una reunión de capos en el Hotel Camino Real de Guadalajara y estará presente Miguel Ángel Félix Gallardo, —contó.

—Señor presidente, permítame decirle que esa información está equivocada, no tiene ningún fundamento. Es una invención de los gringos, —le respondí.

—¿Por qué dice eso, Coello?, —me preguntó.

—Porque llevamos varias semanas escuchando las llamadas de Félix Gallardo, conocemos sus claves, su lenguaje y en ninguna ha mencionado la posibilidad de reunirse con alguien. Lo escuchamos casi a diario. Sabe que lo estamos buscando y está escondido, no se arriesgaría a una reunión de esa magnitud, —dije.

—No podemos descartar nada, Coello, el embajador está presionando, ¿qué tal y es cierto lo que dice?, así que éntrele, por favor encárguese del operativo, —agregó Salinas.

No me quedó más remedio que obedecer y al día siguiente con el grupo especial de elite que creamos, llamado grupo Tiburón, hicimos todo un despliegue sobre el hotel. Como en una película, entramos con las armas en mano, a rapel, rompimos ventanas, ingresamos a las suites y resultó que no había nada. Eso sí, con el operativo asustamos a todos los huéspedes, pero la información era falsa. No había reunión, ni capo alguno. Los daños alcanzaron el millón de dólares, pero cuando menos el gobierno de Estados Unidos se hizo cargo de pagar todo.

Días después del operativo me encontré con el agente de la DEA, Edward Heath y lo encaré:

—Eres un pinche mentiroso cabrón, nada más nos pusiste en ridículo, —le grité.

No dijo nada, permaneció en silencio y no sería la última vez que lo vería; ahí fue cuando me di cuenta de que no les interesaba a los americanos la detención de Félix Gallardo, algo había en el fondo y posteriormente me di cuenta qué era.

Cuando le informé al presidente Salinas del fallido operativo se molestó mucho. Aproveché para comentarle que me parecía extraño que los americanos quisieran abortar nuestra investigación. Entonces me ordenó enérgicamente que continuara con la investigación tal y como la llevaba y no compartiera ningún tipo de información con la DEA. De todo debía enterar al presidente y también al general Riviello Bazán, secretario de la Defensa, para ir preparando el operativo sobre Miguel Ángel Félix Gallardo. Continuamos con nuestra rutina, escuchando grabaciones todos los días hasta que se presentó la oportunidad de oro.

Un día de finales de marzo escuchamos a Miguel Ángel Félix Gallardo comentar que la noche anterior había agarrado una peda de antología y estaba muy crudo, crudísimo diría yo, pues sin ningún cuidado, le habló a su secretaria y le pidió que le enviara unos mariscos de donde acostumbraba pedirlos para curársela.

Como también teníamos intervenidos los teléfonos de la secretaria, en el momento que hizo el pedido supimos cuál era su marisquería favorita. Mis hombres se movilizaron para seguir a los repartidores en las siguientes horas y así fue como dimos con el domicilio donde se encontraba escondido Félix Gallardo.

Ya con la ubicación de nuestro objetivo envié a Guadalajara a González Calderoni para que se pusiera al frente del operativo. Siempre confíe en él, durante esos años fue un buen Policía, leal con la institución y leal conmigo. Al respecto quiero contar una anécdota.

Poco después de la captura de Miguel Ángel Félix Gallardo le pedí que se hiciera cargo de la aprehensión de Juan García Ábrego y sin dudarle me pidió que lo relevara de esa tarea, pues lo conocía desde la infancia, eran amigos y podía prestarse a cualquier malinterpretación. Desde luego lo relevé de inmediato. Tenía muchos güevos, ya luego torció el camino, pero durante mi gestión fue un gran Policía. Lo mataron los gringos con la política del *kleenex*; primero lo usaron y luego se lo chingaron.

Volviendo a la aprehensión de Félix Gallardo, en los siguientes días nos movimos con suma cautela. Le ordené a Carderoni que rentara un inmueble cerca de donde sabíamos que se encontraba el capo; y ordené para el operativo traer agentes de la Policía Judicial Federal Antinarcóticos de otros estados, que nunca hubiese estado en Jalisco ni Sinaloa para evitar que fueran infiltrados del narco.

Una vez que teníamos todo preparado, en colaboración con el general secretario, Antonio Riviello Bazán, formulamos dos planes que debían ejecutarse simultáneamente. El Plan A señalaba que mi gente haría la aprehensión de Gallardo y en el Plan B, que el Ejército y la Policía Judicial Federal Antinarcóticos actuaría otros objetivos en Jalisco y Sinaloa, toda vez que de la investigación concluimos que Miguel Ángel tenía a sueldo a mucha gente, autoridades, jueces, ministerios públicos, policía judicial de Jalisco y Sinaloa, así como algunos Policías municipales.

La nómina del cártel era tan amplia, que incluso los delegados de la Procuraduría General de la República en Guadalajara y Culiacán recibían dinero de Félix Gallardo. Por si fuera poco, el coordinador de seguridad pública del gobierno del estado de Sinaloa, que por entonces gobernaba Francisco Labastida Ochoa, era sobrino de Félix. Si yo daba un paso en falso alguien podía darle el pitazo de que íbamos por él.

Nunca dudé de la honestidad en las altas esferas del gobierno federal; confiaba en don Fernando Gutiérrez Barrios, secretario de gobernación; en el general secretario de la Defensa Nacional, Antonio Riviello Bazán; con respecto al Procurador General de la República, don Enrique Álvarez del Castillo, preferí ser reservado y prudente, pues había sido gobernador de Jalisco, por lo que no le compartí información y en todo caso yo me amparaba con las instrucciones que me había dado personalmente el presidente Salinas.

La información la tenían el presidente y el secretario de la Defensa. Frente a los demás funcionarios mantuve todo en absoluto secreto, pues mi experiencia me dictaba que secreto es entre dos, entre tres es chisme, y dada las grandes cantidades de dinero que se manejan en el narcotráfico, cualquiera podría flaquear.

Cuando Calderoni me informó que ya teníamos el inmueble para nuestra gente y que estaba ubicado cerca de domicilio donde suponíamos se encontraba Félix Gallardo, comenzó la vigilancia encabezada por el propio Calderoni.

Sus instrucciones eran muy claras: en el momento en que hicieran contacto visual con él, en el momento en que Calderoni lo reconociera, debía iniciar el operativo y aprehenderlo con vida. Hice énfasis que en cuanto lo tuvieran detenido le metieran un trapo en la boca, pues en las grabaciones Félix Gallardo había sido muy enfático en que a él nunca lo aprehenderíamos con vida, así que temía que se fuera meter algo para suicidarse. La segunda instrucción a Calderoni fue que en ninguna circunstancia se podían meter con su familia.

Esta fue una regla que siempre seguí dentro de los cargos que ocupé, porque para tener éxito en las investigaciones y jugar con las mismas reglas de los delincuentes había que respetar a la familia.

Eran los primeros días de abril y dispuse que el operativo se realizara el día 8, siempre y cuando mis hombres pudieran reconocer a Félix Gallardo sin lugar a dudas. Teníamos una sola oportunidad. Si el operativo fallaba y Félix escapaba tendríamos que empezar de cero otra vez, porque seguramente buscaría un mejor escondite.

Calderoni estaba en comunicación directa conmigo las 24 horas del día y en la Ciudad de México solo yo sabía del operativo. Mientras dábamos el golpe no quise decirle al presidente Salinas sino hasta que lo capturáramos.

Fueron días muy estresantes, no solo en términos personales, sino también en la lucha contra el narcotráfico. La detención de Gallardo era fundamental, por lo que el operativo debía estar blindado. Para evitar filtraciones, la noche previa al operativo decidí invitar a cenar a mi casa al Procurador General de la República, don Enrique Álvarez del Castillo, al general Riviello Bazán, al general Salgado, jefe del estado mayor de la Defensa Nacional y a otro de los subprocuradores que tenía la Procuraduría, de quien desconfiaba: Luis Octavio Porte Petit, debido a que durante la investigación que hicimos para detener a La Quina apareció su nombre.

Supimos que recibió dinero del líder petrolero para pasar encajuelado de Estados Unidos a México al Trampas, un enemigo de La Quina, de quien quería deshacerse consignándolo en nuestro país. El general Riviello se percató de mi estrategia, pero como siempre, siendo un gran soldado y un hombre de lealtades, me siguió el juego.

La cena terminó como a las 2 de la mañana y me quedé en vela toda la noche esperando noticias. Ni siquiera a mi esposa le había contado.

Exactamente a las 6:15 de la mañana del 8 de abril me llamó Calderoni:

—Licenciado Coello, tengo a la vista a Miguel Ángel Félix Gallardo, —dijo.

—Adelante, Calderoni, proceda, —le respondí y agregué: una vez que lo aprehenda váyase con él y con sus hombres a la casa de seguridad que tenemos dispuesta y espere mis instrucciones.

Miguel Ángel Félix Gallardo, el capo de capos ni las manos metió. Calderoni y mis hombres actuaron con rapidez y eficacia y lo detuvieron de inmediato, le introdujeron un trapo en la boca y no corrió la sangre, todo fue en sigilo. Una vez con la confirmación de que Gallardo estaba en nuestras manos le ordené de inmediato al teniente coronel Rodolfo Debernardi que enviara dos aviones de la Procuraduría a Guadalajara, pues habíamos detenido a unas “personas” y necesitaba traerlos a la Ciudad de México.

Cuando Calderoni me informó que ya venían para México, le hablé al procurador don Enrique Álvarez del Castillo y le informé:

—Señor, con la novedad de que capturamos a Miguel Ángel Félix Gallardo.

—Coello, muy buena noticia, infórmele de inmediato al presidente, —me respondió.

Entonces le marqué al presidente Salinas, que supongo estaba regresando de hacer sus ejercicios de todas las mañanas, y le informé que Félix Gallardo venía detenido procedente de Guadalajara en un avión de la Procuraduría General de la República. Le dio muchísimo gusto escuchar la noticia. Me felicitó y rió a carcajadas cuando le conté de la cena que había organizado la noche anterior para mantener a los altos funcionarios ocupados.

El operativo no solo tenía como fin atrapar a Félix Gallardo sino darle un golpe certero a toda la organización, incluyendo a las autoridades estatales involucradas. Desde luego no le comenté nada al gobernador de Sinaloa, Francisco Labastida Ochoa.

Debo manifestar que por instrucciones del presidente me había yo reunido unos días antes en Culiacán con el gobernador Labastida para decirle que estábamos por hacer un operativo importante, pero no le mencioné quién era nuestro objetivo, y quería saber con quién podíamos coordinar el operativo en Sinaloa. Designó al procurador del estado para que fuera nuestro contacto con el gobierno.

Una vez capturado Félix Gallardo y luego de informarle al presidente Salinas —todo en el mismo día, pues el operativo había sido muy temprano—, intenté comunicarme con el gobernador Labastida, pero no lo encontré; hice lo mismo con el procurador del estado y tampoco pude localizarlo. Esta situación nos puso en alerta. Hablé entonces con el presidente Carlos Salinas para informarle la situación y de inmediato pusimos en marcha conjuntamente con el general Riviello el plan B: se desarmó a toda la Policía Judicial del estado de Sinaloa y a todas las Policías municipales; también intentamos aprehender al coordinador de seguridad pública del estado, el sobrino de Félix Gallardo, pero se había pelado.

Después de varias horas apareció el gobernador Labastida Ochoa, resulta que se encontraba pescando en Los Cabos. A partir de ahí me agarró coraje, no porque estuviera involucrado, sino porque lo hicimos quedar como un inepto.

Una vez en la Ciudad de México, Félix Gallardo fue llevado a los separos de la Procuraduría, que se encontraban en la calle de López, a una cuadra del Eje Central. Ahí estaba la Comandancia de la Policía Federal Judicial Antinarcóticos, ahí había ministerios públicos federales y ahí estaban mis oficinas alternas.

No permití que nadie le pusiera una mano encima y me encargué personalmente de su interrogatorio. Aunque tiempo después corrieron versiones de que había sido vejado y golpeado por mis agentes; lo cierto es que se le trató como a cualquier otro detenido, con las debidas garantías, ni más ni menos.

El interrogatorio duró horas y en todo momento imperó el respeto, no podía permitirme que surgiera algún problema con él porque era posible que se cerrara y dejara de hablar. Me contó toda su historia, cómo había iniciado, cómo movía los cargamentos de droga, como llegó a ser el jefe de jefes. Yo tenía perfectamente armado su caso, así que no había posibilidad de que saliera libre. No lo consignamos por el asesinato del agente Camarena, sino por diversos delitos contra la salud.

En un momento del interrogatorio, Félix Gallardo me dijo:

—Licenciado, nadie sabe que estoy aquí, le ofrezco 10 millones de dólares si me deja ir.

Me le quedé viendo con cara de “usted está loco” y entonces me ofreció el doble: 20 millones de dólares. Le respondí tajantemente que no.

—¿Qué usted no tiene precio?, —me preguntó

—Mi precio es usted, Miguel. Cumplir con mi deber, ese es mi precio. Este es mi trabajo, ni siquiera es personal, —le dije.

Ya no insistió, pero agregó:

—Quiero agradecerle, porque oí las instrucciones que le dio a sus hombres, acerca de que no tocaran a mi familia. Es usted muy hombre.

Aunque le incautamos cuentas, hoteles, edificios, comercios, vehículos y demás, no se quedó en la calle como años después mencionó. Muchas propiedades las tenía bajo prestanombres, así que la familia no la pasó nada mal. Siempre pensé que el mafioso era él, y sobre él y sus hombres debíamos actuar, como en los viejos códigos de la mafia, la familia era cosa aparte, a menos que hubiéramos encontrado elementos para consignar a otros miembros de su familia, lo cual no sucedió.

La noticia corrió como reguero de pólvora y reaparecieron de inmediato los agentes de la DEA. Volví a encontrarme con Edward Heath, a quien había increpado por el asunto del operativo en el Camino Real de Guadalajara. Me pidió permiso para entrevistarse con Félix Gallardo pero se lo negué. Yo no quería que la DEA lo interrogara, porque si bien era un asunto de drogas, el caso se quedaría en México y estaba armado para juzgarlo aquí. Además, yo sospechaba —y el tiempo me dio la razón— de que algunos agentes de la DEA estaban involucrados en el caso Camarena.

El embajador de Estados Unidos en México intervino y habló con el presidente, quien me ordenó que le permitiera a Edward Heath interrogar a Félix Gallardo. Para evitar cualquier problema ordené grabar su conversación y nos llevamos una sorpresa.

Cuando Félix Gallardo vio entrar a Edward Heath a los separos, estalló en cólera. De inmediato lo mandó a chingar a su madre.

—Eres un cabrón, Heath, ya habíamos hablado, habíamos quedado que yo te iba a entregar a Camarena, pero tú me aventaste a los federales. Eres un pinche traidor, —le dijo.

Esto vino a demostrar que el jefe de la DEA en Guadalajara estaba puesto. Así llegué a la conclusión de que Camarena trabajaba para ambos bandos, por eso lo mataron. Esta situación se ha venido a corroborar con las declaraciones del famoso agente Berrellez, que se dieron a conocer en el documental que sobre el caso Camarena produjo Amazon y en el cual se establece que a Berrellez lo habían nombrado jefe de la operación Leyenda para investigar lo de Camarena.

A partir de entonces el presidente Salinas no permitió que los agentes de la DEA anduvieran armados dentro del territorio nacional, además logró acordar con Washington que redujeran el número de elementos en México. Nunca permití que participaran en ninguno de mis operativos, la cooperación mutua se redujo a intercambio de información, nada más.

[El tesoro de los dioses](#)

Durante la investigación que nos llevó a la captura de Miguel Ángel Félix Gallardo, particularmente con la intervención telefónica que hicimos a distintos centros penitenciarios, obtuvimos una grabación que nos llevó a resolver uno de los casos más significativos para mí.

En esa grabación se escuchaba a una persona que llamó al penal de Matamoros, a Salvador “El Cabo” Gutiérrez, un narcotraficante de medio pelo:

—Tengo una importante cantidad de joyas del arte más grande de México que puedo vender, —dijo la voz anónima.

Y empezaron las negociaciones, el estira y afloja, las preguntas. Pero como los narcos son muy vivos, ni El Cabo ni la otra persona mencionaban nombres, ni lugares, ni de qué tipo de joyas se trataba o de dónde habían salido. Todo era muy ambiguo, pero decidí darle seguimiento al asunto porque tuve una corazonada.

Le informé al presidente Salinas de las conversaciones de un individuo por entonces todavía desconocido y el narcotraficante.

—¿Qué cree que sea, Coello?, —me preguntó.

—Tengo la impresión de que pueden ser las joyas arqueológicas, señor presidente, —le respondí.

Salinas me miró entre sorprendido y con cierta maliciosa emoción; seguramente pensó que luego del asunto de la detención de La Quina y de Félix Gallardo, la recuperación de las joyas del Museo Nacional de Antropología pondría a su gobierno en los cuernos de la luna, incluso frente a sus críticos.

—A fondo Coello, vamos hasta el fondo con este asunto, —me dijo.

No era un tema menor. La madrugada del 25 de diciembre de 1985 se llevó a cabo lo que fue considerado “el robo del siglo”. En aquellos días se dijo que un grupo de delincuentes, traficantes de arte de talla internacional, lograron burlar la vigilancia y violar las medidas de seguridad del Museo Nacional de Antropología. Allí desmontaron siete vitrinas de las salas Mexica, Maya y Zapoteca y se llevaron 140 piezas. Fue el escándalo de ese catastrófico año, pues el robo ocurrió apenas tres meses después del terremoto que devastó a la Ciudad de México.

La Procuraduría General de la República, a cargo del doctor Sergio García Ramírez, no logró dar ni siquiera con una pista. Dijeron que el robo del Museo de Antropología era parte de una ola de delitos que se habían registrado en todo el mundo, en museos de Europa, Estados Unidos y Asia; que los ladrones eran profesionales que lograron ingresar al museo por los ductos de aire que comunicaban con el sótano de la sala Maya, con un plan perfectamente armado y diseñado, como de película.

La movilización a la mañana siguiente fue impresionante. Peritos, agentes del Ministerio Público Federal, gente del INAH, de la Policía Judicial Federal y del Distrito Federal, se lanzó una alerta internacional a través de la Interpol. Todo mundo tomando datos, huellas, buscando pistas. La autoridad interrogó a 9 agentes de la Policía Bancaria e Industrial que estaban a cargo de la custodia del museo, que fueron detenidos y después liberados, y se interrogó a más de 500 personas. Al final la Procuraduría fracasó rotundamente.

Lo cierto es que fue un golpe a la moral de nuestro país que de por sí en ese año se encontraba por los suelos. Sin duda fue el robo más importante sufrido por nuestro patrimonio cultural. Entre las piezas se encontraban algunas halladas en el cenote sagrado de Chichen Itzá, casi la totalidad de la ofrenda original de la tumba de Pakal del Templo de las Inscripciones de Palenque; la famosa máscara zapoteca del dios Murciélagu, la máscara mexica de mosaico de jade con incrustaciones de concha y obsidiana, una estatuilla del dios Sol y un pectoral de oro con disco solar, entre muchas más. De los 140 objetos robados, 94 eran de oro y los demás de turquesa, jade y obsidiana.

Los días pasaron, ni una pista, ningún detenido, nada. Meses después ya se daban por perdidas todas las joyas. Cuando comenzó el sexenio del presidente Salinas, el robo del Museo Nacional de Antropología ya era historia y a nadie le interesaba. Tanto así que luego de que el presidente me ordenara ir a fondo con la pista que teníamos, solicité que me entregaran la investigación que en 1985 había hecho el procurador Sergio García Ramírez y su gente, la cual dejó mucho que desear. Lo más sorprendente fue que el expediente lo encontramos prácticamente en el archivo muerto, como si el caso se hubiera cerrado.

Ordené que lo recuperaran. Este se encontraba en Pantaco, que es el lugar donde se guardan los expedientes de los casos concluidos, cerrados o que dejaron de interesar.

Un asunto tan importante para nuestro país y estaba completamente abandonado, fue una tristeza hallarlo así. Puedo decir que desempolvé la investigación y ordené a mis hombres prestar mucha más atención a las conversaciones entre El Cabo y la otra persona.

Pasaron algunas semanas antes de que descubriéramos la identidad del sujeto que ofrecía las joyas: era un joven llamado Carlos Perches; lo investigamos, supimos que había sido estudiante de veterinaria de la UNAM y que era un apasionado de la arqueología. Era de buena familia, hijo de un famoso doctor que murió poco después; me imagino que le afectó saber lo que había hecho su hijo y cómo lo hicieron pedazos en los medios.

Recabamos toda la información posible, intervine los números telefónicos desde donde se comunicaba, dispuse que mis hombres lo vigilaran en todo momento, completamos la investigación y ya no lo dejamos ni a sol ni a sombra. Solo era necesario confirmar que tuviera en su poder las joyas para que las recuperáramos en el momento de su detención.

Por esos días se me juntaron las investigaciones. Al mismo tiempo del caso de las joyas traía un asunto en coordinación con los gringos y con los colombianos: los narcos estaban preparando el envío a México de un cargamento de drogas muy importante. Igualmente, el presidente Salinas me había encargado que yo interrogara al licenciado José Antonio Zorrilla Pérez, quien había sido director de la Federal de Seguridad, y quien era señalado como el responsable de la muerte del periodista Manuel Buendía, hechos que narraré posteriormente.

Al presidente Salinas le informé en todo momento de nuestros avances con respecto a las joyas del Museo de Antropología; estaba muy atento y su expectación iba en aumento. Sin embargo, nada de lo que yo le compartía lo comentaba en sus reuniones con otros secretarios, no quería que nada entorpeciera mi investigación, ni que nadie se inmiscuyera o quisiera alzarse el cuello como sucedió en una reunión.

Por esos días, finales de mayo, principios de junio de 1989, el presidente nos convocó a una reunión de Seguridad Nacional y salió el tema de las joyas. Luego de escuchar varias opiniones de los asistentes, el procurador de Justicia del Distrito Federal, Ignacio Morales Lechuga, le dijo muy ufano:

—Señor presidente, he seguido muy de cerca la investigación.

El presidente Salinas sabía que Morales mentía, no solo porque yo estaba a cargo de la investigación, sino porque era un delito federal que no estaba dentro de su competencia. El procurador estaba echando una hablada y el presidente me dirigió una mirada burlona.

Pero Morales insistió en el tema; tomó un folleto del Instituto Nacional de Antropología e Historia donde venía cada una de las piezas robadas, se detuvo en la máscara de jade y expresó:

—Sé de buena fuente que está en poder de un jeque árabe.

Poco faltó para que me atacara de la risa en sus narices, pero fui prudente. Tanto el presidente como yo sabíamos que el procurador del Distrito Federal nuevamente mentía. Para esos momentos estábamos por concluir la investigación, de hecho, ya sabíamos que Perches era el responsable, pero lo que me interesaba más que detenerlo a él, era recuperar las joyas. No era un delincuente profesional, la había cagado con el robo; era un tipo enamorado con el pasado prehispánico, con la arqueología, sabía maya, conocía su historia y su cultura, se sabía de memoria la inscripción maya de la entrada del museo.

Pero Morales Lechuga estaba desatado y continuó:

—De hecho, señor presidente, quiero pedirle que me autorice un millón de dólares para mandar a mi gente a Arabia para confirmar esta información que le acabo de dar, —pidió.

El presidente Salinas se rió de forma burlona, pero el Procurador General de la República, don Enrique Álvarez, ya estaba muy molesto —desde luego, él también conocía la investigación que estaba a mi cargo— y estuvo a punto de intervenir, pero le pedí que lo dejara pasar.

El presidente ya no quiso escuchar más a Morales Lechuga y lo paró en seco:

—A ver, Morales, esta investigación es federal y la va a coordinar el licenciado Coello Trejo. Cualquier información que tenga, línea de investigación o lo que sea póngase de acuerdo con él, —le ordenó.

La reunión terminó, el presidente se acercó y me dijo:

—Ya ni chinga Morales, ¿de cuál habrá fumado? Nomás quería mandar a pasear a su gente.

Así fue como Salinas oficialmente me puso al frente de la investigación. No obstante, que ya teníamos camino recorrido. Como yo me encontraba con el otro asunto de las drogas designé al comandante Castillo Conde para que continuara con lo de las joyas bajo mi coordinación.

El 10 de junio de 1989 era viernes. Caía la noche y estaba hablando con el procurador Ignacio Morales sobre el asesinato del periodista Manuel Buendía. En esas andaba cuando se comunicó conmigo el comandante Castillo Conde:

—Licenciado Coello, tenemos a la vista a Perches y sabemos dónde están las joyas, —comentó.

—Voy para allá, —le respondí.

Interrumpí la reunión con Morales e incluso le dije:

—Nacho, acompáñame, tenemos las joyas del museo.

—No, estás loco cabrón, esas ya están en Europa y por tu culpa no hemos podido checarlo, —respondió muy mamón el procurador del Distrito Federal.

—Como quieras, —le dije y me salí corriendo.

Tomé mi auto y me dirigí a donde realizaríamos el operativo.

Las grabaciones de las llamadas telefónicas de Perches nos dieron la certeza de que ahí se encontraban las joyas arqueológicas. Así que a las 9 de la noche irrumpimos en una casa ubicada en Manuel Pastrana #6, circuito Diplomáticos en Ciudad Satélite. No llevábamos orden de cateo ni nada, en aquellos tiempos no había problema con eso. Detuvimos al muchacho y en una maleta deportiva, blanca, bastante sucia, encontramos todas las joyas envueltas en papel de baño. Fue un momento muy emocionante, literalmente, había encontrado un tesoro.

Nos trasladamos a los separos en la calle de López y ahí quedó detenido Carlos Perches. A pesar de que sabía karate y era cinta negra no opuso resistencia a su detención.

El problema en ese momento fue cómo íbamos a identificar cada una de las piezas. Para no andarlas llevando de un lado a otro, ahí mismo, en los separos, decidí colocarlas en una mesa, todas extendidas y usé el folleto del INAH como guía para saber si estaban todas.

Puse guardias armados y ordené que solo el comandante Soto Silva, Castillo Conde y Fausto Valverde, quien era en ese momento el jefe de la Policía Antinarcoóticos, permanecieran conmigo. Nadie más tenía autorización de entrar ni de salir, no fuera a perderse alguna pieza o que alguien se la chingara como curiosidad.

Con las joyas bien custodiadas y colocadas en la mesa, llamé por teléfono al doctor Roberto García Moll, por

entonces director del Instituto Nacional de Antropología e Historia. No me cabe duda de que se cagó de miedo cuando le dije quién era:

—Doctor, soy el subprocurador de la República, el licenciado Javier Coello Trejo, me apena molestarlo. Necesito que venga a los separos, es urgente. Ya envié a unos hombres por usted.

—Oiga, licenciado, ¿qué hice?, —respondió muy nervioso.

—Nada, doctor, usted nada. Venga, por favor, —le dije sin mencionar nada acerca de las joyas que habíamos recuperado, simplemente por una cuestión de seguridad.

Cuando el doctor llegó a los separos y lo conduje al lugar donde habíamos colocado las joyas, las miró sorprendido y comenzó a llorar emocionado. Se tomó su tiempo para verlas de manera general, luego revisó una por una, las cotejó con el inventario que había publicado el INAH, las identificó todas, las observó con detenimiento para ver si a la vista se apreciaban daños, pero no. Todo estaba bien, salvo que al terminar me dijo:

—Licenciado, todo está en orden, pero faltan dos piezas.

—Ahorita lo arreglamos, doctor, pierda cuidado, —le dije mientras abandonaba la sala para ir a interrogar a nuestro detenido.

Carlos Perches colaboró en todo momento con nosotros; su aprehensión se derivó de una investigación limpia. En los días siguientes corrió la versión en la prensa de que se había negado a ratificar su confesión y nos había acusado de haber torturado a su hermano, que fue otro de los detenidos, pero todo eso fue falso.

Perches habló durante horas, contó con detalle como había sido el robo, y nada tenía que ver con lo que quiso vender la Procuraduría General de la República de Sergio García Ramírez: nunca hubo profesionales del robo, ni traficantes internacionales de arte ni era una red mundial, ni se metieron como agentes secretos por los ductos de aire ni nada de eso. En cierto modo, y siempre lo he creído, Perches lo hizo por esa fascinación que le provocaba el mundo prehispánico y particularmente el universo de los mayas.

Todo había sido más simple: Perches y su cómplice, Ramón Sardina, visitaron durante meses el Museo de Antropología, tomaron nota de dónde estaban las piezas, en qué salas, los guardias que había, los horarios de los Policías, los relevos y finalmente decidieron dar el golpe la noche del 24 de diciembre, pues supusieron que los guardias del museo festejarían la Navidad con una buena borrachera, y así ocurrió.

Perches confesó que entraron por la puerta, que los guardias estaban muy borrachos y eso les permitió trabajar en cada una de las salas con facilidad y rapidez, desmontaron las vitrinas, tomaron las joyas y salieron por la puerta principal. El robo evidenció lo que nadie quiso decir en 1985: el Museo Nacional de Antropología no tenía las medidas de seguridad a la altura de las riquezas arqueológicas que guardaba en sus salas.

Además de Perches fueron detenidos su hermano Luis, una vedette que estaba de moda y era conocida como la Princesa Yamal, el norteamericano Gari Nathan Clevenger, Juan Castillo Carriles, Hugo Ricardo Pérez Radilla y la argentina Cristina Gloria González.

Los siete fueron consignados ante el juzgado décimo de distrito en materia penal con sede en el Reclusorio Preventivo Sur. Perches fue consignado como presunto responsable de robo y por delitos contra la salud; su hermano Luis por el mismo cargo; la Princesa Yamal por delitos contra la salud y encubrimiento; por los mismos ilícitos, el norteamericano y Castillo Carriles; y Pérez Radilla solo por encubrimiento. Aunque Perches y Sardina eran los únicos responsables del robo, Perches se había involucrado con narcotraficantes para tratar de vender las piezas.

Aquella madrugada del 11 de junio le pregunté a Perches sobre las dos piezas faltantes y me respondió que las había vendido. Una de ellas fue adquirida por un empresario de renombre, la otra por un periodista muy conocido. Una vez que supe del paradero de ambas me comuniqué con el Procurador General de la República. Eran las 6 de la mañana y desperté a don Enrique Álvarez. Me escuchó con atención y muy profesional me respondió:

—Informe de inmediato al presidente Salinas, —y colgó.

Marqué de inmediato por la red:

—Señor presidente, con la novedad de que recuperamos las joyas arqueológicas, están en nuestro poder, —le conté.

No pudo ocultar su alegría.

—El único problema es que faltan dos piezas y las tienen estos señores, —agregué.

A lo que me respondió:

—Amigo Coello, usted encárguese del empresario y yo hablaré directamente con el periodista.

Colgamos y me comuniqué con el empresario, a quien cité en los separos de la Procuraduría. Se presentó minutos más tarde, le expliqué cuál era la situación y le dije que el presidente estaba enterado, que solo queríamos que la devolviera y que no ejercitaríamos ninguna acción penal. La entregó sin chistar.

Unas horas más tarde Salinas de Gortari se presentó en los separos para ver las joyas. Ha sido la única ocasión en que un presidente ha ido ahí. Pero fue un momento inolvidable para todos, ya que un día antes logramos decomisar 6

toneladas de cocaína que venía de Colombia y también la tenía yo resguardada en los separos.

Así que esa mañana había un movimiento inusitado, los peritos de antropología trabajando en un lado, las bolsas de cocaína en otro y cuando llegó el presidente para ver las joyas aproveché también para que viera el decomiso de la droga. Su expresión lo decía todo, se sentía poderoso, estaba feliz por ambos casos, por haber recuperado una parte importante del patrimonio nacional y porque el decomiso de la droga colombiana tuvo repercusión internacional.

En medio de la emoción, una vez que las dos piezas faltantes fueron recuperadas, las integramos a todo el lote, se hizo un nuevo inventario, se dio fe, tomaron fotografías y el presidente, con una sonrisa de completa satisfacción, me dijo:

—Ahora sí, Coello. Sulte la noticia.

El gobierno de la República organizó un gran evento para que el presidente Salinas de Gortari personalmente regresara las joyas que recuperamos al Museo Nacional de Antropología. A este magno evento asistió buena parte de la clase política, intelectuales y personajes distinguidos de la cultura, como, por ejemplo, el escritor Gabriel García Márquez.

Siempre he recordado ese pasaje de mi vida con orgullo; haber recuperado esas piezas en donde se encuentran guardados grandes secretos de nuestro pasado prehispánico me provocó gran emoción y satisfacción.

El caso Zorrilla

Como referí anteriormente, entre las instrucciones que tenía directamente del presidente de la República, una muy importante era la detención de José Antonio Zorrilla, quien estaba siendo imputado como responsable del asesinato del conocido periodista Manuel Buendía.

Si bien era una investigación del fuero común, la Procuraduría del Distrito Federal no avanzaba. Incluso recuerdo que fue nombrado el licenciado Miguel Ángel García, ministro de la Suprema Corte de Justicia, para que encabezara la investigación, pero cuando trató de entrevistar algunos traficantes de droga que estaban presos, esos cabrones no respetaron al licenciado. El presidente me ordenó que lo acompañara a ver a Caro Quintero y así pudo interrogarlo.

Un día antes de que las joyas arqueológicas fueron reintegradas al Museo de Antropología por el presidente Salinas — el 14 de junio de 1989— fui a visitar al general Riviello Bazán a sus oficinas de Lomas de Sotelo. Alrededor de las 5 de la tarde sonó la red, el general respondió y me pasó la bocina diciéndome que era el presidente Salinas:

—Coello, tenemos un problema muy serio, trasládese de inmediato a las oficinas de Manuel Camacho, por entonces regente del DF, él lo va a enterar del asunto. Manténgame informado, —ordenó.

Camacho Solís me recibió sin dilación:

—Javier, el licenciado Ponce Rojas, subprocurador de Justicia del Distrito Federal, intentó detener a José Antonio Zorrilla Pérez en su casa, pero fue desarmado y está secuestrado. Pero hay más, el procurador del DF, Morales Lechuga, se presentó en el domicilio de Zorrilla para convencerlo de que se entregara. No lo consiguió y ahora los tiene a ambos en su casa y ha amenazado con matarlos, —me dijo.

Yo conocía a Zorrilla y sabía que era un hombre capaz de cumplir sus amenazas. Camacho Solís logró comunicarse personalmente con él y se comprometió a garantizarle un juicio justo, un interrogatorio conforme a derecho, le insistió en que no cometiera una torpeza. Finalmente logró convencerlo con sus buenos oficios y cuando colgó me dijo:

—Javier, hazme el favor de ir a la oficina de Morales Lechuga, ya van ellos para allá, el presidente quiere que estés presente y te hagas cargo de los interrogatorios. De todo esto tienes que informarle a él.

Me trasladé a las oficinas de Morales Lechuga, y ahí lo esperé en su privado; pasarían aproximadamente 40 minutos desde mi llegada, cuando entró Nacho Morales, con Ponce Rojas y Zorrilla Pérez con su abogado. Los saludé y le di un abrazo a Zorrilla, sentí que traía pistola y se la quitó diciéndole:

—Perdóname, güero, pero yo voy a estar presente y no me presto a estas pendejadas.

Debo ser muy franco, Zorrilla no fue interrogado por la gente de Morales Lechuga, al contrario, este mandó a comprar cena muy fina, como si fuera una reunión social, lo cual me molestó y le dije:

—Nacho, tengo instrucciones del presidente de interrogarlo.

Y así lo hice; me quedé a solas con él y declaró durante 2 horas.

—Mira, Javier, yo no maté a Buendía, era mi compadre. Pero sé quién lo hizo, nada más que nunca lo voy a decir, me voy a comer este pastel solo, —me dijo al final.

Al otro día por la mañana, sin haber dormido nada, me presenté con el presidente antes de la ceremonia de entrega de las joyas arqueológicas al Museo de Antropología. Le conté lo que me había dicho Zorrilla y me respondió:

—Morales Lechuga afirma que él es el responsable y ni modo, Coello.

Minutos después íbamos rumbo al Museo de Antropología.

Quiero dejar una reflexión, yo estoy seguro de que José Antonio Zorrilla Pérez no mató a Buendía, pero debo reconocerle su lealtad y hombría para quien haya sido el autor intelectual de ese crimen. Imagino quién, pero como es mi costumbre, a cada hecho o a cada imputación una prueba y yo no la tengo.

Business are business

Los gringos son muy pragmáticos y si necesitan sacrificar piezas de su tablero para conseguir sus fines no lo dudan. No se andan con medias tintas, para ellos la amistad no existe. Por ahí dicen que “Estados Unidos no tiene amigos, tiene intereses” y es cierto.

A pesar de que al gobierno mexicano siempre le ha gustado decir que nuestro país y Estados Unidos son amigos, no es así. A lo más que podemos aspirar es a tratar de llevar una buena vecindad atendiendo los grandes problemas comunes, como son el narcotráfico y la migración, y si no les convencen nuestras políticas, peor para nosotros.

Eso lo tenía muy claro el presidente Carlos Salinas de Gortari cuando llegó a la presidencia de la República. Sabía que para echar a andar su proyecto de un tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá era necesario limar asperezas con los gringos, renegociar la deuda externa, cumplir con los pagos en tiempo y forma, pero además demostrarles que había compromiso y voluntad política para enfrentar al narco, siempre y cuando contáramos con su colaboración, toda vez que el problema de las drogas en buena medida se debe a la gran demanda que tienen en Estados Unidos.

Por entonces la DEA había emprendido la famosa operación Leyenda, que quería convertir a Camarena en un héroe, cuando sabíamos que había sido un doble agente que trabajó para los gringos y para Caro Quintero. De eso nos enteramos una vez que ocupé la subprocuraduría y me di a la tarea de investigar a fondo el caso. Esto se lo expresé a los norteamericanos en varias reuniones.

La orden del presidente Carlos Salinas fue muy clara:

—Coello, hay que tratar de voltearle la cachucha a los americanos, emparejar los cartones. Ellos dicen que nosotros somos los narcotraficantes.

—Señor, con todo respeto, vamos a suponer que nosotros somos unos hijos de la chingada. La droga llega a Ciudad Juárez y ¿cómo pasa? ¿la pintan de invisible o qué chingaos? Las autoridades gringas están coludidas, —le dije.

El presidente se tomó unos minutos, se quedó pensativo y luego me preguntó:

—¿Usted cree que podemos investigar a fondo para demostrarle a los gringos que esto es un problema de ambos?

—Por supuesto, señor, —respondí.

Y con su autorización, me acerqué al FBI, a sabiendas de que en Estados Unidos el FBI odia a la DEA, la DEA al FBI, la CIA a ambos y todos a la CIA, porque cada organismo se maneja con independencia y celo de las demás. Solo había que saber dónde tocar y qué hilos mover para ganarnos la confianza de los gringos, pero el meollo del asunto era demostrar con hechos que el gobierno mexicano le entraba con todo a la guerra contra el narco.

Yo conocía a gente en el FBI y tenía relación con el entonces director, William S. Sessions, no de amistad, pero sí había una confianza mutua. Aunque es una chinga que siempre se sientan inmaculados e incorruptibles.

Cuando fui parte del Ministerio Público Federal durante el sexenio de José López Portillo (1976-1982) hubo un problema en la Secretaría de Relaciones Exteriores y me enviaron a resolverlo. Descubrimos a una serie de cónsules que se chigaban los recursos que recibían para sus tareas oficiales. Hice la investigación, consigné a varios y asunto arreglado. Ahí tuve la oportunidad de conocer y tratar al entonces secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda, padre del que luego fuera secretario con Vicente Fox.

No lo volví a ver hasta unos días después de que tomé posesión como subprocurador. Me lo encontré en un Congreso en Puebla. Lo saludé y platicamos largo rato. Luego de escucharme acerca de las tareas que me había encomendado el presidente Carlos Salinas, me dijo:

—Mire, licenciado, usted va a tener mucho trato con los gringos, así que permítame darle un consejo. Hay tres reglas para tratar con ellos: lo que les prometa, cúmplaselos; nunca los invite a su casa y si los invita déjelos en el corredor porque si no terminan por acostarse en su cama, y nunca permita que le golpeen la mesa”.

En los primeros meses de 1989 me reuní con el director del FBI en varias ocasiones. Lo convencí de que era imposible que no existiera corrupción en la zona fronteriza norteamericana, de otro modo, cómo se explicaba su distribución en ciudades como Washington, Nueva York, Chicago o Los Ángeles.

Así fue que trazamos un plan conjunto. Realizamos una amplia investigación a lo largo de toda la frontera: *sheriffs*, alguaciles, aeropuertos, cruces fronterizos, agentes de la DEA en México, agentes de la DEA en la frontera. Hicimos un trabajo minucioso, un diagnóstico de cómo operaba el narco en nuestro país y cómo los cargamentos ingresaban a

Estados Unidos, recabamos gran cantidad de pruebas, videos, grabaciones y testimonios. Una vez que terminamos le comuniqué al presidente Salinas que estábamos listos para la reunión que teníamos programada con el procurador general de Estados Unidos.

Como esperábamos, el encuentro fue sumamente tenso. Asistimos el procurador Enrique Álvarez del Castillo, el agregado de la PGR en Washington, José Antonio González Fernández, y yo. Por el lado norteamericano, además del procurador general, estaba también el subsecretario de Estado. No me sorprendió que los gringos volvieran a mostrar su indignación por el caso Camarena. Escuchamos al procurador durante varios minutos, en los que solo le tiró mierda al gobierno mexicano, fue sumamente grosero y prepotente. Cuando terminó de hablar, el procurador Álvarez del Castillo se veía muy molesto, por lo que le pedí que me permitiera responder.

—Lo primero que le quiero decir, con todo respeto señor procurador, es que sería necesario que bajaran del pedestal a su héroe Camarena, porque hoy sabemos que era doble agente, trabajaba para ustedes como agente de la DEA y para los narcos del cártel de Jalisco, y aquí traigo las pruebas que lo demuestran.

Y puse sobre la mesa grabaciones, expedientes, declaraciones, fotografías y todo lo que había logrado reunir. Le expliqué que en esos tiempos todos sabíamos que el narco solo mataba por traición y no porque las autoridades hubieran confiscado mercancía o descubierto plantíos. Lo del rancho Búfalo había sido una traición, por eso se la cobraron a Camarena.

—Señor procurador, el gobierno mexicano reconoce que hay autoridades mexicanas que se han involucrado con el narcotráfico, pero en ese juego perverso también hay autoridades norteamericanas metidas hasta el cuello. Ustedes tienen radares y sistemas de comunicación de última generación, pero ¿cómo pasan la droga a su territorio? ¿cómo entra hasta las principales ciudades de Estados Unidos? ¿Cómo llega de Tijuana a San Francisco? Ustedes lo saben, porque también hay corrupción en sus autoridades y aquí están las pruebas, —continué.

A pesar de lo ríspido de la reunión, el procurador norteamericano y su gente terminaron por reconocer que el problema era grave y competía a los dos países resolverlo. Así que a partir de ese momento comenzó una nueva etapa en la relación bilateral con respecto a la lucha contra las drogas, que fue allanando el camino para que el presidente Carlos Salinas pudiera poner en marcha su proyecto modernizador con el apoyo de Estados Unidos.

Desde los primeros meses de 1989, no dimos cuartel al narcotráfico. El jefe de la DEA, John Lond, me pasaba información, nosotros la revisábamos, corroborábamos que fuera cierta y una vez comprobada hacíamos los operativos. En otras ocasiones, las investigaciones corrían por nuestra parte y si detectábamos que las acciones del narco involucraban autoridades norteamericanas, de inmediato notificábamos al FBI y a la DEA.

Desde luego los gringos siempre buscaron tener una situación ventajosa y por un tiempo presionaron al presidente Carlos Salinas. Querían tener 100 agentes de la DEA en nuestro país, pero el gobierno se negó, llegamos a permitir poco más de 20 agentes. Fue una verdadera guerra, pero planeada, organizada, con una estrategia clara y definida, no como lo hizo por el presidente Calderón a partir del 2006.

El presidente Salinas no le declaró la guerra al narco para que nuestras Policías se estuvieran agarrando a tiros en todos lados o para dejar una estela de sangre y muerte por todo el país, sino para tratar de detener el crecimiento de los grupos del crimen organizado, y lo hizo con voluntad política. Si las organizaciones criminales no tenían el poder que ahora tienen, en buena medida fue porque les puso un alto permitiéndonos hacer nuestro trabajo de investigación.

A principios de 1990 la sociedad mexicana vivía tranquila. Nosotros la protegimos, la cuidamos, intentamos que los daños colaterales fueran mínimos. La gente confió en nosotros. Hubo muchísimas denuncias anónimas. Además, desplegamos un trabajo de inteligencia impresionante. Tenía gente con mucho oficio que tenía conocimiento de la materia y sabían lo que hacían, verdaderos Policías.

Los resultados llegaron de inmediato, a tan solo nueve meses de haber ocupado la presidencia del país, en agosto de 1989, ya habíamos consignado a 6812 personas por narcotráfico y habíamos decomisado 21 toneladas de droga.

Durante esos meses viajé varias veces a Washington a reuniones de planeación y estrategia. En una ocasión me entrevisté con el general Colin Powell, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas norteamericanas. Cenamos con un intérprete porque él no hablaba español y yo no hablaba inglés como para sostener una conversación en un tema tan delicado como el narcotráfico.

Fue un encuentro interesante que me permitió ratificar lo que le venía diciendo al presidente Salinas: que los gringos serían capaces de vender a su madre si fuera necesario y que su pragmatismo podía ser el principal enemigo para combatir al narcotráfico.

El general Powell me preguntó mi opinión acerca de la lucha contra las drogas. Le di mi punto de vista luego de varios meses de mi gestión y aproveché para hacerle ver que no podíamos tener éxito si ellos le seguían vendiendo armas a los narcotraficantes, porque nosotros debíamos ir un paso adelante de la delincuencia organizada, y era imposible si no estábamos a la par en cuanto al armamento y la tecnología en comunicaciones.

Me respondió con la famosa frase de los gringos: “negocios son negocios” (“*business are business*”) y ni modo de mentarle la madre. No comenté nada más, la conversación fue un poco ríspida por momentos, pero al final fue una velada agradable, aunque debo reconocer que la respuesta del general me pareció decepcionante dadas las circunstancias de lo que enfrentábamos ambos países.

Como en el gobierno no podíamos sentarnos a esperar a que los norteamericanos hicieran lo que les correspondía, desde la subprocuraduría me dediqué a tomar todas las medidas necesarias para combatir al narco. Organicé un equipo de 30 hombres que logramos infiltrar en los cárteles. Ellos solo me respondían a mí, porque sabíamos que podía haber fugas de información. Decidí que fueran Policías con mucha experiencia y que no hubieran destacado mayormente con anterioridad, además les asigné muy buenos salarios.

Mis hombres se infiltraban en los niveles más bajos del narcotráfico; se hacían amigos de narcomendistas o narcos de poca monta y ahí comenzaban a ganarse la confianza de nuestros enemigos. Demostraban que eran eficaces. Y nunca pretendieron escalar posiciones; tenían que mantenerse en bajo perfil, escuchando, observando, tomando nota. Por fortuna todos salieron bien librados y gracias a ellos resolvimos muchos casos.

Fueron años en que no teníamos ni un respiro. Era un trabajo de 24 horas y siempre nos quedaba a deber el tiempo. No alcanzaba porque además de atender al procurador, asistir a las juntas —solo disfrutaba las de seguridad nacional— y participar en todos esos sainetes propios de la política, tenía que reunirme con mis hombres para planear estrategias, coordinar operativos, darles continuidad a las investigaciones.

Me reunía con mi equipo de inteligencia alrededor de las 7 u 8 de la noche, diariamente, y terminábamos alrededor de las 4 de la madrugada. Los fines de semana también trabajábamos. Tenía comunicación permanente con el procurador, con el secretario de gobernación, con el general secretario de la Defensa Nacional, colaborábamos brazo con brazo, era la única forma de tratar de ir un paso delante de la delincuencia organizada. Así se realizaron, planearon y ejecutaron diversos operativos.

Uno de los más exitosos fue el de los retenes. En agosto de 1989 fui a Morelos con el procurador, y junto con el gobernador del estado, lanzamos el operativo de los retenes. No fue una ocurrencia, lo creí necesario para combatir al narcotráfico, pues por más que interceptáramos aviones con cargamentos importantes, el tráfico por vía terrestre también era cuantioso.

La capacidad de imaginación de los narcos era inimaginable. Encontrábamos droga en llantas de refacción, metida en todo tipo de mercancías, envases, contenedores, cajas, en postes de luz de concreto que eran perforados para ser llenados con cocaína; los traficantes hasta llegaron a utilizar cadáveres que vaciaban para rellenarlos de droga.

En una ocasión, me llamó el general Naranjo, encargado del combate al narcotráfico en Colombia, para comunicarme que habían detectado a unos hombres que trasladaban a México el cuerpo de una niña. El general tenía la certeza de que llevaban droga. Cuando el vuelo en el que venían aterrizó en la Ciudad de México los detuvimos: el cuerpo de la niña estaba vacío de órganos y lleno de cocaína. Consignamos a toda la familia, aquí y en Colombia también les rompimos la madre.

Diseñé todo el operativo de los retenes, estudiamos las rutas para ver cómo trasladaban la droga desde Chiapas, detectamos las principales vías, autopistas, carreteras federales, caminos rurales, los tipos de transporte, los puntos fronterizos por donde pasaba la droga a Estados Unidos.

En los retenes participaba la Policía Federal, el Ejército y un ministerio público. Decomisamos toneladas de droga y mercancía robada, pero también funcionaron para evitar secuestros y levantones. A cada detención le seguía una amplia investigación para tratar de llegar a las cabezas del crimen organizado; ese era el fin último de nuestra misión en la procuraduría.

Operación Intercepción Aérea

Desde el comienzo de mi gestión, y una vez que entré en relación directa con el FBI y la DEA, pensé que más que agentes gringos en territorio nacional lo que necesitábamos era su tecnología en comunicaciones. Resultaba esencial desarrollar una estrategia de intercepción aérea.

En México había gran cantidad de pistas clandestinas, particularmente en los estados donde sembraban mariguana y amapola, así como cerca de la línea fronteriza con Estados Unidos. Con el apoyo de la Secretaría de la Defensa Nacional emprendimos un operativo para detectarlas y clavarlas.

A la mitad y al final de cada pista mis hombres y miembros del Ejército clavaban estacas y las camuflaban para que los pilotos de las aeronaves clandestinas no las percibieran a simple vista, y al aterrizar se dieran en la madre. Pero además también necesitábamos un sistema para detectar los aviones.

Los norteamericanos tenían un barco que navegaba entre el golfo de México y los límites con el océano Atlántico, y otro que navegaba relativamente cerca de las costas de Estados Unidos y México en las aguas del océano Pacífico, gracias a los sistemas de radar que tenían ambas embarcaciones podían detectar cualquier tipo de nave que volara entre estas dos zonas costeras.

Los narcos transportaban los cargamentos de droga en avionetas o aviones pequeños que se internaban en nuestro territorio volando a muy baja altitud, lo que los hacía casi imperceptibles, sin embargo, los barcos estadounidenses sí lograban detectarlos.

El presidente me autorizó solicitar el apoyo de los norteamericanos y designé al comandante Guillermo González Calderoni al frente del programa de intercepción aérea. Abrimos una oficina expofeso. Los americanos nos proporcionaron dos helicópteros artillados y con los que nosotros teníamos para fumigar plantíos iniciamos la operación. Con los radares ubicamos bien los lugares donde aterrizaran con regularidad los aviones del narco y nuestros elementos acudían a clavar las pistas para deshabilitarlas.

Los barcos nos daban las coordenadas del avión que presumiblemente traía el cargamento de droga y nuestros helicópteros y la flota aérea que fuimos reuniendo —llegamos a tener 200 aeronaves que decomisamos, la flota aérea más importante de América Latina en el combate contra las drogas— despegaban para obligarlos a descender. A veces lograban evadirnos, pero venía lo mejor, al aterrizar se partían su madre porque las pistas clandestinas ya estaban inhabilitadas.

Hubo momentos en que distintas organizaciones de derechos humanos en Estados Unidos me acusaron de que matábamos a los pilotos y traficantes colombianos, pero estas acusaciones no tenían ni pies ni cabeza. Ellos solos se daban en la madre. Siempre conté con el apoyo de las autoridades norteamericanas antinarcóticos, que en distintas ocasiones reconocieron mi labor como subprocurador.

Pero obviamente los gringos no eran hermanas de la caridad. Cuando consideraban que sus intereses económicos estaban siendo amenazados, le bajaban a la ayuda que nos proporcionaban. Llegamos a tener tal control sobre los cargamentos que hubo veces que me hablaron para decirme que le bajara porque se estaba encareciendo la droga en Estados Unidos. Esa era la medida de los resultados de nuestra campaña: el precio de la droga y fue muy exitosa.

Quien diga que en México se puede acabar con el narco está mintiendo. En aquellos tiempos nuestro país solo era un lugar de tránsito y mi labor era impedir que la droga se quedara aquí. Cuando interceptábamos algún cargamento lo decomisábamos y luego lo quemábamos. Sí había venta en nuestro país, pero nada comparado con lo que es ahora.

También emprendimos una cruzada contra el menudeo en las principales ciudades de la República. Clausuramos decenas de lugares donde se vendía droga y mantuvimos una vigilancia extrema en las escuelas. Varios elementos de mi equipo se disfrazaban de chicharroneros, paleteros o dulceros y hacían ronda en las principales escuelas.

El combate fue real en todos los niveles, pero no hubiera sido posible, como lo he dicho, sin voluntad política y el apoyo absoluto del presidente Salinas de Gortari. Nunca perdió de vista que una de las prioridades del gobierno era mantener el orden y la seguridad del país, y no me cansaré de repetirlo: mientras en México no exista orden, respeto a la autoridad y respeto a la ley, mientras prevalezca la impunidad, no hay forma de que este país tenga un futuro próspero y justo.

La lucha frontal contra el narco

En septiembre de 1989 se llevó a cabo la Conferencia Internacional de las Naciones Unidas por la lucha contra las drogas, en Viena, Austria. Por instrucciones del presidente Salinas y del procurador, don Enrique Álvarez, me correspondió asistir en mi calidad de subprocurador y como representante de México.

Viajé a Viena acompañado de mi esposa Jovita y me recibió nuestro embajador, el maestro Francisco Cuevas Cancino, que por entonces era el decano de los embajadores de México. No habíamos terminado de desempacar y el embajador me dijo:

—Licenciado Coello, como reconocimiento a su trabajo en el combate contra las drogas, me permito comentarle que todos los delegados están de acuerdo en que usted sea el presidente de la Conferencia.

—Es un honor, señor embajador, pero debo pedirle su autorización al procurador, y también habrá que comunicárselo al presidente, —le respondí sin poder ocultar mi alegría.

Era un gran reconocimiento para mi trabajo.

Me comunicaron con don Enrique Álvarez del Castillo y su respuesta fue que no podía aceptar, que él viajaría a Viena para hacerse cargo. Me di cuenta de que le molestó mi posible designación. Entonces, el embajador Cuevas Cancino tomó el teléfono y habló con el procurador para explicarle las circunstancias y luego habló con don Fernando

Solana, en ese entonces secretario de Relaciones Exteriores, quien de inmediato aprobó mi designación y le confirmó al embajador Cuevas Cancino que de inmediato se lo comunicaría al presidente Salinas.

Alrededor de las 3 de la madrugada, hora de Viena, 8 de la noche hora de México, me llamó el presidente Salinas de Gortari, muy contento para echarme porras.

—Muy bien amigo Coello, mañana le mando a la prensa, —me dijo. Seguramente habló con el procurador y le leyó la cartilla.

A la mañana siguiente comenzó la conferencia. Fue un momento muy emotivo, porque me tocó sentarme en el lugar de México y la primera orden del día fue seleccionar al presidente de la conferencia. Me eligieron por unanimidad y di un discurso que improvisé en buena medida, pero lo cierto es que conocía perfectamente el tema, las directrices del combate internacional contra las drogas, había estudiado el problema desde que fui designado subprocurador, así que me desenvolví con soltura.

El cargo era por un año y no necesitaba la aprobación del Congreso mexicano. Terminada la conferencia me hicieron entrega de mis oficinas en Viena, pero debido a mis actividades en México, solo pude volver una vez más. Pasé las fiestas patrias en Viena y fue muy emotivo, porque el embajador Cuevas Cancino me invitó a la ceremonia del Grito que se realizaba año con año en la embajada, y ahí frente a la concurrencia expresó:

—Aquí está el hombre que le restauró la dignidad a México, porque se habían robado su identidad con el robo de las joyas arqueológicas, pero el licenciado Coello Trejo logró recuperarlas.

Sus palabras me conmovieron hasta las lágrimas.

Durante ese año conocí a varios mandatarios de los países europeos, al presidente de Austria, al de Alemania, al subsecretario de la todavía Unión Soviética, al presidente de España, Felipe González. Solían visitarme para intercambiar puntos de vista con respecto a la guerra contra las drogas. En esa ocasión estuve un mes en Viena acompañado de mi señora esposa.

Regresé a México y no tuve ningún problema con el procurador Álvarez del Castillo, no obstante, era un hecho que se había puesto celoso con mi designación, y lo mismo ocurrió cuando me nombraron presidente de AIDEC, la organización *International Drug Enforcement* latinoamericana de la lucha contra las drogas, lo cual ocurrió en Miami, a donde viajé como representante de México. Esa conferencia la inauguró el presidente George Bush padre, y me sentí muy orgulloso cuando se refirió a mí como el “fiscal de hierro”, como me había llamado años antes el presidente López Portillo.

Siendo presidente de la AIDEC trabajé conjuntamente con la DEA en el operativo que preparaban para capturar a José Gonzalo Rodríguez Gacha, apodado El Mexicano, famoso narcotraficante, terrorista, paramilitar y socio de Pablo Escobar en el cártel de Medellín.

La historia fue como sigue. Asistí a una reunión de procuradores fronterizos en Monterrey, en representación del procurador Álvarez del Castillo. Ahí me reuní con John Long, jefe de la DEA. Además de mi representación como subprocurador tenía también el cargo de presidente de la AIDEC. Me encontraba en mi habitación y sonó el teléfono. Respondí y escuché una voz con acento colombiano.

—Licenciado Coello, habla Rodríguez Gacha. ¿Hasta cuándo va usted a estar chingándonos?, —dijo.

—Mire amigo, tiene usted muchos güevos para llamarme por teléfono. ¿Por qué no viene y me lo dice de frente?, —le respondí muy encabronado.

Y le colgué. De inmediato ordené una investigación para saber quién le había pasado la información al Mexicano del hotel y la habitación donde me encontraba. También le informé al presidente Salinas y al procurador, y ambos coincidieron conmigo: “qué chingue a su madre Rodríguez Gacha”.

Le conté a John Long lo ocurrido y ahí, mientras nos tomábamos un café, comenzamos a diseñar una operación conjunta para capturar al Mexicano. En mi calidad de presidente de la AIDEC, hable con el presidente Salinas, quien me dio autorización siempre y cuando no metiera a México en un problema internacional.

Comencé a reunirme cada quince días con John Long en Laredo, Texas. Todo lo hicimos bajo el mayor sigilo, sin involucrar a mucha gente. Ahí preparamos todo. Nosotros no íbamos a participar con hombres, pero era necesario lanzar la operación desde un punto cercano a Colombia, así que decidimos hacerlo desde República Dominicana, por lo que convoqué a una nueva reunión de la AIDEC en Santo Domingo. Viajé con dos comandantes Guillermo González Calderoni y Luis Soto Silva, ambos habían participado en la captura de Félix Gallardo.

Nos encontrábamos en República Dominicana con motivo de la conferencia y en uno de esos días, durante la madrugada, la DEA lanzó el operativo. Ya tenían ubicado a Rodríguez Gacha, sabían dónde se encontraban los laboratorios subterráneos y tenían todo preparado para dar el golpe. Yo no tenía que estar presente pero los gringos me extendieron la cortesía para acompañarlos como observador. Acepté y también fueron mis dos comandantes.

El despliegue de fuerza fue al más puro estilo gringo. Lanzaron como 15 helicópteros que volaron sobre el territorio colombiano, señalaron el sitio con un láser y soltaron las bombas. Estalló todo: laboratorios, toneladas de cocaína, narcotraficantes. El operativo duró 40 minutos y fue todo un éxito según me comentaron los norteamericanos días después. Esto provocó que el Mexicano saliera de su escondite y cayó muerto a manos de las autoridades colombianas el 15 de diciembre de 1989.

Golpe tras golpe

Durante los casi dos años que estuve al frente de la subprocuraduría en el combate contra el narcotráfico fuimos dando golpe tras golpe. La temprana captura de Félix Gallardo no hizo que bajáramos la guardia, al contrario, redoblamos esfuerzos y no le dimos cuartel al narcotráfico. Ya he referido algunos episodios de cómo el crimen organizado intentó comprarme; hicieron todo lo posible, enviaron gente a verme, corrompieron a colaboradores cercanos, a conocidos míos, pero en todo momento los mandé a la chingada. Lo hacía por lealtad a México, a la sociedad, a nuestras familias y al presidente Salinas de Gortari, siempre creí en eso.

En una ocasión llegué a mi casa alrededor de la una de la madrugada. Me recibió mi guardia que después de saludar me dijo:

—Señor, le trajeron unas cajas de coñac.

—Ah, chinga. ¿Cómo que unas cajas de coñac? Para empezar, yo no tomo coñac y si lo hiciera no pediría “cajas”, —le respondí.

—¿Por qué las recibiste, cabrón?, —le pregunte a mi hombre de seguridad. ¡Pueden ser una bomba!, —añadí.

Entonces nos dirigimos a donde las colocaron, y en efecto eran alrededor de 15 cajas. Abrimos una con todas las precauciones y por supuesto que no era ni una bomba ni botellas de coñac, ni nada parecido. Las cajas estaban repletas de dólares de baja denominación, contamos ¡diez millones de dólares!

Esa noche no pude ni conciliar ni el sueño; no pegué el ojo ni un momento y en cuanto dieron las seis de la mañana me comuniqué con el presidente Carlos Salinas. Sabía que a esa hora salía a correr, así que podía localizarlo.

—Señor presidente, me urge verlo, —le dije.

—¿Ahorita, Coello?, —preguntó.

—Sí señor, es urgente, —respondí.

No me pidió más explicaciones, sabía que cuando le pedía verlo era porque se trataba de algo importante y también sabía que cualquiera que fuese el tema lo mejor era tratarlo personalmente y no por teléfono. Me dijo que fuera de inmediato a Los Pinos y colgó.

Con la ayuda de mis hombres subimos las 15 cajas en las camionetas blindadas que tenía a mi servicio y una hora después estábamos en la residencia oficial. Una vez que el presidente Salinas me recibió le conté lo que había sucedido la noche anterior. Su sorpresa fue mayúscula, alcancé a escucharle un “puta madre”, y le dije que traía las 15 cajas conmigo.

—¿Y qué piensa hacer, Coello?, —me preguntó intrigado.

Lo único cierto es que debíamos resolverlo de inmediato, porque el cártel que envió ese dinero podía filtrarle a la prensa que yo lo había aceptado, lo cual hubiera sido un escándalo y, más incluso, si alguien filtraba que el dinero había sido llevado a Los Pinos.

—Señor presidente, quiero mandar el mensaje de que yo no acepto sobornos. Si usted me autoriza podemos convocar a la prensa para anunciar que hicimos un cuantioso decomiso de dinero en una casa de Ciudad Juárez, de tal modo que nuestros enemigos vean íntegras las cajas que dejaron en mi domicilio y sepan que ya se chingaron, —le propuse.

Al presidente le pareció buena idea y unas horas después convocamos a los medios, informé del decomiso y presenté las 15 cajas tal y como las habían dejado en mi domicilio, para que el cártel que las había enviado recibiera el mensaje de que no había forma alguna de corromperme. Así que de la noche a la mañana esos 10 millones de dólares los perdió el narco y los ganó la tesorería de la federación.

Amado Carrillo

De pronto sucedían cosas que ni siquiera un novelista podría haber imaginado. Un día me llamó el general secretario Antonio Riviello Bazán y me preguntó si sabía quién era Amado Carrillo Fuentes, que por entonces era un narcotraficante de medio pelo y aún no se convertía en uno de los principales jefes del narco. Todavía no era reconocido como El Señor de los Cielos.

Le respondí que era uno de los lugartenientes de Rafael Aguilar Guajardo, este sí muy conocido, pues era uno de los fundadores del cártel de Ciudad Juárez, había sido miembro de la Dirección Federal de Seguridad y presumía de ser el dueño del famoso centro de espectáculos Premier en la Ciudad de México y del Lido de París, otro centro nocturno de los más concurridos a finales de los ochenta y principios de los noventa.

—Pues le tengo buenas noticias, licenciado Coello. Tengo en mis manos a Amado Carrillo. Lo capturamos en un retén militar. Mis hombres decidieron detenerlo porque lo vieron sospechoso e intentó sobornarlos y además un general quiso intervenir por él, por lo tanto, vengase, está en el campo militar número 1, —me dijo el general.

En la Procuraduría General de la República teníamos un pacto con la Secretaría de la Defensa Nacional: nosotros nos encargábamos de los civiles y ellos de los militares. En ocasiones sucedió que aprehendimos a militares involucrados por el narcotráfico y como necesitábamos consignarlos por ese delito, notificábamos a la Defensa Nacional para que los dieran de baja con fecha anterior a su detención y así podíamos procesarlos como civiles.

Llegué al campo militar y cuando vi a Amado Carrillo me puse lívido, el hombre se estaba muriendo, estaba a punto del infarto; respiraba con dificultad, transpiraba copiosamente y apenas podía hablar.

“Putá madre”, pensé, “si se nos muere se va a armar un pedote”. Entonces me comuniqué con el procurador Enrique Álvarez del Castillo para contarle lo sucedido y aprobó mi recomendación. Me lo llevé a los separos de la Procuraduría. En una celda armamos una unidad de terapia intensiva y lo tuvimos durante 40 días prácticamente en cuidados intensivos y bien atendido por un gran amigo y famoso cardiólogo, Guillermo Hamdan, que con toda discreción lo atendió. Así fue como le salvamos la vida.

Si Carrillo Fuentes —o cualquier otro narco— moría en algún enfrentamiento ni modo. Ellos sabían —y saben— el riesgo que corrían y que la muerte siempre los rondaba, pero si hubiera muerto en los separos de la Procuraduría, nos íbamos a meter en un problema muy cabrón, pues no tardarían en surgir las versiones de que lo habíamos torturado hasta matarlo y tantas otras pendejadas que de pronto publicaba la prensa.

Por otro lado, no decidí trasladarlo a ningún hospital porque habría causado demasiada expectación, hubiera tenido que ponerlo bajo estrecha vigilancia y siempre existía la posibilidad de que terminara corrompiendo a mis hombres y lograra escapar. Así que Amado Carrillo se recuperó en los separos de la Procuraduría.

Desde luego solo tuvo las atenciones mínimas debido a su condición, pero en tanto se recuperaba apresuré la investigación que hacíamos y si bien, en principio andábamos tras su jefe Aguilar Guajardo, nos enfocamos en él. Así que durante esos días hicimos varios cateos en sus propiedades, revisamos sus cuentas, contactos, relaciones, negocios, pero no encontramos mucho, salvo un importante acopio de armas, delito por el cual lo consignamos.

Cuando Amado Carrillo terminó su recuperación pidió hablar conmigo. Lo vi en los separos y le dije que sería consignado por el tema de las armas. No le importó gran cosa y me dijo:

—Gracias, licenciado, me salvó la vida. Mientras yo o alguno de los Carrillo vivan, a usted no le pasará nada.

—Mire, amigo, usted no me debe nada, hicimos lo que teníamos que hacer, no tiene que pagar nada por esto, y si yo me entero que usted le ofrece o le da dinero a alguno de mis comandantes, también lo consignaré por soborno, —le contesté.

Un juez dictó el auto de formal prisión, la gran cantidad de armas que le decomisamos era suficiente para que pasara varios años en la cárcel, pero solo estuvo un año. Su abogado apeló y poco después otro magistrado lo soltó y lo hizo de tal forma que no pudiéramos hacer nada para retenerlo.

El magistrado lo liberó el Miércoles Santo por la tarde con un argumento infantil: que no calificaba el acopio de armas como delito grave, pues Amado Carrillo las había reunido con el paso del tiempo, lo cual fue una aberración jurídica, ya que la ley federal de armas de fuego y explosivos era sumamente clara: la posesión de cinco armas o más configuraba el delito de acopio, además, el propio Amado Carrillo, en su declaración ministerial, había aceptado que las armas eran de su propiedad.

Al caer la noche de ese día me notificaron que Carrillo saldría libre y me fui al reclusorio con mis hombres para evitar que se fuera, pero llegamos tarde, Amado Carrillo ya se había ido. No lo pensé dos veces, luego de informarle al presidente fui a ver al magistrado que lo liberó.

—Con todo respeto, señor magistrado, se pasó usted de cabrón. Violó la ley y de una vez le digo que vamos a iniciar una investigación a fondo sobre este tema, —le expresé.

El magistrado no se inmutó.

—Es mi criterio jurídico, licenciado, —respondió con desfachatez.

Me hervía la sangre de coraje, tenía mis sospechas de que se había dejado corromper pues su argumento jurídico era una pendejada, así que le puse marcaje personal las 24 horas del día, pero de tal forma que supiera que lo teníamos vigilado permanentemente. El magistrado no aguantó la presión, sabía que la había cagado y semanas después murió de un infarto. Yo no estaba equivocado, descubrimos que había recibido 5 millones de dólares.

Pero mi historia con Amado Carrillo no terminó ahí, se volvió a cruzar en mi vida de la manera más inesperada. A mediados 1992 ya había dejado el servicio público y estaba dedicado de lleno a mi despacho jurídico. Era un jueves por la noche y le comenté a mi señora que viajaría a Chiapas unos días para atender el rancho que teníamos allá. Siempre me gustó el campo, pero sobre todo cambiar de aires me caería muy bien. Por entonces vivíamos en Coapa, estábamos cenando cuando sonó el teléfono:

—Señor, habla Amado Carrillo Fuentes, —dijo.

—Mi sorpresa fue mayúscula, mil cosas pasaron por mi cabeza, pero conservé la calma.

—¿Amado Carrillo? ¿En qué le puedo servir?, —respondí.

—No señor, soy yo el que le va a servir. Recuerde que le prometí que mientras yo estuviera vivo nadie lo iba a tocar. Y vengo a decirle que mañana al llegar a la escuela van a secuestrar a su hijo Javier. Disponga usted qué quiere que haga. Ordéneme, —expresó.

Desde luego me quedé frío, no solo por estar escuchando a uno de los narcotraficantes más buscados del país, sino por lo que decía acerca de mi hijo. Insistió dos veces más en que le dijera qué quería que hiciera, pero me negué.

—Amado, le agradezco la información, pero no haga nada. Yo me encargo, —le contesté.

Putra madre, qué momento. Mi esposa estaba junto a mí y vio mi rostro de preocupación. Ni siquiera le di tiempo de preguntar. Con el teléfono en la mano le marqué de inmediato al presidente Salinas, con quien seguía teniendo una buena relación, incluso podría decir que era una buena amistad. Le conté con pelos y señales mi conversación con Amado Carrillo, lo cual no le sorprendió, pues tenía conocimiento de la forma cómo le salvamos la vida y la promesa que me había hecho. El presidente escuchó atento y me dijo: “vamos a creerle, Coello, espere una llamada en un momento”, y colgó.

Apenas habían pasado unos minutos y volvió a sonar el teléfono. Era el general Antonio Riviello Bazán:

—No se mueva, licenciado Coello. Va para allá el jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, general Salgado, un hombre leal y buen amigo mío, —dijo.

En lo que esperaba le llamé a los comandantes Guillermo González Calderoni y José Luis Larrasolo, y en menos de una hora había 20 comandantes de la Policía Judicial Federal en mi casa. Luego llegó el general y comenzamos la discusión de cómo proceder.

El general Salgado escuchó con atención y dijo:

—Coello, usted lo sabe, debemos actuar rápido para que su hijo y su familia no estén en constante amenaza. Sé que es muy delicado lo que le voy a recomendar pero creo que es lo mejor. Mañana por la mañana mande a su hijo a la escuela como cualquier otro día, yo me encargaré personalmente del operativo para detener a los secuestradores y me apoyaré en la Policía Judicial Federal Militar.

A pesar del riesgo estaba de acuerdo con el general. Todos concluimos que la amenaza venía de alguna de las procuradurías y también sabíamos que de la general de la República no era, pues me había ganado la confianza y el cariño de los comandantes y los Policías. No quisimos especular más en ese momento. Le pedí a los comandantes que se retiraran. Antes de irse, José Luis Larrasolo me dijo que él estaría disponible para entrar en acción en cualquier momento.

A pesar de la hora me fui con el general Salgado y los elementos de la Policía Judicial Federal Militar a recorrer los accesos a la Escuela, las calles, el sentido del tránsito, todo con sumo detalle y dispusimos el operativo para la mañana siguiente. Desde luego yo no podía participar. Primero, porque ya no era parte de la procuraduría ni del gobierno y segundo, porque si hacía algo distinto de lo que acostumbrábamos en casa, como que yo llevara a mi hijo al colegio, podría resultar sospechoso para los secuestradores. Mi esposa y yo tendríamos que esperar en casa el resultado del operativo.

Durante esas sombrías horas de la noche y las primeras del día siguiente conocí a fondo el temple de mi esposa, la confianza que tenía en mí y la serenidad de su espíritu. Cualquier otra mujer se hubiera opuesto, habría llorado al momento de despedirse de su hijo, pero Jovita se mantuvo firme, se despidió como si fuera un día común de escuela y vimos partir a nuestro hijo. Claro, una vez que se fue con el chofer, se puso a llorar.

Los minutos que transcurrieron entre el momento en que nuestro hijo se fue a la escuela y que recibimos la llamada del general han sido de los momentos más angustiantes de mi vida. Segundos que parecían horas, la eternidad reflejada en el pinche reloj. A las 8 de la mañana sonó el teléfono, mi corazón latió agitadamente y descolgué la bocina. Era el general Salgado para informarme que habían capturado a los secuestradores, que mi hijo estaba ya en clases y que habían dejado vigilancia permanente en la escuela.

Los secuestradores habían intentado acercarse a la camioneta donde iba mi hijo y de inmediato fueron detenidos, no esperaban el operativo. El general me comunicó que serían llevados a los sótanos de la Secretaría de la Defensa Nacional. Le agradecí mucho y colgué.

La noticia del general nos devolvió el alma al cuerpo, como dicen, y entonces sí, de inmediato me movilicé. Primero

le hablé al director de la escuela y nos fue a ver a casa, le conté lo sucedido y autorizó que dentro del salón pudiera estar un agente de la Policía. Horas más tarde me llamó el general Antonio Riviello Bazán y me pidió que fuera a verlo a la Secretaría de la Defensa Nacional. Ahí me comunicó que tenían a cuatro detenidos, eran agentes de Ignacio Morales Lechuga, que por entonces era Procurador General de la República, y se había vuelto prácticamente mi enemigo, no obstante todo lo que yo había hecho por él.

Según me dijo el general, los agentes confesaron que el propio Morales Lechuga había ordenado el secuestro. Le pedí que me permitiera ver a los detenidos. Bajamos a los sótanos y ahí los tenían. Cuando me vieron se cagaron, no quise hablar con ellos, me retiré y ya no sé qué pasó porque la Secretaría de la Defensa Nacional se encargó de todo.

El general Riviello le llamó al presidente Carlos Salinas para informarle que todo estaba resuelto, que habían capturado a los secuestradores y que mi hijo y mi familia estaban bien. También mencionó lo que confesaron los Policías. Dos días después el presidente me recibió en su oficina de la residencia oficial de Los Pinos. Me reiteró su apoyo incondicional y su amistad, platicamos del tema, me preguntó sobre la salud de mi señora y la de mis hijos y le pidió a una asistente que lo comunicara con Morales Lechuga.

Cuando lo tuvo al teléfono, en un tono que parecía más una advertencia, le dijo: “Morales, solo se lo voy a decir una vez, con su vida me responde por la del licenciado Coello y la de su familia”. Seguramente Morales se quedó helado, pues todos sabíamos que una orden del presidente Salinas era ley. Tiempo después me lo encontré y me juró y perjuró que no había tenido nada que ver con el frustrado secuestro de mi hijo, que era una mentira. Allá él y su conciencia.

El asunto lastimó mucho a mi familia. Tuve que sacar del colegio a mi hijo y lo envié a estudiar a Estados Unidos. Decidió quedarse en Chicago tres años, en una academia militar. Fueron tiempos difíciles y tristes para mi familia y para mí, pero creo en eso que dicen: “no hay mal que por bien no venga”. Ahora tengo un hijo que es un gran abogado y junto con mis otras dos hijas, Erika y Jovita, los tres son mi orgullo y forman parte de Coello Trejo y asociados.

CAPÍTULO 7

EL PRESIDENTE PONE,

EL PRESIDENTE QUITA

El cártel del Golfo

Cuando asumí el cargo de subprocurador, Juan García Ábrego ya era reconocido como la cabeza del cártel del Golfo. Había desarrollado su poder de manera paralela a la de Miguel Ángel Félix Gallardo, así que también se convirtió en otro de nuestros objetivos prioritarios.

A diferencia de Félix Gallardo, de quien sabíamos en qué área de Guadalajara se encontraba —lo cual nos permitió su captura con cierta rapidez—, seguir a García Ábrego resultó más difícil, ya que tenía nacionalidad mexicana y estadounidense, y se movía constantemente entre ambos países.

Como conté brevemente en un capítulo anterior, decidí encomendarle la investigación y captura de García Ábrego al comandante Guillermo González Calderoni, y para tal efecto lo cité en mi oficina. Luego de escucharme unos minutos me expresó:

—Licenciado Coello, le quiero pedir un favor. No me ponga al frente de esa comisión. García Ábrego es mi amigo, lo conozco desde que éramos niños y no quiero fallarle a usted, no lo quiero engañar y tampoco que le vayan a llegar rumores y chismes, —reconocí que tenía mucho valor para decirme algo así.

—Lo voy a relevar Calderoni, pero si se me atraviesa usted, con todo el afecto que yo pueda tenerle y a pesar de los servicios que ha prestado al país, le voy a romper la madre, —le respondí con dureza.

Designé a varios comandantes para perseguir a García Ábrego y procuré que en ninguna de nuestras reuniones de seguimiento estuviera presente Calderoni. Rápidamente comenzó a fluir la información que obtenían los agentes, pero luego de 4 o 5 días iba disminuyendo y dos semanas después ya no teníamos nada. No era difícil imaginar que nuestra gente había sido comprada.

Como ya estaba hasta la madre con la situación porque se repetía una y otra vez, decidí pedirle ayuda a John Long, director de la DEA para que las autoridades norteamericanas nos autorizaran lanzar el operativo sobre Matamoros desde Estados Unidos —lo habíamos intentado desde territorio mexicano, pero no faltaba quien le diera el pitazo a García Ábrego y siempre escapaba—.

Reuní a mis mejores agentes, los puse bajo el mando del comandante Luis Soto Silva y entramos a Matamoros, pero una vez más se escapó en el último momento. Sin embargo, detuvimos a varios de sus hombres y la captura más importante fue la de su contador con algo invaluable: su libro de contabilidad, que resultó ser una fuente de información valiosísima.

Ahí estaba todo por escrito, ingresos, egresos, la manera como repartían dinero, los cargamentos, los aviones que utilizaban, el dinero que movían, el que recaudaban, los nombres de autoridades de los tres niveles que estaban comprados: gobernadores, Policía judicial federal, Policía el estado, presidentes municipales.

Llamó mi atención un rubro que decía “DF”, y más porque las cantidades destinadas a la capital del país era exorbitantes: tres, cuatro y hasta cinco millones de dólares a la semana se entregaban en la Ciudad de México, pero no venía ningún nombre. Era gravísimo.

De vuelta en la capital, fui de inmediato a ver al presidente Carlos Salinas, le mostré el libro, lo hojeó, pero al ver lo del Distrito Federal se quedó perplejo.

—Señor presidente, el narcotráfico le da esas cantidades a funcionarios de muy alto nivel y aquí en la Ciudad de México somos tan solo cinco personas cuyos cargos son tan importantes como para que al narco le interesara comprarnos: usted, que desde luego está descontado; el general secretario Riviello Bazán; el secretario de Gobernación, don Fernando Gutiérrez Barrios; el procurador de la República, don Enrique Álvarez del Castillo y yo, —le dije.

—¿Y qué piensa hacer, Coello?, —me preguntó el presidente aún sorprendido.

—Pues investigar, señor, —y antes de que me permitiera explicarle lo que tenía en mente me interrumpió.

—Coello, tiene usted absoluta libertad para investigar a quien considere necesario, incluso a mí. Resuelva esto, es su completa responsabilidad y manténgame informado, —añadió.

Con la autorización del presidente intervenimos teléfonos, revisamos cuentas, indagamos por todos lados. No investigué al presidente, pero a los demás sí. Luego de un par de meses no encontramos nada, lo cual me tenía bastante encabronado, pues era un hecho que seguía llegando ese dinero al DF y era un chingo, como para no tener ninguna pista de nada.

Se me ocurrió entonces enviar a uno de mis agentes a indagar en las propias entrañas del cártel del Golfo. Llamé al comandante Guillermo Salazar, que tenía relación indirecta con García Ábrego, pero era otro de mis hombres que se comprometió con la procuraduría y conmigo al comenzar el sexenio.

—A ver, Salazar, yo sé que usted es amigo de una de las gentes de García Ábrego, —nomás le dije eso, peló los ojos y pasó aceite.

—No mi amigo, no lo estoy culpando de nada, ya sabe usted que si hace tranzas o acepta dinero o se vende al narco le voy a romper la madre y no me voy a tentar el corazón, pero no es el caso. Sé que este individuo es amigo suyo y necesito que se acerque a él y me averigüe a qué hijo de la chingada le entrega el cártel los millones de dólares que mandan a la Ciudad de México, —proseguí.

El comandante Salazar aceptó sin chistar y cuatro o cinco días después, un sábado por la mañana, me llamó por teléfono:

—Licenciado, ¿lo puedo ver?, —preguntó.

—Comandante, hoy no tengo pensado ir a la procuraduría porque tengo un evento con mi esposa, pero..., —no me dejó terminar.

—Solo deme cinco minutos, licenciado. Si usted me lo permite voy a su casa, —añadió.

Entonces advertí que tenía información importante y no podía darme el lujo de esperar hasta el lunes.

—Véngase, comandante, aquí lo espero, —le dije.

Aún recuerdo que lo recibí en la cocina de mi casa, se veía ansioso.

—Licenciado Coello, se va usted a encabronar. Hablé con la gente de García Ábrego y me confirmaron que le han entregado millones de dólares a Luis García Villalón y a Emilio Loza Parra, pero lo más grave es que lo han recibido a nombre de usted.

Me quedé frío. Maldije una y otra vez. Conocía muy bien a Luis García Villalón, tanto que tenía la confianza de llamarle Lucho. Era un ministerio público de la federación con muchos años en la procuraduría; lo cambié de área porque don Enrique Álvarez del Castillo, el procurador, me comentó que Lucho estaba haciendo chingadera y media en el norte, pero como no teníamos pruebas para consignarlo, pensé que era mejor tenerlo cerca y le di un cargo administrativo como director de enlace institucional. Estaba dedicado a la vinculación de la Procuraduría General con la del Distrito Federal y con la Policía del estado de México y se encargaba del intercambio de información para operativos conjuntos. Este cabrón me había traicionado. Como era de San Fernando, Tamaulipas, conocía a García Ábrego y junto con Loza Parra, le pidió cita para reunirse con él, y usando mi nombre acordaron las cantidades y comenzaron a recibirlas en la Ciudad de México.

—Licenciado, pero eso no es todo. Estos hijos de la chingada, incluso pidieron un avión para usted y García Ábrego se los entregó, —continúo Salazar.

—¡Putra madre! Cómo es posible que estos hijos de la chingada me hayan traicionado así, —grité.

Estaba muy encabronado. Ya ni siquiera acompañé a mi esposa al evento que teníamos. Ella sabía cómo era mi vida de subprocurador y no tuvo reparos.

Intenté comunicarme con el presidente Carlos Salinas, pero me comentaron que estaba de gira en Guanajuato. Necesitaba verlo cuanto antes, por lo que hablé con el Estado Mayor presidencial y les dije que era urgente. Minutos después me devolvieron la llamada con la instrucción de que me fuera de inmediato a Irapuato, donde se encontraba Salinas y ahí me recibiría.

Viajé con mis escoltas y horas después estaba allí. Los miembros del Estado Mayor me condujeron a la *suite* donde se encontraba el presidente y me recibió amable como siempre. En poco tiempo había estrechado mi relación con él y para mediados de 1990 ya era uno de sus hombres de mayor confianza gracias a los resultados que le había dado.

El presidente sabía que cuando pedía verlo era porque tenía algún asunto importante que tratar con él. Con el tiempo llegué a reunirme con él hasta tres veces por semana para diversos temas y no pocas veces me dijo: “esto es entre usted y yo, Coello”, que era la forma de indicarme que ni siquiera el procurador podía enterarse, que debía informarle directamente a él, aunque posteriormente se encargara de enterarlo e involucrara a más miembros de su gabinete, dependiendo del tema del que se tratara.

El presidente le pidió a su gente que saliera de la habitación para poder hablar con tranquilidad y en absoluta confianza dado lo delicado del caso. Entonces lo puse al tanto de lo que el comandante Salazar me había dicho.

—Es mi propia gente, señor presidente, nos traicionaron, —le expresé muy encabronado.

—¡Putra madre! ¿Y qué piensa hacer, Coello?, —expresó sorprendido.

—Voy a llamar a estos hijos de la chingada, los voy a detener, los voy a obligar a entregar todo el pinche dinero y me los voy a chingar o me dejo de llamar Coello Trejo, —respondí fúrico.

—Coello, tranquilo, no se caliente. Actúe y proceda, —me dijo tratando de calmar mi enojo.

El lunes siguiente a primera hora mandé llamar a García Villalón. Yo seguía muy encabronado por la traición. Era mi amigo, nos conocíamos desde 1973, fuimos ministerios públicos federales, sabía perfectamente quién era yo y lo importante que para mí era la lealtad, el servicio público, el amor a la patria.

Se presentó en mi oficina como si nada.

—¿Qué pasó hermano, ¿cómo estás?, —me preguntó con la familiaridad y el afecto de siempre.

—Lucho, me traicionaste hijo de tu chingada madre, —le dije y se puso pálido, se le descajó el rostro.

—No, ¿cómo crees, hermano?, —respondió.

—Me fallaste, hijo de tu puta madre, lo sé todo. Y ahora mismo me vas a decir por qué fuiste con García Ábrego, por qué usaste mi nombre.

Y empezó a tragar camote y se puso a llorar.

—Pero hermano, acuérdate que yo te comenté..., —dijo trastabillando.

—¿Me comentaste qué, cabrón?

—Que yo podía hacer contacto con García Ábrego...

—No te hagas pendejo, y ¿qué te respondí? ¡Que no! ¡Por ningún motivo! ¿O no te lo dije, cabrón? Acuérdate que cuando asumí el cargo los fui llamando uno por uno para saber si le entraban aquí, conmigo, con la procuraduría, o seguían su camino. Si no le entraban, perfecto, y cuidado de atravesarse en mi camino, pero si le entraban, no iba a permitir que nadie se corrompiera o me lo chingaba. Tú me traicionaste y te voy a desmadrar hijo de la chingada. ¿Cuánto dinero has recibido?, —le pregunté.

—Solo fueron 8 millones de dólares. Por favor, ayúdame, —respondió en pleno llanto.

—Mira, cabrón, has puesto mi vida en riesgo, te has llenado los bolsillos vendiéndote al narco, has traicionado a la institución y de todo esto está enterado el señor presidente. Si tú me traes el dinero que has recibido y entregas el avión, te lo digo sin ningún compromiso, hablaré con él para ver si podemos hacer algo. Pero estás hundido en la mierda. ¿Dónde tienes el dinero?, —le dije.

—Lo tengo en Laredo, déjame ir por él, —agregó enjugándose las lágrimas y con los güevos hasta arriba.

—Ay de ti si no regresas, hijo de la chingada. Te juro que acabo contigo y con toda tu chingada raza, —y le di permiso para que viajara a Laredo, pero en el momento en que salió de la procuraduría le puse vigilancia permanente.

García Villalón tomó el primer vuelo a Nuevo Laredo, Tamaulipas, y cruzó la frontera por vía terrestre. Llegó a Laredo y en dos portatrazes se trajo 3 millones de dólares, que pasó sin que ninguna autoridad norteamericana le dijera nada. Por eso me reía de los gringos, le hacen mucho a la mamada, hablan del combate al narcotráfico y demás, pero solo cuando les conviene. Nadie le preguntó nada, nadie lo detuvo. García Villalón pasó 3 millones de dólares en efectivo como Pedro por su casa, frente a sus narices, eso sí, siempre vigilado de cerca por mis hombres.

Ya en territorio mexicano tomó el vuelo a la capital. Al descender del avión lo detuvieron mis agentes y confiscamos los dos portatrazes. Eso fue solo el principio, tenía millones de dólares en todos lados, con su hermano, con su mamá, en distintos bancos, al final recuperamos 40 millones de dólares. Además, escupió la sopa y así también pudimos consignar a Emilio Loza Parra, quien entonces era comandante de la Policía Judicial Federal Antinarcóticos en Monterrey y había amasado una gran fortuna que devolvió. Consignamos a todos, entregué el dinero a la Tesorería de la Federación, confiscamos también el avión y lo publiqué en la prensa para que García Ábrego se enterara de que le habían visto la cara y que yo, como subprocurador, estaba dispuesto en perseguirlo hasta las últimas consecuencias.

[Un balde de agua helada](#)

No pasó mucho tiempo antes de que García Ábrego buscara acercarse a la Procuraduría General de la República. La presión sobre él y su cártel continuó tanto en México como en Estados Unidos hasta casi acorralarlo. En ese contexto, a principios de octubre de 1990 uno de mis comandantes me dijo que el hermano de Juan García Ábrego quería verme.

Lo recibí en mi oficina y así me enteré que en su momento García Ábrego había estado muy desconcertado de que su gente enviara dinero a la Ciudad de México, supuestamente para mí, y yo siguiera con mi persecución en su contra, hasta que se enteró de cómo lo había engañado García Villalón. Sin embargo, esa no fue la verdadera razón de la reunión: el

hermano del capo me dijo que García Ábrego quería entregarse.

Después de escucharlo, me reuní con el presidente y el procurador para exponerles las condiciones que ponía García Ábrego para su entrega. Lo primero era que garantizáramos que no sería extraditado a Estados Unidos, que el gobierno le permitiera conservar algunas propiedades para su familia y entregaría el resto, recursos e inversiones productos del narco. La razón era que ya no aguantaba la presión.

Desde tiempo atrás yo había insistido con los gringos para que nos entregaran a García Ábrego, pues estaba instalado en la Isla del Padre, pero se negaron bajo el argumento de que estaba colaborando como testigo con ellos. Algo sucedió que al capo ya no le convino su entendimiento con las autoridades norteamericanas y por eso se acercó a nosotros. Era necesario aprovechar la coyuntura.

Tras varios encuentros, conversaciones y condiciones, finalmente llegamos a un acuerdo. El propio García Ábrego propuso que la fecha para entregarse fuera el 3 de noviembre, ya que, año con año, el Día de Muertos solía ir al cementerio a llevarle flores a un hermano fallecido al que había querido mucho y no quería dejar de hacerlo ese año. Todo quedó dispuesto para esa fecha. Con su aprehensión habríamos capturado a las principales cabezas del narco de esos momentos.

Todo marchaba sobre ruedas en la subprocuraduría, y en tanto llegaba el 3 de noviembre, continuamos golpeando al narcotráfico con todos nuestros recursos. A mediados de mes, el 12 de octubre, realizamos el decomiso de droga más grande de la historia hasta ese momento: en Ciudad Juárez dimos un golpe por el cual le quitamos al narco 10 toneladas de cocaína, confiscamos 20 aviones y aprehendimos a mucha gente. Después de la aprehensión de Félix Gallardo, fue el golpe más sonado que dimos en los primeros dos años del sexenio de Salinas.

Estaba en los cuernos de la Luna, nadie podía poner en duda mi lealtad y mi entrega a la lucha contra el narcotráfico. Ese fin de semana estuve contento, tranquilo, orgulloso y satisfecho con el golpe que habíamos dado, preparé mi informe como acostumbraba, considerando que en los siguientes días seguramente el presidente Salinas me buscaría para tratar el tema.

El lunes 15 de octubre por la mañana desayuné con un prestigiado periodista y columnista de *El Universal*, Francisco Cárdenas Cruz. Platicábamos sobre el decomiso de Ciudad Juárez cuando me llamó el procurador Álvarez del Castillo y me dijo: “Coello, nos espera el presidente en Los Pinos”. Me despedí del periodista y pensé que el presidente quería escuchar los detalles del operativo de Ciudad Juárez y afinar la entrega de García Ábrego que estaba próxima a realizarse.

El procurador y yo llegamos particularmente entusiasmados. En algún momento del trayecto a Los Pinos me dijo: “ahora sí nos chingamos a los americanos, Coello”, y es que a pesar de que los gringos se llenaban la boca presumiendo su lucha contra el narco nunca habían hecho un decomiso como el que realizamos nosotros, ya no había forma de que pusieran en duda que nuestra lucha iba en serio.

Llegamos a Los Pinos y nos recibió el presidente de muy buen humor, luego de saludar al Procurador se dirigió a mí:

—Muchas felicidades por el decomiso, amigo Coello, lo felicito, pero le voy a pedir un favor, quiero que me acompañe usted en mi gabinete ampliado y a partir de este momento se haga cargo de la Procuraduría Federal del Consumidor. Necesito a alguien como usted en ese cargo, —me propuso.

Sentí como si me hubieran noqueado. Las palabras del presidente me cayeron como un balde de agua helada, ni siquiera presté atención en qué más decía. Don Enrique Álvarez del Castillo, el procurador, estaba igual, se puso pálido, quiso intervenir, pero el presidente seguía hablando, resaltaba mis cualidades en el trabajo, mi profesionalismo y mi entrega.

Ni el procurador ni yo entendimos la decisión del presidente, pero sobre todo que fuera de esa forma, súbita, sin haberlo podido platicar con calma unos días antes para preparar mi salida como era debido. Desde luego el nombramiento como procurador federal del Consumidor representaba un ascenso para mí, pero algo sucedió porque de golpe y porrazo el presidente me sacaba de la lucha contra el narcotráfico.

No había ningún argumento para haberlo hecho, mi paso por la subprocuraduría en la lucha contra el narcotráfico había sido exitosa, di resultados inimaginables. La Quina, las joyas del Museo de Antropología, los pillos del *crack* bursátil, la aprehensión de Félix Gallardo. Mi equipo y yo recuperamos millones de dólares, decomisamos grandes cargamentos de droga, confiscamos casas, joyas, obras de arte, automóviles de lujo, aviones, yates. Gracias a mi gestión el presidente Salinas repartió en el norte del país miles de hectáreas que le expropiamos al narco.

Nada de eso consideró el presidente, y como siempre pensé que al presidente de la República nadie le dice que no, acepté más por obligación que por gusto. Pero todo era muy extraño, había un tufo desagradable que rodeaba esa decisión. Por si fuera poco, ya no me dejaron regresar a mi oficina, ni siquiera para recoger mis cosas o hacer la entrega formal de mi cargo; fue mi secretario particular, el licenciado Héctor López Magaña, el que preparó con todo mi equipo la entrega.

El acta de entrega tenía más de 2000 fojas, ahí quedaron reseñados todos y cada uno de los bienes que habían sido decomisados, teníamos bodegas rentadas en donde se encontraban cuadros, muebles, joyas, armas, que habían sido entregadas al oficial mayor de la Procuraduría General de la República, Héctor Ortega San Vicente. El licenciado López Magaña también sacó todos mis efectos personales.

La instrucción que me dio el presidente Carlos Salinas de Gortari ese día lunes 15 de octubre de 1990 fue que me presentara primero con el Procurador General de la República a las cinco de la tarde, y que a las siete de la noche tomara posesión como Procurador Federal del Consumidor, en sustitución de Emilio Chuayfett. Todo fue muy desconcertante. Llegué a la Procuraduría General de la República y solo me permitieron entrar a las oficinas del procurador. Ahí finalmente supe quién había sido designado para sustituirme. Era Jorge Carrillo Olea, uno de mis enemigos dentro del gobierno. Aunque no le dieron el cargo de subprocurador, pues un requisito era ser abogado y él no lo era.

Han pasado 30 años desde entonces y aún pienso en aquel momento. Nunca supe a ciencia cierta las razones por las cuales el presidente Salinas me retiró de la subprocuraduría, quizá la única pendejada que cometí fue haberle informado sobre la entrega de García Ábrego. Con la confianza que me tenía el presidente pude haber hecho toda la operación e informarle cuando estuviera en nuestras manos, pero mi lealtad y mi institucionalidad era inquebrantable, y lo sigue siendo. Pero ¿qué pasó, que Juan García Abrego ya no se entregó? Toda la operación se cayó y fue hasta 1996, durante el sexenio del presidente Zedillo, cuando finalmente se entregó y fue extraditado a Estados Unidos.

Todavía sostengo que el presidente Salinas no tenía nada que ver con el jefe del cártel del Golfo, pero quizá gente muy cercana a él sí. Recuerdo que en una ocasión detuvimos a un comandante con droga en Acapulco. Cuando se enteró Raúl Salinas de Gortari, hermano del presidente, me invitó a desayunar en el restaurante L'Heritage, que estaba en las calles de 5 de mayo.

—Oye Coello, ese comandante que detuviste se encarga de cuidar a mi papá cuando viaja a Acapulco, —me dijo, como sugiriendo que lo dejara en libertad.

—Si el presidente me lo ordena lo dejo libre, solamente si él me lo pide, —le respondí.

Raúl se medía mucho conmigo, pero hacía y deshacía y ni quien le dijera nada. Por otro lado, tenía varios enemigos entre la gente cercana al presidente y sabía que no perdían la oportunidad para intrigar, para tirarme mierda, para hablarle mal de mí. El propio presidente me lo dijo en varias ocasiones.

El principal era Manuel Camacho Solís, que me tenía mala entraña porque detuve a uno de sus operadores en Chiapas. Además, en el sexenio de Miguel de la Madrid evidencí que el obispo Samuel Ruiz acopiaba armas, asunto en el que estaba involucrado el propio Camacho Solís, aliado con Jorge Carpizo, quien también me hizo la guerra desde que asumió el cargo de presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos; también estaban involucrados Ignacio Morales Lechuga, por entonces procurador del DF y de quien había exhibido sus torpezas a lo largo del tiempo en que estuve en la subprocuraduría; y Jorge Carrillo Olea, militar, que junto con Morales quiso venderme la idea de que el presidente Salinas me nombró subprocurador gracias a ellos, lo cual era una invención para tratar de manipularme.

Manuel Camacho Solís cerró filas con ellos y los apoyó para colocarlos en posiciones estratégicas dentro del gobierno de Carlos Salinas. Sé que yo les estorbaba porque tenía contacto directo con el presidente, nunca le mentía, le informaba correctamente de las cosas, así que hicieron todo lo posible para sacarme.

Con mi salida de la Procuraduría General de la República también desapareció mi cargo. El mismo presidente me dijo: “Con usted lo hice y con usted lo desaparezo”. No pasó mucho tiempo antes de que fuera evidente que Carrillo Olea, quien ocupó mi lugar en la Procuraduría, no tenía idea de la lucha contra el narcotráfico o no tenía la voluntad de combatirlo. Incluso los estadounidenses llegaron a protestar por su indolencia y falta de resultados. En una ocasión el embajador norteamericano John Dimitri Negroponte me visitó en la PROFECO y me preguntó las razones por las que había salido de la Procuraduría, si había hecho un gran trabajo. Lo mismo preguntó el director de la DEA. Lo único que pude responder fue: “El presidente de México pone y el presidente de México quita”.

La obsesión de Carpizo

Es un hecho que en todo gobierno siempre existe lo que se llama “fuego amigo”, y el sexenio del presidente Salinas no fue la excepción. En anteriores capítulos he mencionado la enemistad creciente y las grillas que Manuel Camacho Solís, Ignacio Morales Lechuga y Jorge Carrillo Olea lanzaron en mi contra, lo que determinó mi salida de la subprocuraduría y mi paso fugaz por la Procuraduría Federal del Consumidor.

Pero en ese grupo también se encontraba Jorge Carpizo, que hizo todo lo posible para chingarme desde que asumió el cargo de presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) a mediados de 1990, y luego el de Procurador General de la República en enero de 1993.

El doctor Carpizo era un gran jurista, todo un constitucionalista y escucharlo era un privilegio, pero se le subieron los humos en cuanto asumió la presidencia de la CNDH, y desde una supuesta superioridad moral quiso ponerse por encima de la Procuraduría, de nuestro trabajo, como si nosotros fuéramos el enemigo y no la delincuencia y el narcotráfico que combatíamos sin dar cuartel.

El presidente de la CNDH se volvió un hijo de la chingada, así con todas sus letras. Intentó por todos los medios obstaculizar el trabajo que desempeñábamos bajo la dirección de don Enrique Álvarez del Castillo, Procurador General de la República y particularmente la agarró en mi contra. No perdía el tiempo en lanzar acusaciones sin fundamento, hablar a mis espaldas de mi gestión y sembrar cizaña con el presidente Salinas.

Carpizo criticaba desde la cómoda posición del funcionario que creía que con sus títulos académicos era suficiente, pero lo cierto es que no sabía ni redactar un oficio.

—Doctor, ¿usted sabe levantar un acta? ¿Ha estado usted alguna vez en una delegación? ¿Ha convivido con un ministerio público? ¿Ha estado presente en un interrogatorio?, —le pregunté un día.

—¡No, no, no!, —respondía siempre molesto.

—Entonces, ¿qué chingados viene usted aquí a decirme cómo hacer las cosas? Es usted como el pinche cura que quiere hablar del matrimonio. ¡No mame!, —y se ponía loco, casi desquiciado.

La creación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos durante el sexenio del presidente Salinas fue parte de su proyecto modernizador. Su gran apuesta era la firma de un tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá y las condiciones estaban dadas para su realización, pero después de lo ocurrido apenas unos años antes con el secuestro, tortura y asesinato del agente de la DEA, Enrique Camarena, los gringos presionaron para que México se sumara a la defensa de los derechos humanos, que estaba en boga en el mundo al comenzar la década de 1990.

Por esos días le comenté al presidente Salinas que desde luego era necesaria la defensa de los derechos humanos, pero que su instrumentación apresurada y bajo presión nos podría traer problemas. Prevalció la necesidad política y la creación de la CNDH fue recibida con beneplácito por la sociedad mexicana.

Desde que Jorge Carpizo asumió el cargo de la CNDH me convertí en su obsesión. Nunca me opuse a la defensa de los Derechos Humanos, solo critiqué la forma como fue instrumentada la comisión, porque nos fuimos al otro extremo. De pronto comenzamos a percibir que los delincuentes usaban el argumento del respeto a los derechos humanos para evadir la justicia. Para mí lo fundamental, lo verdaderamente importante, era defender los derechos humanos de la gente honesta, de la que sale a trabajar, de la que paga sus impuestos y respeta la ley. A los criminales a chingar a su madre porque lastimaban —lo siguen haciendo— a la sociedad y era obligación del Estado proteger a los buenos mexicanos.

A través de la CNDH, Carpizo se fue contra mi labor y en general contra el trabajo de la Procuraduría General de la República. Nunca entendió que se trataba de proteger a la sociedad, de cobijar a las víctimas y a nivel institucional comenzó a defender a los delincuentes; no quiero decir que los criminales no tienen derechos o no merezcan ser defendidos conforme a la ley o que no tengan derecho a un juicio justo, pero llegaron a ser tratados mejor que las propias víctimas, pues acusaban a mis hombres de ser muy duros, de actuar con exceso de fuerza.

El presidente Salinas se decidió por Carpizo porque Manuel Camacho Solís lo convenció y porque tenía su prestigio bien ganado; era un buen jurista, había sido ministro de la SCJN y rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, así que su designación era como para decirle a los gringos que la defensa de los Derechos Humanos estaría en manos de un hombre probo e ímpoluto. Pero Carpizo tenía compromiso con los derechos humanos de dientes para afuera o solo cuando le convenía.

Su animadversión contra mí comenzó con el caso de Francisco Flavio Quijano, mejor conocido como el Avispón Verde. Este individuo era un excomandante federal, campeón nacional de tiro, que había formado una banda de delincuentes.

En una ocasión me llamó Elías Ramírez, uno de mis comandantes que estaba en Chihuahua, para informarme que habían detenido dos tráileres con vinos y licores robados. Además, habían capturado a dos integrantes de la familia del Avispón Verde que se dedicaban a eso. Ordené que los trasladaran a México y comenzamos la investigación que nos llevó a preparar un operativo para capturar al jefe de la banda.

Mis hombres se presentaron en el café La Habana en las calles de Bucareli para detener a Quijano, pero los recibió a tiros y mató a dos agentes. Esa noche asistí al velorio a presentar mis respetos a las familias de mis agentes y vi a la mayoría de mis hombres con sus lentes oscuros, muy compungidos, como resignados. Salí encabronado del velatorio y le pedí a mi secretario que citara a todos los comandantes y jefes de grupo el siguiente sábado a las 7 de la mañana. Me presenté puntual y les metí una cagotiza monumental.

—Qué pena me dan ustedes, ahí están como plañideras llorando por sus compañeros, cuando nunca hicieron algo por ellos. De ahora en adelante por cada uno de nosotros, diez de ellos, —les dije.

Y comenzaron a investigar hasta que dieron con el lugar donde se encontraban los Quijano.

Envié a mis hombres a catear la casa y a detenerlos. Sin duda era una banda de armas tomar, incluso la mamá usaba una escopeta como bastón. Nuevamente nos recibieron a tiros y los Quijano fueron abatidos.

Unos días después, el presidente Salinas me pidió que lo acompañara a la graduación de los cadetes del Colegio Militar. Iríamos varios miembros de su gabinete. Nos llevaron en el autobús presidencial, yo tomé mi asiento, y el presidente hizo lo propio junto con Manuel Camacho y don Fernando Gutiérrez Barrios.

El presidente me llamó y me senté junto a ellos. Me preguntó lo que había sucedido con los Quijano.

—Señor presidente, mis hombres tenían la orden de catear la casa y fueron recibidos a tiros. Dos de los Quijano murieron cuando mis agentes repelieron la agresión. En la propiedad encontramos gran cantidad de armas, placas robadas, muchos elementos de prueba, —le dije.

Manuel Camacho, por entonces jefe del Departamento del Distrito Federal intervino:

—Señor presidente, el licenciado Coello miente. Tengo conocimiento de que sus hombres mataron a mansalva a los Quijano que ya se habían rendido.

Ahí me percaté de que Camacho era abiertamente mi enemigo, pero no fue necesario dar más explicaciones, don Fernando Gutiérrez Barrios, secretario de gobernación, se dio cuenta de las intenciones de Camacho Solís e intervino tajantemente:

—Presidente, estoy plenamente enterado del caso y tengo de cierto que estos delincuentes murieron cuando la Policía repelió la agresión de que eran objeto. Y ni modo señor presidente, así es esto. Se murieron, —me defendió.

Y así terminó la discusión. No volvió a tocarse el tema, pero tiempo después me enteré que la hermana de los Quijano era amiga de la secretaria particular de Jorge Carpizo, así que el nuevo presidente de la CNDH se compró la versión de que los Quijano estaban indefensos. A partir de ese momento, Carpizo me consideró casi un enemigo del gobierno y no dejó de acusarme, señalarme e increparme incluso con el presidente Salinas.

Entre los primeros señalamientos que hizo Carpizo al trabajo que realizaba la Procuraduría General de la República estaba el de los retenes. Lo asumió casi como una bandera personal. Declaró una y otra vez que los retenes violaban las garantías individuales y por tanto atentaban contra los derechos humanos. Así que una y otra vez recibíamos recomendaciones de la CNDH para terminar con el programa, pero a pesar de la constante presión no claudicamos.

Carpizo se la pasó todo el resto de mi gestión —hasta octubre de 1990—, insistiendo en que se retiraran y, sin embargo, una vez que fue nombrado Procurador General de la República los mantuvo, así se las gastaba. Debo decir que respondimos en tiempo y forma a todas las recomendaciones que nos hacía llegar Carpizo. Nada teníamos que ocultar e incluso consignamos a varios agentes que también nos señaló la CNDH habían violado derechos humanos.

Jorge Carpizo era un hipócrita. Salía ante los medios a criticar nuestro trabajo, nos acusaba en las reuniones con el presidente, no nos daba cuartel, pero en una ocasión recibí una llamada suya que respondí a petición del propio presidente Salinas. Tomé la decisión de grabarla porque no sabía qué podía inventar después.

—Licenciado Coello, acaban de asaltar a mi sobrino, lo golpearon. Agárrelos y mátelos, —me dijo hecho una furia, totalmente desquiciado.

—Pero doctor, ¿y los derechos humanos?, —le respondí con sorna.

—No, no, no importan, agárrelos y mátelos, —y colgó.

A la primera oportunidad que vi al presidente le llevé la grabación y se la puse.

—Mire, señor presidente, este es Carpizo, está jode y jode con que violamos los derechos humanos, y vea cómo se olvida de ellos a la primera, nomás le tocan sus intereses. Es de los que piensan ‘Mientras no se metan con las mulas mías, que chinguen a su madre las mulas de mi compadre’, —le dije.

El presidente Salinas solo reía. Aunque para mí era una chinga, a él le causaban gracia las escenas de Carpizo.

Unos días antes de que asumiera el cargo de presidente de la CNDH fue asesinada una mujer, Norma Corona —era mayo de 1990—. Fue todo un escándalo porque decían que era defensora de derechos humanos. Tomamos cartas en el asunto, detuvimos a sus asesinos materiales y encontré las armas con las que perpetraron el crimen, las tenían guardadas dentro de la caja de seguridad de un banco.

Nomás entró Carpizo a la CNDH salió con que yo la había mandado asesinar porque era gran defensora de los derechos humanos y seguramente denunciaba lo que hacíamos. Sin embargo, yo llevé la investigación hasta sus últimas consecuencias y demostramos que tenía cuentas pendientes con el narcotráfico y algún cártel la había asesinado.

Para Carpizo yo era el diablo. Nunca supe a ciencia cierta por qué. Un día estábamos en una reunión con el presidente Salinas y se tiró a matar:

—Oiga, Coello, sé que usted tiene mil millones de dólares, —me acusó.

Se hizo un silencio sepulcral que rompí al responder:

—Pues no, doctor, pero señor presidente, le quiero pedir un favor. Si me encuentran los mil millones de dólares que se los den a Carpizo, yo nomás me quedo con uno.

Ese tipo de respuestas hacían que Carpizo se privara. Como si hiciera un berrinche. Ya cuando terminaban las reuniones como esa, el presidente Salinas me decía:

—Amigo Coello, no le haga caso, dele por su lado.

—Señor, un día van a violar a la Diana Cazadora y me van a echar la culpa a mí.

El presidente reía, lo que también era una forma de darme su espaldarazo.

Ya siendo yo procurador federal del consumidor, acudí a mi acuerdo con el presidente Salinas. Mientras esperaba en la antesala se presentó el doctor Carpizo y se sentó en un sillón al otro lado del salón donde yo me encontraba. No tenía la menor intención de saludarlo, así que me hice el desentendido. En eso entró José Córdoba Montoya, el jefe de la Oficina de la Presidencia, me levanté a saludarlo y al mismo tiempo se acercó Carpizo y con toda la mala leche, Córdoba Montoya dijo:

—Doctor Carpizo, ¿conoce usted al licenciado Javier Coello Trejo?

Entonces, por cortesía y porque no me quedaba de otra, le extendí la mano para saludarlo.

—Yo no saludo a asesinos, —respondió, dejándome con la mano extendida.

—No soy asesino doctor, pero me puedo volver, vaya usted y chingue a su madre, —le respondí.

Córdoba se dio cuenta de su pendejada, tomó del brazo a Carpizo y lo retiró de mi presencia.

Cuando el presidente me recibió, ya enterado del altercado, me dijo:

—Por favor Javier, no le haga caso, — y respondí:

—Señor, mientras usted sea presidente de la República no actuaré.

No hubo ninguna acción, operativo o proyecto de los que no estuviera al tanto el presidente Salinas. Yo le comunicaba todo y estuve al frente de la subprocuraduría hasta que él lo quiso. Él me llamó para colaborar con su gobierno, me designó y luego me colocó en la Procuraduría Federal del Consumidor. A pesar de las grillas internas, de los ataques de Carpizo, del acoso de la prensa, siempre conté con la confianza del presidente.

Y como lo dije antes, curiosamente todos los proyectos y programas que desarrollé durante mi gestión: los retenes, los puntos de seguridad, la persecución aérea, la formación de grupos de élite, como el grupo Tiburón, todo lo respetó Carpizo cuando llegó a ser Procurador General de la República.

Bajo advertencia no hay engaño

Antes de narrar lo que fue mi gestión como Procurador General del Consumidor quiero contar uno de los episodios más difíciles de mi vida, que paradójicamente ocurrió cuando ya no servía en el gobierno, pero que me mostró quiénes habían sido mis enemigos durante el sexenio del presidente Salinas de Gortari.

El 1 de enero de 1994 fue un parteaguas en la historia de México y el punto de quiebre del sexenio del presidente Salinas. En esa fecha entró en vigor el Tratado de Libre Comercio firmado entre México, Estados Unidos y Canadá, que fue el gran proyecto de Salinas. Sin embargo, este acontecimiento fue empañado por un levantamiento armado que estalló en Chiapas, encabezado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Hubo una serie de situaciones extrañas que fueron ignoradas en las horas inmediatas al levantamiento, como el hecho de que hubiera una importante cantidad de periodistas extranjeros en San Cristóbal de las Casas que llegaron en los días anteriores; que la rebelión estallara el mismo día de la entrada en vigor del TLC, lo que significó un golpe brutal al gobierno de Salinas; que apenas un mes y unos días después del destape de Colosio como candidato del PRI a la presidencia, y del berrinche de Camacho Solís, hubiera renunciado a la secretaría de Relaciones Exteriores para convertirse en el paladín de la paz.

El movimiento zapatista fue romantizado por la prensa nacional e internacional por su carácter indígena, aunque no pasó mucho tiempo antes de saber que los indígenas que participaban habían sido manipulados por los verdaderos organizadores del movimiento, así como el famoso subcomandante Marcos, que de indígena no tenía ni un pelo.

A pesar de que la noticia de la rebelión zapatista dio la vuelta al mundo y causó furor en México, el presidente Salinas no podía decirse sorprendido. Para esa fecha yo ya no estaba dentro de su gobierno, había dejado la PROFECO en octubre de 1991 y estaba ocupado en mi despacho jurídico. Sin embargo, desde los años en que fui secretario de Gobierno de Chiapas y durante mi gestión como subprocurador les informé, tanto al expresidente De la Madrid y al presidente Salinas, que se preparaba un movimiento guerrillero en Chiapas y ambos lo desestimaron.

Comenzaba el sexenio del presidente De la Madrid y del gobernador de Chiapas, el general Absalón Castellanos, cuando me hice cargo de la Secretaría de Gobierno. Sería finales de 1982 y me llamó el gerente de los Autobuses Cristóbal Colón. Se escuchaba preocupado:

—Licenciado Coello, uno de nuestros autobuses que llegó de la Ciudad de México traía varias cajas grandes, muy extrañas, sin destinatario. Nadie las ha reclamado y llevan varios días aquí, —comentó.

Envié un par de hombres a que las revisaran y para nuestra sorpresa encontraron uniformes de campaña, botas, camuflajes, cartucheras y cantimploras. Ordené que las cerraran y dejaran tal y como las encontraron, y luego puse vigilancia en la central de autobuses.

Como a los tres o cuatro días se presentaron a reclamarlas y las subieron a un camión de tres toneladas. Mis hombres lo siguieron hasta San Cristóbal de las Casas y me comunicaron que las habían descargado en un lugar que nadie hubiera imaginado, al menos no por el momento: la casa del obispo de Chiapas Samuel Ruiz. Le informé al gobernador y me autorizó que cateáramos la propiedad. En el interior encontramos elementos suficientes para suponer que se preparaba un movimiento guerrillero.

Ampliamos la investigación, apretamos a dos o tres cabrones y soltaron la sopa: las monjas de un convento en la Trinitaria resguardaban equipos de comunicación y en la iglesia del Carmen en San Cristóbal de las Casas, debajo del altar principal, tenían armas escondidas. Todo estaba orquestado por el obispo Samuel Ruiz, que había introducido en Chiapas la teología de la liberación desde tiempo atrás.

Decomisamos el equipo y el gobernador me ordenó viajar a la Ciudad de México para reunirme con el secretario de gobernación, Manuel Bartlett Díaz. Le presenté actas, fotos, informes y él le ordenó a José Antonio Zorrilla, por entonces director de la Federal de Seguridad, que se hiciera cargo.

En los siguientes días llegaron a Chiapas cerca de 50 agentes de la Dirección Federal de Seguridad, pero hicieron un cagadero, armaron un pinche desmadre y no hicieron nada. Como secretario de gobierno tuve que pagar los destrozos que hicieron en los hoteles, se robaron lámparas, colchas, muebles, incautaron todo, pero no hubo detenciones.

Por esos días se presentó el obispo Samuel Ruiz y pidió verme en la Secretaría de Gobierno. Lo hice esperar un rato antes de recibirlo, pero llegó muy bravo el cabrón. Trató de increparme, me gritoneó, acusó al gobierno de actuar de manera arbitraria y manoteó en mi escritorio.

No le permití más y le dije que al secretario general de gobierno nadie le manoteaba en la mesa y con el perdón de Dios le metí una bofetada que lo sacó de balance. Entonces le dije que no tenía derecho a decir nada, pues todo lo decomisado demostraba la intención de formar un grupo guerrillero.

El obispo se retiró echando pestes. Le informé al gobernador y le solicité que me permitiera instruirle una averiguación previa, puesto que estaba cometiendo una serie de delitos que iban en contra de la seguridad, no solamente del estado de Chiapas sino de la nación. El general se negó:

—Déjelo, Coello, eso es problema de la federación, que la Secretaría de Gobernación se haga cargo.

Fue un escándalo, la prensa cubrió el asunto e incluso recuerdo un artículo de Isabel Arvide donde describió todo, pero el gobierno federal lo dejó pasar. Me parece que mal aconsejaron al presidente De la Madrid y por eso no tomó cartas en el asunto bajo el pretexto de no querer entrar en conflicto con la iglesia.

Nosotros en Chiapas llegamos hasta las últimas consecuencias en la investigación, pero como lo dije, el gobernador no quiso actuar. No estuve conforme con la decisión, la información que me llegaba de la región de los altos de Chiapas era alarmante. El cabrón del obispo creó un conflicto en la zona indígena, dividió a los pueblos, provocó la expulsión de grupos indígenas y alentó la creación de otra colonia en San Cristóbal. Todo eso reventó en 1994.

Pero no solo De la Madrid ignoró el problema, el presidente Salinas no le prestó atención, aun cuando me volví a encontrar con el tema cuando me nombró subprocurador para el combate contra las drogas en diciembre de 1988.

En mi área había una dirección especial dedicada a la erradicación de plantíos de amapola y de mariguana. También dependía de mí la Dirección General de Servicios Aéreos de la Procuraduría General de la República y contábamos con una flota de helicópteros para detección y fumigación de zonas ocupadas por el narco.

Realizamos varias misiones aéreas sobre Chiapas, y como desde el cielo la frontera con Guatemala se pierde en medio de la selva y apenas veíamos un río que la marcaba, en ocasiones nuestros pilotos fumigaban plantíos que se encontraban en territorio guatemalteco. Para regular esta situación me entrevisté con el secretario de gobernación de Guatemala e informé al presidente Salinas y al procurador Álvarez del Castillo.

A partir de ese momento intercambiamos información y detectamos una serie de campamentos de entrenamiento para guerrilleros en distintas zonas del territorio chiapaneco, ordené que todo fuera fotografiado y filmado y me reuní con el presidente y el procurador para mostrarles la evidencia.

Con la información en sus manos, Salinas citó al gobernador de Chiapas, Patrocinio González Garrido, para conocer su opinión y me pidió que estuviera presente. Patrocinio era muy amigo del presidente, tanto, que luego fue nombrado secretario de gobernación y cuando escuchó mi información, con una actitud muy mamona, frente al presidente me dijo:

—No, Javier, estás equivocado, no hay guerrilla en Chiapas. Ves mucha tele, ves demasiadas películas.

—No, Patrocinio. Aquí están las fotos y otras pruebas. Señor presidente, permítame bajar en los helicópteros. Yo les pongo en la madre, los detengo... —expresé con seguridad.

Entonces Patrocinio se volteó y dijo:

—Señor presidente, el licenciado Coello Trejo se equivoca, soy responsable de Chiapas y de la seguridad del estado, y le puedo asegurar que todo está en orden.

El tiempo me dio la razón. Patrocinio era un inepto y en enero de 1994 estalló el movimiento zapatista. De acuerdo con las investigaciones e información que reuní en ambos sexenios puedo afirmar que quienes fraguaron la llamada rebelión indígena fueron el obispo Samuel Ruiz, Manuel Camacho Solís y el doctor Manuel Velasco Suárez.

Mi exilio

Cuando estalló el movimiento zapatista yo me encontraba con mi familia en Chiapas, pero no en San Cristóbal de las Casas, sino en mi rancho en Villaflores. Pasamos ahí las fiestas decembrinas sin sospechar nada, ni imaginar nada, como todos los mexicanos.

Unas horas después de que se difundió la noticia del levantamiento armado recibí una llamada del general jefe del Estado Mayor presidencial.

—Licenciado Coello, dado lo acontecido hace algunas horas me instruyó el señor presidente que le pidiera volver de inmediato a la Ciudad de México, —me dijo el general.

Me sorprendió su petición, pues yo no era parte del gobierno y no tenía que rendirle cuentas a nadie, ni siquiera al presidente. Entonces le respondí:

—Señor general, le agradezco su llamada, pero dígame al presidente que no tengo nada que temer, volveré a la capital hasta el 6 enero, esa es la fecha en que está programado mi vuelo de regreso a México junto con mi familia.

El general no insistió ni nadie más del gobierno me llamó. Tomé las providencias necesarias para mantener a buen resguardo el rancho y el 6 de enero volvimos a la capital. Me reincorporé a mis actividades privadas, pero seguí con atención el curso de los acontecimientos en Chiapas. Yo me encontraba literalmente viendo los toros desde la barrera.

El 10 de enero el gobierno anunció que Manuel Camacho renunciaba a la Secretaría de Relaciones Exteriores y asumía un cargo inventado para la ocasión: comisionado para la paz y reconciliación en Chiapas. Fue una especie de espectáculo mediático el que montó pues se presentaba como si fuera el salvador de la patria, pero nadie olvidaba el gran berrinche que había hecho en noviembre de 1993, cuando Salinas le negó la candidatura presidencial y se la entregó a Colosio.

Dos o tres días después se presentó don Arsenio Farrell en mi oficina. Desde luego fue una grata sorpresa, pues llegó sin avisar. Me dio gusto verlo, habíamos estrechado nuestra amistad cuando estuve al frente de la PROFECO, así que le tenía toda la confianza del mundo. Pero cuando vi su expresión —no estaba tan eufórico como yo—, me desconcertó.

—Amigo Coello, vengo con un delicado mensaje del presidente Salinas, ordena que se vaya usted del país, —dijo con toda seriedad.

Me quedé atónito, frío; sentí como si me hubieran pegado en la cabeza con un mazo. No entendía qué estaba pasando.

—Pero don Arsenio, ¿qué está sucediendo? ¿por qué ordena eso el presidente? ¿qué hice? ¿qué delito cometí? ¿por qué me expulsa de mi patria?, No entiendo, —le respondí.

—Coello, no piense mal, el presidente lo quiere proteger. Teme por su seguridad, tiene informes de que el EZLN quiere secuestrarlo, —me confesó.

La razón que me argumentó don Arsenio tenía cierta lógica, pues al momento en que estalló el levantamiento en Chiapas, el general Absalón Castellanos fue secuestrado y aún no lo liberaban. Yo había sido su secretario de gobierno y era posible que también quisieran ir por mí. De hecho, después me enteré que los zapatistas me habían ido a buscar a San Cristóbal de las Casas creyendo que ahí recibiría el nuevo año.

Sin embargo, algo no me cuadró. Estuve en Chiapas el tiempo suficiente como para que intentaran secuestrarme, pero ya de vuelta en la Ciudad de México era prácticamente imposible que se arriesgaran a dar el golpe; por otra parte, si el presidente en verdad temía por mi seguridad me hubiera proporcionado una escolta, vigilancia permanente en mi domicilio y en mi despacho. Todo eso pasó por mi mente en un instante, entonces le dije a don Arsenio:

—Señor, no necesito protección, ya sabe que los comandantes y diversos cuerpos policiacos que trabajaron bajo mis órdenes siempre están pendientes de mi seguridad. ¿Qué pasaría si no me voy del país?, —respondí.

La respuesta de don Arsenio me dejó en claro que el presidente Salinas me estaba echando del país y no tenía que ver con mi seguridad. También me percaté que al menos en ese momento no obtendría más respuestas.

No quise poner en aprietos a don Arsenio, porque en todo caso él solo era el mensajero y buen amigo, y me comprometí a salir de México ese mismo día. Con su amabilidad de siempre me preguntó si tenía recursos y le respondí que no necesitaba nada.

De inmediato le pedí a mi secretaria que me comprara un boleto para viajar a San Antonio; le llamé a un viejo amigo de toda la vida, Eduardo Manotú, que vivía en Laredo, Texas, para pedirle que me recibiera en su casa; también llamé a mi hermano Roberto y al licenciado Julio Camelo para ponerlos al tanto. Por último, me comuniqué con el director del FBI para solicitarle protección mientras estuviera en Estados Unidos.

Ese día fue una pesadilla. Estaba desconcertado; me sentía traicionado, defraudado. La desolación se apoderó de mí y más cuando llegué a casa y hablé con mi esposa Jovita. No pudo contener el llanto. Preparamos mi maleta, tomé mi pasaporte y me fui al aeropuerto. Era tanta la urgencia de que abandonara el país que ni siquiera pude despedirme de mis hijos. Así partí a mi exilio sin saber cuánto tiempo estaría fuera ni las verdaderas razones por las cuales me obligaban a dejar el país.

Estuve en Estados Unidos de mediados de enero a mediados de marzo sin posibilidad de volver a México. Pasaba la mayor parte del tiempo en casa de mi amigo Eduardo Manotú, con quien jugaba largas partidas de ajedrez, leía a ratos, salía a caminar y me di un tiempo para hacer mis propias pesquisas sobre lo que estaba pasando en México con el EZLN gracias al apoyo del FBI.

Mi esposa fue a visitarme en tres ocasiones, dos de ellas con mis hijos, pero preferí que no fueran más, pues mi hijo Javier lloraba mucho al despedirnos y eso me partía el corazón. Me entristeció no poder estar presente en el cumpleaños de mi esposa en febrero. Fueron días de la chingada porque no podía quitarme de la cabeza que me habían traicionado, cuando yo había sido un hombre leal al presidente y así me pagaba.

Una de las visitas de mi esposa Jovita coincidió con la presencia de Sergio Salinas de Gortari, hermano del presidente, ahí en la casa de Laredo. Cuando asumí la subprocuraduría el presidente me encargó la seguridad de su familia, incluidos sus hermanos Enrique, Raúl y Sergio. Nunca pude con Enrique ni con Raúl, se disparaban solos y hacían lo que querían, en cambio con Sergio hasta pude hacer una buena amistad, así que cuando fue a Laredo lo hizo por cortesía, para saber cómo estaba. No lo envié el presidente ni traía ningún mensaje de él. Cenamos en la casa de mi amigo Eduardo y esa noche Jovita estalló. Llevaba semanas guardando sus sentimientos, su enojo, su tristeza y se desahogó con Sergio Salinas hablando pestes del presidente y de su falta de lealtad para conmigo.

—¿Cómo es posible que después de todo lo que mi marido hizo por el gobierno de tu hermano, después de todos sus éxitos, de las decenas de decomisos, de poner en riesgo su vida por México, el presidente le pague de esta forma? Esto es una traición, una cobardía contra un hombre que siempre demostró lo importante que era el país para él, —le increpó.

Traté de calmar a mi esposa, pero siguió con su reclamo, desahogando horas y horas de zozobra e incertidumbre. Sergio Salinas tuvo que tragar camote y en cierto modo le dio la razón.

Los días pasaban sin saber qué había sucedido. De pronto era como estar en una pesadilla en la que no tenía nada que ver. Era 1994 y yo había dejado el gobierno en 1991. Desde mi despacho jurídico había tenido relación con algunas áreas del gobierno, pero de manera indirecta. Lo más cercano que estuve fue cuando el presidente Salinas formó la Comisión de Seguridad que puso en manos de don Arsenio y colaboré con él en algunas investigaciones, como el secuestro de Alfredo Harp Helú.

En mayo de 1993, luego del asesinato del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, me buscó Patrocinio González Garrido, en su carácter de secretario de gobernación. Nos reunimos en las oficinas alternas de la secretaría, que estaban en la calle de Barcelona. Ahí me dijo que el presidente Salinas quería que formara un equipo de investigación para hacerme cargo del asunto del cardenal por fuera; me imagino que no confiaban en su gente. Lo mandé a la chingada.

—¿Por qué no aceptas, Javier?, —me preguntó Patrocinio.

—Primero porque no confío en ti. Y segundo, porque tengo tanta cercanía con el presidente Salinas que si él verdaderamente me quisiera en ese caso me hubiera llamado personalmente, —le respondí con toda franqueza.

No volví a ver a Patrocinio, y cuando el presidente Salinas lo echó de la secretaría de gobernación luego del levantamiento zapatista, no pude más que sonreír y pensar: “te lo dije en su momento y no me creíste, cabrón”.

Después de varias semanas sin noticias de México, don Arsenio volvió a comunicarse conmigo.

—Licenciado Coello, espero que se encuentre bien. Le tengo noticias, el presidente tomó la decisión de sacarlo del país porque recibió un informe firmado por Jorge Carpizo, ahora secretario de gobernación y por Mario Ruiz Massieu, en el que lo acusan de haberle entregado un cargamento de armas a los zapatistas, —dijo.

No daba crédito a lo que estaba escuchando; era una pendejada mayúscula.

—Oiga don Arsenio, primero me dicen que me sacan del país porque me quieren secuestrar y ahora que soy el proveedor de armas del ejército zapatista. Ya ni la chingan y me indigna más que el presidente le dé crédito al pendejo de Carpizo, cuando le demostré en reiteradas ocasiones que es un hijo de la chingada, —le contesté enfurecido.

No dijo más don Arsenio, pero sabía que yo no tenía nada que ver con los zapatistas, ni con el levantamiento ni con ningún asunto relacionado con ese tema. Luego que colgamos comencé a atar cabos a partir de lo que me había comentado don Arsenio y me di cuenta de que todo el pinche pedo en que estaba, había sido planeado por Manuel

Camacho y Samuel Ruiz.

Esto pude corroborarlo con la información que recibí y los expedientes que me proporcionó el FBI, en los cuales se demostraba con pelos y señales que el levantamiento había sido organizado por Manuel Camacho, Velasco Suárez y Samuel Ruiz. Y, aunque como lo he mencionado, yo ya no estaba en el gobierno, ellos sabían que había investigado la aparición de campamentos guerrilleros en Chiapas desde principios de la década de 1980, así que es posible que el propio Camacho conspirara contra mí ante el presidente Salinas y este le hiciera caso, porque tenía gran influencia sobre él. Claro, no la suficiente como para haber alcanzado la candidatura presidencial.

Además, Jorge Carpizo, junto con Jorge Carrillo Olea e Ignacio Morales Lechuga, también eran gente de Camacho, de ahí su animadversión en mi contra y de ahí también la falsa acusación de Carpizo.

La última reunión

A mediados de marzo de 1994 recibí una última llamada de don Arsenio.

—Amigo Coello, ya puede regresar, el presidente lo quiere ver en Agualeguas, Nuevo León, —me dijo.

No puedo ocultar que me dio gusto escucharlo, pero me fui con mucho tiento. A esas alturas no podía confiar ciegamente en nadie, así que respondí:

—Discúlpeme don Arsenio, pero dígame al presidente que yo solo lo veo en Los Pinos.

—Bueno, Coello, pues véngase a la Ciudad de México. Dígame en qué vuelo y en qué horario llega, —contestó.

—No señor, lo haré a mi modo, en cuanto esté en la Ciudad de México me comunico con usted, —respondí.

No descartaba que pudieran ponerme un cuatro y que intentaran matarme. Desde luego no lo creía del presidente, pero eran tantas las intrigas, las grillas y las componendas de Manuel Camacho y su gente que pensé: “me van a joder”. Por eso decidí tomar mis providencias y regresar con mis medios y bajo mis condiciones.

Mi mejor opción era regresar a la capital por vía terrestre, y gracias a la lealtad y el respeto que todavía me guardaban en la Policía Judicial Federal, me escoltaron 30 comandantes todo el trayecto hasta la Ciudad de México.

Por mi seguridad y la de mi familia no me dirigí a mi casa, me quedé en casa de mi hermana. Don Arsenio me había dado un número telefónico para que llamara en cuanto estuviera en la Ciudad de México. A la mañana siguiente marqué y respondió Raúl Salinas de Gortari. Me identifiqué y me dijo:

—Qué bueno que ya estás aquí, Javier. Te veo a las 8 de la noche en mi casa para ver al presidente.

Aunque no confiaba plenamente en Raúl confirmé que ahí estaría. No perdí tiempo y envié a varios de los comandantes que habían colaborado conmigo al principio del sexenio para que revisaran las calles cercanas, fijaran un perímetro y garantizaran que no había nada extraño ni que me esperaba una celada. Cuando me informaron que todo estaba en orden, respiré tranquilo y me presenté en punto de las 8 de la noche.

Luego de tomarnos un café, dejamos su casa, subí en el auto de Raúl, quien manejó personalmente hasta Los Pinos. Ingresamos por un acceso especial y, a diferencia de otras ocasiones en que veía al presidente en su oficina, en esta ocasión me recibió en su casa y conversamos durante más de tres horas.

Me recibió con el mismo afecto de siempre, como en los viejos tiempos, franco, amable, lo cual dadas las circunstancias me pareció extraño, por decir lo menos, pero su tono de voz se escuchaba honesto.

—Amigo Coello, estoy muy apenado con usted; sepa que el presidente de la República no ofrece disculpas ni muestra documentos, pero por el aprecio que le tengo y la confianza de siempre, quiero enseñarle el informe acusatorio que me presentó Jorge Carpizo, en su calidad de secretario de gobernación y Mario Ruiz Massieu, —me dijo.

Tomé el documento en mis manos y le eché una rápida ojeada. De inmediato supe de qué se trataba y que todo había sido un montaje para incriminarme. Habían engañado al presidente.

El asunto de las armas lo tenía bien documentado y no había nada de ilegal. En una de las operaciones conjuntas que hicimos con los norteamericanos, cuando fui subprocurador, nos informaron que había salido de Hamburgo un importante cargamento de armas que incluía lanzagranadas, ametralladoras, municiones, cuernos de chivo, era todo un arsenal y debía entregarse en el puerto de Veracruz.

Acordamos con los estadounidenses que dejaran pasar la embarcación, que no la registraran y dispusimos un operativo en el puerto para confiscar el cargamento. De todas estas maniobras informé con oportunidad al presidente y al procurador, y me ordenaron que estuviera a cargo.

Cuando la nave atracó en el puerto de Veracruz ya estábamos esperando. Nos apoyó una fuerza del Ejército encabezada por el general García Elizalde, comandante militar de la zona, que a güevo quería llevarse las armas. Se lo impidió porque yo traía instrucciones del presidente. Los ánimos se fueron caldeando y estuvimos a nada de sacar las pistolas, pero no quise que el desencuentro pasara a mayores. Entonces le dije:

—A ver, general, no hagamos un pedo de esto. Somos del mismo bando. Hable usted con el general secretario Riviello Bazán.

El general aceptó y el secretario de la Defensa Nacional le ordenó que se retirara. Confiscamos las armas, trasladamos los contenedores a la Ciudad de México, se tomaron fotografías, armamos una capeta de investigación y todo quedó documentado.

Una vez que me presenté con el presidente Salinas para darle cuenta del operativo me pidió que organizara un acto público, para que él personalmente le entregara las armas al Ejército mexicano y así lo hicimos. Aún conservo los recibos de la entrega y toda la documentación que acredita la operación y su desenlace.

Cuando terminé de leer la acusación estaba muy molesto:

—Señor presidente, con todo respeto, no me chingue. Estas armas a las que se refiere el documento, usted se las entregó al Ejército en un acto público. ¡Al Ejército, señor! Tengo la documentación que lo acredita, —le dije.

Salinas permaneció en silencio unos minutos y contestó:

—No puedo creerlo. Carpizo es un hijo de la chingada, —agregó casi murmurando.

Pero mayor fue su sorpresa cuando le entregué todo el expediente que me había entregado el FBI y que demostraba la participación de Manuel Camacho y del obispo Samuel Ruiz en el levantamiento zapatista, del que yo le había advertido a su debido tiempo.

Manuel Camacho me traía entre ceja y ceja desde años antes, pues metí a la cárcel a Javier González Torres, hermano del dueño de Farmacias de Similares, y del que fuera rector de la Ibero, porque era muy amigo de la familia. Luego, ya siendo subprocurador, a solicitud de Patrocinio González Garrido, detuve a uno de sus principales operadores políticos en Chiapas, el sinvergüenza Martínez Rosillo, nefasto personaje que saqueó el estado.

El problema del presidente Salinas es que confió demasiado en Manuel Camacho Solís quien, a lo largo del sexenio, se la pasó llevando agua a su molino y operó a sus espaldas alentando movimientos sociales en el Distrito Federal, a los que permitía manifestaciones, paros, bloqueos, para luego resolverlos y quedar bien frente al presidente. Se imaginó en la presidencia a partir de 1994, aunque Salinas nunca se la ofreció abiertamente, él se voló solo.

¿Por qué el presidente le permitió todo a Camacho? No lo sé. En varias ocasiones platiqué al respecto con don Arsenio Farell y le insistía que en muchos asuntos con él había mano negra.

—No puede ser que Camacho haga estas pendejadas..., —me quejaba.

Incluso en alguna ocasión le comenté al presidente:

—Señor, Manuel Camacho está haciendo esto...

—No me lo vuelva a mencionar, —me respondió.

Con eso me quedó más que claro el lugar que ocupaba en el gabinete.

En mis momentos de mayor enojo y frustración me sentí tentado a ir a los medios y hablar de todo. Si lo hubiera hecho con seguridad se cimbraba el sistema, no sé qué consecuencias hubiera acarreado. Incluso mi esposa, que estaba muy enojada y sufría, como también sufrían mis hijos, me insistió que lo hiciera, pero siempre fue más grande mi respeto a las instituciones y mi lealtad y preferí guardar silencio.

Yo tengo un sentido de la lealtad muy especial. A lo mejor, como lo he dicho, estoy loco, pero es lo que aprendí, lo que me inculcaron, lo que entendí como una virtud: la lealtad. Aprendí eso de mi padre a carta cabal, pues siempre me insistió: “muerto antes que indigno”. Además, siempre me puse la camiseta de mi país, de mi patria, del deber y la justicia.

Mi reencuentro con el presidente Salinas fue ríspido, tenso. Si bien me recibió afable, como siempre lo había sido conmigo, no pude ocultar mi decepción y molestia. Trató de justificarse. Al final le dije:

—Señor presidente, con todo respeto, tiene usted a los traidores aquí adentro.

El tiempo me dio la razón, por desgracia, porque a partir del levantamiento armado en Chiapas, el gobierno de Salinas se vino para abajo.

CAPÍTULO 8

Somos tus abogados: PROFECO

La política es un constante sube y baja. Es como el juego de serpientes y escaleras, incluso cuando un servidor público comprometido quiere dedicarse a servir a su país. Como es natural, es inevitable enfrentar situaciones definidas por las intrigas, la politiquería, los intereses particulares que se mueven dentro de todo gobierno, y más si nos toca jugar en las altas esferas a nivel de secretarías o subsecretarías.

Si lo que narré en el capítulo anterior acerca de mi exilio ocurrió tres años después de que yo había dejado de formar parte del gobierno del presidente Salinas, es decir, ya no tenía relación alguna más que con las amistades que construí en mis años como funcionario, imagínense lo que era la vida diaria siendo subprocurador o ministerio público federal.

La política puede sacar lo mejor de las personas pero sin duda saca todos los demonios habidos y por haber. A mí siempre me gustó el servicio público, fue mi pasión pero en el estricto sentido del término: sirviendo; los cargos que ocupé tenían como fin defender la justicia, aplicar la ley, proteger a la sociedad, pero incluso sin tener ninguna ambición política las intrigas me alcanzaron.

Eso que llaman “fuego amigo” existe, y no necesariamente tiene que ver con el trabajo realizado, ni con el desempeño, sino con las intrigas y envidias que se desatan debido a la cercanía con el poder. En mi caso, lo he dicho infinidad de veces a lo largo de estas memorias, me gané la confianza de procuradores, de secretarios de estado y de presidentes de la República, particularmente de Salinas de Gortari, y en este caso, en vez de ayudar a consolidar el proyecto común, fue el detonante de todas las grillas que llevaron al presidente Salinas a tomar la decisión de que yo no continuara como subprocurador en la lucha contra el narcotráfico.

Mi designación como procurador federal del consumidor no fue un asunto estratégico sino político. El presidente me mandó llamar, me pidió que aceptara serlo, y la tarde de ese mismo día tomé posesión de la PROFECO. Ni siquiera me dijeron “agua va”, ni siquiera pude tomarme unos minutos para reflexionar, para tratar de entender, para preguntarme si quería seguir colaborando en el gobierno.

El presidente lo tenía muy bien pensado. Si yo hubiera insistido en seguir como subprocurador, él me hubiera dicho que no podía negarme, pues el nombramiento representaba un ascenso en mi carrera como servidor público; sería procurador y formaría parte de lo que se conoce como el gabinete ampliado.

Imprevistos

Había salido de mi casa siendo subprocurador de la lucha contra el narcotráfico y regresaba a casa como procurador federal del consumidor, con más preguntas que respuestas y sin estar del todo convencido de que aquello era una buena idea. Seguiría sirviendo a la nación en un ámbito en el que tendría que empezar de cero, pero con la convicción con la que había iniciado mi carrera: la justicia y la ley iban por delante.

Me presenté al día siguiente en las oficinas de PROFECO, cité a la gente cercana al procurador anterior, Emlio Chuayfett, y me informé de las labores de cada uno. Me sentía como si estuviera en otra dimensión, la carga de trabajo era distinta, las presiones, la propia investigación, nada tenían que ver con lo que por años había realizado en la Procuraduría General de la República. Si bien es cierto que se trataba de impedir que las empresas, los comercios y los prestadores de servicios violaran la ley en detrimento de los consumidores, nada tenía que ver con perseguir narcotraficantes, hacer decomisos y coordinar operativos.

Uno de los primeros hechos que me dejó con la boca abierta ocurrió el mismo día que llegué a mi oficina. Se presentó conmigo el director general de Administración y luego de platicar acerca de las actividades de la procuraduría, de la administración y demás me preguntó:

—¿Licenciado Coello, me puede decir qué hago con sus imprevistos?

—¿Imprevistos? ¿A qué se refiere con eso licenciado?, —le respondí extrañado.

—Mire, lo que pasa es que cada secretario de Estado, cada director de paraestatales o las cabezas de los organismos que forman parte del gabinete ampliado tiene un fondo que otorga la Secretaría de Hacienda, del cual pueden disponer sin tener que comprobar nada. Es para sus imprevistos, —agregó.

—¿Y de cuánto es el fondo, licenciado?, —pregunté como si nada.

—Son 120 millones de pesos de los que puede disponer cada año y si quiere se los puedo traer mañana en efectivo, —contestó.

—Déjeme pensarlo y luego le digo qué hacemos con esos recursos, —respondí ocultando mi sorpresa.

El director se retiró de mi oficina y me quedé perplejo con lo que acababa de escuchar. En toda mi carrera en el servicio público nunca me había tocado una situación así, ni siquiera vi algo similar en la Procuraduría, no obstante la cercanía que tuve con los procuradores de distintos sexenios. Yo nunca manejé recursos directamente, siempre conté con administradores y contadores honestos que se encargaban de tener al día y en orden los gastos generados por mi oficina o por mi gente.

Me intentó sobornar la delincuencia organizada en muchas ocasiones, pero esto me pareció insólito, sin mover un dedo podía embolsarme esa cantidad y año con año la tendría a mi disposición. Me pareció oprobioso, cuando yo venía de una institución donde habíamos combatido a la delincuencia organizada fuera del gobierno y a la corrupción dentro del gobierno.

No estaba dispuesto a recibir ni un peso que no fuera producto de mi trabajo, como lo había hecho toda mi vida, y entonces solicité el número de inspectores que tenía la PROFECO y los salarios que percibían. Mi sorpresa fue mayor cuando me enteré que los que más ganaban apenas recibían tres mil pesos mensuales. Eran unos salarios miserables, cómo no se iban a corromper si apenas les alcanzaba su sueldo.

Al otro día mandé llamar al director general de Administración y le dije:

—Mire, licenciado, ya sé qué haremos con el fondo para mis imprevistos. Esos “imprevistos” los va a distribuir equitativamente entre los inspectores de la PROFECO...

Aún no terminaba de darle mis instrucciones cuando me interrumpió:

—Eso no puedo hacerlo licenciado, porque las partidas...

—Las partidas qué, de qué me está hablando. Si me pueden dar esa cantidad de dinero sin tener que comprobar nada, claro que puede hacer lo que le digo. Me vale una chingada cómo lo haga, pero lo tiene que hacer, —añadí.

—Es que no se puede, —insistió de nuevo.

—Bien, entonces hágame el favor de presentar su renuncia ahora mismo. Y lo corrí.

Claro que pude distribuir ese dinero entre los inspectores.

El director de administración era gente muy cercana a Emilio Chuayffet, quien había dejado la procuraduría del consumidor para hacerse cargo del recién fundado Instituto Federal Electoral, y al enterarse de la renuncia de su colaborador, me llamó, pero no para interceder por él, sino por sí mismo.

Al ocupar la PROFECO me encontré con una gaveta llena de facturas por pagar a favor de periodistas y revistas que ni siquiera sabía si existían. Imagino que Chuayffet tenía la seguridad de que su colaborador, al que le pedí la renuncia, las iría pagando con fondos de la PROFECO. Le dije al nuevo director del IFE que levantaría un acta para dejar constancia de esas facturas y que se las enviaría para que se hiciera cargo de esos adeudos. Ya no respondió nada. Días después ya estaban en su poder y desconozco si las pagó o no.

En mi primera reunión con el presidente Salinas de Gortari, ya en mi calidad de procurador federal del consumidor, le comenté lo de “los imprevistos” y le dije que no los necesitaría en el futuro. Pero ese año sí logré distribuirlos entre la gente que trabajaba conmigo. Con eso me gané el cariño y el respeto de la gente de la PROFECO, pues vieron que mi lealtad hacia ellos era incondicional y mi dedicación al trabajo era ejemplar.

Años después, durante el sexenio de Felipe Calderón, me invitaron a un aniversario de la PROFECO, por haber sido titular de la institución. Me presenté y cuando el maestro de ceremonias pronunció mi nombre, la mayoría de la gente se levantó a aplaudir y el secretario Derbez reconoció mi labor en su discurso. Fue muy emocionante y sentí gran satisfacción, algo dejé entre la gente durante mi fugaz paso por la Procuraduría Federal del Consumidor.

Para muchos políticos, la PROFECO es solo una institución más, un peldaño en sus carreras políticas. Cuando yo asumí la dirección no sabía con qué me enfrentaría, pero bastaron algunas semanas para darme cuenta que era el lugar propicio para defender la justicia y aplicar la ley, y el beneficio para la sociedad era directo e inmediato.

El gobierno federal debería revalorar a la PROFECO, invertir más en ella, ampliar sus facultades, pues es una institución por donde pasa la vida cotidiana, el día a día de la sociedad. A la gente le lastima que le vean la cara, que la engañen, que le den gato por liebre, que quieran abusar de ella en sus compras, en los servicios que adquiere, en el patrimonio del que se va haciendo con tanto esfuerzo.

La PROFECO es una buena institución para distender la presión social, yo lo entendí así y puse orden desde un principio. Me apasioné con el trabajo, con la posibilidad de aplicar la ley apoyado por el gobierno, con las quejas de las empresas que me acusaban de ser muy duro.

“Hay que apretar”

Aunque el presidente Salinas estaba por cumplir su segundo año de gobierno, la situación económica apenas se estabilizaba. El presidente De la Madrid había firmado con sindicatos y empresarios el Pacto de Solidaridad Económica para hacer frente a la terrible crisis que padeció México durante su sexenio (1982-1988).

Unos días después de su toma de posesión, el presidente Salinas extendió el pacto, que cambió de nombre por Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico. Para darle seguimiento se estableció la Mesa del Pacto, una reunión donde participaban líderes sindicales, el secretario del Trabajo, el de Comercio, desde luego el procurador federal del consumidor, entre otros.

No perdí tiempo. Desde el principio de mi gestión me fui con toda la fuerza de la ley sobre aquellas empresas, comercios y prestadores de servicios que no cumplieran. Apreté duro, sin concesiones, si tenía que clausurar clausuraba; levantamos multas e hicimos una gran cruzada.

Yo no llegué a la PROFECO a tentarme el corazón y en una ocasión clausuré administrativamente Teléfonos de México. El problema fue que el día que lo hice, la empresa comenzaba a cotizar en la Bolsa de Valores y yo no lo sabía.

Me encontraba en Tlaxcala, en la Mesa del Pacto, estaban ahí Beatriz Paredes, don Arsenio Farrell, con quien volví a colaborar estrechamente, entre otros, y en algún momento de la reunión me dijo:

—Oiga Coello, pues ¿qué hizo?

—¿Qué hice de qué, don Arsenio? No entiendo, —contesté.

—Me acaban de decir que Pedro Aspe está como loco, —añadió.

Salimos de la reunión, don Arsenio le llamó al secretario de Hacienda, Pedro Aspe y me lo pasó:

—Javier, ¿qué hiciste, cabrón?, —dijo.

—No entiendo a qué te refieres, Pedro, —respondí.

—¡Clausuraste Teléfonos de México!, —gritó.

—Querido Pedro, pregúntale al presidente por qué lo hice. ¿Tú crees que soy tan pendejo como para aventarme un tiro de esa magnitud, sabiendo que Carlos Slim es amigo del presidente? Cuando le expuse la situación, solo me dijo: “chínguelos”, —respondí.

El tema no era menor. Era 1991, la empresa apenas había sido privatizada y los clientes de Telmex se quejaban del servicio. En esa ocasión recibimos más de 50 mil quejas y me acerqué a la empresa para encontrarle solución.

Hablé con Juan Antonio Pérez Simón, director general de Telmex y mostró toda la disposición por solucionar el problema lo antes posible. Me dijo que enviaría a Pedro Cerisola, que luego sería secretario de Comunicaciones con el presidente Fox, a verme para hacerse cargo, pero nunca se presentó. Me mandó a la chingada olímpicamente. Era muy prepotente, así que me fui a ver al presidente Salinas:

—Oiga, señor, ¡puta madre, tenemos decenas de miles de quejas contra Telmex y aunque se comprometieron en resolverlo, no se han reunido conmigo!, —le dije.

— ¿Qué hay que hacer, Coello?, —preguntó el presidente.

—Apretar, —contesté.

—Pues apriete, —respondió.

Y como para eso me las gasto solo, pues apreté duro. Me fui a Tlaxcala, a la Mesa del Pacto, hablé con Aspe, y a las 8 de la noche de ese mismo día se presentaron en mi oficina Pérez Simón y Cerisola.

—Licenciado Coello, qué pasó, habíamos quedado..., —dijo.

— Sí, señor, pero el licenciado Cerisola, que es un prepotente, nunca se presentó, ni vino, ni me habló, —le respondí molesto.

Pérez Simón no preguntó nada y le pegó una cagoteada monumental a Cerisola. Ese cabrón quiso desquitarse conmigo.

—A mí no me levante la voz. Yo oigo bien. No soy sordo. Ni me manotee la mesa porque lo mando a chingar a su madre. Hay que cumplir con la ley, —lo paré en seco.

Pérez Simón me pidió ayuda y le dije que lo podíamos solucionar muy fácilmente. Le ofrecí un piso completo en la PROFECO para que al otro día enviara a su gente a resolver desde ahí todas las quejas que tenía Telmex. Y aceptó. A la mañana siguiente estaba todo un ejército de empleados resolviendo queja por queja.

Aunque autorizamos la reapertura de inmediato, el madrazo ya estaba dado. Y así nos fuimos revisando caso por caso, con mano dura para que nadie se saliera con la suya.

En otra ocasión me habló el presidente:

—Oiga Coello, los restaurantes se cagan, abusan, se aprovechan de la gente, Sanborns, Vips o los que frecuentan los políticos. Hay que darles un escarmiento. Cíérrelos, —ordenó.

Mandaba inspectores, y como nunca cumplían con todas las de la ley, ¡a cerrarlos! Clausuramos el Billnghausen, el Prendes e incluso hasta tiendas departamentales como Liverpool. Este último caso fue nuestra mejor prueba de que la PROFECO bajo mi gestión no estaba jugando. La clausuré un 22 de diciembre, vísperas de Navidad, y pudieron abrirla de nuevo hasta el 6 de enero.

Y es que no entendían, como era época de grandes compras, a los dueños se les hacía fácil violar los precios. Llegaban los pinches inspectores, los sobornaban con una lana y entonces le hacían al pendejo clausurando un anaquel solamente.

Entonces le advertí a la empresa que por cada 5 denuncias que recibiéramos sobre violación de precios, enviaría inspectores a las tiendas. Les pareció que era una hablada mía y me mandaron a la chingada, así que el 22 de diciembre les clausuré las tiendas Liverpool Parson.

Me tocó atender casos verdaderamente indignantes. Un día escuché que una mujer lloraba afuera de mi oficina, entonces le pedí a mi secretaria que la hiciera pasar. Me contó que su papá llevaba dos meses en el Hospital Mocel, que habían pagado tres millones de pesos, pero por desgracia había fallecido.

Los hijos de la chingada del hospital no querían entregarle el cuerpo porque debía 400 mil pesos. Llamé a mi director de inspección, que era el licenciado Calzada, que había sido ministerio público federal conmigo y le dije:

—Vas, practicas una inspección y armas un pedo ahí.

Efectivamente, los administrativos del hospital no querían entregar el cuerpo, entonces abrimos un expediente y ordené el arresto del director del Mocel. Obviamente se asustaron y entregaron el cadáver de inmediato, pero ya era tarde, la falta la habían cometido, así que envié al director del hospital al Torito a que reflexionara sobre su mezquindad.

Pero la historia no terminó ahí. Alrededor de las 6 de la tarde me dice mi secretaria:

—Señor, le habla el expresidente Luis Echeverría.

Tomé la llamada, y en cuanto saludé me dijo:

—Licenciado Coello, el director del Mocel es un hombre pulcro y le exijo que lo libere inmediatamente.

—Con todo respeto, licenciado Echeverría, no puede ser que un expresidente de México me exija que viole la ley. Lo suelto con mucho gusto siempre y cuando lo sustituya usted, —le respondí.

—Es usted un lépero, —dijo muy enojado.

—Pues usted es un atrevido, —respondí y le colgué.

Me quedé privado y le marqué al presidente Salinas para contarle lo que había sucedido. Se cagaba de risa.

—Bien hecho, Coello, esto es lo que necesitamos, —contestó.

Y el director del Hospital se quedó 72 horas en el Torito. Algo similar sucedió con el director del colegio Alexander, que se burló de don Arsenio Farell y de mí por un asunto de aumento de colegiaturas. Creyó que se saldría con la suya por sus relaciones políticas pero también terminó en el Torito.

Es justo reconocer que el presidente Salinas siempre estuvo pendiente de lo que hacía la PROFECO, e incluso atendía las quejas que directamente le llegaban a él. En una ocasión me llamó.

—Coello, he recibido muchas quejas de que en las esquinas se están vendiendo litros de leche al doble del precio oficial. Investigue, vaya a fondo y proceda en consecuencia, —expresó.

Formé un equipo de inspectores y abogados de la Dirección General de Conciliación de la PROFECO, y recorrimos gran parte de la ciudad. En efecto, encontramos que en algunos lugares la leche se vendía a un precio exorbitante. Procedimos al decomiso de cientos de litros de leche, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando nos percatamos que en todas las actas administrativas levantadas la responsable era Alpura.

Inicié un procedimiento administrativo y clausuramos varias plantas en la Ciudad de México. Entonces, de inmediato, se presentó en la PROFECO el director general de Alpura, un hombre de apellido Gavito, que llegó muy prepotente a decirme que había recibido la autorización de la entonces directora general de Precios de la Secretaría de Comercio. Le tomé declaración y levantamos un acta administrativa en la que detallaba cómo había pactado con esa área.

Con el acta en mano me comuniqué con el presidente Salinas, que me envió con el secretario de Comercio, Jaime Serra Puche. Le mostré el caso, se sorprendió y de inmediato se ocupó del asunto.

La empresa Alpura tuvo que publicar una carta abierta en todos los diarios de la Ciudad de México en la que ofreció disculpas a los consumidores y se comprometió a no volver a subir los precios de la leche y donó trescientos mil litros de leche al DIF.

Consideré que era sanción suficiente, y como el secretario Jaime Serra actuó en consecuencia y también puso en orden en la Secretaría de Comercio, dimos por concluido el caso. Nuevamente le demostramos a los consumidores que la PROFECO actuaba con profesionalismo y honestidad, lo cual afirmo, debe ser la postura de todos aquellos que tenemos la oportunidad de servir a México.

Siempre leal

No recuerdo si lo pensé en ese momento, pero a la distancia puedo decir que mi incorporación a la PROFECO fue el anuncio anticipado de que estaba por salir del gobierno y que mi época de servidor público llegaba a su fin.

Como procurador continué con el apoyo del presidente Salinas, pero me di cuenta que cada vez me caían peor muchos de sus colaboradores cercanos, pues eran desleales e hipócritas. Mi salida de la procuraduría tuvo que ver con un desencuentro que tuve con Jaime Serra Puche, por un acto de deslealtad hacia el presidente Salinas.

Las mesas de seguimiento del Pacto eran presididas por don Arsenio Farell, en su calidad de secretario del Trabajo y en ellas participábamos el secretario de Hacienda, Pedro Aspe; el secretario de Programación y presupuesto, Ernesto Zedillo; Jaime Serra Puche, secretario de Comercio; don Fidel Velázquez, líder de la CTM, y yo, en mi calidad de procurador federal del consumidor.

En esas reuniones discutíamos los precios del mercado y generalmente salía con instrucciones de meter en cintura a varios sectores que se negaban a jalar parejo con el Pacto o le daban la vuelta o se hacían pendejos.

El objetivo del pacto, como ocurrió en el sexenio de Miguel de la Madrid, era evitar que los empresarios y comerciantes impusieran los precios a su capricho. No podíamos permitirlo, pues el gobierno tenía la impronta de mantener controlada la inflación.

En una ocasión me encontraba en mi domicilio y me llamó don Arsenio Farell. Me pidió que lo viera en la Secretaría del Trabajo y ahí me comentó que el sector obrero, encabezado por Fidel Velázquez, estaba molesto porque existía un acaparamiento de productos de consumo necesario para la población, y que la autoridad no estaba actuando en consecuencia. Me pidió encontrar algún mecanismo legal y preparar un memorándum, pues al otro día nos esperaba una ríspida reunión con don Fidel y el sector obrero.

Luego de darle vuelta y revisar las leyes, encontré en el Código Penal Federal que el acaparamiento por parte de los particulares de los artículos de consumo necesario era uno de los supuestos del delito contra la economía nacional.

El domingo nos reunimos don Arsenio Farell, don Fidel Velázquez, otros líderes obreros y yo. Después de una amplia explicación le pedí a don Fidel que me diera un voto de confianza y le prometí que, al otro día, con la autoridad ministerial, comenzaríamos operativos para detener a quienes de forma abusiva acaparaban los productos con el único fin de elevar los precios.

—Licenciado Coello, confío en usted en bien de los obreros, porque no solo tienen un salario nimio, son asaltados los días de su raya y por si fuera poco ahora los acaparadores lastiman la economía del sector obrero, —respondió don Fidel.

Como no podía faltar a mi promesa, hablé con el procurador general de la República, el licenciado Enrique Álvarez del Castillo, le pedí su apoyo y conjuntamente con un grupo de agentes del Ministerio Público, funcionarios de la PROFECO y la Policía Judicial Federal, logramos incautar miles de kilos de azúcar y de otros productos, y se ejerció acción penal en contra de los hambreadores del pueblo. Cumplimos, y a partir de ese momento, se empezaron a controlar los precios del azúcar y otros productos de la canasta básica.

Pero a pesar de los buenos resultados que estaba dando en la PROFECO, mi salida del gobierno estaba próxima. Al acercarse el informe de gobierno del presidente Salinas en septiembre de 1991, los miembros de la Asociación Nacional de Trabajadores Departamentales (ANTAD) estaban alborotados. Llegaban a la Mesa del Pacto muy ufanos, presumiendo que pondrían en oferta el huevo, el jamón hasta en un 50%:

—Muy bien, señores, estoy de acuerdo con la oferta, pero ojo, que sea sobre el precio de factura. Porque, qué güevos tienen, le suben el 100% a sus productos y le bajan el 50% para la oferta, —les advertí.

Y eso era una práctica común. En una de esas reuniones de seguimiento, el subsecretario de Comercio me comentó:

—Javier, llegué a un acuerdo con los miembros de la ANTAD, y van a subir los precios de algunos productos.

No me pareció buena idea en ese momento.

—Espérate a que pase el informe de gobierno del presidente, para qué enrarecemos el ambiente, para qué tensamos la situación. Vamos a platicarlo con el secretario de Comercio, —le expresé

Hablé con Jaime Serra Puche para comentarle las intenciones que tenía su segundo de a bordo de permitir que subieran los precios en algunos productos. El secretario me dio la razón y me pidió que pasáramos a su casa para irnos juntos a la Mesa del Pacto.

Él iba manejando y aproveché para explicarle con mayor detalle la situación.

—Lo importante aquí, Jaime, es que el presidente no llegue a su informe con protestas sociales o críticas a su política económica. Dejemos lo de los precios para después.

Pero el subsecretario insistía en que ya estaba acordado.

—¿Tú te opones, Javier?, —me preguntó Serra Puche. Si tú te opones yo te apoyo, tienes mi palabra, —agregó.

Así quedaron las cosas, y cuando estábamos frente a don Arsenio, el subsecretario volvió a la cargada. Yo manifesté mi desacuerdo, y de pronto, para mi sorpresa, Jaime Serra Puche dijo:

—Yo apoyo la posición de mi subsecretario, que suban los precios.

Siempre que terminaba la reunión de seguimiento teníamos la costumbre de reunirnos con don Arsenio en su despacho. Ahí tomábamos algo y platicábamos de diversos temas. Pero en esa ocasión, al momento de entrar a su despacho, yo estaba tan encabronado que le grité a Serra Puche:

—Eres un hijo de la chingada.

—No, Javier, es que tú no entiendes de esta materia, —respondió.

—Eres un hijo de tu chingada madre. A mí no me haces esto. Me diste tu palabra y esto es de hombres, —respondí.

—Coello, cálmese por favor, —intervino don Arsenio tratando de mediar.

—Disculpe, señor secretario, ¿tengo o no tengo la razón? Me traicionó, había dado su palabra, —miré a Serra Puche y le grité una vez más:

—Chingatumadre, —y me salí de la reunión.

Ya en el auto se me empezó a bajar el coraje, pero pensé: “me vale madre” y una vez en mi oficina redacté mi renuncia.

Todo ocurrió cerca del mediodía. Después me enteré de que el subsecretario había recibido una lana de los comerciantes. Por eso había encabezado una defensa a ultranza con el tema de elevar los precios.

Mi renuncia decía que dejaba mi cargo por así convenir a mis intereses. En ninguna parte del documento establecí las verdaderas razones. Ese mismo día me llamó el presidente Salinas y le conté lo que había sucedido.

—Señor, si cuidarlo a usted es mi delito, pues soy un delincuente, pero es un hecho que estos señores no velan por los intereses de su gobierno y habrá pedos. Va a llegar a su informe de gobierno con problemas y agitación social, —le advertí.

Al presidente pareció no importarle mi razonamiento, pues lo único que respondió fue:

—Sí, Coello, pero no debió mentarle la madre a Serra Puche.

—Eso fue lo que sentí en ese momento, usted sabe que no puedo con la deslealtad. Así que estoy a su disposición señor presidente.

También me llamó don Arsenio y me invitó a tomar un café a la secretaría del Trabajo. Ya en su despacho me dijo:

—Sí tenía usted razón, Coello, pero debió haber sido prudente, le mentó usted la madre al secretario de Comercio... es el jefe del sector.

Yo esperaba que me pidieran la renuncia en cualquier momento, pero pasaron las horas y nada. Llegó mi acuerdo con el presidente y le entregué la renuncia, la leyó, la guardó y no la aceptó. Seguimos hablando de los asuntos de la PROFECO y me retiré de Los Pinos.

Pasó el informe, se fueron los días y a principios de octubre don Arsenio me llamó nuevamente.

—¿Coello, no le gustaría irse como embajador a República Dominicana?, —me preguntó a quemarropa.

Con semejante pregunta no tenía que ser una lumbrera para saber que mis días en la PROFECO estaban contados, y el ofrecimiento de una embajada era algo así como mi premio de consolación.

—Muchas gracias, don Arsenio, pero usted sabe que no tengo buena opinión sobre los embajadores, ese no es mi trabajo, ni nunca lo ha sido, —contesté.

—Es una salida decorosa, Coello, —insistió.

—No señor, creo que es más decoroso renunciar, —concluí.

Desde luego el presidente no quería que dejara la PROFECO renunciando para que no se viera que dentro de su gobierno había fisuras, pero don Arsenio intervino para limar asperezas y finalmente dejé la procuraduría. También medió con Jaime Serra Puche, y tiempo después nos reunimos a desayunar. En esa ocasión le ofrecí una disculpa y todo quedó arreglado.

El 20 de octubre me llamó el presidente Salinas por la red y me dijo:

—Coello, por favor entréguele a Alfredo Baranda.

—Sí señor, con todo gusto, —contesté.

A las 5 de la tarde hice mi entrega. Mi salida causó descontento entre la gente de la procuraduría, primero porque siempre los traté con dignidad y respeto, y segundo porque hice valer a la PROFECO como nadie lo había hecho. La puse en el escenario de la vida nacional.

Recuerdo una frase publicitaria que tuvo mucho éxito: “Somos tus abogados”. Apoyé al Instituto Mexicano del Consumidor (IMCO), detuve el alza de precios, combatí el acaparamiento de los huevos y el azúcar, puse en orden a los tablajeros, clausuré Alpura, Palacio de Hierro, Liverpool, restaurantes, salones de belleza, comercios, escuelas. Fue una gran cruzada y del año que estuve al frente me siento muy orgulloso.

Una vez que dejé el cargo el presidente me recibió en Los Pinos. La despedida fue amable. Me dijo: “Usted es mi familia”, y recibí un buen bono por el trabajo desempeñado. No dejamos de vernos y seguí colaborando con él de manera discreta. Ya no lo veía en Los Pinos o si lo hacía era a altas horas de la noche para que la prensa no especulara.

Es un hecho que a lo largo de mi carrera siempre resulté incómodo para mucha gente del gobierno por la propia naturaleza de mi trabajo. Pisé muchos intereses, destruí otros e impedí que la corrupción se enquistara a profundidad. Y lo que siempre dijeron que era mi mayor defecto fue siempre una cualidad: hablar claro y con franqueza, diciendo siempre la verdad. La lealtad por encima de todo, porque el que no es leal consigo mismo no lo es con los demás.

EPÍLOGO

Hace 30 años

Hace 30 años dejé la Procuraduría Federal del Consumidor, lo que significó también mi retiro definitivo del servicio público, y aunque todavía tuve una relación cercana con el poder a través de algunas asesorías e investigaciones externas que realicé, lo cierto es que desde noviembre de 1991 regresé a mi vida como abogado. Retomé las riendas de mi despacho jurídico y hasta la fecha sigo entregado a él, con el orgullo y la gran satisfacción de que ahora me acompañan mis tres hijos, quienes escogieron esta hermosa carrera, al igual que mis dos nietos, que si bien son pasantes de Derecho, procuro enseñarles lo poco o mucho que la vida me ha dado.

No fue fácil dejar el servicio público, lo reconozco. En una cultura política, como la mexicana, cuando ocupas alguna posición de poder importante nunca faltan los lambiscones, los subordinados que a todo dicen que sí, que se ponen de tapete, que solo responden “tiene usted razón”; los que si uno pregunta la hora le contestan “la que usted ordene, señor”; tampoco faltan los aduladores del poder que no están dentro del gobierno.

Cuando fui subprocurador de la lucha contra el narcotráfico hubo momentos en que no podía expresar que me gustaba algo o necesitaba comprar alguna cosa, ni siquiera podía detenerme en los aparadores. Recuerdo particularmente una ocasión cuando tenía que presidir una reunión en el Hotel María Isabel Sheraton con los miembros de la Organización de Estados Americanos en la Lucha contra las Drogas. Me pasó algo muy curioso, por el exceso de trabajo, salí de mi domicilio y al llegar al hotel me percaté que llevaba un zapato negro y uno café. De inmediato le hablé a mi señora esposa para que me enviara la pareja del zapato negro, mientras me quedé curioseando en el *lobby* del hotel. En una tienda, que incluso estaba cerrada por la hora, vi una corbata, y expresé que estaba bonita; el hecho es que después de que terminé la reunión, al llegar a mis oficinas de la subprocuraduría, me encontré con diez corbatas de diversos colores; tuve que ordenar a mi gente que no recibieran nada o me los iba a fregar.

Por ese tipo de tonterías no faltaron las notas cargadas de malaleche. Llegaron a acusarme de recibir trajes, corbatas, camisas de marca, tuve que pedir que fueran agentes de la procuraduría a verificar que en mi casa no había nada de eso. Todo mi patrimonio lo he generado con mi trabajo público y privado. En la Procuraduría General de la República siempre me pagaron bien y recibí bonos autorizados por la presidencia de la República exentos de impuestos cuando resolví casos importantes. Nunca me gustó el lujo, siempre fui ahorrador y bien administrado. No acepté un solo peso que no fuera producto de mi trabajo.

Mi pasión siempre fue el servicio público, nunca me sedujo la política ni trabajé para ser diputado federal o candidato a gobernador de Chiapas, como llegaron a proponérmelo, ni mucho menos embajador. Si se hubieran dado las circunstancias no lo hubiera rechazado, pero no era algo que estuviera buscando, lo único que rechacé fue ser embajador en República Dominicana, y por respeto me reservo la opinión que tengo de los embajadores. Me apasioné como ministerio público federal, la investigación, armar los casos, consignar, aprehender, dirigir operativos, en fin, procurar justicia; no se diga cuando me nombraron subprocurador en la lucha contra el narcotráfico.

Cuando dejé de colaborar con el presidente Salinas de Gortari tenía 43 años de edad y habían transcurrido 26 años desde que comencé mi carrera en Chiapas, en 1966. Conocí la política municipal, la estatal, y conforme fui avanzando, conocí los entretelones de la política nacional desde la Procuraduría General de la República, institución fundamental para nuestro país.

Me tocó servir en una época donde la voluntad política era necesaria para cumplir con las tareas que tuve a mi cargo y con todas las críticas que se les puede hacer a los expresidentes, desde José López Portillo y hasta Carlos Salinas de Gortari, es un hecho que ellos se comprometieron con la procuración de justicia y la aplicación de la ley en la mayoría de los casos. Ahí están las cifras, los números, los montos y los nombres de las personas a las que alcanzó la justicia.

Nunca estuvo a discusión que persiguiéramos a la delincuencia, ni a los corruptos, ni siquiera cuando fuimos contra funcionarios del propio gobierno; ninguno de esos expresidentes se opuso a la forma como actuaba la Procuraduría General de la República. Yo nunca me pasé de cabrón, siempre fui institucional y periodistas como don Julio Scherer García me lo reconocieron.

En ocasiones, don Julio me iba a ver a la Procuraduría General de la República y don Óscar Flores me decía:

—Dele esta información, pero no le dé más, porque Julio es de los que se pone a investigar.

Pero con lo que le dábamos era suficiente, hacía su trabajo, era un periodista de los de la vieja escuela, investigaba y publicaba sus reportajes. En muchos de ellos quedó el testimonio de lo que hacíamos en la procuraduría y cómo lo resolvíamos. Igualmente, periodistas como Manuel Buendía, Juan Bustillos Orozco, Rafael Medina Cruz, quienes tuvieron acceso a información, siempre la manejaron con objetividad, de eso existen testimonios públicos.

Frente al incremento de la inseguridad, problema que desgraciadamente ningún gobierno ha podido solucionar a lo largo de este siglo, resulta más relevante lo que nosotros hicimos durante los sexenios de José López Portillo y Carlos Salinas de Gortari. En esos tiempos no había lugar para la impunidad, y cuando fue necesario usar mano dura con la ley en la mano, no nos tentamos el corazón.

¿Qué hubiera pasado si después de lo ocurrido en Ayotzinapa, en 2014, el presidente Enrique Peña Nieto hubiera salido ante la opinión pública a decir: “señores, estamos atravesando una situación caótica, la inseguridad pone en peligro a la sociedad mexicana y a la seguridad nacional, y como no lo podemos permitir, vamos a ir hasta las últimas consecuencias, con la ley en la mano, no habrá lugar para la impunidad en ningún grupo social”?

Es seguro que la mayoría de la gente lo hubiera apoyado, pues la sociedad está cansada, exhausta. ¿Qué se necesitaba entonces y ahora? Apretar. Aplicar la ley tal y como dice a la letra, sin concesiones, sin negociarla. El que viola la ley tiene que ser castigado. Si no hay consecuencias, la impunidad prevalece. El que roba una vez y no le pasa nada vuelve a robar. El que mata y no le pasa nada, vuelve a matar, y todo se convierte en un círculo vicioso, ese es el problema. ¿Por qué durante mi época, en la lucha contra el narcotráfico no había estas chingaderas? Simple, sabían que si se pasaban de tueste se les rompía la madre.

Añoro ese México seguro que construimos en los años ochenta y noventa; los niños podían salir a los parques, a las plazas, a patinar o a andar en bicicleta, sin necesidad de que fueran acompañados por algún adulto; los jóvenes podían asistir a sus fiestas, a las discotecas, sin correr ningún peligro; ese México donde la gente podía caminar por las calles a altas horas de la noche, cuando nadie temía que llegara un comando a secuestrar, a asaltar o ejecutar a alguien.

Añoro también el México de la lealtad, el México de la palabra empeñada, el del honor, el de la confianza. Recuerdo una gran anécdota que puede ilustrar este punto.

Eran los últimos años del sexenio de Luis Echeverría y en una ocasión acompañé a mi futuro suegro, don Jaime Zuarth Camas, al rastro de la Ciudad de México. Él comerciaba con ganado y solía presentarse para venderlo. En esa ocasión llegamos con cerca de 50 cabezas de ganado. La gente del rastro los pesaba y le decían: “don Jaime, mañana venga por su dinero”, así, sin documentos, ni firmas ni nada. Al otro día se presentaba en el rastro y le pagaban en efectivo. Algo así sería imposible hoy.

Había palabra, había lealtad y había güevos. A lo mejor la ley no se aplicaba al pie de la letra, pero se aplicaba y el que se pasaba de cabrón se chingaba.

Creo que todo este caos en el que llevamos desde hace cuatro sexenios comenzó a partir del gobierno de Ernesto Zedillo, porque con Salinas de Gortari todavía hubo un respeto por las instituciones, había amor a la Patria. En aras por demostrar que había llegado el tiempo de un cambio, el presidente Zedillo le entregó a Acción Nacional la Procuraduría General de la República.

Era una gran oportunidad para demostrar que la procuraduría podía ser una institución autónoma, pero qué papelón hicieron los panistas que permitieron que su fiscal Pablo Chapa Bezanilla contratara a una vidente, la famosa Paca, para tratar de encontrar el cadáver del diputado Manuel Muñoz Rocha, quien era señalado junto con Raúl Salinas de Gortari como asesinos intelectuales de Francisco Ruiz Massieu.

Con Zedillo se perdió la enseñanza de la historia de México y del civismo en las escuelas, comenzó un largo proceso de desintegración familiar, se desechó inculcar el amor a la patria, educar en torno a los valores de la democracia que tanto nos ha costado, insistir en que todos tenemos derechos y obligaciones. Muchos se movilizan para exigir derechos, pero cuando les toca responder con sus obligaciones cívicas y de urbanidad entonces reniegan.

Pienso que la alternancia presidencial sorprendió a todos y particularmente a Vicente Fox, que no tenía mucha idea de lo que significaba gobernar. Yo era amigo de Cristóbal Fox, hermano del presidente, además le llevaba algunos asuntos legales. Unas semanas antes de que tomara posesión, Cristóbal me pidió que me reuniera con su hermano. Fue un encuentro breve y el presidente me preguntó acerca de la seguridad, la Procuraduría y los Derechos Humanos.

—No, señor presidente, con todo respeto, si usted intenta aplicar la ley y hacer justicia de la mano de los derechos humanos tal y como están ahora no va a lograr nada, —le dije con toda franqueza,

—No sea usted cabrón, Coello, —respondió.

—Señor presidente, es la verdad, —y le conté lo problemática que había sido la relación entre la procuraduría y la CNDH.

Pero Fox no escuchaba o no le interesaba escuchar. Solo se trataba de aplicar la ley y siempre le tembló la mano.

En otra ocasión, me vino a ver Cristóbal con el problema de que le habían invadido un terreno y me llevó a ver a su hermano. Le expliqué el asunto al presidente, le comenté que la invasión era ilegal por donde se le viera y lo único que había que hacer era aplicar la ley. El presidente dijo que no podía hacer nada y puso de pretexto la reforma agraria y mil cosas más que no tenían mucho sentido.

—A ver, señor presidente, con todo respeto, ¿para qué tanto pinche brinco estando el suelo tan parejo? ¿El terreno es propiedad de su hermano?, —pregunté.

—Sí lo es, —respondió.

—¿Entonces?

—No, no, así no se puede, —dijo.

Salimos de la reunión y le dije a Cristóbal:

—A la chingada, tu hermano vale pa' pura madre.

Y es que no le pedimos que hiciera nada fuera de la ley, simplemente que la aplicara. No quiso y yo me encargué del asunto en tribunales hasta que finalmente logré que le devolvieran a Cristóbal su terreno sin violar la ley.

Durante muchos años en este país tuvimos cuatro grandes esperanzas; esperanza y creencia en la Santísima Virgen de Guadalupe, hasta que a Guillermo Shulenburg se le ocurrió negar la existencia de Juan Diego después de que se benefició durante 40 años de los recursos que generaba la Basílica; la investidura presidencial, que hoy en día se encuentra desbaratada, defenestrada y que no importaba quién estuviera en la presidencia, siempre había un respeto casi religioso a la investidura presidencial.

Otra esperanza era el Ejército mexicano, a quien se le ha perdido el respeto, pues la propia autoridad no lo respeta, los han sacado a las calles a hacer trabajos que no les competen, como el de investigar, armar expedientes, y además se ha permitido que algunos grupos le falten el respeto a los soldados, cuando estos son los garantes de la seguridad nacional. Y finalmente, se ha perdido la esperanza de todos los mexicanos en la lotería nacional, de la que nos enteramos hace algunos años que durante mucho tiempo fue la caja chica del presidente en turno.

Si cada una de estas creencias se viene abajo, ¿Qué esperanza le queda al mexicano? ¿En qué puede creer el mexicano? Ahora no se respeta ni eso. No hay respeto por las instituciones. Y hay que decirlo no hay instituciones malas, los malos son los cabrones que las dirigen, los que están a cargo, ellos son quienes pervierten sus fines.

Para mí la vida es una carretera que tiene desviaciones, curvas, derrumbes, hoyos, baches. El éxito del ser humano es recorrerla, sin volver atrás, pasando por esos baches, tomando las curvas, evadiendo los derrumbes, sin detenernos, pero tampoco apresurándonos. Y en ese camino, uno tiene que sembrar. Si sembramos odio, cosecharemos odio, si sembramos afecto, cosecharemos afecto. Ese ha sido y va a ser mi bastión hasta que muera.

Esa carretera que es la vida debe caminar con firmeza, porque, el que camina tropieza, el éxito es levantarse y seguir caminando, el que no camina y se apoltrona, nunca llegará a la meta, y, recordemos, quien nace para maceta no pasa del corredor.

Lo que sí puedo garantizar es que todo aquel que ha venido a mí, se ha acercado, siempre se ha llevado algo, un consejo, ayuda, un abrazo, nunca una traición, nunca.

Porque mi padre en el lecho de muerte me enseñó, “muerto antes que indigno”, “muerto antes que desleal”.

Este es el único legado que le dejaré a mis hijos y a mis nietos.

Acerca del autor

JAVIER COELLO TREJO. Nació en la Ciudad de México en 1948. Desde joven conoció los entretelones de las instituciones jurídicas. En 1973, ingresó a la Procuraduría General de la República como agente del Ministerio Público Federal, fue secretario de Gobierno de Chiapas (1982-1984), subprocurador general de la República, encargado de la lucha contra el narcotráfico (1988-1990), y procurador federal del Consumidor (1990-1991). Dejó el servicio público para continuar su lucha personal a favor de la ley y la justicia desde su despacho jurídico, Coello Trejo y Asociados, fundado en 1984.

[© 2021, Javier Coello Trejo](#)

[Cuidado editorial: Alejandro Rosas](#)

[Diseño de portada: Planera, Arte & Diseño](#)

Fotografía de portada: Cortesía Milenio Diario Edición Nacional. 26 de junio 2019. Fotógrafo: Javier Ríos.

Fotografía del autor: Cortesía Revista Líderes Mexicanos

Diseño de interiores: DGTO

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7935-0

Primera edición en formato epub: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7973-2